

*Selecta*

LA  
ACCIDENTADA  
BODA DE  
LORD MERSETT



ALEXANDRA BLACK



MINSTREL VALLEY

La accidentada boda de lord Mersett  
Minstrel Valley 8

*Alexandra Black*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en

[minstrelvalley.com](http://minstrelvalley.com)

y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

**Minstrel Valley** es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*A Almudena Muñoz, nuestro Libro Gordo de Petete.*

*Mil gracias por tu ayuda incluso  
cuando el tiempo no te acompañaba.*

No caminar sola por la calle una vez que haya anochecido. Se expone al insulto. Si está obligada a salir, tenga un sirviente u otra dama.

*Reglas de decoro de la señorita Sherman*

Escuela de señoritas de lady Acton

## Prólogo

### Un chino en Minstrel Valley

Landford House había permanecido más de diez años cerrada a cal y canto. Aquel cierre la había llevado a un estado tal de abandono que apenas quedaba nada de la soberbia elegancia de la que hiciera gala en el pasado. La hermosa enredadera que cubría sus paredes lo invadía todo, y ya ni siquiera se veían las ventanas. Quizá por eso los más desaprensivos la habían saqueado en varias ocasiones y así, lo que no se llevó el paso del tiempo, lo hicieron los ladrones. Aunque no apareció nadie para pedir cuentas por aquellos actos vandálicos. De hecho, los dueños ni siquiera recibieron la noticia de la atroz invasión de su casa.

Nadie entendía el porqué de la repentina marcha de sus propietarios, aunque todos suponían que se debía a que la hija pequeña de los Landford había huido con un hombre que no era el agrado del conde. Este, sintiéndose traicionado, la había repudiado, prohibiendo incluso que se mencionase su nombre frente a él. Algunos sospechaban que aquel asunto había sido el principio del fin de los Landford, que una mañana se habían subido en su carruaje y regresado a Londres, dejando atrás su hogar.

Lord Landford, que adoraba a aquella hija, se había convertido en un hombre amargado y huraño que ni siquiera hablaba con sus vecinos y que, si se veía obligado a hacerlo, los trataba mal. Y, aunque nunca había gozado del afecto de la gente, desde la desaparición de esta, las pocas simpatías que se hubiese granjeado a lo largo de los años desaparecieron por completo.

Lady Landford, que rara vez se dejaba ver si no era con su esposo, se había encerrado en la casa y nadie había vuelto a verla. Todo el mundo decía que estaba enferma y que era incapaz de levantarse de la cama a causa del disgusto por lo sucedido.

Lady Annabella Landford, la causante de todo aquello, había sido muy querida en el pueblo y nadie habría imaginado jamás que fuese capaz de hacer algo tan terrible. Aunque, como se solía decir por ahí, uno nunca sabe de lo que es capaz hasta que se enamora. Y en Minstrel Valley sabían mucho de amores fatales, pues había una estatua en Legend Square dedicada a los amantes más trágicos de la historia del pueblo.

Tal vez fuese por los antecedentes de la casa, que cuando una cuadrilla de albañiles, jardineros y criados llegó a Landford House para acometer las labores de restauración, esta se convirtió en

el centro de todas las conversaciones.

Durante varios días, el salón de la posada se había convertido en un hervidero de jóvenes en busca de trabajo, pues estaban contratando empleados que ayudasen como refuerzo a los trabajadores llegados de Londres. Hombres y mujeres hacían cola frente a la mesa que un tal señor Wadlow ocupaba con el beneplácito del posadero, que veía en la llegada de los nuevos inquilinos una posibilidad de hacer más dinero, ya fuese con los empleados que ya se alojaban allí, ya fuese con aquellos que se reunían después del trabajo con intención de averiguar más sobre aquel señor Wadlow y los nuevos propietarios de Landford House.

Gracias a sus habilidades sociales, Bella Gibbs había atraído al colmado a una joven londinense llamada Marianne, que de buen grado les había contado todo lo que sabía a cambio de unas cintas para el cabello y algunas fruslerías más que la señora Gibbs había usado como moneda de cambio por los últimos chismes.

Al parecer, la casa se estaba arreglando para una mujer viuda. Una tal señora Crown, que, hasta donde sabía, no tenía ningún parentesco con los condes de Landford. Sí sabía, sin embargo, que su señora tenía buena relación con lady Landford, a quien le había comprado la casa. Al parecer, se habían conocido después de que la señora Crown perdiese a su esposo, aunque no sabía mucho más al respecto. Sin embargo, sí podía contarles que, hasta hacía un año, más o menos, vivía en Cross Hill y que tanto su marido como su hijo habían fallecido víctimas de la terrible epidemia de sarampión que había asolado el pueblo. O tal vez la muerte del esposo se debiese a otra cosa, no estaba segura. Lo que sí era cierto era que las dos muertes habían sido consecutivas y que su señora no había logrado recuperarse todavía. La describía como un cadáver andante, que ni se alimentaba en condiciones, ni vivía como un ser humano. Nadie entendió a qué se refería, aunque ella no fue capaz de explicarlo de modo que los demás comprendiesen lo que quería decir.

Cada cosa que Marianne decía aumentaba el interés del público que se reunía en el colmado para escuchar las últimas noticias sobre Landford House. Todos querían conocer a la tal señora Crown, pero mientras no llegaba, se conformaban con lo que tenían al alcance de la mano: Aaron Wadlow, el hombre que se hacía cargo de todo lo relacionado con Landford House. Por lo que sabían gracias a Marianne, era el administrador de la señora Crown y también había algún tipo de relación de parentesco entre ellos.

El hombre, que debía rondar los treinta, era tan atractivo que algunas jóvenes —las más atrevidas— hacían todo lo posible por tropezarse con él «por casualidad». Las que no tenían el valor de hacerlo, se conformaban con mirarlo de lejos. Aunque, todo había que decirlo, era más frío que un témpano de hielo. Todo el mundo lo decía. Guapo a rabiar, con aquel cabello rubio cortado a la moda, unos enormes ojos azules y esa mirada conocedora que lanzaba a muy pocas mujeres, pero más frío que el invierno.

A decir verdad, si era como decían o no, nadie lo sabía, pues era tan reservado que apenas habían logrado escuchar su voz.

La curiosidad de los lugareños se vio satisfecha una mañana de octubre, cuando un carruaje se

detuvo frente a Landford House y una pareja bajó de él. Y, a pesar de que la señora Crown había sido el centro de todas las conversaciones de Minstrel Valley hasta entonces, no fue ella quien llamó la atención de los curiosos que se reunían a diario alrededor de la casa para ver cómo avanzaban las obras. De hecho, apenas la vieron, pues fue su acompañante quien atrajo todas las miradas. Nunca, en todos los siglos de vida del pueblo, había pisado su suelo alguien como él. Era extraordinariamente alto, llevaba el cabello muy corto y vestía como un noble lo que, tal y como descubrieron minutos más tarde, en realidad era. Pero su rostro, o más bien sus ojos, no eran algo que hubiesen visto con anterioridad. Rasgados y oscuros, eran lo más exótico que habían visto nunca. Sin embargo, a pesar de lo fascinante que les resultaba, no pudieron evitar caer en lo mismo que cae la gente a lo largo y ancho del mundo: el miedo a lo desconocido.

Todos reconocieron que no carecía de porte aristocrático y que, les gustase o no, poseía cierto atractivo, al menos si hacían caso a algunas de las jóvenes que se habían concentrado en el colmado de Bella Gibbs para compartir impresiones en una junta extraordinaria que nadie había convocado.

Alguien llevó la noticia al coronel Grenfell, que conocía mucho mundo gracias a sus años en el ejército, y que, de todos los habitantes del pueblo, era la persona más adecuada para valorar la situación. Este, mientras daba un paseo, se había acercado a la casa de la nueva vecina y había comprobado que el noble en cuestión estaba dando órdenes a los albañiles, pues el trabajo no estaba quedando del todo a su gusto. O al de la señora Crown, en palabras del conde.

El coronel Grenfell, tras despoticar sobre la posibilidad de que el mundo llegase a su fin por la presencia de un chino en Minstrel Valley y añadir que, además, la nobleza británica estaba corrupta por aceptar a semejante aberración entre sus filas, reconoció que, hasta donde él sabía, era el único hijo del marqués de Leavenfield y que, además, sus rasgos no eran casualidad, sino que era chino. «Pero chino chino», en sus palabras. Al parecer, no quería hacer mención a que la mitad de la sangre que corría por sus venas era británica.

Durante unas horas, el coronel Grenfell había pasado a convertirse en la única fuente de información fiable sobre China y los chinos, así que él había aprovechado su momento de gloria para alardear sobre sus tiempos en el ejército y sus hazañas constantes, fuesen reales o no.

A pesar de que aquel hombre chino había causado un gran revuelo en Minstrel Valley, cuando se marchó a la tarde siguiente, pasó al olvido y solo se recordaba de cuando en cuando si alguien lo mencionaba. El interés se había centrado de nuevo en la viuda, que apenas salía de casa. Algunas personas importantes de la comunidad habían acudido a darle la bienvenida, mas no habían sido recibidos debido al delicado estado de salud de la dama.

Pronto tuvieron más temas de conversación gracias a la nueva habitante del pueblo, pues la joven viuda, que ya de por sí despertaba un gran interés por su encierro voluntario, había decidido quitarse la vida arrojándose al río Oldruin desde el puente del Pasatiempo. Por suerte, el señor Angus McDonald, el herrero, que andaba cerca de allí, había logrado salvarla arrojándose al agua tan pronto como la había visto caer. Decían los testigos que la mujer había peleado con él para

librarse de su ayuda, pues no quería seguir viviendo. Y, por si aquello fuese poco, un par de semanas después lo intentó de nuevo y usando el mismo método. Al verla caer, la hija del quesero, Deirdre O'Neill, había corrido a avisar al condestable Nerian Worth de lo sucedido y este la había sacado del agua. En esta ocasión, fue más difícil que en la anterior, pues la viuda trataba de volver al agua a pesar de los intentos del condestable por evitarlo. Al final, Deirdre había logrado alejarla del río abrazándola con fuerza y diciéndole que todo estaría bien. Aquella imagen de la mujer en los brazos de la niña irlandesa se había quedado grabada en la retina de los curiosos que se habían reunido alrededor de la suicida, sin más intención que curiosear y buscar algo de qué hablar.

Para sorpresa de todos, tres días después había llegado otro carruaje a Landford House y de él había descendido una mujer muy hermosa de aspecto adusto, que tomó las riendas de la casa y que, al igual que la señora Crown, había llegado para quedarse. Y, una semana más tarde, se había presentado allí el conde chino montado en un caballo negro que se había convertido en el terror de los habitantes de Minstrel Valley.

Nadie entendió el porqué de su regreso, pues no se le veía entrar en la casa de la viuda. Tampoco se le veía relacionarse con la mujer cuando salía a pasear por el pueblo acompañada de la recién llegada o de la misma Deirdre. Aunque sí sabían, eso sin lugar a dudas, que había pagado los arreglos de la casa y de la quesería de Ronan O'Neill tras las últimas lluvias. La situación de los irlandeses había mejorado de forma considerable desde la llegada del conde, hasta el punto de que Ronan se había traído consigo a su sobrina de Londres tras asistir a la boda de su hermano, pues su padre no podía —o no quería— hacerse cargo de ella tras su segundo matrimonio. Así había llegado Barbara O'Neill a Minstrel Valley.

El regreso del chino no fue bien recibido por todo el mundo. Los extranjeros siempre producían desconfianza, pero la presencia de este llevaba ese recelo más allá, pues nunca habían tenido la posibilidad de relacionarse con un chino y todo en él les producía miedo. Desde el caballo negro como la noche, hasta su rostro serio y su carácter reservado, no había nada que calmase la intranquilidad de los lugareños.

La presencia del extranjero se relacionó con algunas de las desgracias acaecidas en la zona, como la muerte de la vaca de Thomas Andrews. El animal había muerto de viejo, pero como la señora Cotton, la beata del pueblo, había lanzado algunas indirectas sobre las desgracias que traían sobre Minstrel Valley los extranjeros en general, y los chinos en particular, todos se volvieron hacia el recién llegado para hacerlo responsable de cualquier cosa que sucediese. Algunos incluso se santiguaban al verlo pasar, aunque a él parecía no importarle demasiado lo que sucedía a su alrededor. O, cuando menos, no lo demostraba.

Las idas y venidas del conde se hicieron cada vez más frecuentes y esto, unido al resurgir de las historias de avistamientos de la Dama Blanca cerca del lago, creó una especie de paranoia colectiva de la que se libraron muy pocos hasta que, tres años más tarde, lo vieron aparecer acompañando a lord Northcott y a lady Acton, que regresaba a Minstrel House tras muchos años

de ausencia. El hecho de que fuese pariente de una familia tan querida en Minstrel Valley, apaciguó un poco los malos sentimientos que el pueblo hubiese albergado hacia él, aunque todavía quedaban muchos que no eran capaces de aceptar su presencia, pues no sabían el porqué de sus continuas visitas.

Lord Mersett no agradaba. Ya fuese por lo misterioso que resultaba o por su mestizaje, era bien recibido por pocos. Aunque, gustase o no, había llegado a Minstrel Valley para quedarse.

## Capítulo 1

*Minstrel Valley, noviembre de 1837*

—¿Todavía rechazas la idea del matrimonio, Derek?

Lord Mersett detuvo el avance y suspiró. Apenas llevaban cinco minutos de paseo y lady Acton ya había sacado el tema del matrimonio. Tendría que haberlo imaginado, ya que incluso su padre lo torturaba con el asunto paseando a jóvenes casaderas frente a sus narices. Estaba empeñado en que le diese un heredero y él no estaba interesado ni en las jóvenes, ni en la paternidad.

Tomándose su tiempo para buscar una respuesta adecuada, rodeó la silla de ruedas de lady Acton y colocó bien la manta de piel que le cubría las rodillas y que se había deslizado hacia un lado unos minutos antes. Derek pensó que la señorita Chatham, la dama de compañía de lady Helena, lo regañaría con ganas si veía que la manta no estaba bien colocada, pues se había opuesto con firmeza a aquel paseo y había sido él quien había insistido en que debían aprovechar el sol, por muy invernal que fuese, ya que dentro de nada ni siquiera podrían asomar la nariz a la ventana debido a la lluvia y el frío.

—Sí, prima Helena, todavía la rechazo.

Podría haber respondido cualquier otra cosa, algo destinado a tranquilizarla y zanjar el asunto, pero prefería ser honesto. Quizá su respuesta no le traería paz, pero al menos no se sentiría culpable por haberle mentido. Porque adoraba a la anciana. La adoraba de verdad. Se habían conocido tras su regreso a Inglaterra y, de algún modo, habían creado un vínculo afectivo muy fuerte. Por eso evitaba aquellos temas que podrían ponerlos en una situación incómoda, aunque no podía hacerlo siempre, y que le preguntase directamente por algo tan delicado lo disgustaba más allá de lo imaginable, porque era de las pocas cosas en las que se mantenía firme frente a ella y no le gustaba verse obligado a comportarse de ese modo. No con lady Acton.

La dama suspiró y Derek reanudó la marcha empujando aquel enorme y pesado armatoste.

—¿Es por *ella*?

Lord Mersett dio un respingo al escuchar aquella alusión directa a la mujer que lo mantenía anclado a Minstrel Valley. Lady Helena siempre evitaba el tema y trataba de no mencionarla durante sus conversaciones, así que no sabía cómo responder a aquello.

Dudó. Podía mentir, claro. Quizá debería inventar alguna mentirijilla para tranquilizarla, pero la anciana era su debilidad y se sentía incapaz de hacerlo.

—En parte —respondió sin poder ocultar su incomodidad.

Lady Acton, que nunca mostraba sus sentimientos, pues no era correcto, suspiró otra vez y Derek supo que se sentía decepcionada. Lo lamentaba, mas no tenía otra respuesta. No quería engañarla y, además, no podía darle órdenes a su corazón, que había decidido que quería seguirla a *ella* y a ninguna otra.

—Derek, he tratado de mantenerme al margen de tus asuntos, pero estoy preocupada. *Ella* no es adecuada para ti. Estoy segura de que es una mujer admirable y que sus sentimientos hacia ti son tan honestos como los tuyos hacia ella, pero no es... —dudó unos segundos— una persona equilibrada.

—Prima Helena...

El tono de advertencia de Derek no detuvo a la anciana, que había decidido que aquel era el momento de decir todo lo que había callado durante tanto tiempo.

—Lo siento, Derek. Todo el mundo sabe que ha intentado suicidarse dos veces, que se pasea por ahí sin sombrero y, en ocasiones, sin guantes, que a veces camina por el pueblo acompañada del herrero o del quesero, incluso del condestable. Nunca acude al servicio de los domingos, está relacionada con la Liga de las Mujeres y... —Hizo un gesto vago con la mano—. Sus extravagancias son tantas, que no me siento capaz de enumerarlas.

Lord Mersett sonrió. Sí, *su* Daphne era una mujer peculiar y ese era uno de sus muchos encantos. Detestaba las limitaciones que se imponían a las mujeres por haber nacido en el lado más desfavorecido de la sociedad y se oponía a ellas sin importarle si era juzgada por ello o no.

—Lo sé. Por eso la amo —dijo henchido de orgullo.

—¿Y por qué no te casas con ella, entonces?

—Porque para ella sería un suicidio social y no deseo eso. Tiene una buena vida aquí y no quiero que mi amor la convierta en una paria.

Lady Acton guardó silencio unos instantes y Derek sonrió con tristeza. Estaba seguro de que buscaba algo que decir al respecto, palabras de ánimo o una negación rotunda a su afirmación, pero no encontraba la forma adecuada de hacerlo. Los dos sabían que ni siquiera su posición lo convertía en un objetivo apetecible para el matrimonio y que, si lord Leavenfield podía presentarle a algunas damas interesadas en el matrimonio, era porque sus familias estaban en una situación desesperada y no encontraban otra solución para huir de la pobreza. Todas eran jóvenes con título cuyos parientes masculinos habían dilapidado la fortuna familiar y vivían con la vergüenza de ver a los acreedores esperando frente a sus casas. Sí, sabía por qué se comportaban con aquellos modales encantadores y por qué sus familias se endeudaban un poco más para que luciesen apetecibles frente a sus ojos, aunque todos sus esfuerzos eran en vano. Él estaba interesado en una mujer independiente que poseía su propia fortuna y cuyo interés en él era genuino, y no era capaz de ver nada más.

—Entiendo que tu situación es complicada —dijo lady Acton con cautela—, aunque estoy segura de que hay muchas damas interesadas en ti. Eres un hombre atractivo, eso es innegable.

«Usted sabe tan bien como yo que solo me ven como a un sucio mestizo», pensó Derek con amargura.

Desde su regreso a Inglaterra, cinco años atrás, había escuchado todo tipo de insultos referidos a su aspecto y a su posición. Las jóvenes aristócratas siempre lo miraban con desdén, dando a entender que sería el último hombre en el que se fijarían, aunque su vida dependiese de ello. Algunas habían tenido que renunciar a su orgullo para acercarse a él con intención de salvarse a sí mismas y a los suyos, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho y él nunca perdonaba una afrenta.

Daphne, sin embargo, lo había aceptado desde el principio. No había mostrado sorpresa, fascinación o repulsa. Nada de lo que hacían otros británicos se aplicaba a ella. Era amable, considerada y curiosa. Muy curiosa. Había nacido en China y crecido allí, ya que su padre había huido de Inglaterra con la hija de una de las familias más poderosas del país. Cuando tenía catorce años, su madre había fallecido durante el parto de su segundo hijo y, tanto ella como su padre, habían tenido que enfrentar una doble pérdida. Poco después, Andrew Townsend, incapaz de soportar el dolor por las muertes de su amada esposa e hijo, se había suicidado.

Por suerte, Daphne tenía a Aaron Wadlow, el protegido de su padre, a su lado. Este contaba entonces con diecinueve años y, tras hacerse cargo de las cosas que el señor Townsend había dejado pendientes en Shanghái, había viajado con ella hasta Macao, donde se encontraba lord Leavenfield preparándose para regresar a Inglaterra con su hijo. Henry Lee, que acababa de heredar el título, había recibido la noticia de la muerte de su amigo con mucho dolor y, tal y como le solicitaba Andrew Townsend en la carta que le había dejado, se había hecho cargo de ambos.

Tan pronto como las miradas de Derek y Daphne se cruzaron en aquel primer encuentro, ambos supieron que nunca habría nadie más en sus corazones. Ella tenía catorce años y él quince. Sin embargo, aquello era algo difícil de explicarle a alguien que, como lady Acton, había vivido su vida siguiendo unas normas muy estrictas que no dejaban nada al azar.

—Seguro que sí, prima Helena —dijo para zanjar el asunto—, pero soy yo quien no está interesado en ellas.

Ella, al escuchar la severidad de su tono, decidió no seguir hablando del tema. No lo olvidaría, por supuesto, aunque no lo presionaría más de lo necesario, pues si lo hacía acabaría huyendo y su compañía le gustaba demasiado como para prescindir de ella.

—¿Has escuchado el rumor que corre por la escuela?

Derek alzó las cejas, sorprendido por el repentino cambio de tema.

—No, prima Helena.

—Dicen que quieres hacerte cargo de Johnny.

Lord Mersett sonrió.

—Nunca he hablado de darle cobijo, sino de mecenazgo. Johnny es un chico muy inteligente y creo que tendrá un gran futuro si se le da una oportunidad. Es una pena que sus capacidades se pierdan entre las caballerizas del señor Bissop y hacer recados para todo el mundo.

—Siempre has sido muy protector con ese niño, pero nunca has querido decirme por qué. ¿Y ahora hablas de mecenazgo? No es que me oponga a tus deseos, ya que Johnny es muy querido por las niñas de la escuela, pero no entiendo tu decisión.

Derek rio.

—Yo tampoco la entiendo —confesó sin dejar de sonreír—. Nos conocimos cuando llegué al pueblo y siempre me he sentido del mismo modo hacia él, aunque al principio huía de mí porque me tenía miedo.

—Quizá temía a esa bestia que montas. El señor Bonder se ha quejado a Marcus porque siempre lo dejas a su cargo y no es capaz de meterlo en la cuadra.

—Lo sé, Olivia me regañó hace unos días por ser tan desconsiderado con el «pobre hombre». Se ha quejado a todo el mundo, pero todavía no me ha dicho nada a mí. Cuando lo haga, me haré cargo de Zhui yo mismo. Mientras tanto... bueno, se lo dejaré a él.

—¿Derek! —lo regañó lady Acton—. ¿Y si lastima al pobre señor Bonder?

—Zhui es un caballo con temperamento, pero sabe cuáles son los límites.

—Hablas de él como si fuese un niño con carácter, pero es un caballo. ¿Cómo va a saber un caballo cuáles son los límites?

—Todos los animales poseen una inteligencia extraordinaria. Zhui molesta al señor Bonder porque sabe que le tiene miedo. Con el señor Bissop, por ejemplo, es más tranquilo. Y estoy seguro de que, si usted se acercase a él, prima Helena, se comportaría como un caballero.

Lady Acton carraspeó para ocultar la risa. El tono jocoso de Derek la había animado tras el conflicto de hacía unos minutos. Siempre lamentaba separarse de él tras mencionar el matrimonio, porque ninguno de los dos se encontraba cómodo tras ese tipo de conversaciones. Por suerte, él solía zanjar el asunto con alguna broma que aligeraba el ambiente. Era un buen hombre y quería que encontrase a una buena mujer, pero era el futuro marqués de Leavenfield y su posición acarrea ciertas responsabilidades a las que debía hacer frente y una de ellas era, precisamente, casarse con una mujer adecuada. Daphne Crown habría sido perfecta para él en otras circunstancias, mas en aquellas, ni su pasado ni su presente la hacían una esposa deseable para él.

Lady Helena reconocía el valor de la viuda y su generosidad con los necesitados, sabía que en el pueblo era apreciada y que sus excentricidades no habían sido un problema para integrarse en la sociedad de Minstrel Valley. Sin embargo, lady Acton temía que aquella inestabilidad emocional que la había llevado a tratar de terminar con su vida dos veces, la llevase a hacer algo similar en el futuro. No quería que Derek se hundiese en la tristeza más absoluta por su pérdida o que sus hijos, en caso de que los tuviesen, se quedasen sin madre. Ahora parecía bastante recuperada y estable, aunque no podía tener la certeza de que siguiese siendo así en el futuro. Sus antecedentes familiares tampoco la hacían una esposa aceptable, y eso era algo que no podía pasar por alto. Además, si algún día llegasen a casarse, ella tendría que abandonar buena parte de sus extravagancias y no estaba segura de que fuese capaz de hacerlo. Y, por mucho que le doliese el sufrimiento de Derek, no podía convertir en marquesa de Leavenfield a una mujer incapaz de

comportarse como era debido.

Lo que lord Mersett necesitaba para afianzar su posición en la sociedad era a una esposa con el poder y los contactos necesarios para abrirle aquellas puertas que otros le habían cerrado. La señora Crown no podía hacerlo y tampoco tenía nada que ofrecerle, salvo su amor y una inmensa fortuna.

Suspiró con tristeza. Quizá si Derek no fuese mestizo, las cosas serían más fáciles para ambos.

—No se preocupe tanto por mí, prima Helena —dijo el conde de repente, como si le hubiese leído el pensamiento—. Puedo hacer frente a cualquier cosa y superar cualquier obstáculo que la vida me ponga en el camino.

Ella asintió, convencida de que así sería, pero con el corazón encogido por el miedo a que aquel amor tan intenso que sentía hacia Daphne Crown lo llevase a un sufrimiento indecible.

Pasearon un rato en silencio. Él concentrado en empujar la pesada silla y ella sumida en sus pensamientos. Al llegar al muro que delimitaba la escuela, Derek se detuvo de nuevo para asegurarse de que lady Acton estaba cómoda y no tenía frío y, justo cuando estaba rodeando la silla para iniciar otra vez la marcha, vio movimiento cerca de donde se encontraban. Se volvió para comprobar quién trataba de entrar a la escuela por aquella puerta que solo conocían quienes vivían en Minstrel House y se llevó una gran sorpresa al ver aparecer a varias alumnas seguidas de Johnny. El grupo se movía con rapidez, pues las chicas llegaban tarde a clase, y ninguna percibió la presencia de la pareja.

Encabezaba la marcha lady Margaret Ashbourn, seguida de cerca por la honorable Hester Kaye, lady Rosemary Lowell, la señorita Lorianne Bowler, lady Noelle Montague, lady Constance Catesby y lady Jane Walpole. Cerraba el grupo Johnny, que sonreía como un bobo, emocionado por la compañía de todas aquellas jóvenes. Derek enarcó las cejas sin dejar de mirarlos y no se movió del lugar donde estaba, con la esperanza de que diesen la vuelta y no se acercasen a ellos, pues lady Acton podría llamarlos al orden y él quería proteger a Johnny a toda costa. Las muchachas podrían librarse con una regañina, pero temía que Johnny fuese quien cargase con el peso de las acciones de las chicas. Ya había sucedido en alguna ocasión, aunque nunca de mano de las profesoras o de lady Acton, sino de la señora Burton, el ama de llaves, que intentaba inculcarle sentido común al muchacho. ¡Como si alguien de dieciséis años tuviese conciencia de lo que significaba el sentido común!

La primera en verlo fue lady Margaret, que se detuvo de golpe, sorprendida. Su minuto de pánico provocó un desastre, pues las demás chicas, que iban apuradas y mirando hacia atrás para comprobar que las seguían sus compañeras de fechorías, no vieron que la cabecilla se había detenido y tropezaron con ella. Una tras otra acabaron rodando por el suelo. Solo Johnny, lady Noelle y lady Jane lograron esquivar el peligro gracias a que iban un poco más rezagados. De los tres que todavía permanecían en pie, solo lady Noelle lo miraba desafiante. Las demás peleaban en el suelo en un revuelo de faldas y enaguas en un infructuoso intento de incorporarse. Derek las observó un par de minutos hasta que, incómodo por lo que mostraban sin darse cuenta, carraspeó y

levantó a la primera que fue capaz de sujetar por la cintura sin llevarse una patada o un puñetazo. Resultó ser la señorita Bowler que, azorada e incapaz de mirarlo, lo ayudó a poner en pie a sus compañeras.

—Derek, querido, ¿qué sucede?

El conde miró burlón a las damas y se volvió hacia lady Acton.

—Nada, prima Helena, solo son un grupo de gorriones que regresan a la jaula.

Les hizo un gesto para que se apresurasen y, tras lanzarle una mirada de advertencia a Johnny, reanudó la marcha empujando la silla.

Las jóvenes, con distintos grados de sonrojo debido a la escena más que a haber sido sorprendidas haciendo algo que no debían, corrieron hacia la escuela. Lady Acton sonrió.

—¿Gorriones, Derek?

—Sí, no esperaba ver gorriones en Minstrel Valley en esta época del año, pero ya ve, prima Helena, el mundo parece llegar a su fin, pues vuelan incluso en invierno.

Lady Acton soltó una risita.

—¿Cuándo dejarás de comparar la escuela con una jaula? Y las muchachas no son gorriones.

—Bueno... reconozca que las pobres no tienen libertad alguna. Ya sea la escuela o su casa, viven enjauladas.

—Es para protegerlas, Derek. Son jóvenes e inocentes y...

—Prima Helena, todas las mujeres son capaces de defenderse si se les enseña cómo. Vivir tan protegidas las convierte en niñas toda su vida.

—Entonces tendríamos que convertir el mundo en un lugar seguro para ellas. Que no se vean obligadas a enfrentar ningún tipo de peligro y que puedan vivir en paz.

—El mundo no es perfecto, prima Helena.

—No, no lo es. Por eso hay que protegerlas. Quizá algún día la lucha de tu amada señora Crown dé sus frutos y las mujeres puedan vivir de otro modo, pero de momento esto es todo lo que tenemos. Quizá para la mentalidad de un hombre sea difícil de entender, pero la vida no es fácil para nosotras.

—Lo sé. Sé que no es fácil, sin embargo, siento que la escuela no deja de ser una extensión de la jaula que sus padres crean para ellas.

—Tienes una forma muy peculiar de pensar, Derek.

—¿Usted cree?

—Sí. Y está claramente influenciada por esa mujer.

Derek se encogió de hombros, a pesar de que la anciana no podía ver su gesto. No le importaba en absoluto estar influenciado por Daphne. De hecho, le agradaba la idea.

—Tal vez —respondió—. Parece que empieza a refrescar, deberíamos volver antes de que la señorita Chatham salga a buscarnos, o me dejará las orejas rojas con sus regaños.

Lady Acton rio y asintió, conforme. Estaba cansada y empezaba a notar el frío, pues el sol se había ocultado ya.

Hicieron el trayecto de regreso en silencio. Dentro, los esperaba la señorita Chatham con una pose que no auguraba nada bueno. Siempre lo regañaba. Tanto si el clima era bueno como malo, en cuanto se alejaba de la casa con lady Helena, lo amonestaba sin piedad. Derek creía que el verdadero problema lo tenía con él, ya que con Marcus y Olivia era mucho más amable. Aunque —y no estaba seguro de esto—, quizá ellos le prestasen más atención cuando les decía que no debían salir de paseo con lady Acton.

—Le dije que no saliese, que el clima está frío y lady Acton está delicada y puede resfriarse. ¡Mírela! Tiene las mejillas sonrojadas a causa del frío. Debería ser más cuidadoso, lord Mersett, se lo digo cada vez que la visita. ¿Qué hará si se enferma?

Derek puso los ojos en blanco. Su prima tenía un problema de corazón, no de pulmones y, hasta donde sabía, excepto por la vista, estaba bien. Pasear y disfrutar del aire fresco era saludable para todo el mundo y siempre se aseguraba de que no pasase frío. ¿Qué clase de desalmado creía que era?

—No enfermará, no se preocupe —respondió mientras apartaba la manta de las rodillas de la anciana—. Mantenerla encerrada no le hace ningún bien.

—Puede tomar el aire en la terraza, sin exponerse a...

—¡Por favor! —exclamó lady Acton, más divertida por la discusión que molesta por que estuviesen hablando de ella como si no estuviese presente—. Derek, entiende que la señorita Chatham está preocupada por mi salud, no seas tan terco. Señorita Chatham, me encuentro bien y lord Mersett se preocupa de que esté cómoda y abrigada, no se preocupe tanto. —Extendió los brazos para que Derek la alzase como hacía siempre y, cuando lo hizo, sonrió—. Goliath, usted nunca dice nada. ¿Quizá cree que lord Mersett no debería llevarme de paseo?

El aludido cogió la pesada silla de ruedas como si fuese igual de liviana que el delgado cuerpo de lady Acton y se encogió de hombros.

—Si usted es feliz mientras pasea con lord Mersett, entonces no tengo nada que decir.

Derek se echó a reír.

—¿Ve, señorita Chatham? —preguntó volviéndose hacia la dama de compañía—. La felicidad de lady Acton está por encima de todo.

La mujer no respondió, sino que subió la escalera detrás de él en silencio. Una vez en el piso que lady Acton había habilitado como su vivienda, la depositó con delicadeza en la silla antes de besarla en la mejilla.

—Volveré la semana que viene. —Lanzó una mirada de reojo a la señorita Chatham—. Seré un buen chico y jugaré con usted a las cartas en lugar de exponerla al frío, tal y como desea la señorita Chatham.

La anciana sonrió y le palmeó la mano.

—Gracias por el paseo, Derek.

—Ha sido un placer, milady.

Tras despedirse de Goliath y de la señorita Chatham, que le respondió a regañadientes, bajó las

escaleras y buscó a Johnny por toda la finca. Si alguien debía regañarlo, ese sería él. No podía seguir haciendo travesuras con las alumnas de la escuela. Dos años atrás, era divertido; el año anterior, pasable, pero ya tenía dieciséis años y sabía que empezaba a mostrar interés en las mujeres, lo había visto mirarlas y percibía los cambios en su expresión. Adoraba a las jóvenes y lo entendía. Empero él seguía siendo el chico de los recados y temía que acabasen por echarlo del colegio, pues pronto se convertiría en un hombre. En su caso se estaba retrasando un poco la madurez, pero no tardaría en llegar y, en ese momento, los juegos se terminarían.

Lo encontró cerca de los establos y el muchacho, al verlo avanzar hacia él intentó huir, aunque Derek logró sujetarlo por el cuello del abrigo. Estaba tan delgado, que no fue difícil para él alejarlo del suelo. Tampoco era demasiado alto, así que apenas tuvo que hacer esfuerzo alguno para retenerlo.

—¿A dónde vas?

—Lord Mersett, no hicimos nada malo, de verdad —gimió el adolescente—. Ayer había una camada de gatitos abandonada en el bosque y quería enseñársela a las señoritas, nada más.

—¿Una camada de gatitos? ¡Qué tierno! —dijo Derek, burlón. Lo dejó en el suelo y lo empujó hacia el lugar donde lo había visto con las alumnas—. Vamos, quiero verlos. ¡Me encantan los gatos!

El muchacho se sacó la raída gorra marrón que llevaba siempre puesta y la retorció entre las manos, incapaz de mirarlo a la cara.

—Ya no están.

—Ya no están, ¿eh?

—No, milord.

Lo tomó de la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Tenemos que hablar muy seriamente.

—¡No hice nada malo! —se defendió Johnny.

Derek le revolvió el cabello y sonrió.

—Ya lo sé. Pero tenemos que hablar igualmente. ¿Recuerdas mi ofrecimiento? —El muchacho asintió—. Pues creo que va siendo hora de que lo aceptes. No puedes pasarte la vida aquí.

Johnny negó con la cabeza.

—No puedo vivir de limosnas. No quiero hacerlo.

—¿Y planeas vivir toda tu vida siendo el chico de los recados de Minstrel House y un ayudante más en las caballerizas Bissop?

Johnny se sonrojó, iracundo.

—Es mejor eso que vivir de limosnas.

—Admiro tu orgullo, aunque no he hablado en ningún momento de caridad. Planeo convertirte en el sucesor de Aaron Wadlow al frente de mis negocios. Es una mejor opción para ti... —Lo miró unos instantes en silencio, mientras buscaba un argumento definitivo para convencerlo—. Para ti y para la familia que seguro quieres formar con Deirdre. ¿Crees que una mujer inteligente y

culta como ella querrá casarse con alguien sin futuro como tú?

El joven se envaró, enfadado porque lo había atacado en un punto sensible.

—Ella no aprecia la inteligencia en los hombres, o no se habría fijado en Angus McDonald.

Derek se atragantó con su propia saliva al escuchar las palabras de Johnny. Cuando se recuperó de la impresión, lo miró jocosamente.

—¿Estás diciendo que el herrero es tonto? No es que tenga la más mínima intención de desdecirte, pero creo que lo que le interesa a Deirdre es algo muy diferente de su cerebro. Dudo que ninguna mujer de Minstrel Valley sepa siquiera que el señor McDonald tiene uno. —Johnny lo miró sin comprender—. No importa, Johnny, no importa. Solo deja que te dé un consejo: Deirdre necesita a su lado a un hombre que pueda hacerla feliz, que valore su inteligencia y sepa respetarla, no a uno que la obligue a trabajar de sol a sol porque no puede mantenerla. Se marchitaría poco a poco. No ha nacido para ser campesina y tampoco para llevar una vida dura. Piensa en ello y en mi oferta. Sería una pena que desperdiciases tus capacidades llevando esta vida.

Le revolvió el cabello de nuevo y entró en los establos, donde Jarvis Bonder protestaba por la presencia de Zhui ante Dunhcan Bissop, que le decía que no era para tanto.

—Se lo digo yo, señor Bissop, este caballo ha salido del infierno. Como que me llamo Jarvis Bonder, que es así.

Derek sonrió, divertido, mas la expresión del jefe de establos al verlo era cualquier cosa menos divertida.

—Lord Mersett...

Dunhcan Bissop se volvió.

—¿Va a seguir torturando al pobre señor Bonder con su caballo, milord? —preguntó con fingida severidad.

Derek palmeó el lomo de Zhui, que resopló contento por la presencia de su dueño.

—Pero ¿qué dice, señor Bissop? Este muchacho es manso como un corderito.

—¿Está seguro de que Zhui no significa *Satán* en chino? —inquirió el señor Bissop alzando una ceja, burlón.

Mersett se echó a reír y montó su caballo.

—Zhui era un caballo de guerra que no abandonó a su dueño cuando todos los demás lo hicieron. —Sonrió—. No tiene nada que ver con Satán, señor Bissop. Me decepciona usted, pensaba que no escuchaba los rumores del pueblo.

—No los escucho, aunque es inevitable darse cuenta de cómo los lugareños se santiguan cuando lo ven pasar a lomos de esa hermosa bestia.

—Creo que no lo hacen por el caballo, señor Bissop —dijo dando la vuelta a la montura—. Dejo a su imaginación el porqué de ese gesto.

Se despidió con la mano y emprendió el camino hacia el pueblo al galope.

## Capítulo 2

—¿Está diciendo que Dottie tiene problemas con su padre por nuestra culpa?

Anna Forrester miró a Begonia Gambier, la portadora de aquellas noticias, con los ojos muy abiertos, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. La señorita Gambier asintió tras dar un sorbo a su taza de té con gesto compungido.

—Cada vez le cuesta más salir de la posada para venir a visitarme —dijo dejando la taza sobre la mesa de mármol que tenía frente a sí—. El señor Smith no le permite salir con la misma libertad que antes.

Anna sacudió la cabeza, incrédula, mientras una doncella le ofrecía un plato con emparedados de pepino. Mariam Keis, que había estado escuchando en silencio, lanzó un hondo suspiro y miró a las diecisiete mujeres que se habían reunido en el salón de Daphne Crown. Estaban un poco hacinadas, pero no les importaba, pues no había muchos lugares en los que pudiesen reunirse todas juntas y que fuesen tan privados como aquel.

—Sabíamos que esto iba a suceder cuando decidimos emprender nuestra lucha —dijo Mariam—. Es comprensible que su padre se rebele ante el deseo de independencia de Dottie, aunque estoy segura de que encontrará un camino para mantener al señor Smith contento y, al mismo tiempo, acudir a nuestras reuniones.

—Cierto —respondió Marcia Carpenter tras dar buena cuenta de su emparedado—. Señora Crown, los emparedados que prepara su cocinera son deliciosos. Quizá podría darnos la receta para servirlos en futuras reuniones.

—Es solo un emparedado de pepino —dijo Daphne sonriendo—. Y la señora Dubois no daría su receta ni aunque la colgásemos bocabajo sobre una cuba llena de aceite hirviendo.

Todas se echaron a reír y, mientras charlaban unas con otras sobre los distintos dulces y emparedados que la señora Dubois había preparado para la reunión, Daphne desvió la mirada hacia Edith, la hija mayor del coronel Grenfell. Faltaban un par de días para la boda de su hermana y se la veía demacrada y triste. Era bonita y, antes del lamentable suceso, irradiaba vitalidad y alegría. Por desgracia, desde que su prometido había roto su promesa con ella para casarse con su hermana no había sido la misma. En alguna ocasión había intentado ayudarla a desahogarse, pero no había dicho una sola palabra sobre lo que sentía respecto a la situación que estaba viviendo y ni siquiera mencionaba a su hermana, que la había apuñalado por la espalda de

una forma absolutamente vil. Y así, mientras en el hogar de los Grenfell se vivía una gran dicha gracias al que debería ser un feliz evento para todos, Edith se sumía más y más en una tristeza de la que era obvio que le costaría salir.

Daphne apreciaba mucho a la hija del coronel y no podía entender cómo este había sido capaz de consentir tal situación. Si aquel traidor había cambiado de opinión, tendría que haberlo echado de su casa con las manos vacías, en lugar de aceptar que cambiase a una hermana por la otra como si fuesen objetos, cosas prescindibles con las que hacer trueques.

Cada vez que lo pensaba se ponía furiosa. Y, ahora que la veía haciendo grandes esfuerzos por seguir la conversación mientras mordisqueaba un emparedado de pepino sin mucho entusiasmo, sentía que se le rompía el corazón. ¡Era tan joven! ¿Cómo podía permitir un padre tal sufrimiento?

Su mirada se cruzó con la de Marlene Mignon que, intuyó, estaba pensando lo mismo que ella. La francesa se preocupaba mucho por la joven y, al igual que Daphne, estaba deseando que la reunión llegase a su fin para hablar con la muchacha. Aunque aquello no parecía tener un final próximo. Habían servido unos platillos de pasteles de arroz que, sin duda, había cocinado Gong Li, la muchacha china que ayudaba en la cocina, para disgusto de la señora Dubois. Por suerte, la cocinera entendía que a su señora le gustaba la comida de Gong Li y se obligaba a hacer concesiones de cuando en cuando.

—¿Qué clase de pastel es este? —preguntó Brenna Baggins observando el dulce que sostenía en la mano—. Es muy... consistente.

Daphne sonrió, divertida. «Consistente» era una forma sutil de decir que no le gustaba y le hizo gracia ver cómo masticaba a disgusto tratando de aparentar lo contrario para no ofenderla.

—Son pasteles de arroz.

—¿Pasteles de arroz? —preguntó Elizabeth Upton—. Qué cosa más curiosa. Son un poco difíciles de tragar.

—Para eso tiene el té, querida —intervino Ruth Ashford—. Son deliciosos. ¿También los ha preparado la señora Dubois?

—No. Gong Li, su ayudante.

Todas se volvieron hacia ella, sorprendidas.

—¿Gong Li? ¡Qué nombre tan fascinante! —exclamó Bree Carrington—. ¿De dónde es?

—Chino.

—¡Chino! —exclamaron varias a un tiempo—. ¿Tiene una criada china, señora Crown?

Daphne asintió y se desató una tormenta de comentarios sobre China de la que la dejaron al margen. Aquella había escuchado que, la otra había leído tal y así una y otra hacían comentarios sin llegar a acercarse, ni de lejos, a la realidad del país. La suya era la visión sesgada de un imperio colonizador que trataba a los demás como seres de tercera. Aunque no podía culparlas, pues aquella era la información que les ofrecían y no tenían la posibilidad de corroborarla.

—Señoras, ¿han escuchado la noticia? —preguntó Eleanor Salford con los ojos muy abiertos—. ¡Lord Mersett se va a casar! Es increíble, no pensé que encontrase en Inglaterra a una mujer

dispuesta a casarse con él.

Daphne se volvió hacia ella muy molesta por el último comentario e ignoró de forma deliberada la supuesta noticia. No era la primera vez que escuchaba rumores similares y estaba segura de que no sería la última.

—¿Por qué no? —preguntó a la defensiva—. ¿No tiene el mismo derecho a casarse que cualquiera?

—No es eso —respondió la joven—. Es que es chino.

—Es un hombre —insistió Daphne—. ¿Qué importa si es chino o alemán?

—Importa porque la sociedad no está preparada para ese tipo de parejas —respondió Kate Fergusson, su ama de llaves y amiga. Daphne se volvió hacia ella, sorprendida. No sabía que había entrado en la habitación y mucho menos que estaba tan cerca de ella—. Aunque estoy segura de que hay muchas mujeres dispuestas a casarse con él en cualquier lugar del mundo. No olviden, señoras, que es el futuro marqués de Leavenfield y que, incluso ahora, su fortuna personal es considerable.

Daphne la fulminó con la mirada.

—Entonces esa mujer se estaría casando con su dinero y su título, no con él —replicó, furiosa.

Kate la miró burlona.

—¿Y no es así como funcionan los matrimonios de la nobleza en todo el mundo, señora Crown?

Daphne se mordió el labio inferior, molesta. Lord Mersett tenía otras muchas cualidades por las que debería ser valorado, no solo el dinero o el título.

—Aun así, casarse con él por dinero... —insistió Eleanor fingiendo un estremecimiento—. Imaginen qué clase de persona es si viene siempre con la cara destrozada.

Daphne la miró con incredulidad.

—¿Destrozada? —exclamó la viuda haciendo grandes esfuerzos por contener el torrente de palabras malsonantes que amenazaban con salir de su boca.

Kate puso una mano en su hombro para recordarle que no eran ni el momento ni el lugar para dejarse llevar por sus emociones.

—Supongo, señorita Salford, que no conoce la relación entre lord Mersett y la señora Crown —dijo el ama de llaves sin perder la sonrisa—, y por eso habla de una forma tan imprudente.

La aludida miró a Kate sin comprender.

—¿Relación? ¿Qué relación?

—El padre de lord Mersett y el de la señora Crown eran íntimos amigos. Ellos dos se conocen desde hace muchos años, y el señor Wadlow, al que conocieron aquí hace un par de semanas, es el administrador de los bienes de lord Leavenfield y lord Mersett. —Alzó una ceja, burlona, al ver el azoramiento de la mujer—. Chino o no, lord Mersett es una persona por la que sentimos cierto aprecio en esta casa.

Daphne miró a Kate y sonrió divertida. A veces parecía la señora de la casa, en lugar de serlo ella. Desde luego, en algunas situaciones hacía gala de un aplomo que envidiaba mucho. Daphne

era una persona que ejercía gran control sobre sí misma, mas tan pronto como le mencionaban a Derek en según qué términos, era incapaz de controlarse.

—Lo siento. Hablé sin pensar —dijo la señorita Salford bajando la mirada—. Le pido disculpas si la ofendí, señora Crown.

Un pesado silencio cayó sobre la sala y, unos minutos después, los miembros de la Liga de las Mujeres empezaron a poner excusas sobre inexistentes quehaceres y se marcharon para evitar el conflicto que sin duda se desataría si la señorita Salford abría la boca de nuevo.

Solo Edith y Marlene se quedaron en Landford House, y las tres amigas se trasladaron a un salón más pequeño, aquel en el que solían reunirse cuando estaban solas. Kate, que también solía reunirse con ellas, las siguió. Disponía de unos minutos libres y le gustaba la compañía de Edith y Marlene.

—Si sigues comportándote de ese modo cada vez que hablan de él, acabarás delatando tus sentimientos, *ma chère* —dijo Marlene con una sonrisa.

Daphne arrugó la nariz y sirvió cuatro copas de jerez que distribuyó entre las mujeres de la sala. Se bebió la suya de un trago y se sirvió una segunda.

—Me molestan mucho ese tipo de comentarios. Un hombre es un hombre, independientemente de si es chino o británico.

—Es el único chino de conocen, Daphne —dijo Edith con tono apagado—. Es normal que les sorprenda y les produzca cierto rechazo. Hoy mismo tenía el pómulo hinchado y un hematoma considerable en la mejilla. Porque tú me dices que es buena persona y no tengo motivos para dudar de tu palabra, pero de no ser así, seguramente pensaría algo similar a la señorita Salford. —Se volvió hacia la viuda con el ceño fruncido—. ¿Qué es eso de la boda? ¿Con quién se va a casar?

Daphne se encogió de hombros con indiferencia.

—No tengo ni idea.

—¿Y no te importa?

—Me importa, por supuesto, aunque lo trataré como si fuese un rumor hasta que él me confirme si lo es o no. —Suspiró—. Hay comentarios de ese tipo a diario. Sé que lord Leavenfield está buscando una esposa adecuada para él, pero hasta ahora solo ha encontrado rechazo por parte de Derek.

—¿Y por qué no tú? —preguntó Marlene—. Él debe conocer vuestros sentimientos.

—Los conoce —respondió Kate—. Por eso los separó. Ella no es «adecuada».

Tanto Marlene como Edith se volvieron hacia Daphne con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Por qué no eres adecuada? —preguntó Edith con el ceño fruncido. No podía imaginar a nadie más adecuado para el conde que la mujer que tenía frente a sí.

Daphne sonrió y se encogió de hombros con indiferencia.

—No tengo título y soy un poco... —Hizo un gesto vago con la mano—. Rebelde. Intentó inculcarme todos esos valores por los que se rige la nobleza, pero soy un poco cabeza dura.

—Un poco, dice... —murmuró Kate.

Daphne se volvió hacia ella y la miró, jocosa.

—Creo que me habría aceptado algún día si no hubiese aparecido en su casa con Kate. Supongo que en ese momento decidí que no podía ser la esposa de su único hijo. —Se volvió hacia las otras dos mujeres—. Tendríais que haber visto su cara de susto al verla.

La risa de Kate hizo que todas las miradas se volvieran hacia ella.

—Daphne se arremangó el vestido y me obligó a bañarme. Nunca me había bañado en un agua tan limpia y caliente. Pensaba que me había llevado a la casa para cocinarme para la cena. Monté un verdadero espectáculo.

—Y destrozaste mi bonito vestido verde, no lo olvides.

—¡Parecías una lechuga, toda verde y llena de volantes!

Las dos mujeres rieron al recordar el horrible vestido que lord Leavenfield le había regalado.

—¿No te arrepientes? —preguntó Marlene sonriendo a las dos amigas.

Daphne negó con la cabeza.

—Aun sabiendo cuál sería su reacción, volvería a hacer lo mismo. Kate es mucho más importante para mí que la opinión de tío Henry. Sé que me quiere y que, quizá, en otras circunstancias me habría antepuesto a cualquier título, mas reconozco que no me porté demasiado bien con él. Traicioné su confianza en repetidas ocasiones. Que me hubiese aceptado en esas circunstancias habría sido un milagro.

Rellenó las copas de jerez sin dejar de sonreír e intercambió una mirada cómplice con Kate.

—¿Qué hiciste? —preguntó Marlene.

Daphne tomó un sorbo de su copa y las miró con picardía. A menudo habían compartido detalles íntimos de sus vidas, pero ella nunca les había hablado del tiempo que había vivido con lord Leavenfield. Le parecía un poco injusto hacia sus amigas, pues Edith se había sincerado con ellas respecto a sus sentimientos hacia su prometido, sus anhelos y sus miedos. Y, unos días atrás, Marlene les había hablado sobre Jean-Philippe Bizet, el amor de su vida, que había muerto antes de que ella decidiese instalarse en Inglaterra. Quizá por esa sensación de estar siendo deshonestas con ellas, decidió hablar con total sinceridad sobre lo sucedido.

—En realidad, fue algo bastante común: me enamoré de su único hijo y me reunía con él en una de las habitaciones de invitados, el desván... En fin, dejo a vuestra imaginación lo que sucedió. Cuando lord Leavenfield lo descubrió, decidió que debía alejarme de Derek antes de que hubiese consecuencias no deseadas, así que me dio a elegir entre casarme con Eric Crown o que Aaron pagase las consecuencias de mis actos. Estaba estudiando en Eton y tenía un futuro brillante por delante.

Las dos la miraron con tristeza. Les parecía terrible que hubiese tenido que elegir entre las dos personas que más amaba.

—Así que elegiste salvar el futuro del señor Wadlow antes que a lord Mersett —dijo Marlene.

—No habría podido estar con él de todos modos. Derek no lo sabía en ese momento, pero de no

haber aceptado la «oferta» de lord Leavenfield, él también habría sufrido las consecuencias de nuestros actos. Además, de los estudios de Aaron dependía todo nuestro futuro. Habíamos decidido que, en cuanto encontrase un buen trabajo, saldríamos de Leavenfield Park para vivir los dos solos. Ya sabéis que, aunque no llevamos el mismo apellido ni compartimos una gota de sangre, lo considero mi hermano. No quería que su futuro se viese arruinado por mi culpa. — Suspiró—. Quizá hoy habría tomado otra decisión, pero tenía diecisiete años, así que elegí lo que creí que era mejor para todos.

De repente, Edith soltó una exclamación de sorpresa, como si hubiese descubierto algo muy importante en el fondo de su copa de jerez.

—¿Te acostaste con él? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿En la casa del marqués? —Se cubrió las mejillas, coloradas por la vergüenza al hablar de aquel tema—. ¿Es eso? ¿Y lord Leavenfield os vio? ¡Santo Cielo! ¡Qué horror!

Daphne alzó una ceja, risueña. Habría jurado que su amiga había entendido sus palabras antes, empero allí estaba, sonrojada como una niña. Y, en realidad, en comparación con Marlene, eso era: una criatura inocente. La francesa y ella lo olvidaban con demasiada frecuencia.

—Nadie nos vio. Solo... lo intuyó. Derek, al tratar de evitar mi matrimonio, confirmó sus sospechas. —Se encogió de hombros—. Tío Henry se sintió muy decepcionado por nuestra actitud y Derek me odió por haber accedido a casarme con Eric, por eso se fue a China durante tanto tiempo. No soportaba verme. Se sentía traicionado.

Kate suspiró y tomó la mano de Daphne en un gesto de infinito afecto.

—Pero había otra razón por la que aceptó ese matrimonio —dijo mirando a su amiga con tristeza.

—¿Cuál? —preguntó Edith.

Daphne dudó. Aquel era un tema doloroso del que nunca hablaba. Era consciente de que evitarlo no iba a hacerlo desaparecer, pero, aun así, le costaba hablar de ello. Miró a Kate, que asintió, animándola a contarles la verdad. Sabía que a veces se sentía como una impostora frente a sus amigas y por eso la alentaba de aquel modo a ser honesta con ellas.

—Estaba embarazada —respondió con expresión triste—. Lo descubrí cuando Derek se marchó. Si se hubiese quedado, no me habría casado con Eric, pero... —Se encogió de hombros—. Éramos demasiado jóvenes, así que cometimos muchos errores.

—El niño que murió —murmuró Marlene llevándose una mano al pecho, consternada—. Ese niño... ¿era hijo de lord Mersett?

Daphne asintió.

—¿Y tu esposo aceptó al hijo de otro hombre? —preguntó Edith, confundida—. ¿Hay hombres así?

—Fui honesta con él desde el primer momento. Le di la opción de romper el compromiso, pero no quiso hacerlo. Según él, porque me amaba. Luego descubrí que tenía sus propios intereses puestos en nuestro matrimonio.

—¿Cuáles?

—Le gustaban los hombres. —Sonrió—. Pero tuvimos un buen matrimonio, nos llevábamos bien y quería a mi hijo. Eso era todo lo que necesitaba. No creo que hubiese soportado que visitase mi dormitorio por las noches.

Edith se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—¿Le gustaban los hombres? —Miró a Marlene—. ¿Eso puede pasar?

La francesa se sonrojó hasta la raíz del cabello. De nuevo habían olvidado la juventud e inocencia de Edith. Miró a Daphne, azorada, que también se había sonrojado al escuchar a la hija del coronel.

—En ocasiones —respondió Kate—. ¿Por qué no me acompañas a revisar lo que la señora Dubois ha preparado para la cena?

—Pero... ¡Oh! No quiero recordar lo que he escuchado hoy aquí. —Fingió limpiarse los oídos—. No es que te juzgue, Daphne, pero... preferiría no saber nada de esto hasta que encuentre un marido... si lo encuentro algún día.

Daphne se mordió el labio inferior, contrita, y se volvió hacia Marlene.

—Deberíamos tener más cuidado cuando esté ella —dijo cuando las otras dos mujeres abandonaron la sala.

—Es difícil, ya que pasa tanto tiempo con nosotras. A veces olvido que solo es una niña.

—Ya no lo es —dijo la viuda con tristeza.

—Supongo que lo sucedido con su hermana la ha hecho crecer.

Daphne suspiró y se sentó al lado de Marlene, que la observó unos instantes en silencio.

—Pregunta lo que tienes en mente y deja de mirarme de ese modo. Me vas a hacer un agujero en la cara.

Marlene dudó y, tras jugar con unos instantes con el anillo de ámbar que siempre llevaba puesto, la miró a los ojos y lanzó su pregunta.

—Si vuestra relación llegó tan lejos en el pasado, ¿por qué ahora estáis así? Ambos sois adultos y, aunque lord Leavenfield ponga el grito en el cielo por vuestra relación, los dos sois independientes económicamente y podríais vivir una buena vida juntos.

Daphne suspiró con una mezcla de resignación y fastidio.

—Creo que todavía le duele lo que él considera mi traición y que lo intenta disfrazar con excusas como mi supuesto suicidio social.

—¿Y por qué lo consientes? Tienes el carácter necesario como para plantarle cara.

—Porque es mi debilidad. Me cuesta mucho negarme a sus peticiones, quizá porque lo único que me pide es que mantengamos una relación platónica. Si sus exigencias fuesen mayores, las cosas serían diferentes.

—¿Tanto lo amas?

La viuda asintió con una sonrisa triste.

—Desde la primera vez que lo vi, Marlene. Es difícil de explicar con palabras, pero en nuestro

primer encuentro supe que era el amor de mi vida. Entonces era muy diferente de ahora. Vestía al estilo chino y lucía una trenza muy larga. Se consideraba a sí mismo un manchú puro y rechazaba su mestizaje, que trataba de ocultar a toda costa. En aquel momento estaba furioso con el mundo, pero... pero conmigo fue dulce y me cuidó durante todo el viaje a Inglaterra.

Marlene le palmeó una mano con afecto al notar cómo se le quebraba la voz.

—¿Y qué harás si decide casarse?

—Respetar su decisión, Marlene.

—¿Aunque sea doloroso?

—Sí.

—¿No deberías luchar por lo que quieres? Ha pasado el periodo de luto y...

—No quiero hacerlo, Marlene, pero si decide casarse con alguien adecuado a su posición, lo respetaré y apoyaré... y me desharé de cualquier sentimiento persistente que todavía tenga por él.

—¿Serás capaz de hacerlo?

Daphne se encogió de hombros dando a entender que no lo sabía y la francesa la miró con algo similar a la compasión.

No era la primera vez que se enfrentaba a la idea del matrimonio de Derek. De hecho, llevaba años preparándose para aquel momento, pero, por mucho que dijese que lo aceptaría y trataría de apoyarlo, lo cierto era que no sería capaz de hacerlo. ¿Aceptar que el hombre al que amaba se casase con otra? Imposible. No se opondría porque no se sentía con el derecho a hacerlo, pero no podría aceptarlo. Y mucho menos apoyarlo. Si Derek se casaba con otra mujer, se iría de Minstrel Valley. Pondría tierra de por medio para evitar que él volviese a buscarla como seguramente haría. Lo amaba, sí, pero su amor era egoísta. Su generosidad hacia él era solo de palabra. Lo quería a su lado y, si no podía ser, entonces prefería alejarse.

## Capítulo 3

Derek observó el ir y venir de Daphne por el establo y suspiró. Era la primera vez en cinco años que se reunían bajo techo y se sentía bastante incómodo al estar tan cerca de ella en un lugar cerrado. Cuando sus encuentros eran en el exterior, no resultaban nada fáciles, pero al menos el temor a ser descubiertos lo mantenía alerta y alejado de ella. Allí, a solas con la mujer que amaba, no estaba seguro de ser capaz de contener sus impulsos. La deseaba. La deseaba tanto, que le dolía todo el cuerpo a causa de los esfuerzos que debía hacer para mantenerse en su lugar y no abalanzarse sobre ella.

Tendría que haber rechazado su propuesta y lo sabía, pero era la primera vez que le pedía algo así y, además, le había dicho que no se encontraba demasiado bien. De hecho, la otra opción que le había dado era no encontrarse aquella noche y eso era algo que no podía hacer. Necesitaba verla, aunque fuesen cinco minutos, porque solo de ese modo podría regresar a Londres tranquilo.

Cierto, no habría sido la primera vez en que sus planes de encontrarse se hubiesen truncado o que él se hubiese visto obligado a permanecer en Londres más de lo deseado a causa del clima, pero en aquellas ocasiones no había otra opción o, cuando menos, ninguno la había propuesto y, ese día, habían podido encontrarse de aquel modo.

Era obvio que ella había esperado que rechazase su sugerencia, pues se movía de un lado a otro nerviosa, fingiendo que estaba ocupada en algo, fuese lo que fuese. Y él, que se caracterizaba por ser un hombre de gran paciencia, la había observado en silencio, mientras esperaba a que se tranquilizase y volviese a ser ella misma, pero la situación estaba durando más de lo que había esperado, así que decidió tomar cartas en el asunto y se levantó. Se aproximó a ella sigiloso y la tomó de la muñeca para obligarla a girarse.

—Señora Crown, ¿me va a decir qué sucede?

Ella alzó las cejas sorprendida, aunque no sabía si era por la forma en la que se había dirigido a ella o porque la estaba tocando de forma voluntaria. Porque él nunca, jamás, la tocaba. Era muy respetuoso con su cuerpo y su espacio vital y, en aquel momento, lo estaba invadiendo por completo. Sin darse cuenta, la había acorralado contra una pared y apenas había unos centímetros de distancia entre ellos. De forma inconsciente, acarició el brazo de Daphne, que se estremeció ante el roce de su mano. Se miraron a los ojos, anhelantes, y la viuda suspiró. Era la primera vez en más de diez años que él la tocaba y no estaba preparada para el torrente de emociones que

había desatado en su interior. Estaba el deseo, por supuesto, pero también algo más. Algo que creía haber desterrado hacía mucho tiempo. Algo que la había llevado a odiarlo durante años. Y, cómo no, el anhelo. Mas no por él, sino por el niño que ya no estaba. ¡Se parecía tanto a su padre! Siempre se había sentido orgullosa del gran parecido entre ellos, a pesar de que eso la había obligado a encerrarse en el campo con él, pues nadie en Londres debía saber que el hijo de Eric Crown era, en realidad, el bastardo del conde de Mersett.

Alzó una mano y acarició el rostro del conde. Su corazón se dividía entre el deseo hacia él y el dolor de la pérdida.

Nadie era culpable del fallecimiento de Daniel, así que echárselo en cara a Derek, que entonces estaba en China, era absurdo. Lo sabía y, sin embargo...

Sin embargo, en ocasiones era incapaz de evitarlo. Quizá se debiese a aquella situación tan particular, o tal vez a que, al contrario de lo que creía, todavía tenía muchas heridas que sanar. No lo sabía y, en aquel momento, no quería saberlo.

Derek observó los cambios que se producían en Daphne y, de nuevo, vio aquel velo en su mirada. Y supo, sin lugar a dudas, que aquella noche sería incapaz de traspasar los muros que hubiese decidido levantar entre ellos. No era la primera vez que lo hacía y él siempre la había respetado, así que no iba a dejar de hacerlo ahora.

En ocasiones, percibía cierto grado de resentimiento en ella, como si hubiese hecho algo terrible por lo que jamás sería perdonado. Intuía que tenía que ver con su marcha a China, así que creía que su obligación era replegarse y esperar, pero a veces sentía que no estaba haciendo lo correcto y que cada una de sus retiradas solo empeoraba lo que fuese que molestaba a Daphne.

Permitió que ella le acariciase el rostro y no se movió ni un milímetro mientras lo hizo, pero su deseo se había enfriado. Era consciente de que no lo estaba viendo a él y se preguntó, no por primera vez, quién era el rival con el que competía por el corazón de su amada. Era doloroso pensar que aquellas caricias estaban destinadas a otro, pero era capaz de soportarlo si de ese modo podía permanecer a su lado.

Fue ella quien rompió el contacto y se alejó de él. Se sentó a escasa distancia, en una paca de heno. Él permaneció en el mismo lugar unos instantes, mientras recomponía su expresión y regresaba a su yo habitual. Ese que mostraba a todo el mundo. Aquel no era el momento de ser otro que no fuese lord Mersett.

—Se rumorea que te casarás pronto —dijo Daphne de repente.

Derek dio un respingo, sorprendido, no solo porque no esperaba que ella hablase todavía, sino también por lo directa que había sido. Nunca había mostrado interés por los rumores que lo rodeaban, pero en aquella ocasión sí parecía interesada en su respuesta. Quería confirmarlo o desmentirlo y el conde sabía que debía ser cuidadoso con sus palabras, pues de su talento para salir de aquella situación dependía la continuidad de aquel romance que, a pesar de no conducir a ningún lugar, era vital para él.

—No es cierto.

Lo dijo en un tono suave que no pareció convencerla. A pesar de que había desviado el rostro para que no viese su expresión, pudo percibir el ceño fruncido antes de que lo ocultase.

—Sin embargo, todo el mundo habla de tu boda y...

—Daphne... —Ella no se volvió y él cambió su posición para obligarla a mirarlo a los ojos—. No es cierto. He escuchado los rumores, pero no es verdad. Mi padre está intentando encontrarme esposa, pero...

—¡Ah!

Derek podía luchar con cualquier cosa, excepto con la decepción que reflejaba su mirada. Sabía que el rechazo del marqués era doloroso para ella, pero allí ellos dos eran los únicos que importaban. ¡Al infierno lord Leavenfield y sus intentos para casarlo! Si no podía casarse con Daphne, no lo haría con nadie más.

—He dicho que lo está intentando, no que yo vaya a aceptar a ninguna de esas jóvenes.

Ella lo miró unos instantes y se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Debes casarte —dijo—. Es tu obligación traer al mundo un heredero, ¿no es así? Pero la mujer que lo dé a luz debe ser adecuada, por supuesto.

Derek parpadeó, sorprendido ante el resentimiento que reflejaba su expresión.

—¿Acaso te he dado la impresión alguna vez de querer convertirme en el esposo de una mujer «adecuada»?

—¿No es así?

—¡Por supuesto que no!

Ella se inclinó hacia él hasta que sus narices se rozaron. Derek, sorprendido, se apartó de ella.

—Entonces, ¿por qué demonios me obligas a encontrarme contigo de forma clandestina?

Derek abrió la boca para contestar, pero la cerró de nuevo. Creía que ya le había explicado sus razones cuando habían decidido mantener aquella relación.

—Nunca te he obligado a nada. Tú aceptaste las normas que sugerí.

—No las sugeriste, las impusiste.

El conde se echó hacia atrás, indignado.

—No las rechazaste.

—No me diste otra opción. O las aceptaba, o no volvería a verte.

La miró unos instantes y se levantó.

—Quizá debí haber rechazado esta cita —dijo sacudiéndose el heno de los pantalones—. Volveré la semana que viene y...

—¿Hablaremos cuando esté más calmada? —Lo miró, burlona—. ¿Crees que estoy alterada, Derek?

—¿Acaso no es así?

—Tal vez lo sea. ¿Cómo te sentirías tú si hubiese rumores sobre mi matrimonio después de esperar cinco años, Derek?

Ahora fue el rostro de Derek el que mostró resentimiento.

—No intentes hacerme sentir culpable, Daphne. Si me caso o no, no tienes nada que decir al respecto. ¿Debo recordarte quién de los dos traicionó al otro casándose con otra persona?

Daphne también se levantó para enfrentarlo. A pesar de su elevada estatura, todavía tenía que alzar la cabeza para poder mirarlo.

—¿Debo recordarte quién cedió ante la presión de su padre? ¡Rompieste conmigo en cuanto te dijo que lo hicieses! ¿Te habrías casado conmigo, Derek? Di la verdad. ¿Lo habrías hecho? —Él no respondió, pero ella conocía bien la respuesta—. ¡Tenía que casarme!

—¿Por qué tenías que hacerlo? ¿Podrías haberme esperado!

Ella titubeó unos instantes.

—¡No podía hacerlo!

—¿Por qué no?

—¡Porque todo acto tiene sus consecuencias! Pero claro, tú ya estabas muy lejos como para... —Se llevó una mano a la boca, sorprendida por todo lo que había dicho.

—¿Por qué te callas? —Ella negó con la cabeza y él soltó una maldición, frustrado—. ¿Qué demonios escondes?

Ella negó de nuevo con la cabeza y trató de huir, pero Derek la detuvo sujetándola por el brazo.

—Si has decidido hablar por fin, hazlo de una vez.

Ella se zafó del agarre y lo miró con expresión obstinada.

—No tengo nada que decir.

Él resopló, frustrado, y la miró amenazante.

—¿Aunque no vuelvas a verme?

—No me amenes, Derek. Sabes que no respondo bien ante las amenazas.

—¿Quieres comprobar si es una amenaza o si soy capaz de cumplir mi palabra?

—¡Por supuesto que eres capaz! No tengo la menor duda. Ya lo hiciste hace once años. Me amenazaste con desaparecer y lo hiciste. Pero sabías que te estaría esperando... ¿crees que lo haré ahora? No tengo la más mínima intención de aceptarte de vuelta si decides marcharte.

Derek la miró, rabioso y, antes de decir algo de lo que se arrepintiese más tarde, abandonó el establo, dejando atrás a una Daphne estupefacta, aunque más por su propia actitud, que por la reacción del conde.

No era propio de ella comportarse así, pero el recuerdo de Daniel todavía ardía en su pecho. Durante unos minutos había podido ver en Derek al hombre en el que podría haberse convertido y se había preguntado, no por primera vez, si habría corrido la misma suerte de haber tenido a su padre a su lado. No lo culpaba, pues nadie tenía la culpa de que el sarampión se lo hubiese llevado, pero no podía evitar preguntarse si el niño seguiría viviendo de no haber sido ambos tan cobardes. Y la duda la llevaba a detestar a Derek, aunque también a sí misma por haberse casado con Eric y haber aceptado vivir en el campo.

En momentos como aquel, cuando el rostro del conde le recordaba tanto al de su hijo, la mujer desaparecía para dejar paso a una madre destrozada por la pérdida. Siempre había sido capaz de

contener aquel torrente de emociones que, por alguna razón que desconocía, aquella noche se había desbordado.

«Quizá sea el momento de terminar con todo esto», pensó.

No importaba cuánto lo amase, o la necesidad que tuviese de verlo, aunque fuese con aquellas condiciones que él había impuesto; siempre había sabido que aquello tendría un final nada satisfactorio para ella.

Se dejó caer en el fardo de heno en el que había estado sentada antes y suspiró. Tenía que pensar bien en qué debía hacer a partir de aquel momento, o volvería a perderse a sí misma y no quería vivir del mismo modo en que lo había hecho cinco años atrás.

\*\*\*

La ira marcaba la velocidad a la que caminaba Derek hacia The Old Flute. La posada estaba próxima a Landford House, así que solían usar el bosquecillo cercano a la mansión para sus encuentros. Ese era el principal motivo por el que había elegido aquel lugar para alojarse durante sus estancias en Minstrel Valley y había rechazado hacerlo en Minstrel House, a pesar de la insistencia de lady Acton.

Incluso en un detalle tan mínimo como aquel, se percibía que su vida entera giraba en torno a Daphne. Lo que quería, lo que le gustaba, lo que la hacía sonreír... todo, absolutamente todo, estaba relacionado con ella. No recordaba haber vivido una sola vez sin pensar en ella desde que la había visto entrar en el hotel de Macao, con aquellas dos gruesas trenzas y una mísera bolsa de viaje raída en la mano.

Se pasó una mano por la cabeza, frustrado, y avanzó a más velocidad. Necesitaba llegar a su cuarto y emborracharse. Odiaba a los borrachos y detestaba beber hasta perder el conocimiento, pero o lo hacía, o invadiría la casa de Daphne exigiéndole aquellas respuestas que no quería darle.

¡Ah, cómo odiaba en aquel momento el vivir en la ignorancia! Necesitaba saberlo todo de ella, incluso aquello que no quería contarle.

En realidad, sabía poco de la vida de Daphne durante el tiempo que habían estado separados. No había intentado averiguar nada porque le resultaba demasiado doloroso. Había oído algo sobre un hijo que había fallecido por alguna enfermedad, pero no había querido escuchar nada más, pues la idea de que hubiese sido madre y que el padre de su hijo hubiese sido otro hombre, le provocaba un sufrimiento desgarrador.

Quizá era el momento de enfrentar su propio dolor y averiguar cómo había vivido aquellos años. Necesitaba saber por qué había dicho aquellas cosas en el establo, por qué estaba tan dolida y resentida. No podía ser porque hubiese tenido un mal matrimonio, pues por todos era sabido que Eric Crown era un buen hombre. Atractivo, inteligente, ingenioso y de buen corazón. Él mismo lo había conocido poco después de llegar a Inglaterra por primera vez y, tras el recelo inicial, se había mostrado amable y considerado con él. No podía reprocharle nada en absoluto, así que dudaba que le hubiese causado algún dolor a Daphne. Entonces, ¿qué le había pasado?

Suspiró y buscó la entrada trasera de la posada, el mismo lugar por el que había salido.

—¡Lord Mersett!

Derek dio un respingo al escuchar la voz de Dottie, la hija del posadero. Se volvió y la encontró a diez pasos sosteniendo un candil.

—Buenas noches, Dottie —dijo tratando de aparentar calmado—. ¿Ha tenido mucho trabajo esta noche? No es habitual en usted acostarse tan tarde.

Ella asintió y señaló la puerta con la cabeza.

—Usted, sin embargo, debe tener problemas de sueño. Siempre sale y vuelve muy tarde. ¿Se encuentra bien?

—Siempre he tenido problemas para dormir —mintió. Le sorprendió ser capaz de hacerlo sin pestañear, habida cuenta de la tempestad que estaba a punto de desatarse en su interior—. Espero no haberla molestado en alguna de mis salidas.

—¡Por supuesto que no, milord! —exclamó la joven haciendo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto—. Aunque me despierte, vuelvo a dormirme enseguida. Pero siempre me ha sorprendido lo poco que duerme usted.

Derek sonrió, incómodo, y señaló la escalera.

—No quiero distraerla más, Dottie. Que pase una buena noche.

La joven asintió y lo observó mientras subía por las escaleras.

Al llegar a su cuarto, cerró la puerta y se apoyó en ella, aliviado por estar a solas por fin. Aunque su alivio duró poco, ya que escuchó un carraspeo masculino cerca de él. Se volvió, sobresaltado, y vio a Hugh Turner sentado en la mesa mientras daba buena cuenta de una enorme rebanada de pan con queso y una gran ración de pollo frío, todo regado con la cerveza de la casa.

—Ahora entiendo por qué fui sorprendido por Dottie —gruñó mientras se quitaba los guantes y el abrigo.

—Estaba muerto de hambre y la muchacha es muy amable... —Miró los platos que tenía frente a sí—. Y generosa. No he podido comer en todo el día y Dottie ha decidido que debo comer todas las comidas que me salté en una sola.

Derek arrojó el abrigo sobre la cama y se volvió hacia su amigo.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que viajarías al norte con Wadlow.

Hugh se encogió de hombros y bebió un largo trago de cerveza.

—El queso del señor O'Neill es excepcional —comentó mientras se limpiaba las comisuras de los labios con la servilleta—. Pero supongo que no tienes interés en mis gustos culinarios. Pareces a punto de estrangular a alguien.

—Es una opción que no he descartado todavía. Deja de dar rodeos y habla de una vez, Turner.

El otro hombre suspiró y jugueteó con una miga de pan, incómodo.

—En realidad, he venido a salvarte el culo, Mersett. Al parecer, hay una firme candidata a ser tu esposa y, cuando llegues a Londres, te presentarán a la chica y a sus padres. Eso lo hace oficial, supongo.

—¿Disculpa? —preguntó Derek, creyendo que no había oído bien.

—Que te vas a casar lo quieras o no.

Derek parpadeó, sorprendido.

—¿Con quién?

—Lady Sophia Dankworth.

—Jamás.

La firmeza de su tono arrancó una sonrisa a Hugh, que mordisqueó la loncha de queso que todavía no había terminado sin dejar de mirar a su socio y amigo.

—Creo que no tienes opción. A no ser que decidas casarte con la señora Crown. Aunque por tu expresión yo diría que no estás pensando en eso, precisamente. ¿Es a ella a quien quieres estrangular?

—Ahora mismo, a mi padre, pero hasta que llegué aquí, sí, era la señora Crown.

Hugh ocultó la sonrisa que asomó a sus labios ladeando la cabeza. Por lo que él sabía, aquellos dos no discutían nunca, pero era cuestión de tiempo que ella se rebelase ante las estúpidas condiciones del conde. ¿Qué persona en su sano juicio aceptaría mantener una relación platónica con la persona a la que amaba?

—¿Puedo preguntar por qué?

—No, no puedes. —Lord Mersett frunció el ceño—. ¿Chandler sigue en Londres o lo enviaste a China?

—Sigue en Londres, ¿por qué?

—Haz que investigue el pasado de Daphne.

—¡Mersett! —exclamó Hugh sorprendido—. ¿Qué...? No, no puedo hacer eso.

Derek alzó una ceja, burlón.

—No te estoy pidiendo que lo hagas personalmente, sino que se lo encargues a Chandler en mi nombre. —Se sentó en la cama y empezó a descalzarse—. Necesito saber qué le sucedió después de casarse y por qué me guarda tanto resentimiento.

Hugh negó con la cabeza.

—No creo que sea asunto tuyo. Es su vida y debes respetar...

—Ese resentimiento está dirigido hacia mí, así que creo que tengo derecho a saber por qué se siente de ese modo. —Hizo un gesto con la mano hacia la puerta—. Estoy cansado, Turner. Si ya has terminado...

—He terminado, pero tendré que dormir aquí. No hay cuartos libres.

Derek puso los ojos en blanco y Hugh se echó a reír. No era la primera vez que se veían obligados a compartir cuarto y cama, pero la reacción de desagrado del conde era siempre la misma y le parecía muy graciosa. Y eso que era el que peores hábitos tenía a la hora de dormir. Incluso hablaba en sueños. Dio un último trago a la cerveza, que compartió con su amigo, y, al igual que este, se preparó para dormir. Ya hablarían de todo aquello por la mañana y entonces decidiría si aceptaba su petición o no.

## Capítulo 4

Daphne acarició el lomo del libro y sonrió. A su lado, Deirdre O'Neill daba saltitos, emocionada por lo que contenía el paquete que ella misma le había llevado a la viuda. No podría leerlo por su cuenta, ya que no entendía alemán, pero no era la primera vez que la señora Crown le leía algo escrito en otro idioma y lo traducía para ella.

—¡Qué edición más bonita! —exclamó la joven mientras hacía grandes esfuerzos por no tocar el libro.

Daphne sonrió.

—Es un regalo muy especial. —Se volvió hacia la joven—. Es la última parte de la obra de Goethe que leímos hace unos meses.

Deirdre abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿*Fausto*?

Daphne asintió y guardó la carta que acompañaba al libro en el bolsillo. Ya la leería más tarde, cuando estuviese a solas. Deirdre lanzó una última mirada al regalo que la viuda acababa de recibir y suspiró. A ella solo le regalaban libros la señora Crown y lord Mersett. También algunas de las alumnas del colegio y alguna profesora, pero por mucho que lo agradeciese, ninguno de ellos era «un regalo muy especial». Aunque, por lo que sabía, los únicos presentes que la viuda recibía provenían de lord Mersett o del señor Wadlow, y aquel, aunque pertenecía a un hombre, no era de ninguno de ellos, sino de un tal August Scheidemann, según la nota que acompañaba al libro. Y, tenía que reconocerlo, su caligrafía era perfecta. Intentó imaginarse cómo sería un hombre capaz de escribir como si cada letra fuese una obra de arte, pero no fue capaz de hacerlo. Le faltaba experiencia de vida, toda la que parecía sobrarle a Daphne Crown.

La había conocido unos meses después de que se instalase en Landford House, cuando había intentado terminar con su vida por segunda vez arrojándose al río Oldruin desde el puente del Pasatiempo. La había visto caer y había corrido a pedir ayuda al señor Worth, que la había sacado del agua a pesar de las protestas y los intentos de resistirse de la viuda. Pero nada podía hacer contra la fuerza del condestable, que la había llevado a la orilla sin prestar atención a sus gritos desesperados. En aquel entonces, la señora Crown era solo piel y huesos y no tenía fuerza ni para sostenerse en pie. Ella misma la había visto bajar del carruaje a su llegada a Minstrel Valley y cómo lord Mersett la había ayudado a entrar en la casa, pues apenas tenía fuerzas para caminar.

Todo el mundo había dado por sentado que la tristeza por la pérdida de su esposo e hijo había sido demasiado para una persona tan frágil como ella, pero Deirdre estaba convencida de que había algo más, porque Daphne Crown no le parecía, en absoluto, una mujer débil.

—Tu hermano me ha pedido que hable contigo sobre Angus McDonald.

Deirdre miró a Daphne con sorpresa y se sonrojó.

—¿Mi hermano?

La viuda asintió.

—Está preocupado por tu interés hacia el señor McDonald y, la verdad, yo también. —Le hizo un gesto para que se sentase y la joven lo hizo, aunque no era capaz de ocultar su nerviosismo. Temía ser regañada—. Sé que él no siente el mismo interés que tú y que no... —Daphne dudó. No sabía cómo afrontar aquello, pero le había prometido a Kieran que hablaría con ella, por muy incómodo que fuese, así que tenía que hacerlo de algún modo—. Sé que él ha mantenido las distancias contigo desde que descubrió tus sentimientos. —El corazón de Daphne se encogió al ver la humillación reflejada en el rostro de la joven. No quería hacer aquello, pero era lo mejor para ella, le gustase o no—. Entiendo lo que sientes, Deirdre. El señor McDonald es muy apuesto y agradable, el héroe romántico perfecto, y lo reflejas maravillosamente en tus escritos, pero es solo eso: algo que está en tu imaginación. Comprendo que te inspires en él y creo que no podrías haber elegido mejor modelo, pero la personalidad que tú imaginas y la real son muy diferentes.

—Pero él me gusta.

—A todas las mujeres de Minstrel Valley les gusta el señor McDonald. Ninguna mujer que tenga los ojos sanos los desviaría al verlo pasar. Pero, querida, lo que tú sientes... lo que tú sientes está influido por lo que has imaginado.

—¿Por qué cree que me lo he imaginado? Él...

—Porque lo conozco, porque he hablado con él, porque he visto cómo se comporta con otras mujeres... y aunque es un hombre honrado y encantador, no es como tú lo has imaginado. No hay nadie tan perfecto, querida.

—¿Ni siquiera lord Mersett? —preguntó la joven en un vano intento de frenar a su benefactora.

—Él es el más imperfecto de todos los hombres de Inglaterra.

Deirdre alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Y aun así lo ama?

Daphne se encogió de hombros con indiferencia.

—Conozco sus defectos y los amo.

—¿Y por qué cree que lo que yo siento es menos real que lo que usted siente? Yo también amo los defectos del señor McDonald.

Daphne comprendía la insistencia de la chica y su terquedad. Había puesto sus ojos en un hombre que, en su opinión, era perfecto, y no quería verlo de otro modo. Incluso podía entender el encaprichamiento de la muchacha, pues el escocés era extraordinariamente atractivo. Y a ese físico casi perfecto, lo acompañaba una personalidad abierta, risueña y encantadora. Además, era

honrado y generoso, ¿qué mujer no perdería la cabeza por él? Pero, aunque era todo eso, no era, ni mucho menos, el héroe romántico que Deirdre imaginaba. Y tampoco era un dechado de virtudes, como reflejaba en sus novelas. La entendía, por supuesto, pero era peligroso para ella idealizar de aquel modo a alguien a quien apenas conocía.

—No he dicho que tus sentimientos no sean reales, sino que los has dirigido hacia alguien que no lo es. Por eso estamos preocupados por ti. Tememos que vivas el resto de tu vida amando a un hombre que jamás te verá y que, además, no es, en absoluto, como tú lo imaginas.

—Pues preferiría que no se preocupase por mí, señora Crown. Soy lo bastante mayor como para saber hacia quién dirijo mis sentimientos. No quiero ser grosera, pero... no creo que usted sea la persona adecuada para darme lecciones sobre el amor.

Daphne acusó el golpe con entereza y asintió, conforme. En eso tenía razón. ¿Quién era ella para dar lecciones de nada a nadie? Y, aun así, no podía evitar preocuparse por la joven. Algún día comprendería el porqué de su preocupación, pero en aquel momento ambas se sentían incómodas por la conversación y era mejor dejarlo a terminar peleándose. Por suerte, la aparición de Kate cargando los libros que había comprado en Londres para Deirdre aligeró el ambiente y, dos horas después, las dos mujeres ya habían olvidado su conversación previa.

\*\*\*

Lady Sophia Dankworth era, en opinión de todos los hombres presentes en la sala, una joven muy hermosa. Rubia, de ojos azules y con una piel muy blanca, sin una sola peca o lunar que afease la perfección de su rostro, y, además, lucía tímida y apocada, pero Derek había visto algo en su mirada que no le había gustado en absoluto. No era rechazo, pues a eso estaba acostumbrado y apenas le afectaba. Tampoco el desdén que lo acompañaba. Era algo más, algo que no había sabido identificar. Pero lo que sí había captado en cuanto la había visto entrar, había sido la codicia. La mirada disimulada con la que había recorrido la casa antes de bajar la cabeza para mostrar sumisión, le había dado una idea bastante clara de lo que la había llevado allí. También la forma en la que había tratado a Betsy, la doncella que le había servido la sopa, cuando pensaba que nadie la miraba. Se creía la señora de Leavenfield Park y, aunque intentaba mostrarse como una joven sin carácter, no podía disimular del todo sus intenciones.

No le sorprendió, sin embargo, su convencimiento de que sería la futura marquesa de Leavenfield, pues era, con diferencia, la más hermosa de las jóvenes que habían pasado por aquel comedor y lo sabía. Lo que no sabía era que los cánones de belleza por los que se regía Derek no tenían nada que ver con los de los hombres occidentales pues, para algunas cosas, todavía era chino hasta la médula. A él no le impresionaban ni el cabello dorado, ni los ojos azules, ni todo aquello que fascinaba tanto a los varones británicos. Además, su ideal de belleza estaba a unas tres horas de distancia, en un pequeño pueblo del condado de Hertfordshire llamado Minstrel Valley.

Suspiró con fastidio y miró a su padre con la promesa de que pagaría por aquella encerrona, pero lord Leavenfield ni siquiera se inmutó.

—Hacen una pareja preciosa —dijo lady Dankworth llevándose la mano al pecho en un gesto teatral que provocó una fuerte sensación de rechazo en Derek—. ¿No le parece, milord?

—¡Desde luego! —exclamó el marqués mirando con aprobación a ambos—. Creo que no hay esposa más adecuada para mi hijo que lady Sophia.

Al decir esto, lanzó una rápida mirada a su hijo, que captó el significado de sus palabras. O era ella, o alguna de las otras mujeres que había paseado frente a sus narices; jamás podría casarse con Daphne. No respondió, no era el lugar para hacerlo, pero guardaba la respuesta en su pecho, donde golpeaba furiosa por encontrar una salida. Mas, en aquel entorno de falsa cordialidad, no podía dar rienda suelta a sus deseos. Debía comportarse acorde a su educación y, cómo no, a su posición.

Le resultaba repulsivo que hablasen de aquel modo sobre él cuando sabía a ciencia cierta que, de haber tenido otra opción, jamás habrían permitido que su adorada hija se acercase a un mestizo como él, con o sin fortuna. Pero, como sus circunstancias eran las que eran, la paseaban frente a él, exhibiendo su miseria con aquel vestido prestado y arreglado apresuradamente para asistir a aquella cena, en las joyas falsas y en ese brillo de desesperación en los ojos de la muchacha, cuyo interés no estaba dirigido a él, sino a Aaron Wadlow, que se había unido a ellos en un intento de lord Leavenfield de dejar en claro que solo él decidiría sobre el matrimonio de Derek y que Daphne no tenía lugar en la familia Lee. Si Wadlow se había dado por enterado o no, era imposible saberlo, pues no había persona menos expresiva que él. Tampoco podía adivinar si sentía el mismo interés que lady Sophia, pero era obvio que la joven no podía disimular, como sí lograba hacer con sus sentimientos hacia él. Aunque él los conocía de sobra, pues tres años atrás, cuando había debutado, había dejado muy claro lo que pensaba sobre el «sucio chino que se hacía pasar por un conde». Derek no podía evitar sentir curiosidad por lo que estaba pensando, lo que sentía realmente ahora que tenía que tragarse su orgullo para conseguir su dinero.

Se fijó en el vestido, que ya había llamado su atención antes, y contuvo un suspiro. Era tan obvio que lo habían adaptado a su figura a toda prisa, que se sintió ofendido. Habría preferido que se hubiese presentado ante él con un vestido viejo, o pasado de moda, incluso raído, en lugar de tratar de engañarlo de un modo tan burdo. ¡Ah! ¡Qué ofensivo que trataran de hacerlo pasar por tonto!

—Lord Mersett todavía no ha dicho nada —dijo lady Sophia alzando la cabeza lo justo para hacerse oír.

Derek, que había estado sumido en sus pensamientos, la miró sorprendido. No tenía ni idea de qué habían estado hablando porque aquella conversación absurda no le interesaba en absoluto. Pero, al parecer, tendría que prestar atención, o saldría de aquella incómoda velada con una esposa indeseada colgada del brazo.

—Al parecer está tan impresionado por la belleza de lady Sophia que no ha escuchado nuestras palabras —se carcajeó lord Leavenfield.

Derek lo miró con fastidio y buscó la mirada de Aaron Wadlow, que se encogió de hombros con

indiferencia. No iba a encontrar ayuda allí, porque no creía que él fuese adecuado para Daphne. Y quizá tuviese razón. Alguien como él no se merecía a una mujer como Daphne, pero no había nada que pudiese hacer, pues era la única mujer a la que quería y ninguna lograría ocupar jamás su lugar.

—En realidad, no es la belleza de lady Sophia lo que me ha impresionado —dijo, deseoso de zanjear aquel asunto—. Pero no creo que sea correcto ni educado decir qué fue lo que me mantuvo distraído. —Se volvió hacia la joven—. ¿Sobre qué tengo que manifestar mi opinión?

No fue capaz de adivinar los pensamientos de lady Sophia, a pesar de que observó cada uno de sus gestos. Sin embargo, los dedos ligeramente crispados sobre la falda del vestido le hablaron sobre la batalla interior que estaba librando. Lo despreciaba, pero lo necesitaba con desesperación. Nadie había aceptado los intentos de su padre de venderla al mejor postor. Le había faltado subastarla para completar su hazaña.

Le parecía vergonzoso el modo en que se la estaba tratando, pero más lo enfurecía que lo trataran como si fuese estúpido, convencidos de que su belleza y su educación lo seducirían, pues todo el mundo sabía que ninguna otra mujer desearía casarse con él.

—Sobre el lugar en el que desea casarse.

Dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y la miró burlón.

—¿No debería aceptar primero este compromiso? No recuerdo haberle propuesto matrimonio o haber dado mi consentimiento a este ridículo asunto.

Lady Sophia se sonrojó y se volvió hacia lord Leavenfield en busca de ayuda.

—Hablemos de esto más tarde —dijo el marqués mirando con firmeza a su hijo—. Ya me he hecho cargo de todo.

La advertencia que percibía en la voz de su padre no amilanó a Derek, que decidió zanjear el asunto en aquel preciso momento. No se casaría y era absurdo que siguiesen hablando de algo que no iba a suceder.

—Si está tan emocionado por celebrar un enlace entre las dos familias, quizá debería casarse usted con lady Sophia. No la rechazaría como madrastra, aunque no puedo aceptarla como esposa.

—Derek...

La tormenta que se estaba formando en el rostro del marqués no detuvo a lord Mersett, que estaba harto de asistir a aquel tipo de pantomima una y otra vez.

—Lady Sophia ya dejó muy claro lo que piensa de mí hace tiempo, y empujarla a un matrimonio con un... —Fingió tratar de recordar las palabras que había usado la joven—. ¡Ah! «un sucio chino que se hace pasar por conde y mancha el buen nombre de la sociedad inglesa», es demasiado cruel. No solo para ella, que parece dispuesta a aceptar cualquier cosa que le propongan, sino también para mí, que tendría que verme forzado a engendrar un heredero con ella. —La expresión horrorizada de lady Sophia le arrancó una carcajada amarga—. ¿Ve, padre? Solo pensarlo le produce arcadas. —Se inclinó hacia ella—. Tranquila, querida, a mí también.

—Creo que ha malinterpretado las palabras de mi hija, lord Mersett —intervino lady

Dankworth temblorosa. Se le escapaba algo que había dado por seguro y no quería aceptarlo—. Ella...

—Hay poco margen para la interpretación en las palabras de su hija, lady Dankworth. La invité a bailar porque la anfitriona de la fiesta me lo pidió y su respuesta fue que jamás bailaría conmigo. Las palabras exactas las dije hace un momento y no tengo intención de repetir las. Si un simple baile le producía repulsa, ¿qué cree que sucederá con un matrimonio?

Lord Leavenfield se levantó de su asiento y se acercó a él. Puso una mano sobre su hombro y lo apretó en un gesto que aparentaba ser conciliador, pero que estaba destinado a someterlo. Lo había usado tantas veces que ya no surtía el efecto deseado.

—He dicho que hablaremos más tarde sobre esto. Discúlpate con mis invitados y despídete por hoy. Yo lo arreglaré todo.

Derek se zafó del agarre y se volvió hacia él. Agradeció haber heredado su estatura, pues de ese modo no tenía que inclinarse o elevar la cabeza para mirarlo a los ojos y mostrarle sus sentimientos.

—Y yo he dicho que, si quiere celebrar una unión con esta familia, cambie al novio, porque no tengo la más mínima intención de casarme.

Lord Leavenfield clavó una mirada acerada en su hijo y volvió a su asiento. No hablaría más sobre aquello y así lo demostró al disculparse en su nombre y achacar su actitud a la sorpresa. Derek, rabioso, abandonó la habitación.

El marqués había tomado una decisión, pero que lo condenasen si iba a aceptarla.

\*\*\*

Daphne miró la carta que acababa de sacar del bolsillo y suspiró. No estaba segura de que seguir manteniendo aquel tipo de relación con August fuese saludable para ninguno de los dos. Ciertamente, no había nada malo en ello, pero sentía que aquello solo prolongaba la agonía del hombre, pues no había logrado superar la muerte de Eric. Lo había amado con la misma intensidad con la que ella amaba a Derek y, gracias a él, había aprendido a aceptar aquel tipo de relación que, en principio, le había parecido antinatural.

No había sido fácil convivir con ellos, a pesar de la discreción que mostraban en todo momento. Al principio, le había parecido una aberración, pero con el tiempo se había dado cuenta de que no había nada aberrante en el amor. Sobre todo, tras el nacimiento de Daniel, al que ambos habían adorado. Al final, lo más doloroso había sido pensar que, quizá, ella podría haber vivido igual de feliz con Derek si las cosas hubiesen sido diferentes.

August se había convertido en un buen amigo y, tras la muerte de Eric, tan próxima a la de Daniel, se había ofrecido a cuidar de ella. Si no había aceptado, era porque no quería que nadie la cuidase y porque Aaron había intervenido con tanta rapidez que apenas había podido pensar.

En la misiva, le hablaba sobre su vida en Fráncfort y sobre sus quehaceres en la imprenta de su padre, que había abierto de nuevo tras la muerte de este. El ejemplar de *Fausto* que le enviaba era su primer trabajo y esperaba que fuese benevolente con los posibles errores que pudiese contener.

Terminaba la carta invitándola a visitarlo y ofreciéndole su hogar, si deseaba instalarse en su país.

Sonrió al pensar en los dos viviendo juntos. Se llevaban muy bien y habían compartido largas conversaciones sobre literatura, filosofía y política, pero vivir juntos sería un tedio. Eric era el único capaz de hacerlos salir de su caparazón con su carácter jovial. Siempre reía y gastaba bromas a todo el mundo, incluso al servicio. La gente lo quería y él quería a todo el mundo.

Pero si había alguien a quien su esposo amaba, era a Daniel. Durante el embarazo la había cuidado y mimado en exceso, la había consentido tanto que había engordado diez kilos. Según su doncella, ningún marido era tan solícito con su esposa. Y tendría que haberse sentido feliz, pero temía su reacción al ver al niño, a pesar de que ya sabía quién era el padre. Sus miedos habían estado del todo injustificados, pues lo había amado desde el primer momento. Era, de hecho, la persona que más lo había sostenido en brazos, más que ella, incluso. Y Daniel lo adoraba. Nunca podría estar lo bastante agradecida por el trato que habían recibido tanto su hijo como ella.

No había amado a Eric porque sabía que era imposible, pero sí había albergado sentimientos hacia él. Un afecto que iba más allá del que sentía por August, cuyo comportamiento hacia ella había sido afectuoso en todo momento. Estaba segura de que, de no ser sus circunstancias tan insólitas, habría sido capaz de amar a su esposo. No como amaba a Derek, eso jamás, pero lo habría amado.

Guardó la carta en un cajón y se volvió hacia Kate, que estaba remendando algo cerca del fuego.

—¿Por qué no vas a visitarlo? —le preguntó su amiga—. Quizá deberías alejarte de este lugar un tiempo.

—No puedo.

Kate bajó la labor que tenía entre las manos y miró a Daphne con dureza.

—Ese hombre no es para ti. Deberías saberlo mejor que nadie. Aunque él decidiese dar un paso adelante, lord Leavenfield no lo permitiría y... bien, ya sabes lo que sucedió la única vez que tuvo que enfrentarse a él.

Daphne asintió. Lo sabía, sabía todo eso, pero no podía irse. Quería hacerlo, lo pensaba a diario, pero no podía, sencillamente no podía. No importaba si para verlo tenía que esconderse, o si lord Leavenfield ponía el grito en el cielo. Ya no era una niña que dependía de su dinero para sobrevivir, ni tenía que proteger el futuro de Aaron. Era una mujer adulta e independiente que podía enfrentarse a él si era necesario. Preferiría no hacerlo, pues estaba agradecida por su ayuda cuando habían tenido que abandonar China, pero lo haría si fuese necesario.

—Lo sé —dijo—. Lo sé, pero no puedo hacerlo.

Kate suspiró y volvió al zurcido de aquella pieza de tela que Daphne no supo identificar.

—Quizá deberías hablarle de Daniel. Eso le daría el empujón que necesita para hacer lo que debe.

—Nunca le hablaré de Daniel. No quiero que se case conmigo porque una vez me dejó embarazada y se fue.

Kate la miró de nuevo.

—Pero estarías casada con él. ¿Qué importa si lo hace por eso o por otra cosa? Os amáis, así que... —Se encogió de hombros—. No sé, no entiendo tu insistencia en guardar el secreto. Algún día lo descubrirá. Y que Dios nos coja confesados cuando lo haga.

Daphne negó con la cabeza.

—No quiero que se case conmigo porque soy la madre de su hijo fallecido. Quiero que lo haga por mí misma. No creo que pudiese vivir con él si fuese de otro modo.

Kate soltó un suspiro cargado de frustración.

—¿Qué importan los medios si alcanzas tus objetivos?

—Importan porque a mí me importan. Además, no quiero causarle ese dolor. Sería cruel.

—¿Y que tú hayas tenido que pasar por todo lo que pasaste sola no lo es?

—¿Y qué pasé, en realidad? Se fue, sí, pero no sabía nada sobre el embarazo. Me casé con un hombre maravilloso que nos cuidó a Daniel y a mí como si fuésemos su familia. Tuve una vida plácida al lado de mi marido y de mi hijo.

—Pero los perdiste a ambos. ¿Por qué tienes que sufrir sola?

—¿Y qué solucionaría hacerlo sufrir a él también? ¿Me devolverá a Daniel?

Kate dejó la labor a un lado.

—Al menos sería consciente de las consecuencias de sus actos. ¿Es que nunca lo odias? Deberías hacerlo, no penar por él como lo haces.

—Lo odio a diario. Cada vez que lo tengo cerca y pienso en lo mucho que Daniel se parecía a él, lo detesto. Pero luego me doy cuenta de que no es el único culpable de lo que sucedió. Nunca me arrastró a aquella habitación, siempre lo hice de buen grado. No fue él el que me besó primero y jamás me obligó a hacer nada que no quisiese hacer. —Se encogió de hombros—. Soy tan culpable como él, así que no veo razón para cargar sobre él el peso de mi dolor.

—¡Pero él tendría que haber pensado en lo que podría pasar en lugar de marcharse a China!

Daphne no pensaba de ese modo. No cuando el dolor por la pérdida de Daniel no la atormentaba. Ella acudía a sus citas nocturnas de buen grado. De joven había retozado con él a cualquier hora y en cualquier lugar sin pensar en las consecuencias, las mismas que Kate le había explicado una y otra vez. No había ido a aquellos encuentros como una mojitata que no sabía nada. Había sido feliz a su lado, lo había amado como solo se ama la primera vez, y no se arrepentía. ¿Cómo podía cargar todo el peso sobre él solo porque era hombre? Sí, había sido cobarde, pero ella también. Había aceptado el matrimonio con Eric porque temía lo que podría pasar si no lo hacía y, al hacerlo, había traicionado la confianza de Derek, que se había marchado de Inglaterra dolido y furioso.

Los dos habían sido culpables de lo sucedido y, aunque en ocasiones sentía animadversión hacia él, sabía que estaba siendo injusta, que no se merecía aquel rencor.

—Yo tendría que haber sabido que, si lo traicionaba, se marcharía.

—¿Como si hubieses tenido otra opción! —escupió Kate, furiosa al recordar lo que había

sucedido.

—La tenía. Podría haber rechazado el matrimonio, Kate. Podría haberlo convencido de huir juntos. Pero no lo hice, solo... me dejé llevar.

Kate suspiró de nuevo y abandonó su labor definitivamente.

—Eras muy joven.

—Y él también.

—De acuerdo, él era joven también. Y erais unas palomitas sin experiencia. Sé eso, pero no puedo evitar sentirme frustrada al veros. No puedo comprender vuestra relación por mucho que me expliques sus motivos para hacer las cosas así y los tuyos para aceptarlo. Respeto tu decisión, pero no la comparto. Los dos estáis perdiendo un tiempo muy valioso de la forma más absurda.

Daphne frunció el ceño, molesta.

—No quiero seguir hablando de esto. No llegaremos a ningún acuerdo y es demasiado doloroso.

Kate se levantó y sirvió dos copas de jerez. Le tendió una a Daphne.

—Hablemos entonces de temas más interesantes.

La sonrisa pícaro le dio una clara idea de lo que iba a escuchar a partir de aquel momento: un compendio de las aventuras amorosas de Kate Fergusson. Pensó que sería una buena forma de terminar el día, después de su discusión con Deirdre y de leer la carta de August. Kate siempre la hacía reír. ¿Qué habría sido de ella sin su amiga? Aceptó la copa y se acomodó en el sofá para escucharla sin dejar de sonreír.

## Capítulo 5

Aquel tipo era enorme. Inmenso. Descomunal. Una bestia salida del inframundo con un cuerpo tan grande que resultaba difícil mirarlo. Incluso lord Mersett, más alto que la media de los mortales, parecía diminuto a su lado. Claro que, con aquel cuerpo delgado suyo no podía hacer frente a aquella mole que, si bien no le sacaba ventaja en estatura, sí lo hacía en corpulencia. Hugh estaba convencido de que, si lograba atrapar al conde con un solo brazo, lo asfixiaría entre aquellos bíceps de acero. Porque no había grasa en aquel gran cuerpo, solo demasiado músculo. Tanto que Turner temió que su amigo perdiese no solo la pelea, sino también algún diente.

Desde su posición pudo ver que lord Mersett evaluaba a su contrincante sin perder la sonrisa. Pero él lo conocía bien y sabía que temía salir de allí con algo más que un hueso roto.

Mientras se vendaba la mano que se había lastimado durante su propia pelea, Hugh observó los movimientos de Derek, que había dejado la parte superior del *qipao*<sup>[1]</sup> en una esquina y se había quitado los zapatos para pelear con aquel tipo. Era una costumbre adquirida de la que él mismo hacía uso. A Hugh le permitía ver cómo la cincelada musculatura del conde se contraía, lista para atacar, o se relajaba cuando sabía que su contrincante no duraría un asalto. Y en aquel momento estaba tenso. Muy tenso.

Hacía frío y el viejo almacén estaba húmedo, pues había llovido toda la tarde. Alguien había encendido fuego en algunos puntos del almacén y los gritos eran ensordecedores. El dinero corría de mano en mano e iba a caer directamente a la enorme cesta de mimbre en la que se recogía todo el efectivo de las apuestas que, en aquella ocasión, no favorecían al conde. No le sorprendió, pues pocos daban por hecho que aquel chino pudiese ganar a su rival. Pero Hugh sabía que lo derrotaría. No tenía ni idea de en qué condiciones saldría de allí, pero estaba convencido de que haría todo lo posible por no sufrir heridas graves porque Daphne Crown lo estaba esperando.

A Hugh no dejaba de sorprenderle el amor que sentía hacia aquella mujer. Cualquiera en su lugar la habría convertido en su amante o habría dado un paso atrás, pero él se mantenía fiel a ella. Algo que, por otra parte, no comprendía, pues era un hecho que no sentía ni la más mínima atracción hacia las mujeres occidentales. Nunca lo había visto ejercer el celibato de una forma tan férrea como desde que habían regresado a Inglaterra. En China, sin embargo, era el niño mimado de uno de los burdeles de Shanghái, al cual había acudido por primera vez con catorce años. En aquel momento no entendía chino, pero alguien le había traducido las palabras de una de las

prostitutas más mayores: «es un muchacho precoz».

Y también el ideal masculino para aquellas mujeres: tocaba varios instrumentos tradicionales, recitaba poesía, mantenía largas conversaciones sobre cualquier tema con ellas y, en ocasiones, se desataban batallas dialécticas que acababan, cómo no, en algo obsceno.

Le Guang Xi era un hombre refinado y culto que hacía las delicias de las clases altas de China. Pero también un hábil hombre de negocios con el que había logrado ganar mucho dinero. Nadie habría imaginado que, en realidad, no era un noble chino, sino un noble británico. No debía resultarle fácil navegar entre dos aguas y mantener el tipo en cada situación.

Hugh admiraba a lord Mersett, del mismo modo que el conde lo admiraba a él. Habían forjado una gran amistad a lo largo de los años, reforzada, quizá, por las penurias que habían tenido que soportar el primer año que habían pasado en China.

Suspiró y tiró de la venda con los dientes sin dejar de mirar a su amigo. Y, en cuanto aquel hombre enorme se abalanzó sobre él, elevó una plegaria al cielo para que saliese indemne de la contienda.

\*\*\*

Derek lanzó una mirada de soslayo a Hugh y pudo ver la preocupación reflejada en su rostro. Él también se había sentido turbado al ver a su adversario salir de entre el público para enfrentarse a él. El conde intuía que el sorteo no había sido todo lo legal que tendría que haber sido, por eso se sentía intranquilo.

Desde luego, su oponente era formidable. No era tan alto como él, pero su constitución era mucho más ancha y musculosa. No le parecía torpe, pero manejar aquella musculatura lo hacía lento y él se sabía mucho más ágil. Y ya podía serlo, pues lo había visto levantar a un hombre de unos cien kilos por encima de la cabeza y arrojarlo al suelo como si fuese un fardo sin más peso que un niño de diez años.

El tipo hacía alarde de sus músculos flexionándolos y relajándolos para intimidarlo. Bien, lo estaba consiguiendo. No era un hombre que se amedrentase con facilidad, pero el pensar que podría triturarle el cráneo con aquellas manazas, lo hacía dudar.

Pensó en Daphne y se prometió, por enésima vez, que no volvería a aquel lugar, pues no quería causarle el dolor que le supondría su pérdida. Se dijo que aquella sería la última vez y que en esa ocasión cumpliría su promesa. Pero en el fondo sabía que solo eran palabras vacías.

Se pasó una mano por el cabello y suspiró. Lo llevaba muy corto como una forma de rebeldía. Si no podía ser tratado como un occidental, no se ataría a los dictados de su moda. Además, no soportaba aquellos peinados que lucían los británicos. Le parecían horribles. Prefería la trenza manchú o el pelo muy corto.

Además, sabía que a Daphne le gustaba porque marcaba más sus facciones y...

Se abofeteó mentalmente. Aquel no era el momento de pensar en ella. Era el momento de concentrarse y pensar en salir vivo de allí.

Su contrincante dio el primer paso y se abalanzó sobre él. Tal y como había supuesto, era un

poco lento. Fuerte, pero lento. Y demasiado confiado en su propia fuerza. No le costó esquivar el primer golpe, pero el tipo estaba ávido de sangre y, cuando Derek se alejaba de él, se lanzó de nuevo al ataque con un grito enfurecido. Logró esquivarlo a duras penas y, cuando lo hizo, el otro lo golpeó en el tobillo, haciéndolo caer al suelo. La mole se lanzó sobre él y Derek rodó hacia la derecha en un intento por esquivarlo, pero no pudo evitar que lo golpease en el pecho con el brazo. Fue un golpe casual que lo dejó sin aliento, momento que el hombre aprovechó para situarse sobre él a horcajadas y tratar de golpearle la cara. Derek, mucho más rápido, esquivó los golpes y levantó una rodilla para golpearlo en la entrepierna. El golpe no fue muy fuerte, pero suficiente como para distraerlo. De ese modo, pudo sacar las piernas de entre las de su rival y alzarlas hacia su cuello. En un gesto rápido y letal, apretó con fuerza hasta dejarlo sin aliento. Cuando el otro suplicó piedad, lo soltó y rodó lejos de su alcance para ponerse en pie con seguridad. Todavía le dolía el pecho en el lugar donde había sido golpeado y se preguntó, no sin angustia, si le habría roto alguna costilla. Por el rabillo del ojo vio a Hugh horrorizado por algo y, al volverse, comprobó el porqué: la mole había sacado un cuchillo de algún lugar y lo amenazaba con él.

En aquel almacén del puerto, no había normas escritas y las peleas eran mucho más violentas y sanguinarias que las de los clubes de caballeros. Pero, aun así, se regían por algunas reglas no escritas: nada de armas, pecho y pies desnudos para evitar golpes mortales a causa de las punteras de metal o cualquier otra cosa letal, y nada de muertos. La pelea podía ser sangrienta, cruel, se podían romper huesos o usar cualquier estilo de lucha, pero había que respetar aquel pacto entre caballeros, si se podía llamar de aquel modo. Era obvio que aquel tipo había ido a por todas y eso significaba que quería deshacerse de él. El porqué no importaba. Quizá hubiese vencido antes a alguno de sus amigos, tal vez se debiese a algún rencor enquistado hacia un chino, o a saber. Pero una pelea más se había convertido en algo personal y eso lo puso más alerta, si cabía.

El gentío que los rodeaba, lejos de tratar de detener la pelea, empezó a gritar más, enfervorizada por el deseo de sangre. Derek valoró sus posibilidades: podía usar uno de los gruesos troncos que ardían cerca de él, o bien buscar su *qipao* y usarlo para arrebatarle el cuchillo. Esa opción le pareció más segura que la anterior y caminó alrededor del otro hombre hasta que llegó al lugar donde lo había dejado. Lo recogió sin apartar los ojos de su rival y lo enrolló hasta que lo convirtió en algo que podía usar para golpearlo en la mano y arrancarle el arma. Y así fue: en cuanto trató de atacarlo con ella, lanzó el *qipao* sobre la mano y, aunque no lo consiguió al primer intento, sí logró evitar que lo apuñalase. Tuvo que intentarlo cuatro veces antes de arrancarle el cuchillo de la mano. El arma cayó a los pies de Hugh, que lo cogió y lo arrojó a una de las hogueras, lo que enfadó a la mole. Derek, temiendo que se lanzase sobre su amigo, voló en el aire y lo golpeó en la cara con el pie. Luego se valió del propio cuerpo de su contrincante para elevarse sobre él y golpearlo con la rodilla en la cara, rompiéndole la nariz. El siguiente golpe, directo a la cabeza, fue mucho más fácil, pues estaba de rodillas frente a él. Con una sola patada lateral, lo dejó inconsciente. Y, mientras él caía, Derek suspiró aliviado. Se

volvió hacia Hugh Turner y se sonrieron, satisfechos con el resultado.

Nadie pudo prever lo que sucedió después: un hombre emergió de entre el público y lo golpeó en la cabeza con uno de los troncos que no habían sido arrojados al fuego. Lo último que vio Derek fue a Hugh corriendo hacia él, asustado. Su único pensamiento antes de caer en la negrura más absoluta fue para Daphne.

\*\*\*

Detestaba las noches. No recordaba cuándo había podido dormir una noche entera sin sentir aquella horrible angustia.

Apartó las mantas y se levantó de la cama. Holly, una de sus dos gatas, levantó la cabeza y miró a su dueña con curiosidad, pero al ver que se dirigía hacia el armario, volvió a dormir. Estaba acostumbrada a sus idas y venidas nocturnas y ya no le importaba si iba o venía, siempre y cuando no la molestase. Snow, mucho más pragmática, ni siquiera se había molestado en abrir los ojos, aunque era obvio que la había despertado.

Se detuvo frente al armario y sacó las primeras prendas que encontró, luego se echó por encima una gruesa capa de lana y salió.

Cada vez que despertaba de aquel modo, sentía la imperiosa necesidad de salir. No importaba si llovía o nevaba, si hacía frío o calor, era incapaz de permanecer dentro de casa. Y, si no podía salir por cualquier motivo, abría la ventana porque sentía que, si se quedaba dentro de su cuarto, moriría asfixiada.

Aquello había empezado tras la muerte de su padre. Había podido asumir la muerte de su madre porque siempre estaba enferma y apenas la veía, pero su padre lo era todo para ella. Que no le hubiese dedicado ni un solo pensamiento antes de acabar con su propia vida, había sido tan doloroso como imperdonable. Todo se había agravado cuando la habían metido en un barco rumbo a Inglaterra, obligándola a abandonar todo lo que conocía sin contar con su opinión o deseos. Durante el viaje habían empezado sus paseos nocturnos. Pero entonces no los hacía sola, sino que Derek la acompañaba. No sabía cómo había descubierto que salía de su camarote a hurtadillas, pero había aparecido una noche a su lado y le había dicho que era peligroso salir sola, pues los marineros pasaban mucho tiempo en alta mar. No le había dado más explicaciones y había tardado un tiempo en comprenderlo.

Derek, que también había sido obligado a abandonarlo todo sin ser consultado, compartía con ella sus pesares y miedos. Ninguno conocía a nadie en Inglaterra, nunca la habían pisado y no había nada que los atase a aquel lugar. Él era un chino de pies a cabeza, a pesar de su mestizaje. Había sido educado como un noble, era culto y refinado y sus diversos *qipao* eran de seda y bordados de oro. Había recibido la mejor educación que un hombre podía recibir y sus profesores habían aspirado a convertirlo en alguien importante para el país. Ella, sin embargo, no había recibido la educación que recibían todas las mujeres occidentales. Había sido educada por su niñera china y la hermana de esta, además de haber estudiado con Aaron gracias a la insistencia de este, pues su padre estaba más preocupado por su esposa que por ella.

En realidad, no le importaba. Hablaba varios idiomas y era excepcionalmente hábil con las matemáticas y los instrumentos musicales. Era capaz de aprender a tocar un instrumento en meses y, además, memorizaba cualquier cosa con gran rapidez.

Los tutores de Aaron siempre alababan su inteligencia, aunque al principio habían puesto pegos a aceptarla en sus clases por ser ella una mujer. Temían que el aprendizaje de Aaron fuese más lento por su culpa.

Andrew Townsend no se había preocupado mucho por ella en ese aspecto, así que había gozado de una gran libertad durante catorce años, pero todo se había venido abajo cuando Henry Lee, marqués de Leavenfield, se había hecho cargo de su educación. Entonces había empezado a vivir una vida de restricciones que la había llevado a la desesperación: una dama no debe comer como un marinero, una dama no debe enseñar sus manos, una dama no debe salir a la calle sin sombrero, una dama no debe mirar a los hombres a los ojos, una dama no debe quedarse a solas con un caballero, una dama...

Ella había intentado rebelarse, pero todos sus intentos de rebelión habían sido sofocados. En eso había compartido destino con Derek, al que intentaban convertir en un occidental sin mostrar la más mínima piedad hacia él. Lo habían obligado a afeitarse la cabeza y deshacerse de la trenza, a vestir al estilo occidental y olvidarse de sus adorados *qipao*. Ella adoraba verlo vestido con *qipao*. Era tan guapo que era un placer mirarlo. La seda solo acentuaba su belleza.

Aunque, tenía que reconocerlo, vestido al estilo occidental u oriental, le gustaba mirarlo.

Sonrió para sus adentros y se cubrió la cabeza con la capucha de la capa. La noche era excepcionalmente fría y así sería hasta que llegase la lluvia. Durante el día hacía sol y, a mediodía, las temperaturas eran cálidas. No llegaba a hacer calor, pues estaban a principios de noviembre, pero sí era agradable salir a pasear bajo el sol invernal. A media tarde empezaba a refrescar y, por la noche, helaba. Por eso tenía que pisar con cuidado a medida que avanzaba, pues tenía miedo de resbalar y caer al suelo. No porque le preocupase lastimarse, que también, sino porque no quería escuchar la regañina de Kate, que no dejaba de repetirle lo peligroso que era salir sola de noche. Cuando iba a encontrarse con Derek se quedaba más tranquila, pues se vestía con ropas masculinas, pero cuando iba a pasear por la orilla del lago vivía en una angustia constante. O eso decía, pues nunca se enteraba, ya que dormía a pierna suelta y no se despertaba ni aunque la casa se le cayese encima.

Aunque, lo reconocía, no debería pasear por el lago. No porque temiese ser atacada, pues nunca se había encontrado con nadie que intentase hacerle nada, sino porque había asustado a más de una persona durante sus paseos. El primero había sido Angus McDonald, el herrero, que salía del bosque tras algún encuentro amoroso y se había tropezado con ella. Se había llevado tal susto que la había confundido con la Dama Blanca. Tardó unos minutos en convencerlo de que no era ella y, una vez pasada la impresión inicial, incluso se había reído. Estaba un tanto ebrio, no sabía si solo por el alcohol o porque había pasado un buen rato en el bosque, pero lo cierto era que no estaba muy lúcido aquella noche. La segunda había sido la misma Kate, que se había levantado para

comprobar que había cerrado bien las puertas y las ventanas y se había llevado un susto de muerte. De hecho, había salido a espantar al fantasma, pues creía que traería mala suerte a los habitantes de la casa. Tal había sido su ímpetu que habían acabado rodando por el suelo las dos, hasta que su amiga se dio cuenta de que era ella y no un fantasma. Al día siguiente se habían reído a carcajadas, pero por la noche habían regresado a casa enfurruñadas. La tercera persona había sido la señorita Lorianne Bowler, la prometida de Nerian Worth, el condestable de Minstrel Valley. La pobre muchacha había aparecido de la nada y la había mirado horrorizada antes de salir corriendo, asustada por la visión. Daphne incluso se había quitado la capa para que viese que era una mujer de carne y hueso y no un fantasma, pero no lo había visto pues, para cuando había logrado quitársela, la chica ya había desaparecido de su vista. Y, dos días después, los rumores sobre la Dama Blanca corrían como la pólvora por el pueblo. Que si alguien la había visto, que si se oía el sonido del laúd del juglar en las ruinas de los Scott...

Había pasado noches sin salir de casa por temor a que alguien descubriese sus paseos nocturnos. Si creían que había un fantasma, se mantendrían alejados del lago, pero si decidían comprobar si este existía o no, la descubrirían y las consecuencias podrían ser nefastas para ella. No solo porque una mujer no debía salir sola de noche, sino porque podían pensar que iba a reunirse con algún amante, lo que haría su vida muy difícil. Por todos era sabido que, si un hombre creía que una mujer era especialmente receptiva a las atenciones masculinas, trataría de imponer su presencia a la dama en cuestión, creyéndose con el derecho a hacerlo solo por ser hombre y ella de moral relajada. Y el asunto de su reputación no le importaba demasiado, pero sí lo que una caída en desgracia traería consigo. Algunos hombres la miraban de forma extraña porque consideraban que no debía salir tanto de casa, ni dejarse ver sola, ni pasear por ahí sin sombrero, entre otras cosas. Eso por no hablar de su negativa a entrar en Saint Mary o a aceptar las palabras del párroco, que no dejaba de insistir en la necesidad de salvar su alma. Si esos mismos hombres descubriesen que salía a pasear por ahí sola en plena noche...

Se estremeció. No quería ni pensarlo.

Pensó en Derek. Se habían separado muy enfadados y todavía no habían tenido la oportunidad de hablar. Él no había regresado y ella sospechaba que estaba demasiado furioso y decepcionado como para recorrer la distancia que lo separaba de Minstrel Valley.

Suspiró, frustrada.

Por supuesto, lo entendía. Su comportamiento había sido irracional. Estaba cansada de repetirse a sí misma que él no tenía la culpa de lo que le había sucedido a Daniel y que, si estaba destinado a ser, ni siquiera su presencia podría haberlo salvado. Pero su corazón no quería hacer caso de su cerebro y, en ocasiones, lo culpaba por todo lo sucedido y lo detestaba por haberse marchado. «Tendría que haberse quedado y salvarme del matrimonio», pensaba, «tendría que haberme cuidado mejor». Pero ¿cómo podría haberlo hecho si todavía no tenía un lugar en el hogar de lord Leavenfield? Al igual que ella, había sido arrastrado a aquel país, había tenido que aprender a adaptarse a las rígidas normas que imperaban en la casa de su padre y, sobre todo, había tenido

que aceptar que aquel hombre era su padre, pues había crecido creyendo que jamás lo vería. Nada de aquello había sido fácil para él, como tampoco lo había sido para ella, y culparlo de algo de lo que él no era responsable la convertía en una persona mezquina.

Se detuvo y suspiró de nuevo. Se volvió hacia su casa y decidió que, ya que él no recorría la distancia que separaba Londres de Minstrel Valley, lo haría ella. Y, decidida a solucionar aquello de una vez por todas, regresó a Landford House corriendo.

## Capítulo 6

Derek parpadeó sorprendido al ver a la mujer que, apoyada sobre el respaldo de una silla, observaba todo a su alrededor con evidente expresión de disgusto. De todas las visitas que aguardaba recibir durante su convalecencia, aquella era la única que ni esperaba, ni deseaba. De hecho, cuando Yuyen, su asistente, le había informado de que una dama lo estaba esperando, su primer pensamiento había sido para otra mujer y por eso no se había cambiado de ropa. Ahora se arrepentía, pues se sentía en desventaja frente a ella.

—Lady Sophia... —Le dedicó una leve inclinación de cabeza—. No esperaba su visita.

Le hizo un gesto para que se sentase, pero ella estaba demasiado sorprendida y horrorizada como para verlo. De hecho, tenía la boca tan abierta que Derek temió que se le desencajase la mandíbula. Sabía que su aspecto podía resultar peculiar, pero la impresión de la dama había sido tal que le hizo un gesto a Yuyen para que preparase las sales por si acaso. Nunca recibía visitas femeninas, y menos a personas que se desmayasen con facilidad, pero guardaban un frasquito a causa del servicio, ya que algunas veces sufrían desmayos fortuitos en los momentos más absurdos. Era extraño que no se hubiesen acostumbrado a él todavía, pero así eran las cosas y no parecía que fuesen a cambiar.

Al ver que la joven no reaccionaba, se sentó sin esperar a que ella lo hiciese. Todavía se sentía mareado y tenía el estómago revuelto, así que la educación le sobraba. Si no se sentaba, acabaría desmayándose y no era el momento de mostrar su debilidad.

Esperó con infinita paciencia a que lady Dankworth reaccionase y, cuando lo hizo, se dejó caer sobre una silla con gesto estupefacto. Lo miró con reproche.

—No sabía que todavía conservara costumbres tan bárbaras, lord Mersett.

Derek alzó una ceja, sorprendido.

—¿A qué se refiere?

La dama señaló su ropa con la cabeza, sin ocultar su gran indignación.

—Su ropa, milord. Sé que no esperaba visita, pero al menos podría haberse cambiado antes de recibirme. —Se abanicó con la mano—. Es... inaudito.

Derek le dedicó una sonrisa tensa.

—Creo que mi vestimenta o la decoración de mi casa no es lo inaudito, sino su visita a la casa de un hombre soltero sin acompañante —dijo con tono calmado—. ¿A qué ha venido, milady?

Lady Sophia se sonrojó y desvió la mirada.

—Su padre no está cumpliendo con su palabra. Aseguró que usted y yo nos casaríamos antes de finalizar el mes y... y llevamos un par de días sin tener noticias tuyas.

Derek alzó una ceja, sorprendido.

—Debo reconocer que me desconcierta usted, lady Sophia. Sus palabras y su actitud se contradicen. Detesta la idea de casarse conmigo y, sin embargo, aquí está, tratando de convencerme de que me case con usted cuanto antes. —Yuyen entró en ese momento cargando una bandeja con un solo servicio de té y pastas para la dama—. Disculpe si no la acompaño, pero nunca tomo té. No me mire de ese modo, no es tan contradictorio como su actitud.

—Milord, ¿le divierte mi situación?

—En absoluto. ¿Le parece que me divierto?

—Lo cierto es que sí.

Derek suspiró, cansado. Era un hombre paciente, pero todo aquel asunto del matrimonio le resultaba molesto y no estaba seguro de ser capaz de mantener la calma si no lograba deshacerse de aquello pronto.

—Reconozco que siento cierto regocijo al verla suplicando que me case con usted. Siempre ha sido tan arrogante y desdeñosa que encontrarla en esta situación me parece un justo castigo. No me gustaría estar en su piel: no quiere casarse conmigo, pero se ve obligada a venir sola a mi casa con intención de convencerme u obligarme a que me case con usted. Ya sea que yo ceda voluntariamente o usted use esta visita tan inapropiada para obligarme a aceptar, hará todo lo que sea necesario para conseguir lo que quiere. Y siento curiosidad por ver hasta dónde es capaz de llegar en su desesperación.

Lady Sophia se sonrojó, indignada.

—Usted no tiene ni idea de lo difícil que ha sido venir aquí, milord. Si lo supiese, no me trataría de este modo.

—Estoy seguro de que no ha sido fácil, pero no espere que le agradezca que trate de arrastrarme al altar en contra de mi voluntad. Creo que ya he dejado muy claro que no quiero casarme con usted y no cambiaré de opinión por más trucos que use. Su reputación me importa menos que nada, así que ya sea que use su visita o utilice alguna mentira para comprometerme, le aseguro que obtendrá la misma respuesta y el mismo resultado: jamás me casaré con usted.

—Otro hombre en su situación estaría...

—No lo estaría —le cortó él, divertido—. Estoy seguro de que, hace unos años, cuando era una joven debutante con una buena dote apoyándola, habría conseguido a cualquier hombre. Pero, y disculpe si soy demasiado honesto, lo cierto es que ningún hombre sensato querría casarse con usted. Lo arruinaría antes de llegar al altar. Y, francamente, ninguna mujer hermosa merece eso.

—Es usted demasiado mezquino, milord. Si es por lo que le dije en aquella fiesta, yo...

—Lo que me dijo en la fiesta carece de importancia. Incluso su insulto de hace unos momentos no significa nada. Solo intento mostrarle sus posibilidades. Lamento que mi padre le haya dado

esperanza, pero, como ya sabrá, otras mujeres en situaciones semejantes a la suya han sido exhibidas frente a mí con un resultado similar al suyo: mi rechazo. No tengo interés en el matrimonio, milady. Y mucho menos con una mujer arruinada cuya familia haría todo lo posible por llevarme a la quiebra. Para ser sincero, busco inversiones rentables, y usted no lo es.

Ella lo fulminó con la mirada, aunque enseguida la bajó, avergonzada.

—No he venido aquí para escuchar sus ofensas, milord.

—Lo sé, ha venido a pedirme que me case con usted lo más pronto posible. Pero tiene las mismas posibilidades de conseguirlo que si me pide que pague las deudas de su familia a cambio de nada.

La joven alzó la cabeza y lo miró directamente a los ojos por primera vez desde que había entrado. Poco le duró el gesto de valentía, pues enseguida apartó la mirada y volvió a la actitud sumisa de antes, aunque no hubiese nada de sumisión en ella. Era más como una costumbre adquirida, algo de lo que no podía librarse.

—He venido a proponerle un trato. Quizá de ese modo vea nuestro matrimonio más rentable.

Derek suspiró. Valoraba la tenacidad, pero no cuando esta iba dirigida a una empresa que podía afectarlo de algún modo. Si percibía que estaba molesto o no, no lo demostró. Era buena escondiendo sus emociones, así que no podía leerla tan bien como a otras personas.

—Hable, aunque creo que conoce mi respuesta de sobra.

—Sé que tiene una amante en Hertfordshire. Podría mantenerla sin que yo me inmiscuyese en sus asuntos. La aceptaría como parte de nuestro acuerdo matrimonial y...

Derek la miró estupefacto. ¿Lo había investigado? ¿Había llegado hasta aquel punto para llevarlo al altar?

—Creo que se equivoca —dijo con una calma que lo sorprendió—. No tengo ninguna amante. Ni en Hertfordshire, ni en ningún otro lugar.

Ella alzó la cabeza, sorprendida.

—Pero me han dicho...

—Me importa un comino lo que le haya dicho alguna mente sucia dispuesta a manchar mi buen nombre y el de esa persona que vive en Hertfordshire, pero se equivoca. Amo a una mujer que vive en ese lugar, pero no es mi amante. No todo se resume en compartir la cama con alguien, milady. ¡Oh, vamos! ¿Se está sonrojando? Si ha sido usted quien ha sacado el tema.

—Pero usted es demasiado directo.

—¿Yo soy directo? Usted acaba de decirme que puedo mantener a mi amante. Supongo que me daría permiso para tener cuantas amantes quisiese, pero lejos de casa y con discreción.

—Exacto. Creo que es un buen acuerdo para los dos.

Derek la miró, jocosamente.

—¿Para los dos? —Fingió pensar en sus palabras—. ¡Ah! Se refiere a que, si tengo amantes que satisfagan mis necesidades, no tendrá que ser usted quien lo haga. —El rostro de la joven se tornó de color carmesí y Derek sintió el deseo de sonrojarla todavía más. O de asustarla. Si de

ese modo lograba deshacerse de ella, haría lo que fuese—. Pero, milady, un esposo puede hacer todo eso sin necesidad de obtener permiso. Es un derecho que se nos da a los hombres. Aunque, si me casase con usted y teniendo en cuenta el dinero que me costaría, trataría de obtener el máximo beneficio de nuestro... acuerdo. Sus noches serían mías. —La joven se echó hacia atrás en su asiento, horrorizada ante la idea de compartir cama con él. Y se habría sentido ofendido si la persona sentada frente a sí no estuviese intentando engatusarlo de cualquier modo para lograr sus objetivos—. Incluso su visita... bien, si me aprovechase de usted, no podría hacer nada. Si hablase de lo sucedido, usted sería la única perjudicada. Yo podría decir que vino a mi casa a ganar dinero, no sé si me entiende. Sí, veo que lo hace. Me alegra ver que su madre la ha formado en esas cuestiones.

La joven retorció la tela de su falda en un vano intento por calmarse. Había sido insultada y humillada y no sabía cómo hacer frente a aquello. Sabía que se exponía a ser tratada de forma despreciable, pues por todos era sabido que aquel hombre era un bárbaro, pero no había imaginado que llegaría a tales extremos. Sin embargo, su situación era mucho más desesperada de lo que él podía imaginar y necesitaba casarse ya, aunque su única opción fuese él.

Y, a pesar de que no le gustaba aquel hombre, había algo que tenía que valorar, y era que, al contrario de otros, no había intentado aproximarse a ella ni una sola vez. Sus palabras eran hirientes, pero mantenía una distancia considerable entre ellos y aquello era la primera vez que sucedía. De haber sido los demás igual de considerados, no se habría visto obligada a suplicarle a él, el infame lord Mersett.

Sabía que al menos diez mujeres de distintas edades habían sido rechazadas. Todas ellas en una mala situación, pero bonitas y cuyas virtudes habían sido apreciadas por la alta sociedad mientras habían podido frecuentarla. Lord Leavenfield había aceptado sus negativas y habría hecho lo mismo en su caso, si ella no hubiese insistido hasta el punto de humillarse ante él.

Solo le quedaba una triquiñuela con la que convencerlo, y que Dios la ayudase, porque ya no sabía qué más hacer. De aquel hombre dependía el sustento de su familia y su propio futuro. Si tenía que hacer algo tan vil, lo haría. Había demasiadas cosas en juego.

Todo el mundo sabía que estaba tan enamorado de la protegida de su padre que no había mirado a otra mujer en los últimos cinco años, que era el tiempo que llevaba viviendo en Inglaterra. Se decía que ella se había casado obligada por el marqués de Leavenfield, que no veía en la unión de su hijo y su protegida nada positivo. Se decía que ambos se amaban tanto que ella había caminado hacia el altar deshecha en lágrimas y él había huido a China para evitar ver cómo se casaba. A su regreso la había buscado y la había ayudado a instalarse en un pequeño pueblo del condado de Hertfordshire, a donde iba con regularidad para verla.

—Le diré a su... a la protegida de su padre que estoy embarazada. Me gustaría ver qué sucederá con su relación si lo hago.

Derek se encogió de hombros con indiferencia.

—No la creerá. Si llega a hacer algo tan rastrero, tenga por seguro que cualquier posibilidad

que hubiese de que yo le prestase mi ayuda, desaparecería en el aire.

—Milord, no he venido aquí buscando migajas. Créame si le digo que me ha tomado mucho tiempo y esfuerzo dar este paso, conociendo como conozco el rechazo que usted siente hacia mí. Pero, para desgracia de ambos, no tengo otra opción.

Lady Sophia se estremeció al ver su expresión, pero no podía echarse atrás. No quería hacer aquello, no quería estar allí, pero no tenía más alternativa.

\*\*\*

—No irás a Londres.

Kate cruzó los brazos sobre el pecho y se plantó frente a la puerta del dormitorio para impedirle el paso. No permitiría que fuese corriendo a disculparse con él. Su amiga era la que merecía las disculpas, no él.

—Sí que iré.

Daphne se puso los guantes y le dedicó una sonrisa a su amiga, que frunció el ceño al ver su expresión. Aquella era una guerra de voluntades y no cedería. Tendría que pasar por encima de su cadáver si quería cruzar aquella puerta.

—No, no irás.

—Sal de mi camino, Kate. No quiero lastimarte.

—He dicho que no irás y es mi última palabra.

Daphne parpadeó con gesto inocente.

—¡Pero si voy a visitar a lady Landford!

—¡Y un cuerno! Lady Landford está en Cornualles en esta época del año.

Daphne chasqueó la lengua con fastidio. Lo había olvidado.

—Kate, cariño, tengo veintiocho años y no necesito que ejerzas de madre a estas alturas.

Kate agitó un dedo frente a ella.

—¡Si me hubieses hecho caso hace años, ahora no estaríamos así!

La viuda sujetó el dedo del ama de llaves y sonrió.

—Lo único que lamento de lo que sucedió en el pasado es no tener a Daniel conmigo. Nada más. Así que déjame pasar porque de verdad que no quiero lastimarte.

—¡No pasarás! —insistió Kate con firmeza.

Daphne suspiró. No quería discutir con su amiga, pero estaba decidida a hacer aquel viaje, así que nada de lo que dijese la iba a detener. Necesitaba ver a Derek y lo haría, costase lo que costase. Incluso si tenía que pasar por encima de Kate para atravesar aquella puerta.

—Kate, necesito ir a Londres. Puedes venir conmigo si te quedas más tranquila, pero nada impedirá que hoy vea a ...

—¡Que venga él a pedirte disculpas! —exclamó Kate, enfadada—. ¿Por qué debes disculparte tú?

—Porque las disculpas son una excusa para verlo.

—Si él quisiera verte, habría venido y...

Daphne le cubrió la boca con la mano y sonrió.

—¿Por qué tiene que venir siempre él? Yo también puedo ir a visitarlo.

Kate apartó la mano de su amiga y soltó un bufido desdenoso. Era un gesto muy poco femenino, pero en aquel momento le daba igual.

—Si alguien te ve entrar en su casa, tu reputación se irá al traste. Es un hombre... ¡y es chino!

—Sí, lo sé. ¿Y qué?

—¿No te importa?

Daphne negó con la cabeza.

—En absoluto. Si tengo que elegir entre mi reputación y ver a Derek cinco minutos, elijo verlo a él.

Kate puso los ojos en blanco.

—Sois insoportables. Ni juntos, ni separados. No sois normales. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Daphne riendo—. Pero me gusta que así sea. Por supuesto, preferiría que las cosas fuesen diferentes, pero si solo podemos tener esto, no lo rechazaré.

Kate suspiró con fastidio.

—¿Y si se casa, Daphne? ¿Qué harás si se casa?

—Entonces... bueno, haré lo mismo que él y huiré.

—Daphne...

La viuda sonrió y abrazó a su amiga.

—No pienses en el futuro. Es absurdo. Crucemos cada puente cuando llegemos a él, ¿de acuerdo? —Se apartó de ella y la miró a los ojos—. ¿No era eso lo que me decías a diario cuando viniste a vivir conmigo?

—Sí, lo dije, pero no puedo evitar preocuparme por ti.

—No me tiraré del puente de nuevo, lo prometo. No haré nada que pueda preocuparte. Si decide casarse, respetaré su decisión y me retiraré a algún lugar apartado para no sentir la tentación de verlo. ¡Qué sé yo! Podríamos ir a vivir a España y huir del frío de Inglaterra. O ir a China. Siempre he querido regresar a casa. —Se encogió de hombros—. Hay muchas cosas que podemos hacer. Somos mujeres libres, así que no hay fronteras para nosotras.

—Excepto las que nosotras mismas nos imponemos —dijo Kate con una sonrisa.

Había usado aquella frase para ayudar a Daphne a salir de aquella tristeza persistente que le había quitado las ganas de vivir. No había sido fácil recuperar a la Daphne fuerte y alegre que había conocido, por eso le preocupaba lo que pudiese suceder si lord Mersett decidía contraer matrimonio con alguna de esas jóvenes casaderas que plagaban los salones londinenses. Para ella, su prioridad era Daphne y por eso se mostraba tan protectora.

¡Le debía tanto! No solo la había sacado de las calles, sino que la había librado de una muerte prematura, le había dado un trabajo decente y educación. Gracias a ella, podía enfrentar al mundo con la cabeza en alto. Y, además, nunca le había reprochado su pasado y tampoco la hacía sentir inferior por haber nacido en Whitechapel.

En ocasiones se sentía culpable, pues sus malos sentimientos hacia ella la habían llevado a animarla a hacer todas aquellas cosas impropias con Derek. Se había dado cuenta de su error cuando había visto a la pareja destrozada al separarse. Ella solo había pensado en la lujuria, no había imaginado que los dos habían puesto su corazón en aquello.

No se sentía orgullosa por lo que había hecho y estaba convencida de que algún día tendría que rendir cuentas, pero mientras tanto, estaba dispuesta a renunciar a su propia vida por Daphne.

Cuando esta la había sacado de Whitechapel, creía que era su obligación, pues le había salvado la vida y la virtud. Al ver todo lo que poseía, había sentido una envidia malsana que la había llevado a desear que lo perdiese todo. Pero, al descubrir que se había casado porque estaba embarazada, el corazón se le había roto. Algún día tendría que confesar que había sido ella quien los había traicionado, quien le había hablado a lord Leavenfield de sus citas en aquel dormitorio, pero le faltaba valor. Era egoísta al no querer perder a su amiga y lo sabía, pero quería serlo un tiempo más. Estaría con ella hasta que la viese felizmente casada o, cuando menos, viviendo feliz por su cuenta y, después, se marcharía.

—Te acompañaré —dijo al fin—. Iré a cambiarme de ropa. No permitiré que entres en la casa de un soltero tú sola.

Daphne sonrió y abrazó a Kate, feliz. Esta no pudo evitar sonreír ante tanta alegría. Quizá el viaje mereciera la pena solo por ver su sonrisa.

\*\*\*

Derek acarició la barriga de Killia y arrugó la nariz, divertido. La cachorra estaba llena de energía y minutos antes le había traído un calcetín viejo que había sacado de algún lugar del que el conde prefería no saber nada, y jugaba con él sacudiéndolo de un lado a otro mientras gruñía como si con eso fuese a dominar al trozo de tela indomable que no iba hacia donde ella quería.

Nunca había imaginado que acabaría haciéndose cargo de un perro, pero el señor Worth, el condestable de Minstrel Valley, lo había convencido de quedarse con ella, pues temía entregarla a alguien que no la cuidase bien. Al final había cedido porque, en el fondo, tenía un corazón demasiado blando. Reconocía, sin embargo, que Killia había traído alegría a su hogar, si no contaba con los destrozos que había ocasionado en los muebles y los bajos de las faldas de las dos doncellas y la cocinera que iban todos los días a trabajar a su casa. No sabía cuántos vestidos había tenido que comprar para compensar a las mujeres y evitar que dejaran su puesto. Aquella pequeñuela era muy sociable y también muy joven y necesitaba jugar.

Sonrió al ver que se quedaba dormida mientras él le rascaba la barriga. Le parecía la cosa más dulce y tierna que había visto en su vida. Y necesitaba algo de dulzura y ternura en su vida. Al menos después de su encuentro con lady Sophia Dankworth, de quien no había esperado tal resistencia, a pesar de la dureza de sus palabras. Comprendía su situación, por supuesto, pero eso no significaba que se sintiese inclinado a ayudarla de ningún modo, y mucho menos compartiendo su vida con ella. No toleraba la idea de pasar cinco minutos a su lado, así que pensar en el matrimonio le revolvía las entrañas. No se trataba solo de que amaba a Daphne, sino que todo su

ser sentía un gran rechazo hacia lady Sophia. No estaba seguro de si se trataba de la joven o si, por el contrario, se debía al hecho de que intentaban imponérsela por todos los medios, pero poco importaba, pues aunque le hubiese parecido la mujer más atractiva del mundo —cosa nada probable—, ya había una mujer que ocupaba su corazón.

—Milord... —Derek alzó la cabeza al escuchar la suave voz de Yuyen—. Milord, tiene una visita.

Se incorporó y frunció el ceño.

—¿Lady Sophia de nuevo? —gruñó—. Di que no estoy. O que estoy durmiendo. Lo que sea, no quiero ver a nadie.

—Es la señora Crown.

El conde se sentó en el suelo, sorprendido. ¿Daphne? ¿Su Daphne estaba allí? Se levantó de un salto, a pesar del dolor que sentía en todo el cuerpo, y salió corriendo de la habitación, dejando atrás a una llorosa Killia.

Daphne lo esperaba en su despacho, sentada con gesto relajado mientras ojeaba el libro que él había dejado aquella mañana sobre la mesa.

—Es interesante —dijo sin levantar la cabeza—. No sabía que en China se publicaban este tipo de libros. Las ilustraciones son bastante obscenas. ¿Has probado ya alguna de estas posturas?

Derek se lo arrancó de las manos y se sonrojó como un niño que hubiese sido sorprendido haciendo algo que no debía. Lo escondió tras la espalda y carraspeó, incómodo. Daphne se echó a reír al verlo.

—No me esperaba esto de ti, lord Mersett. —Sacudió la cabeza como una madre decepcionada de su hijo—. Tanto dinero gastado en tu educación para esto...

Derek puso los ojos en blanco y arrojó el libro sobre la mesa.

—Puede que creas que soy de piedra, pero te equivocas. También tengo mis necesidades.

Daphne señaló el libro con la cabeza y sonrió, burlona.

—Es obvio.

Él suspiró, fastidiado, y se sentó frente a ella.

—Es la primera vez que vienes a mi casa y solo piensas en el libro. Me siento decepcionado.

Daphne le lanzó una mirada apreciativa. Derek percibió el cambio que se producía en ella al recorrer el *qipao* de seda con la mirada. Le gustaba lo que veía y no lo ocultaba. Su reacción no podía ser más diferente que la de lady Sophia.

—En realidad, vine a disculparme contigo por mi actitud de la otra noche. —Despacio, lo recorrió de nuevo con la mirada, hasta que la clavó en sus labios, para luego hacerlo en sus ojos. Derek tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarse sobre ella. Hacía tanto tiempo que no compartían un espacio tan íntimo y pequeño, que el ser consciente de la escasa distancia que los separaba le estaba suponiendo un esfuerzo titánico—. Pero solo era una excusa. Quería verte.

El corazón de Derek se saltó un latido.

—No creo que haya sido una buena idea —dijo él con voz ronca.

Se maldijo por el poco control que ejercía sobre sí mismo y cerró los ojos.

—¿Por qué? ¿Temes que me abalance sobre ti?

Él abrió los ojos y la miró unos instantes antes de responder.

—Temo que nos abalancemos el uno sobre el otro. ¿Has venido sola? No deberías...

—Derek...

Él tomó aire y lo expulsó lentamente. Se levantó y paseó por el despacho, incapaz de mirarla.

—Daphne, no puedes visitarme así. Es demasiado difícil. ¿No entiendes cómo me siento? —Se volvió para mirarla, pero desvió la mirada de nuevo, temeroso de hacer algo que no debía—. Creo que deberíamos hacer algo para solucionar esta situación... no...

Escuchó el crujido de la silla cuando Daphne se levantó y el roce de la falda contra los muebles. Supo que estaba detrás de él, antes incluso de que le rodease la cintura con los brazos y apoyase la frente en su espalda. Por un instante, se olvidó de respirar.

—Daphne... —gimió, desesperado—. Las reglas...

—Olvídate de esas estúpidas reglas por un instante. Solo... por un rato seamos solo tú y yo. ¿Es tan difícil para ti aceptarme? ¿Tanto detestas que te toque?

¿Odiar que lo tocara? La anhelaba tanto que le dolía todo el cuerpo a causa del deseo. Incluso había tenido que cerrar las manos en un puño para contener la necesidad de acariciarla.

—No es eso, Daphne. Yo no... —Se dio la vuelta para enfrentarla, pero, aunque no se deshizo de su abrazo, mantuvo los brazos a los costados y permaneció rígido como un bastón—. Daphne, yo... ¡Maldición! ¡Si me sigues abrazando no respondo de mí!

Ella sonrió y lo soltó. Se alejó apenas un par de pasos, pero se sintió como si los separasen kilómetros. Le habría gustado hacer algo más que abrazarlo, pero tenía miedo de lo que pudiese suceder si daba un paso adelante.

—Está bien, milord. Sin abrazos entonces.

Derek avanzó un paso hacia ella, que no retrocedió.

—¿Cuándo empezamos a poner barreras entre nosotros? —preguntó alzando la mano para acariciarle la mejilla y dejándola caer antes de llegar a hacerlo.

—Cuando nos dimos cuenta de que no tenemos el valor necesario para luchar por lo que queremos —respondió Daphne tomando la mano que él había dejado caer y llevándola a su mejilla.

Cerró los ojos y disfrutó del contacto. La mano de Derek temblaba y los dedos largos y delgados se curvaron para acunarla.

—Daphne...

Ella abrió los ojos y sostuvo la mirada de Derek. Había algo tentador en la intimidad de aquel despacho decorado al estilo chino, pues nunca se habían acercado de aquel modo y, a excepción de lo sucedido en el establo unas noches atrás, nunca se tocaban. Pero bien fuese porque aquel era el territorio de Derek, bien porque era un lugar mucho más discreto que los bosques de Minstrel Valley y las ruinas de los Scott, ninguno de los dos parecía capaz de resistir la tentación.

—Tengo miedo —confesó Derek cubriendo la escasa distancia que los separaba—. Temo que, si me dejas llevar ahora, desaparezcas de nuevo.

Llevó una mano al moño de Daphne y, uno a uno, fue soltando todos los mechones de cabello hasta que la larga melena cayó por su espalda. Dejó las horquillas sobre la mesa del despacho y enredó los dedos en los bucles castaños. Ella cerró los ojos, expectante.

—¿Desaparecerás, Daphne?

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar. ¡Había anhelado tanto aquel momento! No había sido su intención llegar a aquel punto cuando había decidido visitarlo, pero una vez lo había visto, todas sus buenas intenciones se habían ido al garete. ¡Le gustaba tanto verlo vestido con *qipao*! Acarició la seda morada y buscó el primer botón de plata a la altura del pecho. Él la dejó hacer sin apartar la mirada de ella. Daphne desabrochó los botones y desató el cinturón para quitarle la prenda. Él colaboró con ella en todo momento y, cuando la seda cayó al suelo, él la tomó por la nuca y la besó. Ella acarició la piel desnuda de la espalda y admiró los desarrollados músculos, que solo había podido adivinar bajo la ropa occidental. Él gimió en su boca ante el contacto. ¡Se había privado de aquello durante tanto tiempo! ¡La deseaba tanto!

Buscó los botones del vestido sin dejar de besarla. Estaba tan excitado que era incapaz de escuchar nada, ni siquiera la advertencia de Daphne, que acabó empujándolo para apartarlo de sí. Él la miró, confuso por aquel gesto, y ella señaló la puerta con la cabeza. Estaba sonrojada y su respiración era tan agitada como la de Derek, que tardó unos segundos en darse cuenta de lo que sucedía: Yuyen estaba tratando de detener a alguien y hablaba en voz muy alta.

—¡Maldición! —exclamó yendo hacia la puerta para echar la llave. Se volvió hacia Daphne—. Sea quien sea, no pienses en huir.

Daphne sonrió y negó con la cabeza, dando a entender que no lo haría.

—Creo que es tu padre —susurró.

—¡Al infierno mi padre! —respondió él yendo hacia ella y subiéndola a la mesa—. Por mí puede quedarse al otro lado de la puerta el resto de su vida si quiere, porque no pienso salir de aquí.

Ella abrió los brazos para recibirlo y él aceptó el gesto, colocándose entre sus piernas para besarla de nuevo. Le importaba un comino si la casa se caía en aquel momento, porque si iba a morir, lo haría como el hombre más feliz del mundo.

Derek desabrochó el corpiño del vestido de Daphne con torpeza. Le temblaban las manos y no era capaz de hacer que sus dedos se comportasen con normalidad. Ella se mostró paciente mientras él se peleaba con los botones y maldecía entre dientes. De hecho, lo miraba jocosa, como si fuese lo más divertido del mundo.

—No te rías —la amenazó con un gruñido mientras desabrochaba el último botón.

—No puedo evitarlo.

Él se apartó de ella y la miró a los ojos con el ceño fruncido.

—¿Tengo que avergonzarme de estar nervioso?

Daphne negó con la cabeza.

—Me encanta que lo estés. Eso te hace más humano. —Le rodeó el cuello con los brazos y le dedicó una sonrisa radiante—. Me gusta ver que también sucumbes a las emociones.

Él chasqueó la lengua con fastidio y se apartó de ella, fingiéndose molesto. Hablaban en susurros, pues las voces se acercaban cada vez más a la puerta, pero ninguno estaba interesado en lo que sucedía en el exterior. Daphne se subió la falda hasta las rodillas, para sorpresa de Derek, que la miró confuso. Ella estiró las piernas, le rodeó las caderas con ellas y lo atrajo hacia sí, arrancando una carcajada al conde, que enterró la cabeza en el cuello de Daphne para evitar que se escuchase fuera.

—Daphne... —susurró contra su clavícula, todavía sacudido por la risa—. Te amo tanto, que creo que me volveré loco.

Ella se estremeció ante el contacto de los labios de Derek. Cerró los ojos.

—Derek...

Él le cubrió la boca con una mano. No quería escuchar lo que tenía que decir. Lo sabía, pero no quería escucharlo. Quizá todavía temía ser rechazado, a pesar de todo lo que habían compartido durante aquellos años. A pesar de saber que lo amaba.

Le besó el cuello mientras deslizaba el corpiño del vestido hacia abajo. Necesitaba deshacerse de todas las capas de tela que los separaban. Había permanecido separado de ella demasiado tiempo, tanto que el tenerla tan cerca y no poder probar el tacto de su piel lo volvía loco.

Daphne colaboró con él, ayudándolo allí donde los dedos de Derek se movían con torpeza.

—¡Derek! ¡Derek! ¡Abre la maldita puerta!

La voz de lord Leavenfield los interrumpió unos segundos. Se miraron a los ojos y Derek negó con la cabeza como respuesta a la pregunta silenciosa de Daphne. No iba a detenerse y tampoco iba a permitir que supiese que Daphne estaba allí, con él.

—¡Estoy ocupado! —respondió mientras acariciaba un hombro de Daphne—. ¡Vuelva en otro momento!

Besó el lugar que había acariciado y descendió hacia los senos, que descubrió tirando de la tela que los tapaba hacia abajo.

—¡Maldito seas, hombre! Abre la puerta, tenemos que hablar sobre tu compromiso.

La espalda de Daphne se tensó y Derek alzó la cabeza para mirarla. De nuevo negó con la cabeza para tranquilizarla.

—¡Ya le he dicho que no pienso casarme!

Tomó el rostro de Daphne entre las manos y se inclinó para besarla. ¡Que lo condenasen si iba a permitir que su padre interrumpiese aquel momento! Por fin había reunido el valor de tocarla y no iba a consentir que nada lo apartase de ella.

—¡Está embarazada! ¿Cómo has podido hacer eso otra vez?

Derek se vio empujado lejos de Daphne sin saber bien qué había pasado. El fuego que ardía en los ojos de su amada le decía que algo no iba bien y los golpes en la puerta se volvían cada vez

más fuertes.

—¿Otra vez? —Sacudió la cabeza, aturdido—. ¿Otra vez? —Miró a Daphne—. ¿Qué quiere decir?

Daphne bajó de la mesa y empezó a arreglarse la ropa con premura.

—Ha dicho que has dejado embarazada a tu prometida.

No lo miraba. Evitaba deliberadamente mirarlo y eso lo enfureció.

—Si está embarazada, no es mío.

—Eso dicen todos cuando no les conviene hacerse cargo de sus errores.

La vio agacharse y tantear el suelo en busca de las horquillas que había dejado encima de la mesa minutos antes.

—¿Quién está contigo? —bramó lord Leavenfield desde el otro lado de la puerta—. ¿Tienes a una mujer ahí? Yuyen, ve a por una llave. ¡Ve o te devolveré a China!

Derek era incapaz de escuchar nada que no fuese el propio latir de su corazón. Ella estaba evitando responder a su pregunta mientras se arreglaba para recibir al marqués, que amenazaba con entrar en cualquier momento. Necesitaba saber de qué demonios estaba hablando su padre, pero no podía permitir que viese a Daphne de aquella guisa, así que la ayudó a encontrar las horquillas y a arreglarse, antes de adecentar su propio aspecto.

—¿Qué quiso decir con «otra vez»? —preguntó Derek mientras le colocaba la última horquilla en el cabello.

Daphne se encogió de hombros.

—No lo sé.

Temblaba y no podía ocultarlo. Derek la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—En este maldito país solo me he acostado con una persona, Daphne. Dime de una vez qué ha querido decir.

Ella se soltó del agarre y, al borde de las lágrimas, negó tener conocimiento alguno sobre lo que estaba diciendo el marqués.

—Está bien —dijo yendo hacia la puerta—. Se lo preguntaré yo mismo.

Giró la llave en la cerradura y salió del despacho, cerrando inmediatamente para evitar que su padre viese a Daphne. No era el momento de un encuentro entre ambos.

## Capítulo 7

—Vamos al salón.

Lord Leavenfield echó una rápida mirada a la puerta y se volvió hacia su hijo.

—¿Tienes a una mujer ahí?

Derek suspiró. De nada serviría mentir. Estaba bien que supiese que había una mujer en el despacho, solo tenía que evitar que supiese quién era.

—Por supuesto que sí, ¿acaso cree que soy un monje?

El marqués asintió.

—Sí, a veces lo he pensado. De no ser por tus visitas a Minstrel Valley...

El conde fulminó con la mirada a su padre.

—Le he dicho cientos de veces que no tengo ese tipo de relación con Daphne.

El marqués se encogió de hombros.

—Que lo repitas cien veces no lo hace cierto.

—Y que usted afirme lo contrario otras tantas veces no lo hace mentira.

Lord Leavenfield asintió, conforme.

—De acuerdo. Vamos al salón.

Abrió el camino hacia el lugar señalado y, una vez allí, se enfrentó a un Derek ceñudo y molesto.

—¿Qué sucede ahora?

—¿Por qué ha dicho que dejé embarazada a una mujer «otra vez»? —El marqués palideció. Era obvio que había hablado sin pensar, algo nada propio de él, pues cuidaba cada palabra que decía hasta el punto de resultar fastidioso. Rara vez se dejaba llevar por sus emociones al hablar—. ¿A quién se supone que dejé embarazada?

—Solo era un decir.

—No, no lo era. Su expresión ahora mismo no es la de quien ha dicho algo sin importancia. —Se sentó en una silla de espaldas a la ventana y observó a su padre, que se paseaba nervioso por el salón—. Dejemos dos cosas claras, padre: en primer lugar, si lady Sophia está embarazada, ese hijo no es mío y, en segundo lugar, solo hay una mujer en mi vida, así que no intente imponerme un matrimonio con alguien a quien no conozco, porque no lo aceptaré haga lo que haga.

—Y yo no aceptaré tu matrimonio con Daphne.

—Si algún día decido casarme con ella, usted no tendrá nada que decir al respecto. Creo haberle dejado muy claro que mi vida es mía y la vivo como quiero. No tengo la más mínima intención de permitir que usted vuelva a entrometerse en mis asuntos. Con una vez fue suficiente.

—Lo hice por tu bien.

—¿Por mi bien? —preguntó Derek con resentimiento—. ¿Alejarme de la única persona que me acepta tal y como soy fue por mi bien? ¿Acaso le avergüenza que su hijo chino se case con una mujer viuda que ha tenido un hijo?

Se detuvo de golpe. Daphne había tenido un hijo. Siempre lo olvidaba, pero había tenido un hijo. Él se había acostado con ella y bien podría haberla dejado embarazada. Pero no había sido así, ¿verdad? No podía haber sucedido algo así. Ella se lo habría contado.

Pensó en su reacción en el establo, la forma que lo había mirado y acariciado, como si él no estuviese allí, en su negativa a hablar del niño y en el resentimiento que él sabía que sentía. ¿Cabía la posibilidad de que le hubiese ocultado algo así?

—¿De quién era ese hijo, padre? —Lord Leavenfield dio un respingo al escuchar la pregunta y Derek obtuvo su respuesta tan pronto como su padre desvió la mirada, evitando hacer contacto visual con él—. No me obligue a averiguarlo por mi cuenta.

Lord Leavenfield suspiró y se sentó en la primera silla que encontró. Tenía la mirada clavada en el suelo y no era capaz de mirar a su hijo. Habría deseado que no se enterase nunca, pero lo conocía y sabía que la más leve sospecha lo llevaría a investigar por sí mismo, así que acabaría descubriendo la verdad tarde o temprano.

—De su marido, por supuesto.

La mentira había salido de sus labios con total naturalidad. No quería mentirle, de verdad que no, pero tampoco se atrevía a decirle la verdad. Si lo hacía, se aferraría a aquella mujer más de lo que ya lo hacía y todos sus planes para él se irían al garete.

Pero Derek no estaba dispuesto a dejarse engañar por más tiempo, así que no creyó lo que él le dijo. Sin embargo, no insistió. Si lo arrinconaba, solo obtendría más mentiras. No podía preguntarle a ninguno de los dos y no iba a hacerlo, pero tenía sus propios medios para averiguar lo que deseaba saber.

—Por supuesto —dijo con tono neutro—. ¿Qué lo ha traído aquí?

—¡Ah! El problema con lady Sophia. Vino a verme desesperada diciendo que estaba embarazada de ti. Por supuesto, no la creí, pero temo que esparza rumores sobre el asunto.

—Bueno, las dudas se despejarán en cuanto dé a luz, ¿no cree? Si el niño fuese mío, sería tan obvio que no podría rechazarlo. —Señaló sus ojos—. Sin duda sería un niño con rasgos chinos.

—El problema es que todo el mundo da por hecho que te casarás con ella.

—Por eso debió manejar el asunto de una forma discreta. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Estoy seguro de que su estado actual es el resultado de su desesperación, pero soy incapaz de sentir lástima por ella.

Lord Leavenfield suspiró.

—Me siento traicionado. Confíe en sus palabras y acciones. Estaba convencido de que era una buena mujer.

—Reconozco que lady Sophia no es de mi agrado, pero sus palabras son demasiado duras, padre. Solo está embarazada, no ha matado a nadie.

—¡Pero ha intentado hacerte cargar con un bastardo!

—Que probablemente engendró debido a las deudas de su padre. Usted sabe tan bien como yo que hay hombres desaprensivos que se aprovechan de las mujeres en una mala situación. Lady Sophia era desdeñosa con todos los que consideraba inferiores a ella, así que hay un buen puñado de nobles despechados que seguramente habrán hecho todo lo posible por tomar venganza y mostrar su superioridad sobre ella ahora que está en una situación tan precaria. ¿O acaso soy el único al que su padre ha intentado venderla?

—Supongo que no —reconoció el marqués a regañadientes.

—Una joven inocente que confía en su belleza más que en nada en el mundo habrá sido presa fácil para toda clase de monstruos. De no haber empeorado su situación, ni siquiera habría querido oír hablar de un posible matrimonio conmigo.

Lord Leavenfield suspiró y miró a su hijo con dureza.

—¿Por qué la justificas? Cometió un error y debe pagar las consecuencias.

—El error es de quien abusó de su juventud, inocencia y desesperación.

—Usó su cuerpo para conseguir lo que quería y le salió mal.

Entonces fue Derek quien suspiró.

—Como si las mujeres tuviesen otra opción, padre. Si tratan de hacer las cosas usando su inteligencia no se les presta atención porque, según la sociedad, no son más que criaturas veleidosas sin inteligencia que necesitan de la guía de un hombre. Si usan su cuerpo, entonces no son más que casquivanas que intentan perder al género masculino en general usando sus más bajos instintos en su contra. ¡Como si los hombres no fuésemos capaces de contener nuestros deseos! —Chasqueó la lengua, molesto—. Uno no puede evitar alegrarse de haber nacido hombre.

—Deberías frecuentar menos la compañía de Daphne, hijo —lo amonestó el marqués—. Es obvio que estás influenciado por sus ideas absurdas sobre cómo deben tratar los hombres a las mujeres.

—Mis pensamientos no tienen nada que ver con ella, padre. Tengo la suficiente capacidad como para entender lo que sucede a mi alrededor, así que no necesito que nadie me explique cómo funciona el mundo según su propia visión sesgada. Ver cómo se las encierra en casa, en escuelas que las prepararán para ser las esposas perfectas, se les impide desarrollar su ingenio y capacidades y se las exhibe como piezas de ganado cuando hay que casarlas, me parece indignante. Y esto, padre, tiene más que ver con cómo tuvo que vivir mi madre cuando usted nos abandonó que con la forma en la que Daphne ve la vida.

—Aprovechas cada oportunidad que tienes para traer a tu madre a la conversación —gruñó lord Leavenfield.

—Porque no quiero que crea que, por haberme traído a su país cuando su conciencia lo obligó a hacerlo, me siento agradecido. Antes de llegar aquí tuve que pasar por muchas penurias para poder mantener el estilo de vida que ella deseaba. Me gusta recordarle que, aunque soy su hijo y he aceptado quedarme a su lado, no soy su propiedad.

Lord Leavenfield masculló una maldición y, temiendo que Derek le lanzase más reproches que no deseaba escuchar, se excusó y lo dejó solo. El conde lo observó hasta que desapareció de su vista y luego se levantó, molesto. Había otra cosa que rondaba su mente y que le preocupaba más que el estado de ánimo de su padre: el hijo de Daphne. No iba a preguntarle si era suyo o no, pues si había mentido hasta ahora, no le diría la verdad, aunque tratase de obligarla. De hecho, temía que, si trataba el tema de frente, se cerrase en banda.

Cerró los ojos y se apoyó en la pared. ¡Qué cansado estaba! Le dolía todo el cuerpo tras la pelea de la noche anterior y la cabeza parecía a punto de explotarle. De hecho, temía que, si hacía un solo movimiento más, acabaría vomitando hasta la primera leche materna. Había cancelado todas sus citas del día con intención de descansar y recuperarse, pero todos habían decidido invadir su hogar sin previo aviso, lo que le había impedido tomarse siquiera una siesta.

Suspiró con resignación e hizo acopio de todas sus fuerzas para regresar a su despacho, donde lo esperaba Daphne. La encontró sentada en el suelo jugando con Killia, que de algún modo se había colado en una habitación cerrada. Frunció el ceño e iba a regañar a la perra, cuando la viuda levantó la cabeza con los ojos brillantes a causa de la risa. Al ver aquella expresión en su rostro, se tragó toda la amargura que lo había invadido al pensar en que le había mentado. A su pesar, le devolvió la sonrisa y se guardó el regaño hacia la perra, que jugaba con una de las cintas del vestido de Daphne. Derek temió que la estropease, pero viendo que a ella no parecía importarle, no dijo nada.

—Le abrí la puerta porque la escuché rascarla y lloriquear. Espero que no te importe.

—Si a ti no te molesta, a mí tampoco.

Sintió el deseo de sentarse a su lado, pero se encontraba mal, así que decidió hacerlo en el sillón. Se le escapó un hondo suspiro que hizo que Daphne se volviese hacia él, preocupada.

—¿Te encuentras bien?

—Estupendamente.

—No lo parece. —Se llevó una mano al costado—. Vi el cardenal que tienes aquí. ¿Te has roto una costilla?

—No. Pero siento como si me hubiese partido el cráneo. —Se volvió hacia ella—. ¿Por qué? ¿Vas a seguirme de nuevo para impedir que me meta en otra pelea y luego regresarás con otra prostituta a casa?

Daphne se encogió de hombros, en absoluto molesta por sus palabras.

—Haré lo que crea que tengo que hacer.

—Sí, supongo que así eres tú. —Cerró los ojos y contuvo otro suspiro. Quería acostarse un rato y descansar—. ¿Hay algo que quieras contarme, Daphne?

No abrió los ojos ni siquiera cuando el silencio se prolongó varios segundos.

—No —respondió ella.

—Lo suponía. —Abrió los ojos y la miró—. Me temo que no podremos continuar con lo que estábamos haciendo cuando llegó mi padre. ¿Te ha acompañado Kate? —Daphne asintió—. Lamento ser brusco contigo, pero me encuentro mal y quiero acostarme, así que...

Daphne apartó a la perra para levantarse y se arregló la falda. Presentaba un aspecto lamentable, no solo por haber estado sentada en el suelo, sino por la premura con la que se habían vestido antes. Con un quejido, se levantó y se acercó a ella.

—Deja que te ayude a arreglarte. Estás hecha un desastre.

La hizo girar para abrocharle bien los botones del vestido y alisó la tela de la falda cuanto pudo. Después le trenzó el cabello tal y como lo hacía con su madre cuando era niño y arregló un moño que, si bien carecía de la gracia de los peinados de las damas de la nobleza, era perfecto para una Daphne que no seguía los dictados de la moda. Ella le sonrió agradecida y él no pudo evitar inclinarse para besarla. Fue un beso lento, profundo, más cargado de las intensas emociones que lo embargaban en aquel momento que de la lujuria que lo había dominado antes de la interrupción del marqués. Cuando se apartó de ella y la miró a los ojos, deseó con todo su ser que no le hubiese mentido. Si ella, en quien confiaba tanto, le había ocultado algo tan importante, no sabría qué hacer.

Depositó un suave beso en la punta de la nariz de Daphne y la acompañó a la puerta.

—¿Irás a casa de la señora Miles? —Daphne asintió—. Disfruta de la visita.

Le acarició la mejilla y la besó de nuevo antes de dejarla marchar.

«Ella no me mentiría. No lo haría. No puede hacerlo».

\*\*\*

La culpa atenazaba el corazón de Daphne, que bajó las escaleras que llevaban a la calle con dificultad debido al temblor de unas piernas que se negaban a sostenerla. Kate sujetó a su amiga por el brazo para ayudarla a bajar y, una vez alcanzaron el carruaje, se volvió hacia ella.

—¿Qué sucede? —le preguntó con la preocupación reflejada en el rostro.

—Él lo sabe. Todavía no lo ha aceptado, pero lo sabe.

—¿Quién sabe qué? —preguntó Kate, confusa—. ¿Lord Mersett? —Daphne asintió—. ¿Qué sabe él que no supiese ya? —Daphne la miró a los ojos, desolada, y el corazón del ama de llaves se detuvo unos instantes—. ¡Santo Dios! —Se cubrió las mejillas con las manos—. ¿Estás segura?

—Absolutamente.

Ambas mujeres se quedaron en silencio, preocupadas por las implicaciones que aquello podría tener. Era un hecho que el conde de Mersett jamás perdonaba una afrenta y que, si bien no tenía gran confianza en el hombre occidental en general y los británicos en particular, había tres personas en las que confiaba plenamente: Hugh Turner, Aaron Wadlow y Daphne. Su confianza en esta era tal que creería cualquier cosa que ella le dijese, aunque su corazón le llevase la contraria. Si descubría que le había ocultado algo tan importante, si su confianza se tambaleaba, no sabían

qué sería capaz de hacer.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué crees que puedo hacer? Esperar y ver qué hace. Confesar todo ahora sería todavía peor que esperar a que él asimile la verdad. No estaría siendo sincera con él y lo sabría.

—Te dije que se lo contases.

—¿De qué sirve que me regañes ahora? No hay vuelta atrás.

No, no la había. Y eso era lo peor.

—Bien, cruzaremos ese puente cuando llegue —dijo Kate con tono resuelto—. De nada sirve lamentarse ahora, ¿verdad? Y tampoco pensar en lo que puede suceder, pues no sabemos cómo reaccionará. Así que sigamos adelante como si nada hubiese pasado y ya nos enfrentaremos a este asunto cuando sepamos qué piensa lord Mersett.

Daphne asintió. Ambas eran expertas evitando temas incómodos en beneficio de su propia tranquilidad. Siempre preferían esperar cuando no había solución y enfrentar los problemas cuando llegasen, pues era un hecho que, por más vueltas que diesen a cualquier tema que las preocupase, si no podían manejarlo por sí mismas o poner remedio, no sacarían nada más que dolores de cabeza y una sensación de impotencia que las haría sentir frustradas.

No sería fácil, dada la importancia del asunto y la persona implicada, pero era la mejor opción para ambas, pues Kate estaba convencida de que el conde no la perdonaría a ella tampoco, ya que había sido él quien la había enviado a Minstrel Valley para cuidar de Daphne y también quien le había pagado un salario durante los años que había pasado en China para que lo mantuviese informado de todo lo relacionado con Daphne. Ella era tan culpable como su amiga de haberle ocultado algo tan importante e intuía que no tardaría en ser llamada a su presencia. Y, si bien estaba segura de que Daphne no tenía nada que temer, más allá de un enfado y algunas dudas por parte del conde, ella se enfrentaría al grueso de su ira. Y no podía decir que no tuviese razón, porque no tenía ni una sola excusa que darle que fuese creíble. Ni siquiera ella misma sabía por qué había callado. Quizá porque si se lo contaba tendría que hablarle de la traición que había cometido y que había llevado a Daphne al altar de la mano de un hombre al que no amaba, o tal vez porque creía que, aunque le hubiese hablado de ello, no habría nada que pudiese hacer, pues ya no estaba en Inglaterra. O —y esto era lo que le parecía más probable— quizá se debía a que, en aquella época, su resentimiento hacia aquellos que habían nacido con una cuchara de plata en la boca era tal que verlos sufrir le producía placer.

No se enorgullecía de aquello y la avergonzaba enormemente su actitud de antaño, pero no había nada que pudiese hacer al respecto. En aquella época le parecía que los pesares de aquellos con dinero no eran pesares y que solo se comportaban como estúpidos porque podían permitírselo. Sin embargo, había aprendido que también ellos sufrían y tenían problemas, aunque entre ellos no estuviese el llevarse un mendrugo de pan a la boca.

Se decía con frecuencia que todo se debía a que había nacido y crecido en Whitechapel, con todo lo que aquello implicaba. Pero no había excusa para la maldad, que era lo que la había

movido entonces.

Daphne se removió en su asiento, inquieta.

—Estoy preocupada por Paulette —dijo mientras trataba de arreglar uno de los lazos del vestido, que estaba húmedo y roto.

—¿Qué demonios has estado haciendo para tener ese aspecto? Y ese no era el peinado que... —Kate puso los ojos en blanco—. ¿Has intentado seducirlo?

—¡No! —exclamó Daphne sonrojándose—. Nos hemos seducido mutuamente, pero no llegamos a nada, no te emociones.

Kate soltó una carcajada.

—Después de cinco años, que te presentes ante mí con este aspecto, hace que me emocione aunque no quiera.

—¡Kate! —exclamó Daphne, sorprendida por el comentario.

—Decías que estás preocupada por la señora Miles —dijo Kate cambiando de tema para evitar ser regañada—. ¿Por qué?

Daphne se encogió de hombros con un suspiro.

—No lo sé. En su última carta no parecía ella misma. Quizá solo esté pensando demasiado, pero me sentí mal después de leerla.

—Tal vez sea por el embarazo. Ya sabes el miedo que le da dar a luz.

—O quizá sea por su marido. Me disgusta sobremanera la forma en la que la trata.

—No puedes hacer nada sobre eso. Ya rechazó tu ayuda cinco veces.

La viuda asintió, molesta con la situación.

—Lo sé. No puedo ayudar a quien no desea ser ayudado, lo tengo claro. Pero me disgusta no ser capaz de hacer nada por ella.

—Algún día será ella quien te pida ayuda. De momento, déjala en paz, no aumentes sus problemas con tus quejas y consejos, ¿de acuerdo? —Daphne asintió a regañadientes—. ¿Lo prometes?

—Haré todo lo que pueda por no decir lo que pienso sobre su marido, ¿contenta? —Kate negó con la cabeza—. No me obligues a prometer lo que no sé si podré cumplir. Solo puedo decirte que haré un gran esfuerzo por comportarme con indiferencia y no haré nada que pueda perjudicarla.

—Tendré que conformarme con eso, entonces.

Hicieron el resto del trayecto en silencio. Kate no estaba segura de que su amiga fuese capaz de mantenerse al margen si veía algo que no le gustase, pero no había nada que pudiese hacer, pues ella sería enviada a la cocina tan pronto como llegasen. Solo podía confiar en que se comportase como se esperaba de ella.

## Capítulo 8

Derek se apoyó en el alféizar de la ventana y observó a Daphne mientras se dirigía hacia su carruaje ayudada de Kate Fergusson, su ama de llaves y amiga. Entrecerró los ojos cuando su mirada tropezó con esta última. Si hacía un esfuerzo, podía entender por qué Daphne había traicionado su confianza. Incluso se sentía lo bastante magnánimo como para escuchar lo que tuviese que decir, aunque no era así para aquella mujer. Le había pagado un sueldo considerable para que lo mantuviese informado sobre todo lo que sucedía en la vida de Daphne y, al parecer, le había contado solo lo que había querido. Y eso suponiendo que todo lo que había dicho fuese cierto.

—Supongo que ya no necesito a Chandler para nada —dijo volviéndose hacia Yuyen, que esperaba detrás de él—. Se alojarán en la casa del señor Ernest Miles esta noche. Envía a alguien a por la señorita Fergusson. No vayas tú, eso sería demasiado evidente.

—Sí, milord.

Yuyen le dedicó una reverencia y salió del cuarto caminando hacia atrás. Ya no sabía cómo decirle que no pertenecía a la realeza, que podía darle la espalda, pero no lo escuchaba. Era cierto que le había salvado la vida en aquel callejón de Shanghái, pero no necesitaba pasar el resto de su vida pagándole por algo que habría hecho por cualquiera.

Cuando lo conoció, era un adolescente menudo y escuálido que estaba siendo apaleado cerca del mercado. Había robado una empanadilla y estaba siendo castigado por ello. Le había recordado su propio pasado, así que se había sentido en la obligación de salvarlo, del mismo modo que se sentía obligado a ayudar a Johnny River, que estaba solo en el mundo. Desde muy joven tenía claro que incluso las personas más pobres podían llegar muy lejos si alguien les prestaba ayuda. El problema con Yuyen era que prefería servirlo a apartarse de él, aunque le había asegurado que se iría cuando sintiese que había pagado toda su deuda, no antes. Derek temía que perdiese el resto de su vida a su lado, que no tuviese la oportunidad de enamorarse y formar una familia como cualquiera. Pero no había nada que pudiese hacer, ya que debía respetar sus deseos.

Con un suspiro cansado, se tumbó en la cama y cerró los ojos. El mareo fue remitiendo poco a poco, hasta que logró una agradable sensación de bienestar, a pesar de lo mucho que le dolía la cabeza. Quizá se debía a la infusión que Yuyen le había obligado a tomar. Fuese lo que fuese, no le importaba, siempre y cuando lo hiciese sentir bien.

No podía sacarse de la cabeza el asunto del niño. Quería ignorarlo, pero era incapaz.

Desde su llegada a Inglaterra, convertido ya en un hombre capaz de enfrentar casi cualquier situación, había tenido un único objetivo: buscar a Daphne. Sabía que había enviudado hacía un año, que vivía en Cornualles con lady Landford y que esta era la abuela de Eric Crown. La historia familiar era compleja, pues la madre del difunto esposo de Daphne había huido de casa con un cazafortunas que la había abandonado tan pronto como el dinero de la venta de las joyas que llevaba consigo se había acabado. No habían llegado a casarse, por suerte para ella, pero se había visto sola, repudiada por su familia y con un hijo en el vientre. Mientras se ganaba la vida trabajando en un colmado haciéndose pasar por viuda, había conocido al señor Crown, que había aceptado a su hijo, que ya contaba con dos años, como propio. En todo ese tiempo no había tenido contacto con sus padres o hermanos y había sido a la muerte del conde de Landford que la condesa había decidido buscar a su hija. La había encontrado, destrozada por la muerte de su hijo y la agonía de su nieto. Lady Landford se había hecho cargo de todo, pues ni su hija ni la nuera de esta eran capaces de hacer nada. Se había encargado de los funerales y de las dos mujeres. La suegra de Daphne le había pedido a la condesa que se hiciese cargo de su nuera y así lo había hecho hasta su llegada.

Derek no sabía cómo había muerto Eric Crown y tampoco quién era el hombre alemán que acompañaba a Daphne y del que le había costado tanto deshacerse. Tampoco le había importado demasiado toda aquella historia porque su único interés era recuperar a la mujer que amaba, y ahondar en su vida durante los años que habían estado separados resultaba demasiado doloroso como para plantearse si siquiera. Sin embargo, desde el primer momento había sabido que le ocultaba algo. Lo había notado en las miradas furtivas del hombre alemán y en los cuchicheos que habían compartido. Por un instante había pensado que, quizá, aquel hombre era su amante, pero había desechado la idea porque le parecía imposible que Daphne fuese capaz de algo así. Pero ahora todo tenía sentido: aquel alemán sabía quién era el padre del hijo de Daphne, y no era el señor Crown.

Todo fue encajando en su mente como las piezas de un rompecabezas. Los silencios de Daphne, las miradas ausentes, su negativa a hablar del pasado, la aceptación de sus ridículas normas... todo empezaba a tener sentido y fue esto lo que disipó cualquier duda que pudiese tener respecto a aquel asunto. Él era el padre de ese niño y no necesitaba prueba alguna para afirmarlo.

Killia se subió en la cama y buscó su mano para que la acariciase. Él respondió de forma mecánica. La cachorra le lamió la mano y Derek percibió, en el escaso entusiasmo con el que lo hacía, que se estaba quedando dormida hasta que, por fin, dejó de lamerlo y escuchó un suave ronquido. Sonrió y le dio la espalda. La cachorra se pegó a él y siguió durmiendo, estirada cuan larga era.

El conde se sentía extraño. No había conocido al niño ni su existencia antes de aquel momento, pero le dolía pensar en él. Se preguntó si un hijo podía causar aquel dolor a pesar de no haberlo conocido o si, por el contrario, era la forma en la que lo había descubierto lo que le dolía.

En aquel momento y en el estado en el que se encontraba, ya no estaba seguro ni de sus propias emociones. No quería creer que Daphne lo hubiese engañado y, al mismo tiempo, trataba de buscar excusas para sus mentiras. O, más que sus embustes, intentaba averiguar cuáles eran sus motivaciones.

Hasta hacía unas horas estaba loco por conocer el pasado de Daphne, aquello que ella le escondía, pero ahora lamentaba haberlo descubierto. ¡Bendita ignorancia! ¡Qué feliz había sido cuando no sabía nada!

\*\*\*

Paulette Miles siempre había sido una mujer de buen carácter, muy alegre y sociable que gozaba de la buena comida y de la compañía de sus hermanas y amigas, pero la Paulette que Daphne encontró al pasar el umbral de la mansión que su esposo poseía en Bloomsbury, no se parecía en absoluto a la adolescente que había conocido al llegar a Inglaterra. De hecho, ni siquiera se asemejaba a la mujer que había visto unos meses atrás. Había adelgazado mucho y las sombras bajo los ojos destacaban dolorosamente en el rostro demacrado. Los ojos, siempre brillantes y vivaces, eran ahora opacos y de mirada vacía. El vestido, que obviamente había sido arreglado para el evidente embarazo, le quedaba holgado a pesar de la prominente barriga. Al verla, Daphne fue incapaz de reaccionar hasta que Kate le dio un pequeño empujón. Entonces dibujó una sonrisa en el rostro y abrazó a su amiga con afecto, pero también con gran congoja.

—Me alegro mucho de verte, Paulette. —Se apartó de ella y la miró a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Qué tal el embarazo? ¿Y los niños? ¿Dónde están?

Paulette suspiró y tomó el brazo de Daphne para conducirla a una pequeña sala en la que ardía un buen fuego en la chimenea. El calor de la habitación era asfixiante y se volvió hacia su amiga, cuyo rostro estaba frío como el hielo, a pesar de que había estado allí hasta que había ido a recibirla. No la había visto salir de la sala, pero era obvio por la gruesa manta de lana que había sido dejada de cualquier manera en un viejo sillón colocado cerca del fuego y en el libro que había caído al suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Daphne deshaciéndose del abrigo y los guantes—. ¡Aquí hace un calor horroroso!

Paulette sonrió con tristeza.

—Lo siento, pero siempre tengo frío. Estoy bien. Preocupada por el embarazo, pero el doctor dice que no hay ningún problema.

—¿Estás segura?

—Sí, tranquila.

Daphne miró a su amiga con el ceño fruncido. Era obvio que no estaba bien, pero no podía decir nada. No quería presionarla más de lo que ya lo había hecho unos meses antes.

—¿Tu esposo todavía está en el campo? —Paulette asintió—. ¿Y los niños?

—Pidió que se los enviase en agosto y eso hice.

—Entiendo que no hubieses viajado con el embarazo tan avanzado, pero ¿por qué no lo hiciste

antes? Estoy segura de que en el campo...

—Porque quería alejarme de él. —Daphne la miró sorprendida. Era la primera vez que hablaba de forma tan directa sobre aquel tema—. Y supongo que a él no le importaba deshacerse de su esposa durante este tiempo. De lo contrario, me habría obligado a ir con él. Volverá pronto, ya que quiere estar aquí cuando dé a luz. Supongo que quiere ver el resultado de esa virilidad de la que se siente tan orgulloso.

Daphne frunció el ceño, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, querida, nada. Toma asiento, por favor. La señora Travis ha preparado una cena deliciosa, aunque se ha quejado durante horas por el repentino evento. Mis hermanas vendrán a cenar también, ¿te parece bien?

Daphne se sentó y permitió que Paulette cambiase de tema, pues no estaba segura de que pudiese contener las palabras que se agolpaban en su mente si seguían hablando sobre el señor Miles.

—Por supuesto. Hace tiempo que no las veo.

Se quedaron en silencio unos minutos, hasta que unas voces femeninas provenientes del exterior las hicieron levantarse. Daphne vio el alivio en la mirada de su amiga y se dio cuenta de que, si había invitado a sus hermanas, era porque no quería quedarse a solas con ella y supuso que, aunque no se lo había dicho, sentía su presencia como una imposición. Se debía, sin duda, a la discusión que habían tenido la última vez que la había visitado. Quizá temía que dijese algo más que pudiese incomodarla.

—¡Daphne!

Anne, Diana y Sarah abrieron la puerta de la sala y corrieron a abrazarla para darle la bienvenida. La miraron, la hicieron dar vueltas y rieron. La expresión de Paulette se relajó y Daphne se sintió aliviada. No quería que su amistad se viese empañada por sus ideas y su visión sobre el matrimonio. Reconocía que la última vez que se habían visto no se había comportado como debía y que su intento de imponer sus opiniones las había llevado a aquella situación. Y, aun así, no lo lamentaba. No podía hacerlo. Despreciaba al señor Miles y le costaba mucho ocultarlo.

—¿Cómo puedes pasar tanto tiempo sin venir a Londres? —exclamó Diana— ¡Deberías visitarnos más a menudo!

—Vosotras también podéis visitarme.

—Nosotras estamos casadas, tú eres la única que puede ir y venir a su antojo —dijo Diana haciendo un puchero.

Daphne rio.

—Es cierto. Os pido perdón.

—Mi marido me ha dado permiso para pasar la noche aquí —dijo Sarah, feliz por poder pasar la noche fuera de casa.

—El mío también —dijo Anne con una sonrisa.

—Al mío tuve que convencerlo diciendo que Paulette se encontraba mal —dijo Diana poniendo los ojos en blanco—. Estoy segura de que está encantado de que me marche toda la noche, pero siente que es su obligación fingir que no quiere que me vaya de casa ni diez minutos.

Daphne sonrió y pensó en la suerte que había tenido con Eric. No solo por la peculiaridad de su matrimonio, sino por la libertad que le había dado. Iba y venía a su antojo, hacía lo que quería y respetaba sus opiniones, aunque no dudaba en corregirla si creía que se equivocaba. Pero al menos le había permitido expresar lo que pensaba o sentía. Y nunca, ni una sola vez, había tenido que pedirle permiso para nada. Ni siquiera para comprar ropa o para hacer donaciones. Ella le decía al administrador que necesitaba dinero y lo recibía sin preguntas. Ninguna de sus amigas tenía esa libertad. Debían pedir permiso incluso para visitar a su hermana. Comprendía que pasar la noche fuera de casa era algo que debían consultar, pero Daphne tenía la impresión de que salían más bien poco de casa.

—Daphne no ha tenido tiempo de asearse y cambiarse de ropa —dijo Paulette mientras miraba con ojo crítico el aspecto de su amiga—. ¿Qué has estado haciendo para tener ese aspecto? El lazo está roto.

—Estuve jugando con un cachorro. Una perrita preciosa.

Paulette la miró horrorizada.

—¿En el suelo?

—¡Por supuesto! —Rio ante la expresión de las demás mujeres—. No me pude resistir. Es un animalito adorable.

Diana arrugó la nariz con disgusto.

—No has cambiado nada —comentó—. Te acompañe a tu cuarto. —Se volvió hacia su hermana—. Es la habitación melocotón, ¿verdad?

Paulette asintió. Ella ya se había cambiado antes de la llegada de Daphne, y pensar en subir de nuevo las escaleras le parecía una tortura.

Diana guio a Daphne, que guardó silencio hasta que llegaron a la habitación y, tan pronto como lo hicieron, la hermana de Paulette cerró la puerta y se apoyó en ella.

—No le tengas en cuenta si la notas reservada o brusca. Está feliz de verte, pero teme que la juzgues o que le pidas de nuevo que te acompañe.

—No te preocupes por eso. Sé que cuando está embarazada está muy sensible y no tengo intención de hacer nada de eso. No es que no lo desee, pero no quiero incomodarla porque no parece que esté llevando bien el embarazo.

—Es por el señor Miles. La ha dejado sola aquí y la ha apartado de sus hijos. Los añora y no se atreve a pedirle que los envíe de vuelta. Pero regresarán pronto, así que se encontrará mejor en cuanto los tenga aquí.

—No te preocupes, Diana, no pienso molestarla con conversaciones incómodas. Espero que sepa que, si me necesita, puede acudir a mí siempre.

Diana asintió y salió de la habitación, dejándola sola. Minutos después entró Kate seguida de

dos doncellas que traían agua caliente para el aseo y que enseguida arreglaron sus escasas pertenencias con la guía de Kate. Cuando se quedaron a solas, esta la ayudó a vestirse y peinarse en condiciones. Se miraron a través del espejo y Daphne le hizo un gesto con la mano para que hablase, pues era obvio que tenía algo que decir.

—Tengo que salir y no sé a qué hora volveré. ¿Podrás arreglártelas sola después de la cena?

—Sí, claro. —Miró a su amiga con preocupación—. ¿Ha pasado algo?

—No, solo quiero ir a visitar a alguien a quien hace tiempo que no veo.

Daphne asintió, conforme. Había muchos secretos en la vida de Kate en los que había preferido no profundizar, así que no hizo preguntas. Si había algo de lo que quisiera hablar, lo haría cuando necesitase desahogarse y de nada serviría hacer preguntas que no serían bien recibidas.

\*\*\*

Kate miró a su alrededor con la indiferencia de quien conoce el lugar donde se encuentra. Había visitado aquella casa decenas de veces y ya nada la sorprendía, ni siquiera que su anfitrión, si es que podía llamarlo de aquel modo, se presentase ante ella vestido al estilo chino, a pesar de que era la primera vez que lo hacía. Y, debía reconocerlo, le resultaba mucho más amedrentador vestido de aquel modo que al estilo occidental. O quizá se debiese a la expresión severa que lucía y que no auguraba nada bueno. Ni siquiera la presencia de Hugh Turner la tranquilizó. Era consciente de que había traicionado la confianza del conde y, tarde o temprano, debía pagar por ello.

El señor Turner evitaba mirarla, quizá porque conocía el estado de ánimo de su amigo o, tal vez, porque se sentía incómodo por estar allí y presenciarse aquello. Por suerte para ambos, antes de que el conde le dedicase toda su atención a Kate, le pidió a su amigo que lo esperase en el comedor. El alivio que reflejaba el rostro del hombre llenó de congoja a Kate, que pensó que era peor afrontar aquello sola que hacerlo en compañía de otra persona, aunque no tuviese nada que ver con todo el asunto y se posicionase del lado de lord Mersett.

El conde, que no había perdido detalle de sus cambios de expresión, frunció el ceño y el corazón de Kate se congeló.

No entendía qué veía Daphne en él, más allá de un cuerpo más que decente y una posición privilegiada. De acuerdo, si era un poquito honesta consigo mismo, cuando vestía como cualquier ser civilizado, resultaba atractivo, pues era un hombre gallardo, de mirada seductora. No podía negar eso, aunque en aquel momento estuviese tan asustada que el miedo se le había colado hasta los tuétanos.

—¿Sabes por qué te he hecho llamar?

El tono calmado del conde hizo que fuese incapaz de responder. Ella, una mujer valiente, decidida, que había sobrevivido a experiencias terribles y que tenía el coraje de un general, era incapaz de pronunciar una sola palabra frente a lord Mersett. Al menos en aquel momento, porque nunca había tenido problemas para hacerlo hasta ahora, a pesar de que jamás le había dedicado una mala palabra ni se había portado mal con ella de ningún modo. De hecho, era muy respetuoso

con ella, aunque marcando bien los límites entre la posición de ambos. Mas la situación era diferente ahora. Ella había cometido un error imperdonable y él tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado.

—¿Lo sabes o no? —Kate asintió con la cabeza—. ¿No puedes hablar? ¿Te ha pasado algo en la lengua? —El ama de llaves inclinó la cabeza sin dar respuesta alguna y Derek suspiró—. ¿Vas a hablar o tengo que arrancarte las palabras por la fuerza?

Kate alzó la cabeza y lo miró horrorizada. No hablaba en serio, ¿verdad? ¡No podía hablar en serio! ¿Aquello era una amenaza? No, no lo era, no podía serlo.

—Lo sé.

El miedo no la había dejado muda, después de todo. Derek enarcó una ceja, burlón, y la taladró con aquellos ojos oscuros, haciéndola sentir más nerviosa todavía.

—Entonces habla.

—¿Qué quiere saber?

—Para empezar, quién es el padre del niño.

—¿De verdad necesita que se lo confirme, milord?

—Deberías hacerlo, ya que no me informaste cuando debías.

Kate se mordió el labio inferior, molesta consigo misma. Tendría que haber empezado a hablar en el momento en el que lo había visto entrar por la puerta. Era obvio que estaba enfadado y que ella lo había irritado todavía más.

—Es suyo.

El conde cerró los ojos y se obligó a tranquilizarse.

—¿Quién más lo sabe?

—Su padre, el señor Wadlow, los padres del señor Crown y lady Landford. Aunque los últimos no lo sabían con certeza, pero no hay muchos chinos con los que ella hubiese podido relacionarse.

Derek la fulminó con la mirada.

—¿Por qué no me dijiste nada? Llevo años pagándote para que me mantengas informado de sus necesidades. ¿Por qué has callado hasta ahora?

Kate suspiró y clavó la mirada en el complejo dibujo geométrico de la alfombra.

—A decir verdad, no supe nada hasta que el niño nació. Usted ya sabe que pasé algunos años sin verla y ella guardó bien su secreto. Cuando supe a dónde se la había llevado su marido, descubrí lo de su hijo.

—¿Y por qué demonios no me informaste inmediatamente?

—No tenía caso hablarle del asunto. ¿Qué podría hacer usted? Ella ya estaba casada y su esposo era un buen hombre que cuidaba bien de su familia. Y cuando volvió, lo que menos necesitaba Daphne era que usted le recriminase su silencio.

Derek suspiró. Sí, podía entender eso, pero no comprendía por qué había callado Daphne. Tendría que haberle pedido ayuda, tendría que...

—Daphne no sabía dónde estaba, milord —dijo Kate dando respuesta a sus dudas—. Usted se

marchó antes de que ella supiese que estaba embarazada.

—Podría haberle pedido ayuda a mi padre.

—Lo hizo, pero él no la creyó. Solo le quedaba su prometido. El señor Wadlow no estaba en condiciones de ayudarla, así que se sinceró con el señor Crown y este aceptó la situación. No puede reprocharle que buscara ayuda.

Derek asintió. Lo entendía. Era doloroso reconocer que la había dejado sola e incluso saber que su propio padre la había abandonado a pesar de saber cuánto la amaba.

—¿Aceptó a un niño mestizo?

Kate asintió.

—Amaba a Daniel.

Daniel... se llamaba Daniel. Su hijo se llamaba Daniel. Hasta aquel momento solo era un niño. Su hijo, pero solo un niño sin rostro ni identidad. Ahora tenía un nombre. Ahora era real.

—¿Cómo era?

—¿El niño? —El conde asintió—. Guapísimo. —Kate sonrió al recordarlo—. Se parecía mucho a usted. Creo que, de haberse convertido en adulto, sería realmente como usted, milord. Era muy inteligente. Aprendía las cosas con rapidez y se hacía querer por todos. ¡Se sabía el nombre de todos los sirvientes! Era tan sociable que Daphne y el señor Crown debían tener mucho cuidado con él porque se marchaba con cualquiera que visitase la casa. Hablaba por los codos con todo el mundo. Y le encantaban los animales. El señor Crown lo llevaba a ver los potrillos y le regaló un cachorro. Crecieron como hermanos. Pero al morir Daniel, el perro murió de tristeza. No se despegó de él mientras estuvo enfermo. —Los ojos de Kate se humedecieron—. El niño tuvo una buena vida, milord. A pesar de que todos intuían que no era hijo del señor Crown y que el padre era extranjero no fue despreciado ni maltratado.

Los ojos de Derek se llenaron de lágrimas también.

—Tendrías que haberme hablado de todo esto antes.

—Daphne no quería que lo supiese.

—¿Por qué?

—Porque, milord, no había necesidad de que sufriese por algo que no puede solucionar y porque temía que se alejase de su padre por algo que ya estaba hecho.

—¿Solo por eso?

Kate negó con la cabeza.

—No quiere que haga nada porque se sienta obligado por el deber o el honor. Ella lo ama, milord, y quiere que usted sea libre de elegir, que nada lo obligue a hacer lo que no desea hacer.

Derek miró al ama de llaves unos instantes antes de secarse las lágrimas.

—Supongo que no le has contado nada. —Kate asintió—. Que siga siendo así.

Se levantó y fue hasta un pequeño mueble escondido tras la enorme mesa del despacho y sacó una bolsita de cuero que puso en la mano de su subordinada.

—Puedes marcharte.

Kate titubeó antes de salir. Quería decirle que no seguiría informándole sobre la vida de Daphne, pero no se atrevía a hacerlo. Algún día reuniría el valor necesario para abandonar todo aquello y podría enfrentar a su amiga sin vergüenza.

\*\*\*

Hugh Turner observó a Derek en silencio mientras este cortaba el filete en trozos tan pequeños que dudaba que fuese capaz de comerlo más tarde. Le pareció un desperdicio intolerable, ya que había demasiada gente en el mundo pasando hambre como para jugar con la comida de aquel modo. Además, le pareció extraño, pues el conde no era dado a ese tipo de acciones.

—¿Me vas a contar lo que sucede?

Derek alzó la mirada, confuso, luego miró su plato y arrugó la nariz, disgustado.

—Lo siento, estaba un poco distraído.

—Ya lo veo. ¿Quieres hablar sobre ello? Supongo que tiene que ver con Daphne, a juzgar por tu expresión y la presencia de la señorita Fergusson aquí.

El conde jugueteó con la comida del plato de nuevo y luego abandonó todo intento de cenar con un suspiro.

—No me apetece demasiado hablar sobre el tema.

Tampoco era algo sobre lo que pudiese hablar. Nunca le había contado a Hugh los orígenes de su relación, ni sabía hasta qué punto habían llegado. No tenía por qué saber lo que había pasado o en qué circunstancias se había casado Daphne.

—¿Debería enviar a Chandler a Cross Hill?

—No. No es necesario. Ya sé todo lo que necesito saber. —Sonrió—. No te preocupes tanto, Turner, estoy un poco cansado, eso es todo.

—¿Todavía te duele la cabeza?

Derek se acarició el lugar donde había sido golpeado y arrugó la nariz, disgustado.

—Yuyen se ha encargado de ponerme todo tipo de ungüentos extraños, así que la inflamación ha bajado un poco. Pero he tenido un día agitado. He tenido tantas visitas que creo que, en cuanto me acueste, dormiré a pierna suelta.

Hugh no dejaba de sorprenderse por la facilidad con la que su amigo se recuperaba de las heridas. Había recibido el golpe en la cabeza la noche anterior y allí estaba, comportándose como si nada hubiese pasado. No estaba seguro de ser capaz él mismo de lograrlo con tanta rapidez.

—Supongo que tener una cabeza de piedra ayuda a recuperarse con la misma celeridad que tú.

Derek se echó a reír. Su amigo nunca perdía la oportunidad de hacer referencia a su terquedad, aunque por suerte hacía ya tiempo que había dejado de molestarle.

—Tengo la impresión de que no me has pedido que viniese para invitarme a cenar —dijo Hugh dejando el tenedor sobre el plato—. ¿Qué sucede?

—Quiero ayudar a lady Sophia Dankworth.

Hugh parpadeó, sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque está en una situación desesperada, Turner. Quiero averiguar quién fue el sinvergüenza que se aprovechó de su situación y la dejó embarazada.

—¿Por qué? —preguntó Hugh de nuevo, incapaz de entender los deseos de su amigo.

—Porque tiene que hacerse cargo de su situación, ya sea que se case con ella, o que la ayude económicamente. Sus padres no parecen dispuestos a detenerse y temo lo que le sucederá si siguen tratando de venderla a cualquiera.

—Repito: ¿por qué? No parece propio de ti hacer algo así. Suelen pasarle este tipo de asuntos a la señora Crown.

—No me parece que Daphne sea la persona adecuada para ayudar a la mujer con la que mi padre quería que me casase.

Hugh suspiró con resignación.

—Siempre podrías encontrarle un buen esposo.

—Nunca sabes si un hombre será un buen esposo o no. ¿Y si después quiere deshacerse del niño?

—Tienes razón. —Hugh bebió el contenido de su copa de vino y asintió—. Le pediré a Chandler que lo investigue antes de enviarlo a China.

—Gracias.

Turner se encogió de hombros y volvió a prestar atención a su plato mientras se preguntaba qué bicho le había picado a su amigo para que, de repente, decidiese ayudar a lady Sophia, de la que no había dicho una sola cosa buena en los últimos días. Aunque, después de tantos años, debería tener claro que podía esperar cualquier cosa de él.

## Capítulo 9

—¿Podemos hablar?

Daphne se volvió hacia la puerta y asintió. Había estado esperando la visita de Paulette, por eso no había apagado las dos velas que iluminaban su habitación todavía. Dejó el libro que estaba leyendo a un lado y palmeó el lugar libre en la cama para que se refugiase bajo los cobertores, ya que la frugalidad del señor Miles respecto a las necesidades básicas de su esposa mantenía la casa fría incluso en noviembre.

Paulette dudó unos segundos, pero acabó subiendo al lecho y acomodándose al lado de Daphne, que la abrazó como si fuese una niña pequeña necesitada de consuelo.

—Lamento haber sido brusca contigo —dijo correspondiendo al abrazo de su amiga—. Pero sé lo que piensas sobre mi esposo y no quería escucharlo.

—Y yo me prometí a mí misma que no te diría nada para evitar situaciones incómodas.

Las dos sonrieron y Paulette estrechó el abrazo.

—Sé que solo quieres que sea feliz y que tenga una buena vida, pero si me voy... —Suspiró y se aferró al camión de Daphne—. Si me voy, no podré ver a mis hijos.

—Lo sé.

Paulette alzó la cabeza para mirarla.

—No quiero abandonarlos, Daphne. Aunque eso signifique vivir con el señor Miles.

Daphne asintió y apoyó la mejilla en la cabeza de su amiga. Todavía lo llamaba de aquel modo tan formal, sin rastro de intimidad o confianza. Comparó el matrimonio de su amiga con el suyo propio y dio las gracias en silencio a Eric por haberle permitido tener una buena vida. La había cuidado y animado a expresar sus opiniones, alentándola a ser ella misma. Por desgracia, aquello no era algo de lo que otras mujeres pudiesen disfrutar. Ciertamente, el suyo no había sido un matrimonio al uso, pero estaba convencida de que, de un modo u otro, ninguno lo era.

La madre de Paulette había dirigido la educación de su hija con mano de hierro porque, según ella, si no podía aspirar a un noble, debía conseguir un marido con la fortuna suficiente como para ser recibida por aquellos que miraban por encima del hombro a quienes no poseían un título nobiliario. El primer paso había sido ofrecer su ayuda a lord Leavenfield con la educación de la adolescente que acababa de traer de China. No había sido invitada por el marqués y ni siquiera se conocían, pero se había presentado en Leavenfield Park con sus cuatro hijas de la mano dispuesta

a introducirse por la fuerza en un mundo que le estaba vetado. Y, así, Daphne había comenzado a asistir a su casa para recibir lecciones de la institutriz de Paulette. Nunca en su vida se había sentido tan frustrada como durante las clases porque no solo había estudiado todo aquello en China, sino que además la obligaban a fingir que era estúpida. La regañaban de forma constante, como si el tener conocimientos fuese una aberración para su sexo. Eso por no hablar de sus carencias en la costura y su rechazo hacia el té y la estúpida ceremonia que le obligaban a efectuar cada tarde.

La señora Stevens, la madre de Paulette, había puesto sus ojos en Derek, pues estaba convencida de que ninguna mujer en su sano juicio se casaría con él. Si lograba que Paulette entrase en la nobleza de la mano del heredero del marqués, sus sueños se habrían cumplido y, para conseguirlo, imponía la presencia de su hija en la casa de lord Leavenfield. Este, ocupado como estaba tratando de recuperar la fortuna que el administrador de su padre les había robado, aceptaba la imposición sin decir una sola palabra. Conocía las intenciones de la mujer, pero él era el que tenía la última palabra en aquel asunto, así que la dejaba hacer porque sabía que, tarde o temprano, tendría que desistir. Aunque como compensación por la pérdida, le había conseguido un buen partido a Paulette. Y, como pago por la ayuda recibida con la educación de Daphne, había dotado a la joven con una casa en el campo y algunos terrenos. La había comprado para ella y se había deshecho de la molesta familia Stevens de un plumazo. Aquella era la casa en la que el señor Miles estaba en aquel momento, mientras su esposa pasaba el embarazo sola en Londres.

—Esta mañana, cuando recibí tu carta, pensé en lo mala amiga que he sido siempre contigo —dijo Paulette subiendo las mantas hasta el cuello—. Siempre he recibido cosas de ti, pero nunca te he dado nada. Estuviste conmigo cuando di a luz a los gemelos y cuando nació Ophelia. Siempre les envías regalos y te acuerdas de sus cumpleaños. Pero yo ni siquiera llegué a conocer a tu hijo. No sé su nombre y nunca le regalé nada. ¿No me odias?

Daphne suspiró y negó con la cabeza.

—No. No hay razón para ello.

—Yo sí estaría resentida contra ti.

—Bueno, conozco tu situación, así que nunca he pensado que tus acciones fuesen egoístas.

Paulette guardó silencio un par de minutos. Estaba tan quieta que Daphne creyó que se había quedado dormida.

—Pero lo fueron —dijo al fin—. Odio a mi marido. Lo odio desde la noche de bodas. Sabía que lord Leavenfield lo eligió para librarse de mi familia y por eso lo odié más. Y al principio te odié a ti también. Era absurdo, pero te odiaba. Cuando te casaste con el señor Crown... —Se encogió de hombros—. Bien, todo el mundo sabía que era una persona encantadora y de buen carácter, con una fortuna considerable. Pensé que era injusto que lord Leavenfield hubiese buscado para ti un hombre así, y para mí, al señor Miles.

Daphne no supo qué responder a aquello. No podía negar que había intuido que su amiga albergaba aquel tipo de sentimientos, especialmente cuando había puesto una excusa absurda para

no acudir a su boda, pero siempre había intentado ignorarlo pensando que, quizá, con el tiempo Paulette cambiaría de opinión. Era obvio que, si antes había sentido resentimiento contra ella por haberse casado con Eric, ahora lo hacía por su libertad. Y podía entenderla, claro que sí. Estaba casada con un hombre al que no amaba y que la desatendía. Además, por lo que acababa de decirle, compartir el lecho con él le resultaba desagradable. Aquello era lo que más temor le había causado al casarse: la intimidad. Había sido afortunada al respecto, pues no había tenido que compartir cama con su marido, pero sabía que muchas mujeres veían aquellos momentos como una tortura que debían soportar porque era su deber.

Daphne había disfrutado de sus encuentros con Derek y estaba segura de que eso no había cambiado, sin embargo, había escuchado a demasiadas mujeres hablar de ese momento como algo doloroso y terrorífico del que podrían prescindir sin mayor problema.

Acarició la espalda de su amiga y sonrió con amargura. No iba a responder a aquello. No había nada que pudiese decir y todo lo que tenía en mente era cualquier cosa menos apropiado. No disgustaría más a una mujer embarazada que detestaba su estado porque era el producto de una de esas noches traumáticas. Cuando el bebé naciese, todo aquel resentimiento que guardaba hacia el mundo desaparecería para dejar paso a la Paulette que ella conocía, estaba segura.

—Duerme —dijo acomodándose en la cama—. No importa lo que digas, porque yo no te guardo ningún rencor.

No obtuvo respuesta y cerró los ojos. Por la mañana, se separarían de nuevo y, cuando se volviesen a ver su amistad sería la misma de siempre.

\*\*\*

Aaron Wadlow se enorgullecía de ser una persona que jamás perdía la compostura. Era serio, reservado y comedido en sus palabras y acciones. Su vida se regía por una rutina de la que disfrutaba sobremanera porque estaba aderezada por la soledad que se había autoimpuesto y que tanto le gustaba. Sin embargo, aquella mañana su tranquilidad y soledad se habían visto resquebrajadas por la invasión de dos mujeres que querían arrastrarlo a Bond Street para hacer algunas compras. Y él, que también se vanagloriaba de ser una persona cuyo consumo de fruslerías era moderado, detestaba la idea de ser llevado de aquí para allá en la búsqueda de bagatelas que acabarían guardadas en algún armario hasta que alguien se acordase de ellas.

Protestó con vehemencia ante tal invasión, por supuesto. Se negó a acompañarlas alegando mucho trabajo primero y lloriqueando después, pero cuando se quiso dar cuenta, estaba siendo conducido fuera de su acogedora casa de Bloomsbury, donde todos decían que vivía atrincherado.

—Estáis interrumpiendo mi trabajo —protestó colocándose bien las lentes sobre el puente de la nariz—. No hay nada más desconsiderado que...

—¡Deja de protestar! —exclamó Daphne frunciendo el ceño—. ¿Acaso no te alegras de ver a tu hermana?

—En realidad, no somos hermanos —dijo Aaron con una sonrisa—. A veces lo olvidas.

Daphne puso los ojos en blanco.

—Y tú te encargas de recordármelo en cuanto tienes ocasión.

Él se encogió de hombros y se quitó una pelusa imaginaria de la manga del abrigo. Estaba encantado de ver a Daphne y la quería como a una hermana, pero cada vez que aparecía en su casa sin avisar temía las consecuencias de su visita. Que estuviese en Londres era sorprendente, pues a pesar de la escasa distancia que separaba Minstrel Valley de la capital —algo más de tres horas—, no solía abandonar su refugio y menos en invierno.

Sabía que algo había sucedido entre ella y lord Mersett, pues aquella mañana había desayunado con él y lo había notado extraño, pero no quería hacer preguntas a ninguna de las partes. Había aprendido que la mejor ayuda que podía proporcionar era mantenerse al margen y no participar en sus vaivenes amorosos. Él era un hombre de números, así que lo suyo era la razón, no las emociones. A sus treinta y dos años nunca se había enamorado y no tenía previsto hacerlo en lo que le quedaba de vida, pues una esposa e hijos no entraban en sus planes. Quizá podría tomar bajo su ala a algún joven dispuesto a aprender el oficio para que se hiciese cargo de sus negocios cuando él no pudiese hacerlo, pero esa era la única concesión que pensaba hacerle a la vida. Necesitaba un heredero y lo buscaría, pero no quería hijos que lo distrajesen de lo que realmente importaba: su trabajo.

Aun así, se sintió obligado a preguntarle a Daphne por qué había decidido visitar Londres de una forma tan repentina y dónde se había alojado, pues en su casa siempre tenía una habitación preparada para ella.

—Me quedé en casa de Paulette. Está esperando un hijo.

—Lo sé. ¿Ya ha regresado del campo? ¿En su estado?

—Ha pasado el verano aquí. Por lo visto, su esposo se fue a disfrutar de los arbolitos y las verdes praderas sin su esposa e hijos, a los que reclamó en agosto.

Aaron parpadeó sorprendido. Había escuchado rumores sobre el matrimonio de Paulette, pero no les había prestado atención porque creía que no eran ciertos, pero al parecer lo eran.

—¿Cómo se encuentra?

—Mal, como cada vez que se queda embarazada. Odia a todo el mundo, se odia a sí misma, odia al bebé... —Daphne se encogió de hombros dando a entender que era algo habitual.

—Es una pena.

En realidad, no sabía si lo era o no, pues Paulette Miles no despertaba sus simpatías. No había una razón concreta para sus sentimientos, pero siempre se había sentido del mismo modo hacia ella. Quizá se debía a la actitud de su madre, tan obvia en sus intentos de introducir a su hija en la nobleza. No podía olvidar la expresión frustrada de Daphne cada vez que regresaba de su casa porque le hacía sentir que todo lo que hacía estaba mal y ponía como ejemplo a seguir a Paulette. Y había sido por culpa de la misma señora que él había sido internado en un colegio, viéndose obligado a apartarse de la única persona a la que conocía.

Tanto él como Daphne habían tenido que adaptarse a muchos cambios en muy pocos meses, sin tener siquiera tiempo de hacer duelo por las personas que habían perdido. Porque para él el señor

Townsend había sido un padre, y la señora Townsend, la figura distante de una madre. Afectuosa cuando salía de su cuarto, pero invisible la mayor parte del tiempo. Pero lo más doloroso de la pérdida había sido que aquel niño hubiese muerto a las pocas horas de nacer. Tanto él como Daphne lo habían esperado con tanta ilusión, habían hecho tantos planes para cuidarlo, que todo se había venido abajo. Y después el abatimiento del cabeza de familia, que había sumido la casa en una tristeza tal, que Mei Li, la niñera de Daphne, había tratado de suavizar tanto como pudo, habida cuenta de que había poco que nadie pudiese hacer en aquella casa llena de un terrible desconsuelo.

Llegaron a Bond Street en silencio y Aaron se dejó llevar de aquí para allá, cargando paquetes, dando su opinión sobre los precios y la calidad de los productos entre dientes y, a mediodía, se dirigieron a la casa de lord Leavenfield, que había invitado a Daphne a almorzar con una simple nota en la que, más que invitarla, le daba la orden de ir a visitarlo. Como Aaron tenía una reunión con él, no dudó en adelantarla —pues no quería dejarla sola con él—, aunque eso molestase al anfitrión.

Fueron recibidos por el mayordomo, que los condujo a una pequeña sala en la que lord Leavenfield apenas pasaba tiempo. La misma que ella había usado como propia cuando vivía allí. Y aquello le pareció muy significativo. Aquel hombre nunca hacía nada porque sí, y que hubiese elegido aquel lugar para recibirla era un ejemplo de ello.

El marqués no tardó en aparecer y no se mostró sorprendido en absoluto por la presencia de Aaron. Ni siquiera parecía molesto, aunque ambos habían pensado que sí se enfadaría al ver que no había ido sola a aquella reunión que se suponía sería privada. La nota que le había enviado no lo decía de aquel modo, pero era obvio que aquellas eran sus intenciones.

—Daphne... qué alegría verte de nuevo.

Si le alegraba verla o no, era difícil saberlo, pues no era un hombre que mostrase sus emociones con facilidad.

—Gracias por la invitación, tío Henry.

Siempre había detestado llamarlo de aquel modo, pues nunca habían tenido tiempo para desarrollar una relación de afecto tan fuerte como para llegar a sentirlo como un pariente cercano, pero él se había empeñado en que debían llamarlo así. Aaron, mucho más terco que ella, siempre había mantenido las distancias con él y lo llamaba lord Leavenfield sin pestañear. Marcaba las distancias con una facilidad tal, que Daphne lo envidiaba profundamente. Era muy afectuoso con ella, pero se encargaba de poner límites muy claros a los demás. Al menos desde que habían llegado a Inglaterra, porque antes era la persona más dulce del mundo con cualquiera que se acercase a él.

—Pensé que sería una pena que te marchases sin ver tu cara.

Daphne no preguntó cómo había averiguado que estaba en Londres, pues Henry Lee, marqués de Leavenfield, parecía saberlo todo de todo el mundo. Cómo lo conseguía era un misterio en el que Daphne no tenía intención de ahondar.

—No le avisé de que vendría a Londres porque planeaba hacer una breve visita a la señora Miles y regresar al campo lo más rápido posible.

Mintió con todo el aplomo del que era capaz, pero un destello de burla en los ojos azules le dijo que el marqués sabía a la perfección cuáles eran sus motivos para visitar Londres.

—¿Has visto a Derek?

—Todavía no.

Otra vez aquel destello burlón, y de nuevo ella le sostuvo la mirada con tal calma y seguridad que incluso ella habría creído la mentira que estaba diciendo a pesar de saber que era un embuste.

—Entonces os veréis durante la comida. Es una suerte que haya decidido invitarlo también, ¿no crees?

Daphne sonrió imperturbable.

—Por supuesto, tío Henry.

No era la primera vez que trataba de leer en ella, pero Daphne nunca se lo permitía. Lord Leavenfield estaba acostumbrado a observar a la gente y actuar en consecuencia. Sus miradas penetrantes solían amedrentar a quienes eran objeto de su escrutinio, pero hacía ya tiempo que ella había dejado de temerle.

El marqués se sentó cerca del fuego y sonrió, divertido ante la férrea voluntad de su pupila. Daphne admiró su gallardía. Era un hombre muy apuesto para el que parecía que el tiempo no pasaba. Derek, salvando las distancias, se parecía mucho a él. La misma estatura, el mismo porte, los mismos gestos, la misma mirada... de haber nacido con el cabello castaño y los ojos azules habría sido idéntico a él. Si solo hubiese heredado las facciones de su padre y no las de su madre, habría tenido una vida mucho más fácil. Era una pena, objetivamente hablando, ya que a ella le parecía perfecto tal y como era.

—He invitado a algunas personas más, espero que no te importe.

Daphne pensó que era una suerte que se hubiese arreglado con esmero aquella mañana, porque tenía que tratase de ridiculizarla frente a Derek trayendo a una de esas bellezas arruinadas que paseaba últimamente frente a sus narices, según le había dicho Diana.

—Por supuesto que no. Es tu casa, tío Henry.

¿Notaría él que se le atragantaban las palabras cada vez que lo llamaba de aquel modo? Suponía que sí, ya que nunca se le escapaba nada.

Aaron tomó la palabra y desvió el tema hacia los negocios, donde los tres se movían con fluidez y sin tensiones. El marqués escuchaba las opiniones de Daphne con interés, consciente de sus habilidades en aquel terreno. Aquello era algo que admiraba de ella, aunque le había costado asimilar que una mujer tuviese la capacidad suficiente como para hacerse cargo de su propio dinero. Daphne había recibido una pequeña herencia que había sabido incrementar invirtiendo aquí y allá, usando a Aaron Wadlow, a Hugh Turner o al mismo Derek como intermediarios. Solo había fracasado en una ocasión, pero no le había supuesto una gran pérdida. Era rápida con los números y reconocía un buen negocio cuando lo veía. Pero precisamente esa habilidad suya la

había llevado a dejar de lado algunos aspectos que, en su opinión, eran indispensables en una mujer. Era bonita y femenina, pero no seguía las modas del momento ni era coqueta como correspondía a su género, miraba a los ojos a los hombres y no había ni un atisbo de pudor en ella. Además, esa costumbre suya de no fingir siquiera un sonrojo cuando él trataba de intimidarla, lo molestaba sobremanera. Pero era inteligente y eso no podía negárselo. Se parecía a su padre en eso, pero tenía mucho más cuidado en sus inversiones que este.

Suspiró y la observó mientras debatía con Aaron Wadlow. Entendía qué veía su hijo en ella, aparte del hecho de que nunca lo había tratado como un ser inferior, pero sentía que no era la persona adecuada para él. O quizá se tratase de simple terquedad, ya no lo sabía.

Al descubrir la relación entre ellos se había sentido traicionado y furioso, y cuando ella le había hablado sobre su embarazo, no había querido creerla. La había forzado a casarse con Eric Crown y suponía que no había hecho un mal trabajo, pues a su lado había florecido y se había convertido en la mujer que ahora era. No se debía a su independencia o a poseer su propio dinero, pues sabía que Eric nunca le había pedido cuentas por sus gastos, sino porque le había permitido hacer lo que le venía en gana y la había alentado a hacerlo, pidiéndole incluso consejo en sus negocios. Ciertamente había pasado un mal momento tras la muerte de su hijo y su esposo, pero se había recuperado y ahora estaba allí, haciéndole frente con valentía y mintiendo con total descaro, a pesar de que sabía que él conocía sus engaños.

Lo cierto era que la había visto cuando Derek había salido de su despacho y el estado de las ropas de los dos no dejaba lugar a dudas de lo que habían estado haciendo, por más que habían intentado arreglarse con rapidez. Lamentaba profundamente haber sido tan deslenguado, pues le había prometido que nunca hablaría sobre Daniel a su hijo. Ahora era solo cuestión de tiempo que Derek los enfrentase con toda la información en su poder, pues no lo dejaría pasar. Su hijo era como un perro de caza bien entrenado: cuando capturaba una presa, no la dejaba marchar.

Viéndola así, en ese momento, se preguntó por qué seguía empeñado en mantenerlos separados, cuando era obvio que era imposible e incluso absurdo. Daphne era una mujer saludable, no se parecía en absoluto a su frágil madre. Había dado a luz a un niño sano y no se había encerrado en su dormitorio con la salud debilitada. Incluso había ganado peso en los últimos meses y se la veía bien.

Dudó de sus propios temores y pensó que la idea que había tenido hasta ahora de una esposa adecuada no era realista. No había en Daphne ni rastro de artificio y sus sentimientos hacia su hijo eran honestos. A ella no le preocupaban en absoluto ni el dinero ni el título, ni siquiera la posición social. Estaba seguro de que sabía lo que supondría para ella casarse con un mestizo y no parecía importarle.

Se acarició la barbilla, pensando en la posibilidad de darle una nueva oportunidad. Era una buena chica, después de todo. Lo pasado, pasado estaba, así que tal vez era el momento de hacer borrón y cuenta nueva. Por su bien y el de su hijo, que jamás se separaría de la mujer que amaba sin pelear.

\*\*\*

Daphne notaba los ojos del marqués sobre ella y, al volverse para mirarlo, se estremeció al descubrir aquella mirada calculadora que tan bien conocía. Era la misma que tenía cuando le había dicho que le había encontrado un buen marido. Frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia Aaron, pero fue incapaz de seguir la conversación, pues la mirada de lord Leavenfield la ponía nerviosa.

Por suerte, el sonido de unas voces rompió la tensión de la habitación, ya que incluso Aaron había percibido la forma en la que el marqués la miraba. El mayordomo no tardó en abrir la puerta y presentar a la condesa de Tockwoghs y su hija, lady Miranda Tockwoghs. El conde, al parecer, tenía que atender algo muy urgente y por eso no había podido asistir. Tan pronto como la mirada de la condesa se cruzó con la de Daphne, esta supo que no le agradaba su presencia allí. Si la consideraba una rival para su hija o si era simple desagrado, solo ella lo sabía, pero su enojo fue evidente. Quizá pensaba que sentarse a la mesa con el administrador del marqués y la protegida de este era una humillación innecesaria, pero se guardó bien de manifestar su descontento, pues no estaba en situación de ser exigente. Aun así, recorrió con la mirada el vestido burdeos de Daphne, calculando con total impertinencia el valor del mismo y de las joyas que lucía. Daphne percibió un ligero cambio en ella al hacer una estimación rápida de lo que veía y se dio cuenta de que pensaba que el marqués había pagado lo que llevaba puesto. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco ante su estrechez de miras, pero se contuvo por consideración a la joven que, avergonzada, era incapaz de mirar a su madre o a nadie de su alrededor. Aunque un vistazo a Aaron sí que echó. Era un hombre muy apuesto, después de todo, cualquier mujer se volvería a mirarlo un par de veces, a pesar de que en aquel momento tenía cara de haberse tragado un sapo. No le agradaba la compañía y estaba haciendo un esfuerzo titánico por ocultarlo.

Más voces interrumpieron aquel intercambio de cortesías forzadas y lady Landford invadió la sala sin ser anunciada, muy en su estilo. Era arrolladora y no le importaba hacerse notar si con eso conseguía lo que quería. Y lo que quería en aquel momento era causar impacto en los presentes. Y lo consiguió, claro que sí. Lady Miranda era incapaz de cerrar la boca y lady Tockwoghs se encogió de repente, como si le hubiese caído encima una enorme piedra. Lord Leavenfield, en cambio, parecía a punto de colapsar. Lady Landford y él no se llevaban bien por algún tipo de rencilla familiar perdida ya en el tiempo, así que la presencia de la dama en su casa era del todo inaudita. Daphne, por su parte, lanzó una mirada de reojo a Aaron, que parecía muy orgulloso de sí mismo. Había pedido refuerzos a la caballería y esta se había presentado allí sin dudar. Pero ¿cuándo lo había hecho? ¿Y cuándo había llegado lady Landford a Londres? Solía quedarse en Cornualles hasta febrero y algunas veces ni siquiera visitaba la ciudad.

—¡Querida! —exclamó abrazando con afecto a Daphne—. Planeaba visitarte mañana, pero te has adelantado.

—No sabía que estaba en Londres, milady —dijo Daphne, incapaz de deshacerse de la sorpresa—. La habría visitado de haberlo sabido.

—Llegué hace dos días. Pero ya hablaremos de eso más tarde. —Se volvió hacia el marqués—. Gracias por la invitación, milord. No sabe lo mucho que me alegra que haya decidido enterrar el pasado y tender puentes entre nuestras familias.

Se estaba burlando de lord Leavenfield y este era incapaz de responder. Pocas veces se quedaba sin palabras frente a alguien, pues solía dominar cualquier situación, pero era obvio que lady Landford era demasiado para él.

—Es un placer tenerla aquí.

Era evidente que decir aquellas palabras era una tortura para él, pero aun así se mostró galante cuando se inclinó sobre la mano de la dama, que lo miraba con la burla reflejada en el rostro.

—Y aquí tenemos a la encantadora lady Miranda —dijo la condesa lanzándole una mirada desdeñosa a la joven—. Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez, pero está usted cada vez más encantadora.

—Gracias —dijo la joven con un más que adecuado sonrojo.

—¿Está aquí para hablar de su matrimonio con lord Mersett? —preguntó enlazando su brazo con el de Daphne—. Disculpe que sea tan directa, milady, pero ya tengo una edad y considero absurdo dar rodeos para saber algo que puedo preguntar de forma directa.

—Oh...yo...sí, supongo que sí.

La muchacha estaba tan avergonzada e incómoda que Daphne sintió lástima por ella.

—Querida, levante la cabeza. Si sigue mirando al suelo, se perderá toda la belleza del mundo. Le aseguro que los dibujos de la alfombra no son ni la mitad de interesantes que lo que hay en la habitación.

La muchacha hizo lo que le ordenaban y miró a su alrededor. Estaba tan colorada que Daphne temió que sufriese un desmayo. Apretó la mano de lady Landford para impedir que siguiese molestando a la joven. La condesa la miró y le dedicó una sonrisa.

—Daphne, querida, cada día estás más bonita. ¿Has ganado peso?

—Eso parece —respondió la viuda riendo—. La hija mayor del coronel Grenfell parece dispuesta a engordar a todo el pueblo con sus pasteles.

—¡Ah, es cierto! El coronel Grenfell tiene dos hijas, ¿verdad? —Daphne asintió—. Recuerdo que la señora Grenfell estaba embarazada de la mayor cuando nos marchamos de Minstrel Valley. Lady Acton me ha hablado de ella en alguna de sus cartas. Edith, ¿cierto? La muchacha que va a su casa a hornear pasteles.

—A aprender repostería de la cocinera de Minstrel House.

—¡Eso mismo! Tengo una memoria terrible. Supongo que la señora Cotton sigue creyendo que es la única capaz de comunicarse con el Señor y que eso le da ciertos privilegios sobre los pobres mortales. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Esa gente solo empeora con el paso de los años. Es una lástima.

—Debería visitarme algún día, milady. Siempre dice que lo hará, pero nunca lo hace.

Lady Landford suspiró.

—Tienes razón. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está lord Mersett? ¿No ha llegado todavía?

—Estoy aquí, milady —dijo el conde abriendo la puerta—. Disculpen el retraso.

Derek miró a su alrededor con sorpresa. No había esperado encontrarse con tanta gente a su llegada. Su mirada se encontró con la de Daphne y, en un gesto mecánico, le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y lady Landford le dio un pellizco en las costillas que Daphne encajó en silencio para evitar que los demás se enterasen de lo que había sucedido.

—Recupera la razón —susurró la condesa mientras lord Mersett intercambiaba saludos con los presentes—. Lord Leavenfield quiere casarlo con esa boba de ahí.

Daphne suspiró y miró a Derek, que parecía molesto por la presencia de tantos invitados a aquella comida que seguramente había esperado que fuese solo con su padre.

—¿Cómo supo que estaría aquí? —preguntó a lady Landford.

—El señor Wadlow me envió una nota hace cosa de una hora. Dijo, muy elocuente, que debía venir aquí porque necesitabas ayuda y que no podía negarme porque estoy en deuda con él. —Daphne la miró sin comprender—. Ya te lo contaré más tarde.

Daphne asintió y se volvió hacia lady Miranda, que parecía aterrorizada. No pudo evitar sentir resentimiento hacia lord Leavenfield y los padres de la chica. ¿Por qué la forzaban a pasearse por ahí como si fuese una res en busca de comprador? Era obvio que tenía miedo de Derek y que estaba a punto de llorar. ¿De verdad era necesario vender a una hija por unas libras y una posición? ¿A nadie le preocupaba la salud de la muchacha? Porque cada vez que miraba al conde apretaba la falda entre los puños como si estuviese en medio de una pesadilla de la que no pudiese despertar. Su madre lo veía y no hacía nada, y aquello era lo que más le molestaba. ¿Cómo podía una madre ser tan insensible? Si fuese su hija...

La mirada acerada de Derek la contuvo. Sabía lo que estaba pensando y quería detenerla. Aquello no tenía que ver con ella, así que no le permitiría que se inmiscuyese. Ella giró la cabeza, molesta.

¡Que se quedase con su lady Miranda! A ella no le importaba en absoluto.

## Capítulo 10

No sabía qué hacer. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía cómo reaccionar a una situación. Por un lado, estaba la nueva mujer que su padre había decidido que debía ser su esposa y, por otro, Daphne. Eso por no hablar de la presencia de lady Landford y Aaron Wadlow, que parecía que estaban allí para dar apoyo a la viuda. Además, lady Miranda era demasiado joven. ¿Había debutado siquiera? No recordaba haberla visto entre las debutantes. ¿Cuántos años tenía? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? Tuviese la edad que tuviese, ni siquiera estaba desarrollada y parecía una niña. ¿De verdad creía que él aceptaría a una mujer sin formar como esposa? Además, en cuanto lo había visto, su expresión había pasado de avergonzada a aterrada. Estaba seguro de que, si aceptaba aquel matrimonio, en cuanto le exigiese el cumplimiento de sus deberes conyugales se tiraría por una ventana solo para evitar que él la tocara. ¿Qué clase de padre pondría a su hija en una situación así?

Se volvió hacia Daphne y en su expresión iracunda pudo leer los mismos pensamientos que lo habían asaltado a él. Le dedicó una mirada de advertencia que ella captó enseguida, pero tardó un par de minutos en relajarse. Se había dado cuenta de que, hiciese lo que hiciese, no iba a cambiar nada. Ya fuese él u otro, tratarían de conseguirle un marido rico que pagase las deudas de su familia o, cuando menos, cuyo nombre los ayudase a mantener a raya a los acreedores.

Estaba harto de aquello. Amaba a Daphne y era la única mujer con la que deseaba estar, pero su padre seguía empeñado en convertirlo en alguien que no quería ser y, de paso, arrastrar a jóvenes inocentes a una vida en la que no serían más que cascarones vacíos. Aunque a nadie le importaba lo que ellas tenían que decir. Y, al parecer, su opinión tampoco contaba nada en absoluto, pues mientras pasaban al comedor, lady Tockwoghs no dejaba de decir la buena pareja que hacían, cuando era obvio que no era así. No solo por la estatura, pues había tenido que encorvarse para ofrecerle el brazo, sino por lo diferentes que eran en general. Con cada palabra que decía la condesa, su hija se iba tensando más y más, hasta el punto de que le había clavado los dedos en el antebrazo a Derek.

—Puede relajarse, milady —dijo sin poder ocultar su fastidio—. Tengo tantas ganas de casarme como usted.

Ella lo miró con la esperanza reflejada en el rostro.

—¿De verdad? —Él asintió y ella se relajó—. ¡Gracias a Dios!

Tendría que haberse sentido ofendido por la forma en la que había manifestado su alivio, pero como él se sentía del mismo modo, no pudo hacer otra cosa que sonreír.

Al llegar al comedor, buscó a Daphne con la mirada. Caminaba detrás de los demás invitados, ya que lord Leavenfield acompañaba a lady Tockwoghs y Aaron Wadlow a lady Landford. Sonrió al verla jugar con uno de los pliegues de la falda, totalmente absorta en sus pensamientos. No sabía qué la había distraído de aquel modo, pero estaba encantadora. Siempre le había gustado aquella expresión ensimismada. Podía pasarse horas mirándola sin que ella lo supiese cuando se encerraba en sí misma de aquel modo. Y a él le gustaba observarla. Le gustaba tanto que creía que su vida acabaría en el momento en el que no pudiese hacerlo de nuevo.

Apartó la silla para lady Miranda y se sentó a su lado solo porque el lacayo había apartado la silla para Daphne justo enfrente de él. Lady Landford había decidido que su lugar era en la cabecera de la mesa, pues su edad le permitía aquellos privilegios. Aaron se había sentado frente a lady Miranda y la joven no dejaba de mirarlo embobada.

Lady Tockwoghs estaba bastante molesta por la multitudinaria reunión y lo manifestaba con pequeños resoplidos que lady Landford acalló con una mirada desdeñosa. Incluso entre la nobleza cada uno sabía cuál era su lugar, y la condesa de Landford era como un tigre al que todos temían. Quizá se debía al escaso control que ejercía sobre sus palabras o, tal vez, al poder que todavía ostentaba en la sociedad. Una sola palabra suya y la joven lady Miranda sería condenada al ostracismo por las matronas de la alta sociedad.

—He oído decir que sus habilidades musicales son maravillosas, querida —dijo lady Landford mirando directamente a una mortificada lady Miranda—. Quizá después de comer pueda deleitarnos con su talento.

—Yo... yo no soy... claro que...

La joven se quedó callada de repente y Derek sintió lástima por ella. Aquello la estaba superando y pensó que la pobre criatura no llegaría a convertirse en una adulta jamás.

—No tartamudee, querida. Es muy poco atractivo. ¿O a usted le gustan las muchachas que son incapaces de expresarse de forma coherente, lord Mersett?

—Me gustan las mujeres que no se divierten intimidando a quienes no tienen ni el poder ni la capacidad para defenderse, lady Landford.

La dama sonrió divertida por la respuesta.

—¿Cree que estaba intimidando a lady Miranda?

—Sí.

—¿Y por eso se ha convertido en su defensor?

—Me he limitado a responder a su pregunta, milady. Eso no me convierte en el defensor de nadie.

—¿Se sentiría en la necesidad de defender a nuestra querida Daphne si le preguntase por sus habilidades musicales?

Los ojos de Derek brillaron burlones.

—Si no conociese sus habilidades musicales y sociales, quizá me vería obligado a hacerlo.

—No necesito que nadie me defienda —dijo Daphne jugueteando con la sopa que le habían servido—. Soy capaz de defenderme yo sola.

—Por supuesto, querida —dijo lady Landford—. Pero ¿crees que he torturado a lady Miranda por diversión?

—Milady, no estaba escuchando su conversación, solo presté atención cuando escuché mi nombre.

Derek sonrió y lady Landford carraspeó, divertida.

—Querida, no deberías hablar con tanta franqueza. Tendrías que haber dicho que no tenías una opinión formada sobre el tema o algo similar.

—No me gusta mentir, lady Landford.

—Pues yo creo que lo haces muy bien —dijo Derek mirándola con fijeza.

Daphne sostuvo su mirada. Sabía a qué se refería, pero no iba a ceder frente a él.

—Ocultar información no es mentir —respondió con tono calmado.

—¿Y qué es, entonces?

—Encubrir un hecho para evitar que otro lo descubra. ¿Necesitas que te lo explique todo, Derek?

—Eso es mentir. ¿No es así, Aaron?

El aludido se encogió de hombros.

—Cuando alguien no conoce cierta información y el que sí la conoce la oculta no está mintiendo, pues no está negando la existencia del hecho, sino evitando que sepa lo que ha sucedido.

Derek alzó una ceja, burlón.

—¿Y qué sucede cuando «el hecho» afecta a la parte que no conoce la información?

Daphne dejó la cuchara, dándose por vencida con la sopa. Estaba segura de que no sería capaz de probar bocado.

—No sucede nada porque desconoce «el hecho» en cuestión —respondió sin mirarlo.

—Una mentira es una mentira —dijo lady Tockwoghs para zanjar el tema—. Da igual la forma en la que se disfraza, mentir es abominable en cualquier situación.

Derek le dedicó una mirada cargada de intención a Daphne, que se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Señora Crown, ¿ha pensado en casarse de nuevo? —preguntó lady Tockwoghs—. Es usted joven y todavía puede resultar atractiva a los hombres.

Daphne decidió ignorar el insulto final y negó con la cabeza.

—No me planteo el matrimonio, milady.

—Pues yo creo que deberíamos buscarte esposo —dijo lord Leavenfield con tono jocoso.

—Tendría el mismo éxito como casamentero que con Derek, tío Henry.

El marqués encajó el golpe con una sonrisa.

—Conozco a algunos viudos de mediana edad que estarían encantados de cortejarla, señora Crown —dijo lady Tockwoghs.

—¿Viudos, lady Tockwoghs? —preguntó lady Landford—. Si le va a presentar a viejos decrepitos sin ningún atractivo, olvídelo. Estoy segura de que hay muchos hombres solteros interesados en una mujer tan atractiva como Daphne. ¿Usted qué piensa, lord Mersett? ¿Cree que los hombres solteros de su generación estarían dispuestos a casarse con ella?

El conde miró a Daphne con tal intensidad que esta pensó que ambos acabarían poniéndose en evidencia delante de todos. Era incapaz de sostenerle la mirada y él no disimulaba en absoluto sus sentimientos, algo impropio del conde, que era siempre comedido y cuidaba de que nada dañase su reputación.

—Estoy seguro de que más de uno se sentiría tentado de cortejarla.

—Tengo la impresión de que su afirmación viene acompañada de algún pero, milord —dijo lady Landford—. ¿Hay algo que haga poco atractiva a nuestra Daphne?

—Su carácter —intervino Aaron tratando de evitar que el conde dijese algo inapropiado—. Tiene un carácter muy fuerte y es muy independiente.

—Eso la hace más atractiva —intervino Derek—. Una mujer inteligente, con carácter y autosuficiente es, a mis ojos, mucho más atractiva que una que carece de todas esas cualidades. No me gustaría casarme con alguien a quien tuviese que cuidar y proteger en todo momento, o que ejerciese las mismas funciones en mi hogar que un bonito jarrón.

—Pero una mujer bien educada debe manejar su hogar sin molestar a su esposo —intervino lady Tockwoghs—. Una mujer debe saber cuál es su lugar.

—El lugar de cualquier mujer es al lado de su esposo, lady Tockwoghs —dijo Derek—. Ni delante, ni detrás, justo a su lado. Para manejar mi hogar en silencio ya tengo a mi asistente. Si algún día me caso, no será con alguien que no tenga el carácter necesario para enfrentarse a mí cuando crea que me equivoco o que no tenga el valor de consultarme algo que le preocupe. No me siento capaz de casarme con alguien que es incapaz de mirarme a los ojos, porque de ese modo nunca sabré lo que quiere o lo que piensa.

La condesa le dedicó una sonrisa tensa.

—Tengo la sensación de que no hay mujer en el mundo que esté a la altura de sus expectativas, milord. Quizá en China las cosas sean así, pero aquí...

—En China las cosas son igual que en el resto del mundo —dijo lord Leavenfield, molesto porque lady Tockwoghs hubiese hecho alusión a los orígenes de su hijo con un tono tan despectivo—. La madre de Derek era exactamente así: inteligente, con carácter e independiente. Por eso me casé con ella y por eso, a pesar del tiempo que hace que falleció, no he sido capaz de casarme de nuevo. Ninguna mujer podría cumplir mis expectativas. —Miró a Derek—. Pero no sabía que mi hijo buscaba exactamente lo mismo que yo. Quizá sea cierto eso que dicen de que la sangre es más espesa que el agua.

Lady Tockwoghs se sonrojó. Estaba a punto de perder su presa y no quería dejarla escapar.

—No pretendía ofenderlo, milord.

—Entonces no aluda a los orígenes de mi hijo con ese tono. Me siento muy orgulloso de él tal y como es y me molesta sobremanera que desprecien su mestizaje como si fuese algo sucio.

Todos miraron al marqués con sorpresa. Derek apenas podía creer sus palabras. Era la primera vez que lo defendía de aquel modo y se preguntó qué estaba tramando, pues no era alguien que hiciese algo así sin un motivo. Un tenso silencio cayó sobre los comensales, que ni siquiera se atrevían a mover sus cucharas por temor a enojar más a lord Leavenfield.

—Milord, me sorprende usted —dijo lady Landford tomando las riendas de la situación—. Creo que es la primera vez que habla de su esposa en público. ¿Por qué no nos cuenta algo más sobre ella? ¿Cómo era? Sin duda era hermosa, pues lord Mersett parece haber heredado sus rasgos. ¿Cómo la conoció?

—No creo que sea un tema de conversación adecuado para esta reunión, milady —respondió el marqués tras un carraspeo incómodo.

—El amor es un tema de conversación adecuado para cualquier situación, lord Leavenfield. Quizá se deba a la edad, pero creo que no hay nada más hermoso que dos personas que se aman. Los poetas hablan sobre el amor con una frivolidad pasmosa, cuando no hay nada frívolo en que dos personas destinadas se encuentren. Es tan complicado que eso suceda que las palabras vertidas en todos esos poemas parecen banales.

—Se ha convertido usted en una romántica, milady. Siempre pensé que consideraba el amor como una estupidez que los hombres usaban para perder a jovencitas inocentes.

—Nunca he pensado nada semejante, milord. Sin embargo, sí que creo que es un sentimiento muy conveniente para algunos hombres.

—¿Conveniente? ¿En qué sentido?

—Lo usan en su beneficio para conseguir lo que desean sin gran esfuerzo. —Lanzó una mirada de reojo a lady Miranda y luego miró al marqués con una sonrisa maliciosa—. No me pida que le explique el asunto en profundidad.

Lord Leavenfield también miró a la joven y suspiró con evidente disgusto. No era lo que había esperado de ella. Le habían dicho que era una joven vivaz y avispada por la que su exigente hijo podría sentir interés, pero no era más que un corderito asustado. Le temblaban las manos y era incapaz de comer. Se volvió hacia Daphne, que sostenía la mirada de Derek en una especie de batalla de voluntades en la que no parecía que ganase ninguno, pero que ambos se negaban a abandonar.

Había intentado integrar a Derek en la alta sociedad londinense y, aunque no lo marginaban de forma abierta, sí lo hacían de una forma sutil. O no tan sutil, pues incluso él era consciente de lo que sucedía. Las mujeres más maduras lo encontraban exótico y fascinante, pero las jóvenes y sus madres eran otra cuestión. Para ellas era alguien a quien debían evitar si tenían opciones mejores. Incluso las jóvenes que había tanteado lo miraban con el desdén de quienes se creen por encima de los demás. Lo sabía, pero pensaba que, quizá, casándose con una mujer adecuada a su posición

podría acceder a aquellos lugares a los que todavía no había podido entrar. Tal vez se había equivocado.

Miró de nuevo a Daphne. Quizá era porque había nacido en China, pero el modo en el que miraba a Derek era diferente. Ella nunca le daría lo que podría darle cualquiera de las jóvenes que había valorado como posibles nueras, pero a cambio lo haría feliz, fuese lo que fuese aquello.

Él había amado con todo su ser a la madre de Derek. La había venerado de tal modo que se había saltado todas las convenciones sociales para casarse con ella. Las cosas no habían resultado bien, así que se había marchado y había acordado pasarle una pensión para que se mantuviese el resto de sus días. No sabía que estaba embarazada cuando se había embarcado rumbo a Inglaterra. Había tratado de evitar que Derek siguiese sus pasos, pero había hecho lo mismo que él, solo que había hecho el viaje a la inversa. Ambos habían regresado a su hogar cuando se habían presentado problemas y los dos habían dejado atrás a su amor y a un hijo del que no sabían nada. Por desgracia, Derek no había podido conocer al suyo.

Quizá sus intentos por evitarle el mismo sufrimiento que él había vivido habían sido un error. Ver interactuar a su hijo con la mujer que amaba le rompía el corazón. Le recordaba tanto a sí mismo que le resultaba insoportable. Daphne, en algunos aspectos, le recordaba a la madre de Derek. Tal vez por eso sentía aquel rechazo hacia su relación. No hacia ella, sino hacia la idea de que su único hijo pudiese sufrir lo que él había sufrido. Sin embargo, tenía la sensación de que, hiciese lo que hiciese, aquellos dos nunca se separarían. Tendría que haberlo visto desde el primer momento, en lugar de comportarse como lo había hecho.

Suspiró y miró de nuevo a lady Miranda. No podía reprocharle a Derek que prefiriese a una mujer hecha y derecha en lugar de a una niña. Incluso a él le producía un gran disgusto. Por no hablar de su madre, que en aquel momento trataba de deshacerse de la que intuía era la rival de su retoño en la carrera al altar humillándola por sus orígenes. Tuvo que reconocer que el aplomo de Daphne iba más allá de lo que había imaginado, pues ni siquiera reaccionaba a las pullas de la dama, evitando darle armas para seguir humillándola. Eso molestaba más a lady Tockwoghs, que no sabía cuándo debía detenerse. Sin embargo, lady Landford zanjó el asunto lanzando su propio ataque a la condesa, que no volvió a abrir la boca hasta que finalizó la comida.

Cuando las damas se retiraron, él se volvió hacia su hijo, que miraba la puerta por la que habían salido las mujeres con tal anhelo que le arrancó un suspiro frustrado.

—¿Tanto la amas? —preguntó.

Derek se volvió hacia él, sorprendido. Incluso Aaron lo miró con sorpresa.

—¿Debo responder a su pregunta? —El marqués asintió—. Sí, padre, la amo. ¿No lo sabe ya? ¿Debo confirmárselo cada vez que me lo pregunte?

Lord Leavenfield negó con la cabeza y se volvió hacia Aaron, que ni siquiera parecía interesado en la conversación.

—Y tú, ¿no piensas casarte nunca?

El aludido alzó la cabeza y lo miró horrorizado.

—¿Quiere arruinar mi vida, milord?

La carcajada de Derek le valió una mirada asesina del siempre inexpresivo señor Wadlow.

—¿No planeas tener hijos? —preguntó el marqués conteniendo la risa.

—¡Dios me libre, milord!

Tanto lord Leavenfield como su hijo se echaron a reír ante el terror que reflejaba su rostro.

—He pensado en acoger a alguien para darle una segunda oportunidad. Yo me encargaría de formarlo para que se haga cargo de mis asuntos cuando yo no pueda hacerlo.

Derek se cambió de asiento para sentarse frente a él.

—¿De verdad? Yo conozco a alguien ideal para eso. Quiero ayudarlo, pero no quiere aceptar mi ayuda.

—¿Lo conozco?

—Es Johnny River, el chico que trabaja en Minstrel House. —Al ver que Aaron no parecía conocerlo a pesar de sus frecuentes visitas a Minstrel Valley, suspiró. Nunca se preocupaba por nada que no fuesen sus libros y sus cosas, así que no reconocía a nadie que no fuese alguien a quien conociese bien—. Tiene dieciséis años y es un muchacho inteligente y honrado.

—¿Y por qué quieres ayudarlo? —preguntó el marqués.

—Quizá porque me recuerda a Aaron. —Este lo miró con fastidio y Derek sonrió, divertido—. No me mires así, es igual de terco que tú. También es muy hábil y aprende muy rápido. Solo necesita una oportunidad para mejorar su vida.

Aaron suspiró y asintió.

—Puede servir. Si lo convence, le daré una oportunidad. —Ante la mirada suplicante de Derek, negó con la cabeza como si le estuviese pidiendo que le entregase toda su fortuna—. Si quiere que lo ayude, tiene que convencerlo.

Derek chasqueó la lengua con fastidio.

—¿Cuándo dejarás de tratarme como si fuese un extraño? ¿No puedes llamarme por mi nombre?

—Lo haría si fuésemos familia, pero ahora mismo usted y yo no somos más que empleador y empleado.

Tenía que darse por vencido con él. Desde que se habían conocido, mantenía aquella distancia de él. Solo era cercano a Daphne y no se molestaba en fingir que le interesaba nadie más. Tendría que sentirse ofendido o quizá dolido, pero Aaron era así y no había nada que pudiese hacer.

—De acuerdo —dijo al fin—. Lo convenceré.

No estaba seguro de ser capaz de hacerlo sin ayuda, pero al menos lo intentaría.

\*\*\*

Daphne detestaba hacer las labores de anfitriona en la casa de lord Leavenfield. La habían preparado para aquello y, teniendo en cuenta que era la única mujer cercana a la familia, las damas dieron por hecho que sería ella quien se encargaría de todo. Incluso el servicio la trataba como si fuese parte de la familia. Pero ella lo detestaba.

Las llevó hasta la sala en la que habían estado antes, decorada en distintos tonos de malva y que

ella misma había ayudado a decorar cuando era adolescente. Antes no se había fijado en que lord Leavenfield no había cambiado la decoración. De hecho, parecía que hubiese usado la sala el día anterior y no más de diez años antes. Este detalle la sorprendió. Estaba segura de que el marqués cambiaría la decoración, pero seguía igual y resultaba desconcertante.

—Supongo que esta sala la decoró la madre de lord Leavenfield —dijo lady Landford—. El resto de la casa es tan masculina que resulta extraño ver un lugar como este en medio de tanto azul y verde. Era una mujer con buen gusto.

Daphne lanzó una última mirada a su alrededor y sonrió. El marqués no había dejado en pie ni un solo mueble de los que habían decorado la mansión en vida de sus padres. De hecho, en cuanto habían llegado a Inglaterra, se había encargado de redecorar la casa a su gusto, pero le había permitido hacer lo que quisiera con aquella estancia y con su dormitorio, ya que era la única mujer de la casa.

—¿Vivió mucho tiempo aquí, señora Crown? —preguntó lady Tockwoghs con aquel tono desdeñoso que solo usaba cuando le hablaba a ella—. No parece que haya pasado mucho tiempo en esta casa.

—Tres años. Llegué a Inglaterra cuando tenía catorce y me casé con diecisiete.

—¿Llegó a Inglaterra? ¿Vivía en otro lugar?

—Nací en China, milady.

—¿Qué... peculiar! ¿Usted también es china? No lo parece.

—Si nacer en un país te convierte en parte de este, entonces soy china, aunque mis padres eran británicos. Mi padre poseía negocios en el país y tenía buena relación con sus gentes, así que viví allí hasta que fallecieron.

—Resulta muy exótico —dijo lady Miranda con timidez.

Era la primera vez que hablaba sin esperar a ser preguntada por algo y eso arrancó una sonrisa a Daphne, que se había preguntado si alguna vez llegaría a usar su voz sin que su madre la empujase a hacerlo.

—No estoy segura de que mi madre pensase lo mismo. Estaba embarazada cuando se embarcó rumbo a China con mi padre. Dio a luz a los dos días de llegar a Shanghái. Odiaba el país, pero no había nada que pudiese hacer.

—Podría haber regresado —dijo lady Tockwoghs.

—Estaba delicada de salud y le aterrorizaban los barcos.

—¿Y a usted le gustaba el país? —preguntó lady Miranda.

—Me habría gustado más sin británicos tratando de expoliar sus riquezas. —Miró a lady Tockwoghs con intención—. O sin todos esos hombres ávidos de disfrutar de los placeres que ofrecía Shanghái. Solo Dios sabe cuántas cosas habrán dejado atrás al regresar a casa.

Lord Tockwoghs era uno de esos hombres que había viajado a Shanghái siguiendo a un grupo de jóvenes hedonistas ávidos de encontrar el goce que solo una ciudad como aquella podía ofrecerles. Cuando se dirigían hacia el comedor se había dado cuenta de que su nombre le

resultaba familiar por su notoriedad cuando ella era niña. Su padre lo había mencionado varias veces como alguien despreciable de quien era mejor mantenerse alejado. No era de extrañar que hubiese llevado a su familia a la ruina.

Lady Tockwoghs alzó la barbilla con altanería, obviamente tocada por el comentario de Daphne, pero no dio respuesta. Lady Landford, pendiente de cada cosa que se decía y temiendo que se desatase una guerra entre las dos damas, pues era obvio que la condesa estaba recargando sus armas, tomó a Daphne de la mano y se la apretó con suavidad.

—¿Cuándo regresas a casa?

—En cuanto los caballeros se nos unan, si no les molesta. No quiero ser grosera, pero ahora oscurece enseguida y detesto viajar de noche. Planeaba emprender el viaje esta mañana, pero recibí la invitación de lord Leavenfield y no pude rechazarla.

—¡Por supuesto, querida! —exclamó lady Landford—. Ahora que te he visto me ahorraré el viaje a Minstrel Valley. Te escribiré y te lo contaré todo.

—Podría venir a visitarme y quedarse un par de días.

Lady Landford negó con la cabeza.

—Sabes lo mucho que odio esa casa. Siento curiosidad por ver cómo la has decorado, pero... —Suspiró—. No guardo buenos recuerdos del lugar.

Daphne asintió y le apretó la mano con suavidad en un gesto de consuelo que la dama agradeció con una sonrisa.

—En realidad, planeo hacer una larga visita a tus suegros. Llevo meses sin saber nada de mi hija y necesito verla y saber que está bien. Te escribiré desde allí y te contaré cómo están las cosas. La haré entrar en razón, aunque es terca como su padre y no sé si lograré nada. Pero me gustaría que las dos os llevaseis bien.

—Déjela, milady. No la fuerce, porque todavía estará sufriendo por la pérdida de su hijo. Hay muchas cosas que ella no sabía o no quería ver de Eric y por eso está furiosa conmigo. Prefiero que me odie a que descubra todo aquello que él quería esconderle.

—Pues yo creo que debería saberlas.

—Solo acrecentaría su dolor, milady. Deje que sea ella misma quien decida lo que quiere hacer.

Lady Landford iba a responder, probablemente para llevarle la contraria, pero lord Leavenfield entró en la sala seguido de Aaron y Derek, y Daphne aprovechó ese momento para despedirse de todos alegando que no podía pasar la noche en Londres, a pesar de la insistencia del marqués. Derek, que sabía que estaba huyendo, pues no tenía nada que hacer en el pueblo, la miraba socarrón. No podría librarse de la conversación que tenían pendiente y lo sabía, pero al menos podría posponerla un par de días o más.

Fue Derek quien la acompañó a la puerta, alegando que tenía que enviar un recado a alguien del pueblo. La ayudó a subir al carruaje y, antes de que el lacayo cerrase la portezuela, le sonrió burlón.

—A medianoche en las ruinas de los Scott —le dijo—. No te retrases.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente.

—¿Vas a ir a Minstrel Valley? ¿Hoy? ¿Estás loco?

—Si tú no te quedas en Londres, yo iré a Minstrel Valley. Tenemos cosas de las que hablar.

—¡Que pueden esperar un par de días!

—No, no pueden.

Y, sin darle la oportunidad de responder, se dio la vuelta y regresó a la casa.

—Estoy muerta —murmuró Daphne con la mirada fija en su espalda—. Está furioso.

—No lo está —dijo Kate—. Molesto, a lo sumo.

Daphne se volvió hacia su amiga y negó con la cabeza.

—Créeme, está furioso. Lo sé.

## Capítulo 11

No quería estar allí, pero no podía evitarlo por siempre, y lo sabía. Habría preferido que su conversación no se desarrollase en aquel lugar en el que habían compartido tantos momentos juntos, pero no había tenido la oportunidad de decidir otro sitio del que no guardase tan buenos recuerdos. Quizá el pozo de los deseos o, tal vez, el puente de las Ánimas, donde, con suerte, serían espantados por el fantasma del caballero sin cabeza y no tendría que enfrentarse a sus errores aquella noche.

Derek la esperaba sentado en una de las piedras que componían las ruinas con la espalda apoyada contra lo que una vez había sido la pared del castillo de los Scott. La luz de la luna iluminaba su rostro y Daphne pudo ver que tenía los ojos cerrados. No los abrió al sentir su presencia, como tampoco se movió para ayudarla a llegar al lugar donde él estaba, tal y como siempre había hecho. Sin embargo, la postura relajada de segundos antes se veía más tensa ahora. Ella sabía que estaba conteniendo la ira que sentía porque jamás haría nada para dañarla, pero si fuese hombre, ya habría recibido al menos un buen rapapolvo.

—Pensé que no vendrías. —El conde abrió los ojos y giró la cabeza hacia ella sin cambiar su postura—. Supongo que te subestimé.

—¿Preferirías que me hubiese quedado en casa?

—Creo que sí.

—No creo que hayas venido a Minstrel Valley para eso. —Se sentó a su lado y estiró las piernas, feliz de poder usar pantalones—. Aunque reconozco que pensé en no venir.

—No vuelvas a vestirme así —gruñó Derek.

—¿Quieres que me pasee por el pueblo con vestido? Si alguien me viese me metería en problemas. Nunca te ha molestado que me vistiese como un hombre.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Crees que te lo digo porque me molesta?

—Creo que te estás comportando de un modo extraño últimamente.

—¿Acaso no tengo motivos?

Ella chasqueó la lengua con fastidio.

—Eso y esto no tienen nada que ver —dijo—. Una cosa es que te haya ocultado algunos asuntos y otra cosa es que tú te estés comportando de un modo en el que no sueles comportarte.

Él rio con incredulidad.

—¿Me has ocultado «algunos asuntos»? ¡Me has ocultado un hijo!

—No me grites, Derek. No estoy sorda, ¿sabes? Sé que mi elección de palabras no ha sido acertada, pero eso no quiere decir que puedas gritarme cada vez que...

—¡Daphne! —exclamó Derek.

—¡Está bien! Está bien. Sí, te he ocultado un hijo.

Un silencio pesado cayó sobre ellos, roto solo por el ruido que hacía ella al frotarse las manos contra los muslos. Estaba nerviosa y no sabía qué decir.

—He intentado buscar todo tipo de justificaciones —dijo Derek—. Intenté dar un porqué a tus mentiras. Pero no hay nada que justifique lo que has hecho. Tendrías que haberme hablado del niño cuando regresé.

Daphne suspiró. No tenía nada que decir, ya que tenía razón. Tendría que haberlo hecho, pero...

—En realidad, al principio pensé que lo sabías y que no lo mencionabas porque no querías saber nada de él. Es una pobre excusa, pero es cierto.

Derek la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé de dónde saca Kate el dinero extra que gana y por qué está en Minstrel Valley. —Se encogió de hombros—. No es que me importe demasiado, pero lo cierto es que ninguno de los dos ha sido honesto con el otro.

Ahora fue Derek quien guardó silencio durante unos minutos.

—¿Cómo lo descubriste?

—Apareció en Cross Hill luciendo como si de repente hubiese ganado mucho dinero... no fue difícil atar cabos.

Derek suspiró.

—Le dije que fuese discreta.

—Nunca ha sido una mujer dada a la discreción. Aunque no le dije nada porque... —Se encogió de hombros de nuevo—. Bueno, no quería que perdiese los ingresos extra. Si le hubiese dicho algo, habría dejado de informarte de mis idas y venidas.

Derek se rascó la nuca, avergonzado.

—No me informa de tus idas y venidas, sino de tus necesidades y del estado de tu salud. Tengo motivos más que sobrados para preocuparme por ti.

—No intentaré suicidarme de nuevo. En aquel momento creía que no había otra salida para mí. Había perdido a Daniel y era incapaz de vivir sin él. Ahora sé que, aunque no lo olvidaré nunca, puedo seguir viviendo. Con días mejores y peores, pero sigo viva. —Se volvió hacia él—. Lamento haberte ocultado la existencia de Daniel. Tendría que haberte hablado de él, pero la verdad es que no creí que hubiese necesidad de que ambos sufriésemos. Sabía que te sentirías culpable y que buscarías solucionar el asunto y no quería que te vieses obligado a eso.

Derek cerró los ojos de nuevo y suspiró.

—Estoy furioso contigo, pero sé que soy responsable de lo que sucedió. No confiabas en mí y por eso no me hablaste de nuestro hijo. Me marché antes de saber nada y no mantuve el contacto contigo. Desaparecí durante años y, cuando volví, me comporté como un cretino porque te habías casado. No sabía que no habías tenido otra opción. Sé que tendría que haberte protegido y que si yo no hubiese sido tan cobarde no te habrías visto obligada a casarte. Pero ahora mismo te odio tanto... tanto que tengo el corazón desgarrado. —Se volvió hacia ella y la miró a los ojos—. Te odio a ti y me odio a mí mismo. Por momentos no quiero saber nada más de ti y al momento siguiente quiero abrazarte y darte consuelo por todo lo que has sufrido. Pero...—Sacudió la cabeza con tristeza—. No creo que pueda perdonarte.

Los ojos de Daphne se llenaron de lágrimas. Se las secó con rabia. Ella no era una persona tan débil, por amor de Dios. Ella no lloraba por algo así.

—Yo también te odio, Derek. Te odio por lo que hiciste entonces y te odio por lo que estás haciendo ahora. Hay días en los que te detesto porque sigues respirando mientras mi hijo está en una tumba. Te odio por haberme dado a Daniel y por no haber estado ahí cuando lo perdí. Te detesto porque nunca has pensado en mí y... —Se levantó y se alejó unos pasos de él—. Y me aborrezco a mí misma por amarte tanto.

Derek la miró unos instantes, dubitativo. Quería abrazarla y darle consuelo y, al mismo tiempo, quería castigarla, aunque fuese injusto. Y sabía que lo estaba siendo.

Al final, ganó el amor que sentía por ella. La quería y no había rencor más grande que aquel sentimiento. Se le acercó y le rodeó la cintura con los brazos. Como ella no protestó por el contacto, estrechó el abrazo y la animó a apoyar la espalda contra su pecho. Ella lo hizo y posó sus manos sobre las de Derek, que estaban enlazadas a la altura de su vientre.

—Lo siento.

Él asintió y se inclinó para besarla en la mejilla. ¡Ah, cómo odiaba aquel maldito sombrero con el que completaba su disfraz! Aunque solo un loco o un ciego creería que alguien con aquella extraordinaria figura era un hombre.

—Yo también lo siento —susurró él—. Sé que no tengo derecho a sentirme de este modo, pero no puedo evitarlo.

Ella se volvió sin deshacerse de su abrazo y le rodeó la cintura antes de apoyar la cabeza en su pecho.

—Lo tienes, igual que yo tengo derecho a sentir resentimiento. Los dos sabemos que estamos siendo injustos, pero... supongo que no podemos evitarlo.

Derek sonrió y soltó un hondo suspiro. Ella alzó la cabeza, sorprendida, y él rio con amargura.

—¿Sabes que nos hemos tocado más veces en dos días que en cinco años? Hasta ahora me conformaba con tomarte la mano y besarla. O con sentarme a tu lado, pero temo que no seré capaz de contenerme de nuevo. No después de lo que sucedió ayer en mi despacho.

Daphne se sonrojó al recordarlo y agradeció que solo los iluminase la luna llena, pues no era el pudor lo que la había ruborizado y él era demasiado astuto como para dejarlo pasar si lo

descubriese.

—¿Te estás quejando?

—En absoluto. Sin embargo, eso no cambia nada, Yuhuan. No importa lo que suceda entre nosotros, mi decisión es firme.

Daphne suspiró al escuchar el mote que le había dado en el barco, cuando eran dos extraños viajando hacia un mundo desconocido. Significaba *Anillo de Jade*, pero también era el nombre de una de las Cuatro Bellezas de la Antigua China, aunque su final no había sido el mejor del mundo, precisamente, pues a pesar del gran amor que el emperador Xuanzong le profesaba, no había hecho gran cosa para evitar su ejecución.

La historia de la dama era, cuando menos, triste. Sin importar el amor que el emperador le profesase, la había obligado a divorciarse de su esposo, uno de los hijos de este, con quien se había casado a los dieciséis años. Tras el divorcio la había convertido en una monja taoísta y después la había trasladado al palacio como cortesana. Solo cuando su exesposo se casó, cinco años más tarde, la tomó el emperador como consorte imperial en primer grado, la más importante de todas las consortes. Decía la historia que, una vez tuvo a Yuhuan a su lado, el emperador se había vuelto negligente y cumplía todos los caprichos de la dama, lo que disgustó a todos los subordinados de este. Ella, por su parte, había aprovechado su posición para mejorar la situación de su familia, logrando para ellos altos rangos en la corte. Diez años había durado aquella relación, pero tras una rebelión que había obligado a la corte a huir de la capital, los generales habían exigido su cabeza y el emperador, con pesar, se la había dado.

Cuando era joven, Daphne odiaba que la llamase de aquel modo porque temía que algún día la sacrificase a pesar de amarla. Pero, una vez casada, tras observar atentamente a los amorosos August y Eric, se había dado cuenta del amor que encerraba aquel nombre. Incluso había añorado que la llamase de aquel modo, porque pocas cosas había en China tan valiosas como el jade.

Cerró los ojos y estrechó el abrazo. No quería que las cosas siguiesen como hasta ahora, quería algo más, quería estar a su lado, que la tocase como la tarde anterior, que la besase como lo había hecho, que la llamase Yuhuan y que le hablase en chino. Adoraba escucharlo hablar en su idioma materno. No lo hacía con frecuencia, pero Daphne adoraba incluso el acento que no había logrado eliminar del todo.

No, no quería que las cosas siguiesen siendo como habían sido hasta ahora, pero no sabía qué hacer.

—Está bien —dijo—. Está bien. Nada cambia entre nosotros.

Pero todo había cambiado y los dos lo sabían.

\*\*\*

La irrupción de Edith Grenfell en Landford House sorprendió no solo a la dueña de la casa, sino también a Marlene Mignon, que había pasado la tarde con Daphne. Edith, sonrojada y con los ojos rojos, había entrado en el salón ámbar como un tornado, haciendo que ambas mujeres se preocupasen.

—¡Odio a esa perra! —exclamó poniendo los brazos en jarra—. ¡Me he cansado de llorar! Ahora la voy a maldecir.

Daphne parpadeó con sorpresa y se levantó de su asiento. Había mantenido una conversación muy íntima con Marlene, en la que la francesa le había hablado de su amor, algo de lo que no solía hablar, y le costaba volver a la realidad a pesar de las exclamaciones cargadas de rabia de su amiga más joven.

—Creo que no es necesario preguntar quién es «la perra», pero me sorprende escucharte hablar de ese modo —dijo Marlene—. Aunque, *ma chère*, estoy feliz de que hayas decidido odiarla.

—¡La odio a ella y a todos los hombres! —Se volvió hacia Daphne—. Menos a lord Mersett.

Daphne se echó a reír ante el tono contrito de su amiga.

—Puedes odiarlo. Yo también lo odio a veces.

—¡Pues lo odio también!

—¡Bravo! —exclamó Marlene, jocosa—. ¡Odiemos a todo el que use pantalones!

—¿Al señor McDonald también? —preguntó Daphne con expresión triste.

—Que lo odiemos no significa que no podamos mirar, querida.

—¡Cierto! Podemos mirarlo con odio. Y al señor Worth también.

Edith pateó el suelo con un pie.

—¿Os estáis burlando de mí?

—¡No, por Dios! —exclamó Daphne—. ¿Hemos dado esa impresión?

—Os habéis olvidado del médico, el señor Aldrich.

—A él también podemos odiarlo mientras lo miramos de lejos —dijo Marlene.

Las tres se echaron a reír y Edith se dejó caer en el sillón, al lado de la francesa.

—¿Qué tal te ha ido en la boda? —preguntó Daphne—. ¿Ha sido muy duro?

—¡Horrible! —exclamó Edith—. Ver a mi hermana en el altar con el hombre al que amo... —Sacudió la cabeza con tristeza—. He intentado no tener malos sentimientos hacia ella, al fin y al cabo, es mi hermana, pero hoy... hoy me he sentido tan mal que la odié. ¡Tendría que haber sido mi boda!

Marlene le palmeó la mano con afecto.

—No está mal que sientas rencor hacia ella. Se lo ha ganado.

Edith suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su amiga.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? —preguntó a Daphne—. No quiero irme a mi casa.

—¡Por supuesto que sí! No es necesario que preguntes. ¿Has comido algo? —La joven negó con la cabeza—. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa. Pero después, más tarde. ¿Marlene también se puede quedar?

Daphne rio.

—Sabes que sí.

—Odio a los hombres —repitió—. Son todos igual de perversos y volubles.

—Piensas de ese modo ahora, pero más adelante cambiarás de opinión —dijo Marlene—.

Todas hemos pasado por algo similar en alguna ocasión.

—¿Tú también?

—Por supuesto, *ma chère*.

—¿Y tú? —preguntó mirando a Daphne—. ¿Alguna vez has odiado a los hombres?

—No. A los hombres no. A Derek... A él sí.

Edith suspiró.

—¿Cómo van las cosas con él?

—Como siempre. Sin novedades.

—¿Y quieres que haya novedades?

—Por supuesto que sí. Me estoy haciendo mayor y no creo que pasarme el resto de mi vida reuniéndome con él a medianoche en las ruinas de los Scott sea una opción.

—Lo dice porque la noche pasada se reunió con él y, cuando regresaba a casa, resbaló y bajó la colina con el trasero.

Edith se echó a reír al imaginarse a su amiga en aquella tesitura.

—No te rías, que todavía me duele.

Daphne arrugó la nariz y las tres rieron. Edith ya se sentía mejor. No había nada como encontrarse con sus amigas para recuperar el buen ánimo.

—Entonces deberías hacer algo. ¿Y si se casa con otra? ¿Qué harás?

—Aceptar su decisión —respondió Daphne resignada.

—¡No! —exclamó Edith—. No, Daphne. No debes hacerlo. Lo lamentarás el resto de tu vida.

—Está bien —intervino Marlene—, está bien, *ma chère*. Ahora mismo estás muy sensible debido a los sucesos de hoy, por eso hablas así.

—Pero...

Marlene negó con la cabeza. No debía hablar sobre ello, así que calló a regañadientes. No quería lastimar a su amiga y no tenía ninguna solución que darle. Quería ayudarla, pero no sabía cómo.

Daphne cambió de tema y hablaron durante asuntos triviales al menos durante una hora, hasta que les sirvieron la cena y Edith volvió a sumirse en una profunda tristeza. Marlene y Daphne la observaron en silencio mientras jugueteaba con la comida del plato, hasta que Daphne, preocupada, le sujetó la mano que sostenía el tenedor para llamar su atención. La joven la miró con expresión ausente y la viuda le quitó el tenedor con cuidado.

—¿No te gusta la comida? ¿Quieres que le pida a la señora Dubois que te prepare algo diferente?

Edith negó con la cabeza.

—No tengo apetito.

—Pero tienes que comer algo, *ma chère* —dijo Marlene—. De nada sirve que te mates de hambre o que enfermes. Lo hecho, hecho está y no tiene solución. Él eligió a tu hermana y tú aceptaste su decisión.

—No tuve otra opción —murmuró la joven.

—La tuviste —dijo Daphne—. Siempre tenemos otra opción. Decidiste dejar que se casasen y ni una vez le mostraste tus sentimientos. Ahora ya está hecho y no hay vuelta atrás.

Edith suspiró y se secó las lágrimas.

—Tienes razón. Es culpa mía. Si me pareciese un poco a ella... si fuese igual de atractiva...

—No es culpa tuya, es de esos dos sinvergüenzas —dijo la francesa—. Ellos son los únicos que deben ser criticados. No han tenido ni un poco de consideración contigo.

—Pero...

—Sin peros —intervino Daphne—. Lo que dice Marlene es cierto.

Daphne se levantó y miró a su joven amiga con preocupación.

—Como ninguna de nosotras parece tener mucho apetito, ¿qué tal si volvemos al salón y nos acurrucamos frente al fuego con un plato de emparedados de la señora Dubois y una botella de *whisky* del señor McDonald? —Se llevó un dedo a los labios para pedirles silencio—. Tuve que suplicar para que me vendiese una y la estaba guardando para una ocasión especial. Creo que hoy es el día perfecto para abrirla.

Edith abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿*Whisky*? —preguntó—. ¿En serio? Nunca lo he probado.

—Yo tampoco —dijo Marlene.

—Yo tampoco —rio Daphne—. Pero me apetecía probarlo. El señor McDonald le dice a todo el mundo que destila el mejor *whisky* de Inglaterra, y pensé que tenía que conseguir una botella. Me la regaló con la advertencia de que lo bebiese con moderación, pues es un licor muy fuerte.

Las tres se miraron con la emoción de unas chiquillas que van a hacer una travesura que llevan tiempo deseando. Las tres corrieron entre risas hasta el salón y Daphne sacó la botella de un pequeño armario escondido tras un biombo de madera decorado con peonías pintadas en color dorado. La mostró a sus amigas, que aplaudieron emocionadas, y se sentaron en el suelo muy cerca de la chimenea. Se unieron a ellas Holly y Snow, que acabaron acomodándose en el regazo de Daphne. Marlene, que no era una apasionada de los gatos, las miró con disgusto, pero no dijo nada.

—La doncella se las llevará cuando traiga los emparedados —dijo Daphne mientras acariciaba la cabeza de Snow—. ¿Tu padre volverá hoy, Edith? ¿Debo enviar a una doncella para informarle de que dormirás aquí?

—No, él no regresará esta noche.

—¿Segura? —La joven asintió y Daphne sonrió, traviesa—. Entonces no hay motivo para que no bebamos este *whisky* destilado con amor por el mejor herrero de Minstrel Valley.

—El único herrero —dijo Edith riendo.

—De acuerdo, quisquillosa, el único herrero.

Las tres rieron de nuevo.

—Pero Daphne, ¿está bien que hagamos esto? —preguntó Edith, preocupada—. No sé si...

—No, no está bien. No es correcto y desde luego ninguna dama debería hacerlo. Pero es mi casa y en mi casa hago lo que quiero. Hoy no hay normas, ¿de acuerdo? —Edith asintió y Marlene se limitó a sonreír—. Por una vez, una sola, hagamos lo que queremos hacer y digamos lo que queremos decir, ¿de acuerdo? Mañana volveremos a nuestras vidas, a las acciones contenidas y a las sonrisas complacientes. Pero esta noche somos libres.

—Tú siempre eres libre —dijo Marlene sonriendo.

Daphne negó con la cabeza y entregó las gatas a la doncella que acababa de dejar una bandeja con distintos platillos preparados por la cocinera y Gong Li. Edith cogió un pastel de arroz de color rosado y le dio un mordisco.

—Si fuese libre, no cedería ante Derek ni permitiría que lord Leavenfield me humillase como lo hizo ayer, ni callaría al ver a esa adolescente con la que quieren prometerlo.

—¿Y qué harías? —preguntó Edith mirando con curiosidad el pastel—. Esto me gusta y me disgusta al mismo tiempo, ¿es normal?

Daphne llenó las copas y se encogió de hombros.

—No sé qué haría, pero desde luego no me quedaría callada. Y no, no es normal. O te gusta, o te disgusta. ¿Cómo puede gustarte y disgustarte al mismo tiempo?

—Me gusta el sabor, pero masticarlo es... no sé. Pero está rico.

Las tres cogieron las copas al mismo tiempo, miraron el líquido de su interior con reticencia y decidieron probarlo también a un tiempo. La reacción fue la misma para las tres: se atragantaron. Era más fuerte que el jerez al que estaban acostumbradas. Daphne soltó una exclamación de sorpresa y bebió un segundo trago, que pasó mucho mejor. Ya no le quemaba en el pecho y pudo saborearlo.

—Bebed despacio —dijo—, porque tengo la impresión de que esto se sube a la cabeza enseguida.

Marlene bebió un sorbo pequeño y, al ver que no se atragantaba ni le quemaba, bebió un poco más. Edith, en cambio, cogió su copa y bebió todo el contenido de un solo trago, para sorpresa de sus amigas, que se sorprendieron todavía más al escucharla lanzar una maldición que habría sonrojado al marinero más curtido.

—No estoy sorda —dijo tendiendo la copa para que Daphne la llenase de nuevo—. También escucho los juramentos de los granjeros. No soy tan inocente como creéis.

—¡Desde luego que no! —convino Daphne llenando la copa de la joven—. Nadie duda de tu falta de inocencia.

—¡No te burles de mí!

—Jamás haría nada semejante. —Daphne ocultó una sonrisa tras su copa—. Marlene, prueba esos pasteles de crema, están deliciosos. La señora Dubois dijo esta mañana que compartiría su receta contigo si vienes a aprender a hacerlos aquí, Edith. Dice que su elaboración es compleja.

La joven cogió uno de los pasteles y lo probó. Abrió mucho la boca con la sorpresa.

—¡Quiero hacerlos! ¿Te importa que acepte su invitación?

Daphne se encogió de hombros y llenó su copa y la de Marlene.

—Por supuesto que no. Mi cocina es tu cocina... siempre que la señora Dubois te permita entrar. —Mordió un pastel de arroz, pensativa—. Me pregunto por qué usa el apellido Dubois si tiene menos de francesa que yo de china.

—¿Y te lo preguntas ahora? —dijo Marlene riendo—. Para algunas cosas eres un poco lenta.

Daphne suspiró y se llevó la mano al pecho en un gesto teatral.

—Solo soy una pobre mujer, y ya sabes que las mujeres ni siquiera somos capaces de pensar.

—Cierto, ni de tomar decisiones.

—Ni de secuestrar a chinos —dijo Edith con un hipido.

Daphne y Marlene se volvieron hacia la joven, sorprendidas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Daphne.

—Que tengo una idea maravillosa para solucionar tu problema con lord Mersett.

Daphne se inclinó hacia ella con interés. Marlene se encargó de llenar las copas de nuevo y Edith abrió la boca para contar su maravilloso plan, pero solo logró soltar un eructo que provocó exclamaciones sorprendidas y de reproche de sus amigas.

—No, no, escuchadme —dijo al fin—. Escuchadme, porque es una gran idea.

## Capítulo 12

—Estás borracha —dijo Daphne retirando la copa de Edith, que la recuperó con un quejido—. No es que yo esté mucho más sobria que tú, pero incluso yo sé que es una locura.

Marlene se dio un par de golpecitos en la barbilla con el dedo índice, pensativa. Daphne la miró horrorizada. ¿Estaba valorando las posibilidades de aquel plan absurdo?

—Yo creo que es una muy buena idea.

—Tú también estás borracha.

La francesa negó con la cabeza.

—Es muy romántico —dijo con un suspiro—. Hacer juntos un viaje tan largo para culminar vuestro amor en Gretna Green... —Entrelazó las manos a la altura del pecho—. Es maravilloso.

Daphne la fulminó con la mirada y apartó la botella de *whisky* de ella, como si en lugar de licor contuviese algún tipo de alucinógeno o veneno.

—Creo que olvidas un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Nada, algo sin importancia. Algo así como que él viajaría amordazado y con un enorme chichón en la cabeza. Una nadería, en realidad.

Edith hizo un gesto con la mano para quitar hierro al asunto.

—Una mordaza y un chichón no pueden ser obstáculos para el amor —dijo la joven abrazando la botella de *whisky*—. ¡Es tan romántico! ¡Y volverías convertida en lady Mersett!

Daphne no sabía qué era peor, que sus amigas viesan un gran romanticismo en un secuestro, o que ella estuviese empezando a valorar la posibilidad de seguir la loca idea de Edith. Suspiró con resignación y apuró su copa de *whisky*. Si iba a hacer caso de aquellas dos locas, debía volverse loca también. Se sirvió otra copa y la bebió de un trago. Si hacía aquello que Edith había sugerido, Derek estaría furioso con ella al menos un par de años.

—Obtendrías tu venganza de lord Leavenfield. —La azuzó Marlene—. Imagina su cara al descubrir que su adorado hijo se ha casado contigo. ¡Y en Gretna Green! Se volvería loco.

Daphne se rascó la punta de la nariz, dubitativa. No estaba segura de quién enloquecería más, si Derek o su padre. O ella, una vez lord Mersett despertase del golpetazo que Edith planeaba propinarle.

—No puedo hacerlo.

—¡Vamos! —exclamó Edith—. ¡Dijiste que esta noche no hay reglas!

Daphne soltó un quejido lastimero.

—¡Entre nosotras! Nunca hablé de secuestrar a nadie.

—Cobarde.

La viuda bebió otra copa de *whisky*. Aquello era una locura, pero empezaba a reír como una tonta al pensar en la situación. Solo imaginarse a Derek amordazado y atado, viajando en aquel estado de total indefensión en su carruaje, la hacía carcajearse como si fuese lo más gracioso del mundo. Se dijo que así lo despojaría de toda su arrogancia y se desharía de aquellas normas absurdas que había impuesto. Estaba harta de sus condiciones, de no poder tocarlo, de no ser tocada y de tener que mantener una distancia que no quería mantener.

—Hagámoslo —dijo al fin—. Llevemos a ese maldito pedante a Gretna Green.

—*Ma chère* —dijo Marlene—, nosotras no iremos contigo.

Daphne resopló con fastidio.

—Era una forma de hablar.

—¡Ah!

—Estás borracha —dijo Daphne sacudiendo la cabeza con tristeza, como si ella fuese un ejemplo de sobriedad y sus amigas fuesen las únicas ebrias de la sala.

—Un poco —reconoció la francesa tapándose la boca con timidez—. Pero piensa en ello, es lo más romántico que podrás hacer jamás por lord Mersett.

Ella no veía el romanticismo por ningún lado, pero le parecía una venganza perfecta. Se vengaría de él y de lord Leavenfield. Lo obligaría a viajar hasta Gretna Green atado y amordazado, sufriendo terribles dolores de cabeza por el golpe y sin apiadarse ni un poco de él.

Sonrió y rio, perversa.

—Me acabas de recordar a la señora Cotton —dijo Edith con un estremecimiento—. No te rías así.

Daphne también se estremeció al pensar en la beata del pueblo.

—¿Lo hacemos o no? Pronto llegará la hora de tu cita.

La viuda se volvió hacia Marlene y asintió.

—Iré a cambiarme y le diré a Thomas que prepare el carruaje.

—¿Te vas a cambiar de ropa?

—Si me ve así vestida *sospachará*...

—*Sospetará* —la corrigió Edith.

—¿Y yo qué he dicho?

—No sé.

—Pues eso.

—Eso.

Daphne bebió lo que le quedaba de *whisky* en la copa y se levantó del suelo con dificultad. Al intentar llegar a la puerta para subir a su cuarto a cambiarse de ropa, perdió el equilibrio y acabó

golpeándose contra la pared. Se volvió hacia sus amigas, contrita.

—Creo que da igual que *sospache*, no puedo subir las escaleras.

—*Sospete* —la corrigió Edith.

—Eso.

—Pues pongámonos en marcha ya —dijo Marlene intentando levantarse del suelo sin éxito.

—Mal llegaremos si estás tan borracha que no puedes ni levantarte —dijo Edith entre risas, que se vieron interrumpidas por un sonoro eructo.

Las tres rieron como colegialas y, cuando lograron ponerse en pie, Daphne salió de la sala con lo que ella creía era la dignidad de una reina y pidió a la primera doncella que encontró que informase a Thomas de que necesitaba el carruaje. Luego se dispuso a salir, pero Edith la detuvo.

—¿A dónde vas?

—¿A dónde crees que voy? Si vamos a...

Marlene le tapó la boca con la mano y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie.

—Sssh... Si alguien te escucha estaremos en problemas.

Daphne asintió.

—¿Y planeas ir caminando? —preguntó Edith con el ceño fruncido.

—*Ma chère* —dijo Marlene apoyando todo su peso en Daphne, que trastabilló y acabó agarrándose a Edith para no caer—. ¿Qué iba a decir? ¡Ah! Sí... *ma chère*, tenemos que ir caminando, no tenemos alas. Si las tuviésemos podríamos ir volando, pero como no las tenemos, tendremos que caminar.

Daphne soltó una risita. Acababa de verse sobrevolando Scott Hill. Marlene la miró con curiosidad y luego se echó a reír sin saber muy bien el porqué de su risa. Solo sabía que todo le parecía muy gracioso.

—Pero tenemos un carruaje —respondió la más joven.

Edith y Marlene se miraron y se echaron a reír, esta vez a carcajadas.

—Es verdad, es verdad... —dijo Daphne—. Lo había olvidado.

Marlene miró a su alrededor.

—¿Dónde está Kate?

Daphne se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. —También miró a su alrededor—. Pero espero que esté muy lejos, o no podremos hacer nada de... —Se llevó una mano a la frente y abrió mucho los ojos—. ¡Dinero! ¡Necesitaré dinero!

—¿Que pague él! —exclamó Edith—. ¿Lo llevas de viaje y encima tienes que pagar tú?

Daphne se encogió de hombros.

—Soy una persona generosa, no puedo evitarlo.

Se dirigió hacia una pequeña sala que usaba como despacho, justo al lado de la biblioteca, y buscó la bolsa con dinero que guardaba bajo llave. Cuando la encontró, la metió en el bolsillo de

la falda y, como pesaba demasiado, se la ató a la cintura usando el lazo que la adornaba. Luego salió caminando con paso más o menos firme y una sonrisa confiada en el rostro. Thomas ya estaba allí. Había preparado el carruaje con ayuda de su hijo y sus tres nietos. Daphne se sintió culpable al verlo cojear y pensó en abortar el plan, hasta que el anciano le preguntó si le parecía bien que las acompañasen sus dos nietos mayores en lugar de él. Ella aceptó encantada y luego se dejó acompañar por el anciano hasta el vehículo. Las tres subieron, contentas, y una vez emprendieron la marcha, Daphne se volvió hacia sus amigas. Empezaba a corroerle la culpa.

—¿Y si Derek se da cuenta de lo que pretendo hacer? —preguntó mientras apretaba con fuerza la bolsa con el dinero—. Me matará si lo descubre.

—Finge que estás inconsciente —dijo Edith con tono calmado—. Seguro que se le pasa el enfado.

Marlene se volvió hacia la más joven con la boca abierta, sorprendida por la extraordinaria lucidez de su amiga. Luego se volvió hacia Daphne.

—Sí, finge que estás inconsciente. Como si a ti también te hubiesen secuestrado.

Daphne las miró estupefacta y soltó un gemido lastimero. Estaba muerta. Derek la mataría en cuanto descubriese sus intenciones. Le retorcería el pescuezo, estaba segura.

—Pero recuerda que tienes que lograr que se agache o no podré golpearle —dijo Edith—. ¡Es demasiado alto! ¿Cómo puede un hombre ser tan alto? ¡Es como un maldito árbol!

—¿Y cómo demonios voy a lograr que se agache? No es como si pudiese decirle: «¡eh, mira, hay un penique en el suelo!».

—Puedes pedirle que te ayude a buscar un zapato —dijo Marlene—. Dile que lo perdiste por el camino.

El carruaje se detuvo cerca de Scott Hill, pues no podía llegar hasta las ruinas por lo escarpado del terreno. Las tres mujeres se bajaron y los jóvenes que las acompañaban las miraron extrañados. Si pensaban que estaban locas, no dijeron nada y tampoco intentaron acompañarlas, pues sabían que no se lo permitirían. Eran muchachos leales y discretos, a pesar de que su señora era un tanto excéntrica. Aunque su comportamiento de aquella noche sobrepasaba todas sus expectativas.

—¿Y cuando vea que tengo los dos zapatos puestos? —preguntó Daphne buscando excusas para no seguir adelante—. ¡Se dará cuenta de todo!

Marlene resopló con fastidio, se agachó, le quitó un zapato y lo arrojó lejos.

—¡Ya está! Ya no tienes zapato.

Daphne se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido el zapato y asintió, convencida de que su amiga era un genio.

—Eso puede funcionar —dijo—. Recordad que tenéis que ser sigilosas. Derek tiene oído de pato.

—De *tago* —la corrigió Edith.

—¿Y yo que he dicho?

—*Tapo*.

—¡Ah!

Marlene resopló.

—Ni pato, ni *tapo* ni *tago*. ¡Gato!

Las otras dos rieron, convencidas de que Marlene estaba equivocada.

—Estás tan borracha que no sabes hablar —dijo Daphne llevándose una mano a la boca—. ¡Has dicho gato!

Marlene puso los ojos en blanco.

—Vale, ¿cuál será la señal? —preguntó Edith—. ¿Podría ser un lobo?

—¿Hay lobos en Minstrel Valley? —preguntó Daphne.

—Por supuesto, ¿no has oído que se comieron dos de las ovejas de los Smith?

—¿En serio? ¡Qué pena!

—¡Centraos! —exclamó Edith—. Yo no sé aullar.

—Yo lo haré —dijo Marlene.

—Necesitamos algo con lo que golpearlo.

La joven miró a su alrededor y escogió una enorme piedra. Daphne se la arrancó de las manos, horrorizada. No permitiría que nadie golpease la cabeza de Derek con una piedra. Entonces Edith vio una rama de árbol lo bastante gruesa y sólida como para noquear incluso al fornido herrero del pueblo y sonrió.

—Distráelo. Nos esconderemos allí.

—Recuerda: un aullido.

Daphne asintió y observó cómo se alejaban sus amigas. Se llevó un dedo a los labios para indicarles que se mantuviesen en silencio y soltó un hondo suspiro. El corazón le golpeaba en el pecho a un ritmo vertiginoso. Estaba segura de que en cualquier momento saldría disparado y desaparecería entre la maleza igual que su zapato. Que, ahora que lo pensaba, tenía el pie congelado. Bien, todo fuese por «la causa».

Cuadró hombros y miró al frente, fingiendo ante sus amigas que no tenía miedo, pero estaba aterrada. Derek tenía un genio de mil demonios y no sabía cómo reaccionaría al despertar.

«Querrá matarte, pero por suerte estará atado y no podrá hacerlo». Sonrió satisfecha y luego una idea cruzó por su mente: ¡No habían traído cuerdas! Ya sabía ella que no tendría que haberse dejado convencer. ¡Maldito *whisky*!

—¿Daphne?

Sobresaltada, se volvió y vio a Derek caminando hacia ella. Por suerte, el cielo estaba despejado y la luna iluminaba aquel pequeño claro donde antaño había estado el castillo de los Scott y ahora solo quedaban ruinas.

—Derek...

¡Ay, Dios! La iba a descubrir, estaba segura.

—Daphne, ¿qué haces así vestida? ¡Y sin abrigo!

Enseguida se quitó el suyo y se lo colocó en los hombros para evitar que se enfriase. Sabía que se resfriaba con facilidad y la cuidaba de aquel modo. Empezaba a sentirse culpable.

—¿Ha pasado algo? ¿Por qué has venido de esa guisa?

—He perdido un *zatapo*.

Derek la miró sorprendido.

—¿Qué?

—Que he perdido un *zatapo*.

El conde se inclinó hacia ella y acercó su rostro al de Daphne.

—¡Santo Cielo, Daphne! ¿Estás borracha?

Ella asintió como una niña pequeña y señaló un lugar indeterminado en dirección opuesta a donde se encontraban sus amigas.

—Y he perdido un *zatapo*. Por allí. O por aquí. No sé.

Derek puso los ojos en blanco y suspiró.

—Siéntate mientras busco el zapato, o se te enfriará el pie.

—¡No puedo sentarme! —exclamó, aterrorizada ante la idea de que el plan fracasase y él acabase descubriéndolo todo.

Él se volvió y la miró, extrañado.

—¿Por qué no?

Ella pensó con rapidez. No sabía qué excusa darle, así que soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—¡Me dan miedo los lobos!

Derek la miró estupefacto. ¿Después de cinco años le daban miedo los lobos? ¿Pero cuánto había bebido, por amor de Dios?

—Te dan miedo los lobos.

—Y los *zatapos* también.

Derek no sabía si reír o enfadarse por el estado en el que se encontraba Daphne. Nunca la había visto ebria y tampoco había perdido jamás un zapato. Además, algo en el ambiente del bosque le resultaba extraño. Se sentía observado y no le gustaba nada. Daphne tampoco contribuía a mejorar su sensación, pues se estaba comportando de un modo muy extraño. Y no era solo por el alcohol, estaba seguro.

—¿Te dan miedo los «*zatapos*»? Por todos... ¿Se puede saber cuánto has bebido?

—Una botella de *whisky* escocés, destilado por el mismísimo Angus McDonald —respondió Daphne, orgullosa.

—Si te has bebido tú sola una botella entera de ese brebaje del infierno que McDonald llama *whisky*, entonces es un milagro que te mantengas en pie.

—¿Estás insultando las habilidades del señor herrero?

—Estoy diciendo que no me gusta el *whisky*. ¿Has venido sola?

—Por supuesto que sí. ¿Alguna vez he venido acompañada?

Derek frunció el ceño. ¿Por qué le temblaba la voz? ¿Qué demonios estaba pasando por su cabeza?

—¿Vas a buscar mi *zatapo* o no?

El conde suspiró con resignación y se inclinó para mirar el suelo. Allí no había rastro de zapato alguno. Sospechoso, levantó la falda de Daphne hasta el tobillo y comprobó que, efectivamente, le faltaba uno de los zapatos.

—¡Maldita sea, lord Mersett! ¡Agáchate un poco más! ¿Cómo vas a encontrar mi maldito *zatapo* si no te agachas para buscar?

Derek levantó la cabeza para recriminarle a Daphne su actitud... y se desató el caos. Del otro lado del claro escuchó el quejido de un cachorro, seguido de una maldición de Daphne que lo cogió de las solapas y lo besó con tanta fiereza que lo dejó aturdido. Aunque eso no fue nada en comparación con el golpe que acompañó al beso y lo hundió en la oscuridad más absoluta.

Daphne soltó una exclamación, pues apenas había logrado apartarse de él para no ser golpeada también y ahora el conde se deslizaba hacia el suelo entre sus brazos, inconsciente. Edith, que todavía sostenía la rama en la mano, sonreía satisfecha.

—¿A eso llamas aullido de lobo? —preguntó Daphne—. ¿Podríamos haber elegido otra señal si no sabes aullar!

Marlene inclinó la cabeza, contrita.

—¡Ay, Dios! —exclamó Edith al ver a lord Mersett en el suelo—. ¡Lo hemos matado!

—¿Cómo que lo hemos matado? —gritó Daphne—. ¡No puede estar muerto! —Se arrodilló a su lado y rompió a llorar—. ¡Está muerto! ¡Lo hemos matado!

—¿Respira? —Marlene también se arrodilló a su lado y colocó la oreja en su pecho. Cuando se incorporó, se llevó las manos a las mejillas—. ¡Hemos matado a un hombre! ¡Ay, Dios!

—¡Ay, Dios! —sollozó Edith—. ¡Ay, Dios! ¡Está muerto!

Marlene se levantó, sorprendida por un sonido extraño, mientras Daphne comprobaba la herida de Derek. No había sangre por ningún lado. No podía dejar de llorar.

—Sssh... ¡Alguien viene! ¡Tenemos que ocultar el cuerpo! Si es el condestable, nos encerrará.

—¡Ay, Dios! —repitió Edith cogiendo unas ramitas del suelo—. Esto servirá.

La francesa la fulminó con la mirada.

—Eso nos llevaría horas —dijo Daphne secándose las lágrimas—. Si nos ponemos en fila, podremos cubrirlo con nuestras faldas. Así nadie lo verá.

Las otras dos asintieron conformes y Edith dejó caer las ramitas. De forma bastante ordenada, habida cuenta de su estado, se colocaron frente al cuerpo inerte del conde y trataron de cubrirlo con sus faldas, mientras adoptaban una pose recatada y sumisa a la espera de que quien quiera que fuese que atravesaba el claro a esa hora, pasase de largo.

—¿Y si es el espíritu de lord Mersett? —preguntó Edith abriendo mucho los ojos, asustada—. ¿Vendrá a buscar venganza?

Daphne se inclinó hacia delante, como si eso le permitiese oír mejor.

—Su espíritu todavía no habrá abandonado su cuerpo —dijo—. Solo es el herrero. Esa tonadilla escocesa es inconfundible.

—¿El señor McDonald? —Daphne asintió—. ¿Y si vamos a buscar al doctor Aldrich? A lo mejor él puede hacer algo para...

—¿Para resucitarlo? —Marlene lanzó una rápida mirada al conde—. Dejemos que el señor McDonald se marche y luego pensamos qué hacer con él.

Daphne sorbió por la nariz, incapaz de contener su desolación. ¡Habían matado a Derek! ¿Cómo iba a seguir viviendo ahora? Se suicidaría. No podría vivir sabiendo que le había arrebatado la vida al hombre que amaba.

\*\*\*

Lo primero que Angus McDonald vio al llegar al claro donde se alzaban parte de las ruinas del castillo de los Scott, fue la silueta de tres mujeres hermosas que parecían estar esperando por él. Estaba un poco ebrio, pues venía de la posada, donde no solo había estado jugando a las cartas, sino que además había estado bebiendo entre chanza y chanza con lord Mersett y el señor Worth. El señor Bissop se les había unido un poco más tarde, justo cuando el conde había puesto una excusa miserable para dejarlos plantados. Claro, después de ganarle un par de partidas y mirarlo con aquella arrogancia de quien sabe que va a ganar. Y sí, se lo había advertido, le había dicho que perdería, pero él había insistido. Quizá por eso sentía cierto resentimiento hacia el conde. Aunque solo por aquella noche, porque en realidad le caía bien.

Miró a su alrededor, sorprendido por haber tomado aquel camino en lugar del que usaba siempre. ¡Ah, el alcohol! La cerveza de la posada era de las mejores de Inglaterra, sin duda. Pero también se subía a la cabeza con rapidez, por muy buen bebedor que fuese uno.

Pero volviendo al conde chino...

Desde hacía tiempo, el escocés sospechaba que lord Mersett no tenía intenciones tan puras como decía para visitar Minstrel Valley. Estaba seguro de que una dama le había robado el corazón, pero no tenía ni idea de quién podía ser. Al principio había sospechado de la señora Crown, pues ambos habían llegado juntos al pueblo, pero su relación era bastante fría y, excepto por algún que otro gesto amable del conde hacia la dama, nada hacía suponer que hubiese algo más que la relación propia entre la protegida del marqués de Leavenfield y el hijo de este.

Pero, por otra parte, si no era la señora Crown, no se le ocurría ninguna mujer que pudiese sentir atracción por un chino, habida cuenta de la reacción de algunas mujeres al verlo.

Y hablando de mujeres, ¡había tres esperándolo en aquel claro! Debía ser un sueño. A cada cual más bonita, en su opinión. No podía verlas bien todavía, pero estaba seguro de que eran hadas del bosque que estaban allí para hacerlo feliz antes de llegar a casa. ¿Podía haber un hombre más afortunado que él? Porque lo estaban esperando, era obvio. Solo había que ver su postura y la forma en la que miraban hacia él.

Su gozo se vino abajo cuando, al acercarse, vio la silueta de Daphne Crown, perfectamente reconocible por su elevada estatura. A su lado, la hija mayor del coronel Grenfell miraba al suelo

con gesto contrito y, al lado de esta, la señorita Marlene Mignon lo miraba desafiante. Y, si ya le resultaba sospechoso encontrarse a aquellas tres damas a una hora tan tardía y en medio del claro donde se elevaban las ruinas del castillo de los Scott, los pies que asomaban tras ellas lo convencieron de que algo extraño estaba sucediendo. Él conocía aquellas botas a la perfección porque las había visto aquella misma noche y le habían llamado la atención porque no solo eran nuevas, sino que estaban impolutas. Su dueño no era otro más que lord Mersett. Miró a las tres mujeres y se llevó la mano a la daga que llevaba en la bota. Por alguna razón, la visión de las botas de lord Mersett lo había asustado. Últimamente habían pasado muchas cosas en el pueblo y él estaba solo y ebrio. No temía a las mujeres, pues las conocía, pero su actitud era sospechosa y le preocupaba que alguien hubiese atacado al conde y las hubiese amenazado. Probablemente estuviese oculto entre los árboles.

Miró a su alrededor mientras se acercaba a las damas.

—Señoras... —dijo con todos sus sentidos alerta.

—Buenas noches, señor McDonald, ¿ya va de regreso a casa? —preguntó la francesa con la misma calma con la que preguntaría lo mismo a media tarde.

La señora Crown sollozaba y, cuando se volvió para mirarla, la señorita Mignon lo tomó por la barbilla y lo obligó a mirarla. Por el rabillo del ojo vio cómo Edith Grenfell le daba un codazo a la viuda para conminarla a que dejase de llorar.

—El clima está extraordinariamente seco para esta época del año, ¿verdad? —preguntó la señorita Grenfell con expresión inocente.

—Extraordinariamente —repitió el herrero escondiendo la daga en la manga. No sabía qué estaba pasando, pero la actitud de las mujeres lo estaba asustando—. ¿Qué hacen aquí?

Intentó echar un vistazo a las botas para asegurarse de que eran las que él creía que eran, pero la señorita Mignon volvió a sujetarlo por la barbilla y lo obligó a mirarla.

—¿Qué cree que hacemos aquí, señor McDonald?

—Pasear, por supuesto —dijo la señorita Grenfell—. Pronto volverá la lluvia y tendremos que quedarnos en casa.

—Es más de medianoche.

—¿Importa la hora cuando el clima es tan agradable? —preguntó la francesa sujetándolo de nuevo por la barbilla para impedir que mirase a otro lugar que no fuese ella.

Angus la miró como si estuviese loca. ¿Agradable? ¿El clima? ¡Si hacía un frío de mil demonios! Aunque claro, ninguna de ellas llevaba abrigo y las tres parecían ebrias. Sobre todo la señora Crown, que no dejaba de sorber por la nariz.

—Señora Crown, ¿se encuentra bien?

Ella alzó la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—¡No! ¡No estoy bien! ¡Y no estoy bien por su culpa! —Se abalanzó hacia él y comenzó a golpearlo con los puños. Sorprendido, Angus dejó caer la daga—. Su *whisky* es el culpable de todo esto. ¡Hemos matado a un hombre por culpa de su *whisky*! ¡Ay, Dios! ¿Qué voy a hacer

ahora? —Detuvo los golpes un instante, para luego arremeter con más fuerza—. ¡Lo hemos *patado* por su culpa!

Angus le sujetó las manos con facilidad y la miró con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿*Patado*?

—Quiere decir «matado» —explicó Marlene con tranquilidad—. Está ebria y confunde las palabras cuando está en ese estado.

—¿Se emborracha con frecuencia?

—Es la primera vez, creo.

Angus suspiró y atrajo a Daphne hacia su cuerpo para envolverla en un abrazo. El gesto tenía una doble intención: evitar que lo siguiese golpeando y calmarla.

—Está bien, está bien... Déjeme comprobar el estado de... —Miró el cuerpo inerte y suspiró al ver al conde allí tirado—. ¿Cómo es posible que tres damas ebrias hayan podido noquearlo de ese modo?

—Lo engañamos —dijo Edith, orgullosa de sí misma—. Tiene oído de *tago*, pero logramos engañarlo.

—Creo que no quiero saber qué es un *tago* —murmuró el escocés soltando a Daphne—. Señora Crown, deje de llorar. Estoy seguro de que el conde solo está... inconsciente.

Ella lo miró esperanzada.

—¿Está seguro?

—Lo comprobaré.

Se arrodilló a su lado y comprobó su respiración. Por un instante se sintió culpable por haberlo obligado a beber aquellas tres pintas de cerveza, que sin duda habían mermado su capacidad de reacción. Todo el mundo sabía que lord Mersett no bebía alcohol, pero él había insistido mucho, amenazando con no dejarlo marchar, y el conde había cedido a regañadientes. No estaba del todo seguro de que fuese un hombre que hiciese aquello que no quería hacer, pero se sentía responsable de su estado actual.

—Respira y no parece que tenga nada roto —dijo mirando a las mujeres, que lo observaban, angustiadas—. Y ahora, señoras, si quieren que las ayude a salir de este entuerto antes de que lord Mersett despierte y las devore vivas, cuéntenme su plan. Quizá todavía estén a tiempo de salvarlo.

Las tres empezaron a parlotear a un tiempo y, con los fragmentos de información que le habían dado entre exclamaciones de alivio e hipidos, logró averiguar que su plan maestro era secuestrar al conde y llevarlo a Gretna Green para que se casase con la señora Crown, a quien había tenido esperando cinco años.

—Cinco años, ¿eh? Eso es mucho tiempo.

Rio entre dientes. Así que no se había equivocado, después de todo. Aquel bribón no estaba en Minstrel Valley por lady Acton, sino por la señora Crown. Y el muy ladino había logrado mantenerlo en secreto durante todo aquel tiempo. Se merecía un escarmiento, claro que sí. Todos los hombres en la posada hablaban sobre sus amores y desamores, pero él había guardado

silencio. Claro que, teniendo en cuenta el ojo morado del señor Aldrich tras piropear a la señora Crown, tendrían que haber sospechado que algo había.

—Las ayudaré. Ya es hora de que lord Mersett se case, ¿no creen? —Las tres asintieron a un tiempo—. Son ustedes realmente osadas, señoras. Saben que se pondrá furioso cuando despierte, ¿verdad?

—Lo sabemos. Pero no sabrá quién ha ayudado a Daphne —dijo Edith—. Ella ha prometido que no diría nada.

Angus arqueó las cejas, sorprendido, y luego se echó a reír. La señora Crown no diría nada, pero no sería necesario. Era obvio quién la ayudaría con aquel descabellado plan.

—¿De quién fue la idea? —Daphne y Marlene señalaron a Edith con el dedo y esta alzó la barbilla, orgullosa—. Señorita Grenfell, estaré esperando ansioso su próxima osadía.

Rio y miró a su alrededor.

—¿Y las cuerdas?

—Nos olvidamos de las cuerdas —gimoteó la señora Crown.

Él suspiró y les pidió los chales que llevaban al cuello. Ellas se los dieron y él ató las muñecas y los tobillos del conde antes de amordazarlo. Había pensado en hacer un nudo fuerte que no pudiese desatar, pero en el último minuto se arrepintió y decidió darle la opción de desatarse y huir. Al fin y al cabo, él también era hombre y entendía que, cuando recuperase la conciencia, se sentiría humillado, traicionado y aterrado por la osadía de su amada.

Tras atarlo, se lo cargó al hombro y siguió a las damas hasta el carruaje que las esperaba. Los hermanos Anderson, sentados en el pescante, los miraron horrorizados y Angus sonrió. Estaba seguro de que ninguna de las excentricidades de su señora igualaría aquella.

Dejó a lord Mersett en el carruaje, cosa nada fácil, pues era muy alto y el carruaje pequeño, pero logró colocarlo en el asiento sin que sufriese mayor daño que un par de golpes en la cabeza, luego ayudó a las mujeres a subir y cerró la portezuela antes de dirigirse a los jóvenes, que miraban la escena como quien ve un descuartizamiento o algo similar.

—Deténganse un momento en casa de la señorita Mignon y después deben dirigirse a Gretna Green.

—¿Gretna Green? —preguntó el hermano más joven—. ¿Por qué...?

—Creo que Landford House va a tener un nuevo señor. Seguro que le cambian el nombre por Mersett Hall o Mersett House o uno de esos nombres rimbombantes que tanto gustan a los ricos. —Agitó la mano a modo de despedida—. ¡Buen viaje!

Y, silbando una vieja canción escocesa con un estado de ánimo muy alegre, regresó a su casa con la esperanza de que la señora Crown lograra completar su plan. O que al menos no se arrepintiese cuando los efectos del alcohol se hubiesen evaporado.

## Capítulo 13

Hacía frío y la luz mortecina del amanecer iluminaba el interior del carruaje, y Derek, aturcido, abrió los ojos para comprobar que, efectivamente, estaba viajando en un coche y no era una mala pasada que le estaba jugando su cerebro. Parpadeó, incómodo. Incluso aquella luz escasa le molestaba.

Con el temple que lo caracterizaba, trató de recordar lo que había sucedido para hacerse una idea de por qué estaba allí, atado y amordazado, rodeado de varios perfumes femeninos. El más fuerte provenía de la mordaza y no lograba reconocerlo.

Cerró los ojos, pues no había necesidad de tenerlos abiertos cuando no sabía a qué debía enfrentarse. Era obvio que había sido secuestrado, así que mejor si sus secuestradores no sabían todavía que había despertado. Y, tan pronto como lo hizo, un ronquido y un murmullo lo sobresaltaron. Conocía bien aquella voz y pensó, horrorizado, que podrían haberle hecho algo. Abrió los ojos y miró a su alrededor, pero en aquel carruaje solo había dos personas: él y la mujer a la que retorcería el pescuezo en cuanto lograra librarse de las ataduras.

No le resultó difícil, de hecho. Parecía que quien lo había atado no tenía mucho interés en la seguridad de la dama. Se quitó la mordaza y comprobó, sorprendido, que había sido atado y amordazado con tres chales. Fulminó a su compañera de viaje con la mirada, pero al ver que se escurría en el asiento, profundamente dormida, la sujetó para evitar que cayese. Se maldijo por hacer algo así, cuando se merecía viajar en el suelo del carruaje y levantarse con el cuerpo dolorido. Sin embargo, la acomodó y volvió a su asiento sin que ella abriese los ojos ni una sola vez.

Trató de recordar qué había pasado. Primero había bebido tres pintas de cerveza en la posada, eso lo recordaba bien. También recordaba haber acudido a su cita con Daphne, que había perdido un zapato y no tenía abrigo, lo que explicaba que estuviese envuelta en el suyo. Había percibido que el ambiente en su lugar de encuentro era raro, pero no estaba todo lo lúcido que debiera debido al alcohol. De todos modos, Daphne lo había confundido con su comportamiento extraño, que no podía achacar del todo a que estuviese ebria. De hecho, desde el primer minuto había sabido que tramaba algo, pues no era capaz de mirarlo a los ojos, pero no había tenido tiempo de sonsacarle información, ni de adaptarse al entorno, pues todo había sucedido muy rápido y lo último que recordaba era el golpe en la cabeza que había recibido.

Suspiró, molesto consigo mismo por haber permitido que tres mujeres —tenían que ser tres, dedujo, por la presencia de aquellos tres chales distintos y esos aromas dispares que le llegaban a la nariz— lo hubiesen noqueado de aquel modo. Y tres mujeres ebrias, sin duda, pues estaba seguro de que no había sido Daphne la única que había dado buena cuenta del *whisky* destilado por Angus McDonald.

Además, era poco probable que las tres mujeres hubiesen sido capaces de cargarlo hasta el carruaje. Y, por otra parte, ¿qué? ¿Lo habían atado con chales? ¿Ni unas míseras cuerdas? ¿Lo veían tan poca cosa como para no molestarse en llevar cuerdas consigo?

La ira bullía en el interior del conde, que estaba haciendo un gran esfuerzo por no estrangular a Daphne, que dormía la borrachera frente a él con la placidez de quien tiene la conciencia tranquila. Como si no lo hubiesen golpeado en la cabeza y dejado inconsciente. Como si no lo hubiese secuestrado, porque eso era exactamente lo que había hecho.

Miró hacia el exterior y suspiró. ¿A dónde demonios lo llevaba aquella mujer? Sin duda el viaje sería largo, pues la muy absurda llevaba una bolsa de dinero atada al cinturón del vestido. El reclamo perfecto para cualquier desaprensivo que quisiese robarle.

Suspiró otra vez, esta vez con resignación, y se inclinó sobre ella para manipular el cinturón y quitarle la bolsa de dinero. La rodeó con los brazos para buscar el lazo de este y ella respondió al gesto acurrucándose contra él. Cerró los ojos, tomó aire, y lo expulsó lentamente. Su secuestradora no solo lo había golpeado, amordazado y atado, sino que lo humillaba todavía más durmiendo como un bebé. Hizo el amago de estrangularla de forma imaginaria y luego dejó caer las manos y volvió a manipular el cinturón para hacerse con la bolsa.

—No... —murmuró ella—. Todavía no, Derek. No estoy preparada.

El aludido parpadeó sorprendido y se apartó de ella como si quemase. El gesto le valió un fuerte pinchazo en la cabeza que lo obligó a cerrar los ojos. ¿Qué demonios estaba soñando aquella mujer? No podía ser que... ¿o sí? Abrió los ojos y, por la sonrisa bobalicona que iluminaba su rostro, supo que sí, que efectivamente estaba soñando lo que él creía que estaba soñando.

Soltó un resoplido que era una mezcla de exclamación indignada y de risa. No sabía si enfadarse con ella por ningunearlo de aquel modo, o reírse de lo absurdo de aquella situación. Que estuviese teniendo un sueño erótico con él era solo la guinda del pastel.

Se pasó una mano por la cara y rio con incredulidad. Siempre había sabido que Daphne era capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería. Pero no que ese «cualquier cosa» incluiría un secuestro.

La perpetradora de aquel acto tan vil se removió en el asiento y abrió los ojos. Él cruzó los brazos sobre el pecho y la fulminó con la mirada. Al verlo, ella parpadeó sorprendida. Tardó unos instantes en orientarse y, al hacerlo, se incorporó de golpe y lo miró horrorizada. Un hondo gemido brotó de su interior y Derek, sabedor de lo que iba a suceder a continuación, golpeó el techo del carruaje para que el cochero detuviese el avance y, cuando lo hizo, saltó del vehículo y

la ayudó a bajar. Ella cayó de rodillas y vomitó mientras él le sostenía la frente y le palmeaba la espalda.

El conde pensó que aquel no era el papel que debía jugar un secuestrado. Y, al pensarlo, suspiró con resignación otra vez. En la última hora había suspirado más que en toda su vida. Pero era lo único que podía hacer en aquella situación.

—¿Te encuentras mejor?

Ella asintió y se limpió con el pañuelo que le había tendido.

—No sé por qué me encuentro tan mal. Nunca me había mareado durante mis viajes, ni siquiera cuando estaba em... —Se calló de golpe y evitó mirarlo.

Él prefirió no ahondar en aquel tema, porque se había prometido dejarlo a un lado, al menos hasta que supiese cómo afrontarlo.

Daphne cerró los ojos y deseó que la tierra se la tragase en aquel mismo momento. No solo por lo vergonzoso de la situación, pues en la Daphne arrodillada en el suelo con las entrañas convertidas en puré no quedaba nada de la que quería mostrarle a Derek. Y nunca, ni en sus peores sueños, había deseado que él le sujetase la frente mientras vomitaba hasta la primera leche materna.

Pero lo peor, lo peor de todo, era recordar que lo había secuestrado y que se lo llevaba a Gretna Green para obligarlo a casarse con ella. Se cubrió la cara con las manos y gimió, desolada. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a enfrentarlo ahora? Tenía que dejarlo marchar, sí. Eso era, debía liberarlo y...

¡Ay, Dios! ¿Liberarlo? ¡Ya se había liberado él mismo! Lo miró, horrorizada, y él enarcó una ceja, interrogante. No era capaz de articular una sola palabra. ¿Qué podía decirle? ¿Qué excusa podría poner? ¿Qué le había dicho Edith? ¡Que se fingiese inconsciente! No lo dudó. Se apoyó en él para levantarse y, cuando estuvo de pie, fingió un desmayo con un gemido que le pareció de lo más convincente. Ella, que siempre había detestado con todo su ser a las mujeres que se desmayaban con la facilidad de quien bebe un vaso de agua, estaba fingiendo ser una de ellas. No estaba segura de que él se lo creyese, pero no se le ocurría nada más. Necesitaba tiempo para pensar.

Si la creyó o no, lord Mersett no dijo nada, se limitó a cogerla en brazos y meterla en el carruaje. Dentro, se acomodó a su lado y los cubrió a ambos con su abrigo. Ella contuvo el deseo de fruncir el ceño ante la proximidad del cuerpo del conde, aunque con el frío que hacía, quizá era la mejor opción. Al salir había visto el hielo que cubría la hierba como un manto y ninguno de los dos estaba vestido para soportar aquellas temperaturas. Y ella, para colmo, había perdido un zapato. No, no lo había perdido, se dijo, Marlene se había deshecho de él en beneficio de aquel plan absurdo.

¡Ay! ¿Qué iba a hacer ahora? No podía llevar a Derek a Gretna Green, ¿o sí?

\*\*\*

Antes de ver la pésima actuación de Daphne, Derek había decidido dar la vuelta y regresar a

Minstrel Valley. Era obvio que aquella era una locura ideada en un momento de ebriedad y, por muy furioso que estuviese con ella por aquella humillación, podía perdonarla y fingir que aquello no había pasado. Pero en aquel momento, tras ver aquel ridículo desmayo, pensó que lo mejor era seguir con aquello hasta el final. Quería ver hasta dónde estaría dispuesta a llegar y si, en realidad, llegarían a algún lugar, habida cuenta de que había necesitado fingir un desmayo para evadir la situación.

Sonrió para sus adentros. Deseaba estrangularla con todo su ser, pero al mismo tiempo sentía curiosidad por el resultado de aquella ridícula aventura. Podría preguntar a los jóvenes que conducían el carruaje, pero prefería esperar y ver qué le deparaba el final de aquel alocado viaje.

—Incluso las peores actrices de Drury Lane se sentirían horrorizadas al ver tu actuación —dijo con un conveniente tono de fastidio.

Daphne abrió un ojo, lo miró y suspiró con resignación.

—Si lo sabías, ¿por qué me cargaste hasta el carruaje?

—Porque la opción de estrangularte en medio del camino no me parecía muy correcta. — Daphne chasqueó la lengua con fastidio y Derek se mordió la parte interna de la mejilla para no sonreír—. ¿Puedo preguntar a dónde vamos? Si es que tienes un plan definido, claro. De no ser así, quizá deberíamos volver, hace demasiado frío como para torturarnos a los cuatro por pura cabezonería. Y hablando de eso, me duele la cabeza. ¿Sabes que es el segundo golpe que recibo en ese mismo lugar en menos de una semana?

Daphne abrió los ojos, horrorizada, y le palpó la cabeza, buscando heridas o algo similar, como si el simple hecho de buscarlas fuese a curarlo. Él le retiró las manos con delicadeza y las sostuvo entre las suyas.

—La próxima vez, en lugar de hacer que tus amigas me golpeen aquí —señaló la zona que le dolía—, haz algo impactante para que me desmaye. Envenéname si quieres, pero no más golpes en la cabeza, por amor de Dios.

Daphne alzó la barbilla, orgullosa. Así que sabía que no había actuado sola.

—¿Nunca has escuchado eso de «en situaciones desesperadas, medidas desesperadas»?

Derek enarcó las cejas, burlón, y el gesto le valió un fuerte pinchazo en la cabeza que le arrancó un gemido. Daphne hizo el amago de ayudarlo, pero él la apartó.

—¿Primero provocas la enfermedad y después quieres aplicar la medicina? —Daphne gruñó ante su tono desabrido y Derek suspiró, molesto consigo mismo por su falta de control—. ¿Me vas a decir a dónde vamos? —Ella negó con la cabeza—. ¿Tienes un plan al menos? Aunque algo seguro que habéis planeado tú y tus amigas, ya que llevas una buena cantidad de dinero aquí. — Agitó la bolsa del dinero frente a sus narices. Ella abrió la boca, sorprendida, y trató de recuperarla, pero Derek la apartó con rapidez—. No puedes llevar esta cantidad de dinero prendida del cinturón. ¿Quieres que te atraquen?

—No es asunto tuyo.

—Lo es si por tu culpa tengo que pasar hambre el resto del viaje. Por no hablar del cochero y

de su hermano, los nietos de Thomas. Además de muertos de frío, estarán muertos de hambre.

Daphne lo fulminó con la mirada, pero no respondió. Tenía frío y un pie helado. ¡Solo uno! Se acurrucó contra Derek, que contuvo la respiración, sorprendido por el gesto.

—Hace frío y tengo los pies helados —dijo ella para justificar su acción—. No tengo otras intenciones.

—Permíteme que lo dude. Justo antes de detenernos estabas teniendo un sueño erótico conmigo.

Ella alzó la cabeza y lo miró con resentimiento.

—¿Y qué? ¿Nunca has tenido un sueño erótico? Si pudiese controlar los sueños, buscaría más variedad, pero como no puedo, tengo que conformarme contigo.

—¿No lo niegas?

—¿Debería?

—¡Por amor de Dios, sí! Sé que nos conocemos bien y que hay confianza entre nosotros, pero hay cosas que incluso a ti deberían producirte pudor.

Daphne sonrió burlona.

—¿Pudor? Siento mucho pudor en según qué momentos y circunstancias, pero ya que has sacado primero el tema de mi sueño, no veo motivo para negarlo. Si te molesta hablar de esas cosas, guarda silencio.

Derek rio con incredulidad.

—Supongo que una vez te has atrevido a emborracharte con el *whisky* destilado por el señor McDonald y a secuestrarme, lo de hablar de asuntos tan íntimos no supone nada para ti.

—¿Por qué te enfadas si eres tú quien ha sacado el tema?

—¡Porque estoy excitado, maldita sea!

Daphne se apartó de él con sorpresa.

—¿Una simple conversación te excita? ¿Qué clase de vida has llevado hasta ahora?

Derek la miró con rencor.

—¿Crees que es por la maldita conversación? ¡Estabas tan pegada a mí que podía sentir todo tu cuerpo! ¡Y he vivido como un monje los últimos cinco años por tu culpa!

Daphne abrió la boca, incrédula.

—¿Por mi culpa? Será por la tuya. No fui yo quien impuso esas normas absurdas.

—Lo hice para protegerte.

—¿De qué?

—¿Tú qué crees? Los métodos anticonceptivos no son infalibles, ¿sabes? Pero claro, no sabía lo que había sucedido antes de marcharme.

Daphne puso los ojos en blanco y se cambió de asiento, molesta. Si iba a sacar aquel tema otra vez, lo arrojaría fuera del carruaje. Era consciente de que tenía derecho a sentirse furioso, herido y traicionado, pero el tema de Daniel era tan doloroso que no quería tocarlo. Y mucho menos con él. Hablar con Derek de su hijo hacía que el dolor se multiplicase.

—¿Se puede saber por qué te has ido a ese asiento? ¡Acabas de decir que tienes frío!

—Estoy muerta de frío, pero no quiero mantenerte excitado el resto del viaje.

Entonces fue Derek quien puso los ojos en blanco.

—¿Acaso me ves como una especie de bestia incapaz de contener sus instintos?

—No, pero no quiero hacerte sufrir —se burló ella.

—Lo que no quieres es que retuerza ese bonito pescuezo tuyo. ¡Ven aquí y deja de comportarte como una niña!

—¡No quiero!

Derek se inclinó, la cogió de un brazo y la atrajo de nuevo al lugar que había ocupado antes.

—No quiero cuidarte el resto del viaje, así que quédate ahí quieta. Si tengo que viajar en un estado perpetuo de excitación, es asunto mío, no tuyo.

—Eres odioso.

—Tengo el derecho de serlo. He sido secuestrado por tres mujeres ebrias.

—No es cierto.

—¿Qué no es cierto? ¿Mi secuestro o que estabais ebrias?

—Que había tres mujeres. Lo hice yo sola.

Derek enarcó una ceja, burlón, y señaló con la barbilla el asiento de enfrente. Daphne miró hacia el lugar que le había indicado y vio los chales de sus amigas y el suyo propio. Cerró los ojos y se maldijo en silencio antes de jurar que nunca más volvería a beber una sola gota de alcohol.

—No hagas promesas que no piensas cumplir —dijo Derek como si le hubiese leído el pensamiento.

Ella suspiró y lo miró un instante antes de inclinarse a coger su chal.

—Deberíamos regresar —dijo mientras se levantaba la falda para sorpresa de Derek, que desvió la mirada, más por educación que por pudor—. Esto es un error.

—Por supuesto que lo es, pero quiero saber cuál es el desenlace que habías planeado, así que no volveremos.

Daphne no respondió y Derek, al percibir movimientos extraños a su lado, se volvió para comprobar qué estaba haciendo su compañera de viaje. Al ver que intentaba vendarse un pie con el chal, pero que la crinolina no le permitía moverse con libertad, suspiró con resignación y se colocó en el asiento de enfrente con el ceño fruncido.

—Perdí un zapato anoche —explicó Daphne— y tengo el pie congelado.

No le iba a decir que no lo había perdido exactamente, sino que la supuesta pérdida había sido una treta para lograr que se agachase para que Edith pudiese golpearlo en condiciones.

—¿Lo perdiste o solo era un truco? —preguntó él colocando el gélido pie sobre su muslo—. Creo que nada de lo que sucedió anoche fue una casualidad.

Daphne suspiró y Derek empezó a frotar el pie para hacerlo entrar en calor.

—Necesitaba que te agachases y pensé que la idea del zapato estaba bien. Por desgracia, acabó desapareciendo.

—¿Seguro que fue idea tuya? —Ella asintió con convicción. Jamás le contaría la verdad, porque lo que había sucedido quedaría entre ella y sus amigas para siempre—. ¿Sabes, Daphne? Empiezo a pensar que no te conozco en absoluto. Y eso me asusta, porque, aunque estoy furioso contigo y debería detener este maldito carruaje y volver a mi casa, no dejo de preguntarme qué nuevas locuras tienes preparadas. —Cuando el pie entró en calor, lo vendó con el chal y luego la cubrió con los otros dos para que no se enfriase—. Estoy siendo tan paciente contigo que me desconozco a mí mismo, y eso no me gusta nada.

Daphne lo miró unos instantes y se encogió de hombros.

—Puedes volver, si quieres. Yo seguiré mi camino.

Él sonrió burlón.

—No tienes ningún plan. Solo pensasteis en lo inmediato. ¿Qué es? ¿Alejarme de Londres el tiempo suficiente para que mi padre no me presente a ninguna mujer más? ¿Seducirme para que olvide tu traición? Quiero saber hasta dónde estás dispuesta a llegar.

Ella alzó la barbilla, orgullosa.

—Hasta Gretna Green.

Él se volvió, sobresaltado.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que vamos a Gretna Green.

Derek abrió la boca para contestar, pero la cerró de nuevo. La miró a los ojos, desafiándola a seguir adelante.

—¿Estás segura? De los dos, eres la que más tiene que perder. ¿Debo recordarte que todas tus propiedades pasarán a mi poder si nos casamos?

Ella negó con la cabeza.

—No soy tan estúpida. La mayor parte de mis bienes están a nombre de Aaron. Y mi dinero... bien, la parte a la que tú podrías tener acceso tras nuestro matrimonio es ínfima.

Derek la miró con una mezcla de fastidio y admiración.

—Así que no fue una idea surgida de una borrachera.

—En realidad, sí lo fue. Pero he pensado otras veces en lo que sucedería si alguna vez decidía casarme de nuevo y por eso me aseguré de que ningún hombre pudiese acceder al grueso de mi fortuna.

Él frunció el ceño, molesto.

—¿Ningún hombre?

—¿Acaso crees que eres el único hombre del mundo, Derek? Te amo y te he amado durante años, pero eso no quiere decir que los sentimientos sean eternos. Hoy eres tú, pero mañana podría ser otro cualquiera.

Derek la miró con incredulidad. ¿Lo estaba chantajeando? ¿Todavía estaba borracha?

—Es decir, que o me caso contigo o acabarás abandonándome por otro.

—Es una posibilidad, sí.

Derek se frotó la cara, furioso.

—¿Me estás chantajeando?

—No, querido, te estoy dando opciones. O conmigo, o sin mí. —Sonrió burlona—. Las mismas que me diste tú cuando impusiste todas esas normas absurdas.

Derek era incapaz de creer lo que estaba escuchando. ¿De verdad lo estaba retando? ¿Creía que se iba a echar atrás? Se casaría con ella, sí, pero ya se vería quién imponía las reglas en aquella relación.

—De acuerdo. Hagámoslo. —La miró burlón—. Pero luego no te arrepientas ni lo laments.

—Como si fuese a permitir que impongas tu voluntad de nuevo.

—¡Ja!

—¡Ja!

Ninguno de los dos se iba a echar atrás, seguro de que el otro sería quien lo haría. No iban a dejar su orgullo a un lado por nada del mundo. El uno, porque todavía se sentía agraviado por el secuestro y, la otra, porque no quería perder ante él. Y así hicieron el resto del camino hacia Gretna Green, en silencio, pero retándose con la mirada creyendo que el final estaba claro: el otro se rendiría y aquello no pasaría de una simple anécdota. Algo de lo que se reirían cuando el enfado de uno y la vergüenza de la otra se hubiesen esfumado.

## Capítulo 14

Si el clima decidía el destino de un matrimonio, aquel estaba abocado al fracaso. No solo hacía un frío de mil demonios, sino que, además, había empezado a caer aguanieve tan pronto como habían bajado del carruaje. Por suerte, Derek había tomado las riendas del viaje y se habían detenido a comprar ropa de abrigo para ambos y para los cocheros, que también agradecieron la sopa caliente y el guiso de la posada en la que se habían parado a descansar.

Daphne todavía estaba sorprendida por la calma con la que Derek llevaba todo aquello. Estaba convencida de que, de haber sido ella la secuestrada por él, habría tenido un ataque de cólera del que ninguno de los dos habría salido bien parado. Y él, aunque viajaba en silencio, se preocupaba por su bienestar. Solo había perdido los papeles unos minutos antes, cuando ella había tenido la osadía de estornudar tres veces seguidas. Estaba tan helada que no había logrado entrar en calor todavía y dudaba que llegase a hacerlo en semanas, pues intuía que iba a sufrir un resfriado de proporciones épicas. Nunca enfermaba, pero, cuando sucedía, lo hacía a lo grande. ¿Por qué quedarse a medias cuando podía ir más allá?

Estornudó de nuevo y Derek la fulminó con la mirada. Daphne sabía que se debía a la preocupación, pero no había nada que pudiese hacer. No sabía que el *whisky* y la excitación por tenerlo a sus pies llenarían su cuerpo de tanto calor que no sentiría el frío del exterior. Y, aparte de pensar en el dinero, no había tenido otra cosa en mente más que hacer aquello sí o sí. Y ahora se arrepentía. Se arrepentía mucho. Sobre todo, porque su boda se iba a celebrar en aquella herrería si Derek no daba su brazo a torcer. Ella no lo haría. Si lo hacía, él se burlaría durante años de su cobardía y encontraría la excusa perfecta para mantener aquella situación tan ridícula. Y, sinceramente, estaba harta y no quería seguir viviendo de aquel modo.

—¿Y bien?

Era obvio que estaba esperando a que ella retrocediese, pero en lugar de eso cuadró los hombros y lo miró, desafiante.

«Por favor, por favor, hazlo tú. ¡Yo no quiero casarme en una maldita herrería!».

Derek parpadeó, sorprendido. Aquello estaba durando más de lo que había esperado. Y, lo que era peor, él lo estaba disfrutando. En el fondo siempre había querido casarse con ella y se había convencido de que no debía hacerlo usando mil excusas que lo habían ayudado a seguir adelante. En ese momento ella le estaba dando la excusa perfecta para conseguir lo que quería.

—¿Estás segura?

—¿Tiene que ser la herrería?

—¿Qué tiene de malo?

—Nada.

«Excepto que me recuerda a Angus McDonald cargando contigo inconsciente».

—Entonces, vamos dentro.

Ella lo sujetó por la manga del abrigo, asustada.

—¿De verdad vas a hacer esto?

Él miró a su alrededor y luego la miró a ella.

—Por supuesto. No es como había imaginado mi boda, pero me ahorra todo el proceso de comprar ropa, los invitados y todas esas cosas. —Se inclinó hacia ella y sonrió, burlón—. ¿Acaso te estás arrepintiendo?

—¿Por qué debería? Me parece estupendo. ¡Me encanta la maldita herrería!

Y, sin mirar atrás, empujó la puerta y entró. Derek, que la observaba con atención, se echó a reír y la siguió al interior. Intuía que esperaba que se echase atrás en cualquier momento, pero aquello no sucedería. Si ella no quería casarse, lo aceptaría. Entendía que en aquella unión ella perdería mucho más que él, pero no quería dar un solo paso atrás. Se había privado de lo que deseaba durante demasiado tiempo y no quería hacerlo más. Y ella, lo sabía, quería aquello tanto como él, pero estaba asustada. Quizá debería decirle que, casados o no, no coartaría su libertad. La amaba libre y la dejaría vivir como había vivido hasta ahora. El único cambio en su vida sería que ya no tendría que encontrarse con él a medianoche, sino que vivirían juntos. Quizá eso la sofocase al principio, pero entendería que no tenía por qué sentirse agobiada. Quería una compañera, no un bonito jarrón o alguien a quien dominar.

Daphne lo miró, recelosa, pero él no se amilanó. Quería aquello y lo tendría. Ya fuese allí, en Londres o en Minstrel Valley, se casaría con ella. Lo había decidido durante su viaje. Había tenido tiempo más que suficiente para pensar en por qué había ideado un plan tan loco con sus amigas y por qué lo había llevado a cabo. Era humillante, aunque no tanto por que hubiese planeado algo así, como por el hecho de haber sido derribado con tanta facilidad. Pero, al mismo tiempo, se sentía agradecido porque aquello le había dado la excusa perfecta para hacer lo que deseaba. Y, cuando se trataba de Daphne, todo lo que necesitaba eran excusas. Ya fuese para amarla, mantenerse alejado de ella o tocarla, encontraba pretextos en todas partes. Una vez casados, ya no necesitaría nada de aquello y eso lo hacía feliz.

Daphne, en cambio, no rebotaba alegría. Quería hacer aquello. Deseaba casarse con él, aunque no tanto por el matrimonio como por tener la posibilidad de poder verlo a cualquier hora sin tener que esconderse. Sabía que sería difícil, que muchos no lo entenderían y que encontraría grandes dosis de rechazo. Con el tiempo, la gente lo comprendería y respetaría, pues se convertiría en el marqués de Leavenfield, pero llevaba poco tiempo en Inglaterra y no había hecho grandes esfuerzos por integrarse en la alta sociedad. Por eso temía que, si seguía adelante con aquello,

acabase arrepintiéndose y lamentando no haberse casado con alguien adecuado a su posición y necesidades. Sin embargo, era incapaz de volverse atrás. No era solo por ese orgullo suyo que a veces la frustraba tanto, sino que había algo más, algo que la empujaba a estar al lado de aquel hombre a pesar de todo: el amor.

—Si te vas a echar atrás, mejor hazlo ahora —dijo Derek en un vano intento de darle una última oportunidad para salir de aquella situación.

Ella alzó la barbilla, orgullosa, y así se comportó durante la corta ceremonia, a la que los dos asistieron como soldados frente a un consejo de guerra. Ambos se debatían entre lo que querían hacer y el miedo al resultado de aquello. Y, una vez finalizado todo, se dirigieron a Gretna Hall en silencio.

Gretna Hall era el alojamiento perfecto para aquellas personas de la alta sociedad que decidían abandonarlo todo para casarse allí. John Linton, el propietario de la posada, parpadeó con sorpresa al verlos, aunque recuperó la compostura enseguida. Y dudaba que la sorpresa fuese solo por el aspecto de Derek. Ninguno de los dos era ya joven y no se les veía como unos enamorados apasionados que no dejaban de mirarse. De hecho, estaban tan incómodos el uno con el otro que ni siquiera se miraban. Pero el señor Linton enseguida tomó las riendas de la situación y los condujo a la alcoba más lujosa que poseía. Estaba decorada en color crema, era grande y cálida, pero la visión de la enorme cama en el centro de la estancia provocó un ataque de tos a Daphne, cuyos ojos se desviaron hacia otro lugar casi por instinto.

—Mi esposa necesita un baño caliente y un vaso de leche tibia con una cucharada de miel y un chorrito de *whisky*, por favor.

El señor Linton, que los había acompañado a la habitación, asintió y desapareció enseguida. Derek, que todavía se sentía incómodo porque no sabía cómo comportarse, decidió prestar atención a las necesidades de Daphne antes de afrontar la situación de forma directa. Ninguno de los dos estaba preparado para aquello y no parecía que fuesen a estarlo en las próximas horas.

—Estás tiritando. Ven, acércate al fuego. No, no tanto, o podrías quemarte. Sí, ahí está bien. — La ayudó a quitarse el abrigo—. El baño caliente y la leche te ayudarán a entrar en calor.

Daphne lo miró con fastidio.

—No soy una niña.

—Lo sé, pero no quiero que enfermes en nuestra noche de bodas.

El tono jocoso de él relajó un poco el ambiente.

—¿Acaso quieres tener una noche de bodas, Derek?

Él la miró a los ojos mientras le quitaba las horquillas.

—¿Crees que quiero vivir el resto de mi vida como un monje?

—¿No anularás el matrimonio cuando llegemos a Londres?

Él suspiró y guardó las horquillas en el bolsillo.

—¿Podrías confiar un poco más en mí, por favor?

—¿Debería? —Él asintió—. ¿Por qué? No estás aquí porque quisieras hacerlo.

Él se quitó su abrigo, molesto.

—¿Y por qué crees que estoy aquí? ¿Por tu ridículo secuestro? ¿Porque sentía curiosidad por ver hasta dónde eras capaz de llegar? ¿Por orgullo? —Derek negó con la cabeza—. Sabes de sobra que nunca hago aquello que no quiero hacer.

—Llevas años evitando el matrimonio, así que no puedo creer que hayas cambiado de opinión de repente.

Derek asintió y dejó el abrigo a un lado.

—Pero así es. Siempre he querido casarme contigo, pero me faltaba el valor de atraerte a mi mundo. Que hayas dado tú este paso me ha facilitado las cosas. —Sonrió con amargura—. Ojalá hubiese sido idea mía, porque juro que lo que más me duele en esta situación es mi orgullo.

Daphne lo miró sin comprender.

—¿Por qué?

—Tres mujeres ebrias lograron derribarme, cuando ni los mejores luchadores de los muelles lo consiguen. Soy un hombre, Daphne, y también tengo mi orgullo.

Daphne no pudo evitar sonreír ante la confesión.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—Se me pasará. —Llamaron a la puerta y apareció una doncella con la leche que Derek había pedido. Él la probó primero y luego se la dio a ella, tras comprobar que estaba bien preparada—. Bébetelo todo. Tiene poco *whisky*, así que dudo que te emborraches y salgas por ahí a secuestrar a más gente.

Daphne se mordió el labio inferior y aceptó el vaso.

—Lamento haberte mentado, Derek. Debí hablarte de lo que había sucedido mucho antes.

Él asintió.

—Es cierto, pero yo tampoco me comporté de una forma muy confiable. Estaba resentido contigo y lo manifesté con demasiada dureza. ¿Cómo ibas a contarme algo así?

Ella frunció el ceño con desconfianza.

—¿Te estás ablandando o te preparas para devorarme en el futuro?

—Planeo devorarte, sí, pero no como tú crees.

A su pesar, Daphne se sonrojó. Era absurdo, pues aquel comentario no era algo fuera de lo normal. A pesar de lo peculiar de su relación, de no haberse tocado en cinco años, de cuando en cuando sí se deslizaba algún comentario similar. Eran adultos, habían sido amantes y se deseaban tanto como se amaban. Lo extraño era que todo se hubiese quedado en comentarios como aquel.

Pero, aun así, algo había cambiado entre ellos. Quizá era la certeza de que las chanzas podían ir más allá y que la intimidad que podrían alcanzar era inimaginable. Ahora no tenían que esconderse, ni buscar el momento para estar juntos. Estaban casados, aunque todavía le costase asimilarlo. Él, sin embargo, parecía mucho más cómodo con la situación que ella.

Derek sonrió al ver su reacción. Daphne, su Yuhuan, la misma mujer que lo había arrastrado a

Gretna Green, que había urdido un plan para secuestrarlo, se había sonrojado y evitaba mirarlo. No parecía la misma mujer que, horas antes, lo había enfrentado reconociendo que había tenido un sueño erótico.

—Si te estás arrepintiendo de lo que hemos hecho, déjame decirte que ya no hay marcha atrás.

Ella negó con la cabeza y entonces sí lo miró a los ojos.

—Todo esto me resulta extraño, eso es todo. No sé cómo me siento y tampoco cómo comportarme.

Él suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Es un poco incómodo. —La miró jocoso—. Pero no hemos hecho nada que no hubiésemos deseado. Solo tendremos que acostumbrarnos a la nueva situación, que, por cierto, tiene sus ventajas.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Cuáles?

—No tendré que soportar el desfile de jóvenes desesperadas que mi padre busca no sé cómo. Juro que no sabía que había tantos nobles arruinados en Inglaterra.

Daphne se echó a reír.

—¿Solo eso? Es un poco triste.

Derek fingió pensar.

—No tendré que viajar con tanta frecuencia a Minstrel Valley, porque planeo instalarme en tu casa. Sé que no te gusta Londres y que te sientes bien en Landford House, así que me trasladaré.

—¿No deberías consultarlo conmigo?

—Lo estoy haciendo.

—No, me estás imponiendo tu voluntad, como siempre.

Derek alzó las cejas, sorprendido.

—Está bien, si quieres vivir en Londres, en Minstrel Valley o en China, me da igual. Solo necesito tres cosas: un techo sobre mi cabeza, tres comidas al día y a ti.

—Primero todo lo demás, claro.

Derek rio.

—Por supuesto. El amor no puede sobrevivir al hambre y la miseria. Es más fácil que sobreviva cuando las necesidades básicas están cubiertas. —Sonrió con tristeza—. Mi madre siempre decía que mi padre la abandonó porque temía pasar hambre.

Daphne alzó una ceja, burlona.

—Entonces, si quiero que me ames para siempre, debo ocuparme de mantener tu estómago lleno.

Derek sonrió.

—De mi estómago me encargo yo, gracias. Me basta con tenerte a mi lado.

Ella suspiró y aceptó la mano que le tendía. Él se la llevó a los labios y la miró a los ojos unos segundos.

—Tengo que dejarte sola por ahora. Iré a comprobar cómo están los muchachos y ocuparme de algunos asuntos. —Sonrió, avergonzado—. No sé cómo debe comportarse un esposo. Te pido paciencia.

Daphne rio y asintió de nuevo.

—Me siento del mismo modo. Es... ridículo. Después de tantos años, es absurdo cómo nos estamos comportando.

—Lo sé. Pero ninguno estaba preparado para esta situación.

—Es cierto.

—Me voy. Volveré más tarde.

Daphne lo observó mientras se ponía el abrigo de nuevo. Estaba tan apresurado por salir que ni siquiera lo abrochó y estaba segura de que estaba aliviado por poder salir de allí. Sonrió para sus adentros. Ella también se sentía aliviada. De hecho, necesitaba un tiempo a solas y ese baño de agua caliente que le estaban preparando en aquel momento. La doncella le ofreció sus servicios para ayudarla durante el baño, pero ella lo rechazó. Necesitaba estar a solas un rato.

Cuando se metió en la bañera, miró su mano, en la que no había un anillo. No le importaba haberse casado de aquel modo, ni siquiera el haberlo hecho en una herrería o no haber lucido un vestido bonito, pero sí le habría gustado tener un anillo. Era una tontería y lo sabía, pero siempre había soñado con recibir un anillo de Derek.

Sonrió para sus adentros y suspiró.

Se sentía extraña al pensar que por fin se había casado con él. La incertidumbre era lo peor. No tenía ni idea de cómo sería su vida de ahora en adelante, todo había sucedido demasiado rápido y no sabía qué podía esperar de su matrimonio. Eso por no hablar de lord Leavenfield, que tendría mucho que decir en cuanto lo descubriese.

—Has hecho lo que querías —murmuró—, ahora asume las consecuencias.

\*\*\*

Era vergonzoso reconocerlo, pero se sentía aliviado de poder salir de la habitación. Durante el viaje se había imaginado aquel momento tantas veces que le parecía absurdo sentirse como un colegial a punto de robarle el primer beso a la niña que le gusta. Se había acostado con ella antes y había estado a punto de hacerlo de nuevo unos días atrás. Pero estaba nervioso. ¡Incluso le sudaban las manos! Aunque su nerviosismo estaba más relacionado con el temor a lo que sucedería en adelante que al hecho de enfrentar una noche de bodas tan anhelada por él.

Buscó a los hermanos Anderson y se encargó de su alojamiento, que le había parecido bastante miserable, además de pedirles que descansasen, pues al día siguiente regresarían a Minstrel Valley. Después paseó por los alrededores de Gretna Hall para hacer tiempo, hasta que la fina lluvia que había estado cayendo hasta ese momento se convirtió en torrencial. Pensó, no sin disgusto, que si llovía así al día siguiente, su viaje se complicaría mucho.

Suspiró y se detuvo frente a la puerta del cuarto que compartía con...

No, frente a la puerta de su cuarto. Suyo y de su esposa.

No pudo evitar sonreír.

*Su esposa.* ¡Qué bien sonaban aquellas dos palabras! Y no había sido tan difícil dar aquel paso. El cielo no se había caído sobre sus cabezas y nadie los había señalado con el dedo todavía. Quizá se debiese a que la posada estaba llena de parejas de recién casados que no estaban interesados en lo que sucedía a su alrededor. Él era ya demasiado mayor como para comportarse de aquel modo. De hecho, unos años antes habría subido los escalones de tres en tres para llegar antes a la habitación, pero ahora prefería saborear aquella anticipación, aquel anhelo. Era partidario de tomarse las cosas con calma y disfrutarlas. Había perdido el ardor de la juventud, pero eso no quería decir que no lo desease con todo su ser.

Encontró a Daphne frente al fuego mientras se cepillaba el cabello, envuelta en el camisón que se había empeñado en comprar en previsión de aquella noche. Era de color crema y recatado hasta el fastidio, mas aquella imagen estuvo a punto de hacerlo caer de rodillas y suplicarle que tuviese piedad de él, pues no estaba seguro de que su corazón pudiese resistir verla tan adorable cada día de su vida. Suspiró y se quitó el abrigo, lo dejó caer en el suelo y se arrodilló a su espalda. Le quitó el cepillo de la mano a pesar de sus protestas, y comenzó a peinar las largas guedejas, emocionado por poder disfrutar de algo que siempre había querido hacer. Aquellos rizos castaños eran su perdición desde la primera vez que los había visto. Todavía recordaba el deseo de hundir las manos en aquella masa de cabello y gozar de su suavidad. De ahí que nunca la hubiese desnudado antes de soltar cada mechón de las malditas horquillas que no le permitían disfrutar de tan esplendorosa melena.

—Derek... he pedido que te preparen el baño... Me temo que pasé tanto tiempo en el agua que...

Él depositó un beso en su mejilla y ella suspiró. No le permitió alejarse, sino que posó una mano en su cabeza para mantenerlo cerca de ella. Derek envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Daphne, que se apoyó en su espalda al tiempo que él apoyaba la barbilla en su hombro. Aspiró el olor del jabón de la piel de su esposa y sonrió. Nunca había imaginado que pudiese ser tan feliz con algo tan simple como aquello.

—Yuhuan... —murmuró—. Creo que me has hechizado otra vez.

Ella también sonrió.

—¿Otra vez? —preguntó—. ¿Acaso ya te había hechizado?

Él asintió con los ojos cerrados.

—Nuestra segunda noche en el barco, cuando me pediste que te abrazase porque tenías miedo. En ese momento pensé que sería capaz de hacer cualquier cosa por ti. Cualquiera. Incluso habría dado mi vida por ti si me lo pidieses. Y hoy... hoy siento exactamente lo mismo. No me importa el pasado, no me importa nada más, solo tú y lo que me haces sentir.

Ella se volvió y depositó un beso en su mejilla.

—Guang Xi...

Él sonrió al escuchar su nombre chino. No abrió los ojos, solo permaneció allí, con la barbilla

apoyada en el hombro de Daphne y sosteniéndola entre sus brazos. Podría morir en aquel momento y lo haría como el hombre más feliz del mundo.

Daphne suspiró y alzó un brazo para acariciar la nuca de Derek. Cerró los ojos al subir la mano y notar el abultamiento en la parte posterior de la cabeza.

—¿Duele mucho? —preguntó con suavidad.

Derek colocó una mano sobre la de Daphne y sonrió. Cuando ella la retiró de su cabeza, enlazaron los dedos.

—Ahora ya no duele tanto.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Deberías —bromeó el conde—. Casi me dejás tonto. ¿Y qué harías con un marido tonto?

Ella fingió pensar.

—Tienes razón.

Ambos rieron y Derek la soltó. Ella se volvió, sorprendida.

—Acaban de llamar a la puerta —explicó él levantándose del suelo y tendiéndole la mano.

Dos doncellas entraron cargadas con baldes de agua y prepararon el baño para Derek, que las despidió inmediatamente. Luego se volvió hacia su esposa.

—¿Me ayudas?

Ella lo miró por encima del hombro, pues se había dado la vuelta para darle algo de intimidad.

—¿Por qué debería?

—Porque soy tu esposo —bromeó él.

—Mi esposo, no mi amo. Y pareces en muy buen estado de salud, así que no necesitas mi ayuda para darte un simple baño.

Él chasqueó la lengua con fingido fastidio.

—Mal empezamos este matrimonio si empiezas rechazando tocar mi cuerpo cuando apenas llevamos unas horas casados. ¿Qué harás dentro de veinte años, entonces?

Ella se mordió el labio inferior para no sonreír y mantener la expresión adusta que había adoptado antes.

—No rechazo tocar tu cuerpo. Rechazo lavarte la espalda.

—No he dicho que quiera que me laves la espalda.

Daphne puso los ojos en blanco.

—No quiero conocer tus deseos, gracias.

Escuchó la risa de Derek a su espalda y el ruido de las prendas al caer al suelo antes de oír el sonido del agua al introducirse su esposo en ella.

—Es una pena, porque había planeado algo muy interesante.

Daphne se volvió movida por la curiosidad y se acercó a la bañera. Derek alzó la mirada y sonrió al verla.

—No sé qué habías planeado, pero si incluye agua caliente, creo que lo rechazo.

Él le pidió que le alcanzase la pastilla de jabón y ella lo hizo. Le resultaba extraño no sentir

pudor ante aquel grado de intimidad. Podía verlo desnudo mientras se enjabonaba y la miraba con picardía. Tal vez si fuese una mujer normal, se sentiría aturdida por lo que estaba viendo, pero no lo era y lo único que podía sentir era una gran fascinación hacia el hombre que tenía frente a sí.

Había cambiado mucho desde que eran adolescentes. Lo había percibido durante aquel breve encuentro en su apartamento de Belgravia, pero en ese momento podía verlo mejor. De joven era musculoso debido al ejercicio, pero ahora lo era todavía más. No era tan corpulento como Angus McDonald o el señor Worth, el condestable de Minstrel Valley, pero sus músculos eran flexibles, y sus movimientos, ágiles y elegantes. Había sido educado para convertirse en noble y se notaba en cada uno de sus gestos. Sin embargo, no había en él nada de la afectación de la que adolecían otros aristócratas. Él había sido educado como cualquier noble chino y sus movimientos eran acorde con su posición. Había hecho un gran esfuerzo para adaptarse a lo que se esperaba de él como hijo del marqués de Leavenfield y esa mezcla entre Oriente y Occidente convertía cada gesto en una obra de arte.

No había en el cuerpo de Derek ni un gramo de grasa, tampoco un exceso de vello, y a ella le pareció el hombre más masculino del mundo. Había sido así en su juventud y lo seguía siendo ahora, a sus veintiocho años.

—Si me sigues mirando de ese modo, tendré que arrastrarte al agua.

Ella alzó la mirada y se encontró con los ojos negros de Derek cargados de una intensidad que la paralizó durante unos segundos.

—Eres muy bello —dijo ella con naturalidad, como si estuviese hablando de otra cosa—. Nunca me había fijado en lo hermoso que eres.

Él suspiró y desvió la mirada, azorado.

—Creo que es mejor que te des la vuelta.

—Pero no quiero hacerlo.

—No... es mejor que no me digas cosas así, y tampoco me mires de ese modo, Yuhuan, o no respondo de mí.

Ella se acercó al agua y le arrebató el jabón, para sorpresa de él, que se apartó de forma instintiva.

—Creo que sí te lavaré la espalda, después de todo —dijo Daphne remangando las mangas del camisón.

Él negó con la cabeza.

—No. No lo hagas o te arrastraré al agua. —Le tendió la mano para que le devolviese el jabón—. Dámelo, Daphne, y vete a aquella esquina. Mira hacia la pared hasta que termine.

—Ya no somos niños.

—Porque no lo somos, deja que me comporte como un adulto, porque llevo demasiado tiempo anhelando tocarte y...

—Entonces, tócame.

Él soltó un gemido, mezcla de frustración y diversión.

—Lo haré, pero antes deberíamos alimentar ese ruidoso estómago tuyo. —Lo señaló con la cabeza—. Ve a aquella esquina, Daphne, o lo lamentarás. —Agitó la mano para que le devolviese el jabón—. ¡Vamos, Daphne, hagamos las cosas bien por una vez! Sé que lo deseas tanto como yo y...

—Quiero verte desnudo.

—¡Por todos los...! —exclamó él—. ¿Sabes el esfuerzo que estoy haciendo ahora mismo para no abalanzarme sobre ti? Concédeme este único deseo, Daphne, por favor. Ve allí, ya me verás desnudo más tarde.

Ella gruñó una maldición y le devolvió el jabón. Derek evitó mirarla hasta que hizo lo que le pedía. Luego apretó los dientes y se maldijo por no haber aprovechado la oportunidad que ella le había brindado. Quería hacer las cosas bien, no quería precipitarse y el estómago de Daphne llevaba un rato haciendo un ruido espantoso. Apenas había comido durante el día, ¿cómo iba a privarla de alimento en aquella situación?

Miró la tensa espalda enfundada en aquel horrible camisón y sonrió. Ambos sentían la misma curiosidad por el cuerpo del otro, y que ella no se guardase de demostrarlo lo llenaba de una emoción indescriptible. Incluso se alegraba de no haber podido finalizar lo que había iniciado en su despacho, porque ahora podría verla y disfrutar de su cuerpo como no habría podido hacerlo en aquella ocasión.

—No has cambiado —dijo saliendo del agua—. Sigues haciendo y diciendo lo que quieres.

—Te he obedecido, ¿no? —farfulló ella—. Y me estoy conteniendo para no darme la vuelta.

Él rio.

—Dejaré que veas todo lo que quieras cuando te hayas alimentado en condiciones.

—No tengo tanta hambre —dijo ella sacudiendo la cabeza—. De verdad.

Derek cogió la bata de seda que Daphne se había empeñado en comprar para él junto con el camisón y se envolvió en ella.

—Oigo los rugidos de tu estómago desde aquí.

—No es cierto.

—Sí que lo es.

Daphne chasqueó la lengua con fastidio y él rio de nuevo. Se acercó a ella en un par de zancadas y la obligó a volverse, a pesar de sus protestas. La sujetó por los hombros y la miró a los ojos.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Tenemos toda la vida por delante.

—No estoy tan segura.

Él parpadeó, sorprendido.

—Tu padre hará todo lo posible por anular el matrimonio.

—Entonces repudiaré a mi padre —bromeó el conde.

—¡Derek!

Él rio y la envolvió en un abrazo.

—No hará nada y, si lo hiciese, no se lo permitiría. Confía en mí, ¿de acuerdo? —Ella asintió—. Y ahora, disfrutemos de la cena que nos traerán en breve. Y aprovechemos la ocasión para hablar sobre lo que diremos acerca de todo este asunto. No me gustaría que se corriese la voz de que lord Mersett fue secuestrado y obligado a casarse en Gretna Green. Sé que es la verdad, pero me gustaría salvar mi orgullo.

Daphne frunció el ceño.

—¿Piensas recordarme esto toda la vida?

—Por supuesto, pero solo en privado. Creo que disfrutaré recordándote cuan desesperada estabas por casarte conmigo, que incluso urdiste un plan así. Y me recrearé en tus errores, por supuesto. —Ella lo golpeó con fuerza en el pecho para apartarlo y él se echó a reír—. De acuerdo, recordaré incluir en el relato lo agradecido que estoy de que lo hubieses hecho, pues yo no habría tenido el valor de dar este paso. ¿Contenta?

Daphne lo señaló con el dedo.

—Más te vale, o le contaré a todo el mundo lo fácil que fue dejarte inconsciente.

Derek se fingió horrorizado y agitó las manos como si se estuviese defendiendo de algo terrible, arrancando una carcajada de Daphne.

—Me gusta verte reír, Yuhuan. No recordaba lo feliz que puede hacerme tu risa. —Ella se sonrojó—. Creo que hay muchas cosas que ambos hemos olvidado y que, quizá, deberíamos recuperar ahora que tenemos la posibilidad de hacerlo.

Ella asintió, conforme.

Sí, recuperarían lo que habían perdido y, quizá, algún día podrían hablar sobre el pasado sin dolor. Eso era lo que ambos deseaban y se esforzarían por recuperarlo.

## Capítulo 15

Cenaron en un cómodo silencio, solo roto por el crepitar del fuego de la chimenea. Derek disfrutaba atendiendo las necesidades de Daphne y de sus quejas porque no dejaba de hacer cosas que no quería que hiciese por ella, como deshuesar el pollo o cortar la carne en trozos pequeños. Sin embargo, siempre había anhelado hacer aquello y nunca había podido. Quizá en el futuro tampoco fuese a dar rienda suelta a sus deseos, así que pensaba aprovechar el momento, se quejase ella o no.

Ambos habían decidido por mutuo acuerdo dejar los asuntos mundanos para el viaje de regreso y disfrutar de la intimidad que les ofrecía aquella habitación. Traer los problemas de fuera a aquel lugar solo los haría sentir molestos e incómodos y aquella no era la noche adecuada para hacerlo.

—¿Por qué te empeñaste en comprar esta bata? —preguntó Derek con un gruñido cuando estuvo a punto de meter la manga en la salsa del pollo—. ¿Planeabas torturarme en nuestra noche de bodas?

Ella le dedicó una sonrisa maliciosa y se llevó un trozo de pan a la boca.

—Pensé que sería más fácil desnudarte —dijo cuando lo tragó.

Derek se atragantó con el vino que acababa de beber y la miró con reproche.

—¿Tienes que ser tan condenadamente directa? Se supone que deberías ser un poco más... más...

—¿Recatada? —Él asintió—. ¿Por qué? Nunca he entendido por qué a los hombres os gustan tanto las mujeres recatadas.

—No he dicho que me gusten, pero cuando hablas de ese modo me cuesta mucho conservar la cordura. —Ella se echó a reír y se encogió de hombros—. Entonces, ¿por qué compraste ese camisón tan horrible? Podrías haber comprado algo un poco más... apetecible.

—¿De verdad? ¿Hay cosas así?

El tono pícaro que usó le arrancó una sonrisa a Derek, que la miró unos instantes.

—Quizá en lugar de ir a Minstrel Valley directamente, deberíamos ir a la boutique de madame Per...

Daphne le metió un trozo de pollo en la boca.

—¡Calla! —exclamó entre risas—. ¿De verdad quieres que use ese tipo de cosas?

Derek masticó el pollo y negó con la cabeza.

—No lo sé. No tengo ni idea de cómo se ve una mujer con ese tipo de prendas. Sé que existen porque mi padre... —Carraspeó, incómodo—. No quiero verte vestida de ese modo. Pero sí quiero que luzcas algunas prendas para mí.

—¿Qué tipo de prendas?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Ya te lo diré cuando llegue el momento. Pero odio ese tipo de camisones. Lo hiciste a propósito, ¿verdad?

—No me voy a morir de frío para seducirte.

Derek rio entre dientes.

—¿Crees que te dejaría morir de frío?

Ella se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos. Derek sintió la punción del deseo al ver ese gesto.

—No sé...

Él se inclinó hacia delante y la miró a los ojos.

—¿Estás nerviosa? —Ella asintió—. ¿Por el sexo?

—No.

—¿Entonces?

—Porque es la primera vez que estamos así. Sin prisa, sin estar pendientes de que no aparezca nadie... Tenemos todo el tiempo del mundo y... —Se encogió de hombros—. No sé, Derek. Es todo tan diferente...

—Parece que lo lamentas.

Daphne sonrió.

—¿Por qué iba a lamentarlo? Era lo que quería. Pero es... extraño. Por momentos siento que esa puerta se abrirá en cualquier momento, o que despertaré y descubriré que solo ha sido un sueño.

Él suspiró y se echó hacia atrás en su silla.

—Pero no es un sueño, Yuhuan.

Ella dejó el tenedor sobre el plato y lo miró con curiosidad.

—¿Alguna vez me dirás por qué me llamas de ese modo?

Él asintió.

—Algún día lo haré. Hoy no.

—Así que hay una razón para eso.

—Por supuesto que sí. —Le sirvió una copa de vino—. La primera vez que te vi supe que ese nombre estaba hecho para ti. Vestías un *qipao* de seda de color jade, con peonías bordadas en color dorado. Tenías el cabello trenzado y...

—Llevaba un vestido gris horrible —dijo Daphne—. Tuvimos que vender los *qipao* de seda para poder pagar el viaje a Macao.

Derek sonrió y tomó un sorbo de vino.

—Aquella no fue la primera vez. —Ella lo miró sin comprender—. ¿Recuerdas el festival de linternas de aquel mismo año? —Ella asintió—. ¿No recuerdas al chico que te salvó de los occidentales que trataron de propasarse contigo?

—No le vi la cara y desapareció... —Daphne abrió mucho los ojos, sorprendida—. ¿Cómo... cómo sabes todo eso?

—¿Por qué crees?

Daphne se llevó las manos a las mejillas.

—¿Eras tú? —Él asintió y ella se llevó una mano al pecho—. Pero... ¿por qué nunca dijiste nada?

—Porque esperaba que me recordases en algún momento.

—Lo habría hecho si te hubiese visto el rostro. Lo único que recuerdo es que vestías como un erudito y que eras muy rápido. Te vi volar por el aire y derribarlos, y luego... desapareciste. ¿Por qué?

Derek sonrió al recordarlo.

—Porque era joven y estaba avergonzado.

—¡Cielos! Tendrías que habérmelo dicho antes. ¿Sabes cuántas veces fui a aquel jardín para encontrarte?

Él parpadeó, sorprendido.

—¿Lo hiciste?

—¡Sí! Sentía un miedo atroz, pero quería verte. Pero claro, yo buscaba a un erudito. ¿Por qué estabas vestido de ese modo?

Derek rio y se encogió de hombros.

—Así me conocían en las calles. Me llamaban «el Erudito» y ganaba mucho dinero. Suficiente para mantener el estilo de vida de mi madre.

—Es una pena que no te hubieses acercado a mí aquel día.

—Probablemente nada habría cambiado entre nosotros. Pero... recuerdo a menudo a aquella niña tan atrevida. —Sonrió—. Supongo que tu padre no lo sabía.

Ella negó con la cabeza.

—Si lo sabía, no me dijo nada. Aunque tampoco le importaba gran cosa lo que hiciese, la verdad. En su corazón no había mucho espacio para nadie que no fuese mi madre. Me amaba y me cuidaba, pero todo su mundo era ella.

—Al menos estaban juntos. El amor no fue suficiente para que mis padres siguiesen juntos. Se querían, pero acabaron detestándose. —Bajó la mirada, lleno de una infinita tristeza—. Creo que por eso buscaba tantas excusas para mantenerte cerca, pero sin ir más allá. Temía... temo que acabemos odiándonos como ellos.

—Tú no eres tu padre y yo no soy tu madre. Las cosas serán como nosotros queramos que sean.

Él sonrió y le tendió la mano. Cuando la aceptó, tiró de ella y la sentó en su regazo.

—¿Estás segura de eso? No tienes ni idea de lo que te espera ahí fuera por haberte casado con

un chino. Tus amigas podrían darte la espalda...

—Que lo hagan.

Derek enredó dos dedos en un mechón de cabello de Daphne.

—Puede que encuentres a gente que te trate con desprecio.

—No me importa.

—Daphne... puede que llegue un momento en el que me acepten, o al menos que finjan que no les importan mis orígenes. Pero no será fácil.

Ella alzó la mano y le acarició el rostro con infinita ternura. Lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No me importa. Si me importase, nunca habría llegado tan lejos.

Él suspiró y miró su mano, cubierta por las sedosas guedejas de la melena de su esposa. Temía que su egoísmo la arrastrase a un mundo doloroso, ese del que siempre había tratado de mantenerla alejada.

Daphne tomó el rostro de su esposo entre las manos y la obligó a mirarla.

—No me importa, Derek. Y a ti tampoco debería importarte. Como tú dices, algún día aceptarán tu presencia, o al menos callarán. Pero no tienes por qué pasar por todo eso tú solo. Deja que te acompañe, deja que... deja que te ame. Deja de pensar que no puedes hacerme algo así. Ya estamos casados, no hay vuelta atrás.

Derek alzó la mano libre y le acarició la mejilla.

—Te amo, Yuhuan.

Ella sonrió.

—Yo también te amo, Guang Xi.

Él la acercó a su boca para besarla. Sin prisa, saboreando el momento, invadió la boca de Daphne con la lengua. Ella aceptó la invasión y le rodeó el cuello con los brazos, feliz de compartir con él aquella intimidad sin temor de ser descubiertos. Lentamente, Daphne dejó caer una mano para desatar la bata de Derek, y este se apartó de ella, sorprendido.

—¿Tienes prisa?

—Llevo más de diez años esperando este momento, así que sí. ¿Tú no?

Él se levantó con ella en brazos y la llevó a la cama.

—Por supuesto que sí. Intentaba ser considerado contigo, pero no me dejas comportarme como debo.

—Lo que debes hacer, milord, es cumplir tu promesa. —Él la miró sin comprender—. Quiero ver tu cuerpo. Deseo ver los cambios que se han producido en él.

Derek contuvo una carcajada y dejó caer la bata de seda. Daphne, sentada hasta ese momento en el lecho, se levantó y se acercó a él. Lo llevó hacia el fuego y sonrió.

—Te has convertido en un hombre.

—¿No lo habías notado ya? Porque yo siempre he sido muy consciente de que te habías convertido en una mujer.

—Intuía los cambios, pero no los había visto.

Acarició el pecho amplio y firme y suspiró. ¡Cuánto había cambiado desde que lo había visto desnudo por última vez! Deslizó la mano hasta el vientre, donde se marcaban los abdominales, y sonrió cuando él se estremeció y apretó los dientes con un gruñido.

—Haz lo que tengas que hacer rápido, Yuhuan, porque no podré aguantar mucho más.

Daphne miró la muestra de su deseo, muy cerca de su mano, y rio.

—Puedo verlo.

—¿Y aun así me torturas?

Ella no respondió y siguió avanzando en su exploración, hasta llegar a su espalda.

—Tienes cicatrices.

—He tenido una vida agitada. —Derek jadeó cuando la mano de Daphne llegó a una de sus nalgas—. ¡Por todos los...! Yuhuan, por favor...

Escuchó la risa de su esposa a su espalda y luego el sonido de la tela al caer al suelo. Se volvió, sorprendido, y la encontró desnuda. Contuvo la respiración unos instantes, maravillado por la visión.

—¿Te ha gustado lo que has visto, Yuhuan? —Ella asintió—. A mí también me gusta lo que veo. —Acarició un pecho y deslizó el pulgar por una estría, que le recordó que había sido madre. La misma mano llegó hasta el vientre de Daphne, donde también encontró estrías. El corazón se le encogió al pensar que la había obligado a pasar por aquello sola. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Lo siento.

Ella sostuvo su mano contra el vientre y negó con la cabeza.

—No, Derek, no debes sentirlo. Yo no lo lamento. —Alzó la otra mano y le secó las lágrimas—. Estoy aquí, contigo, y te amo. Eso es todo lo que importa.

Derek la miró a los ojos.

—Te amo, Yuhuan. Te amo tanto que, si te pierdo, no sé qué será de mi vida.

Ella cubrió el escaso espacio que los separaba, se puso de puntillas y lo besó en los labios. Él le rodeó la cintura con un brazo, le sujetó la nuca con la mano libre y la besó. No había en aquel beso ni la cautela, ni la delicadeza del beso anterior. Había arrepentimiento, amor y deseo. El deseo contenido durante tantos años. El ansia de llenar el vacío que lo había acompañado desde que la había dejado para regresar a China.

La llevó a la cama de nuevo, pero esa vez se tumbó a su lado. Ella le tendió los brazos y él negó con la cabeza. Quería saborear aquel momento y sabía que se arrepentiría si lo apresuraba. Había esperado tanto que no le importaba esperar un poco más. La acarició con delicadeza, deleitándose en cada contorno, saboreando todas y cada una de sus reacciones, aprendiendo de cada jadeo, de cada gesto, aquello que más le gustaba y lo que no provocaba ninguna reacción. Su Yuhuan era sensible y cada caricia desencadenaba una serie de reacciones que lo fascinaban. Cada gemido, cada estremecimiento y cada «por favor» lo convencían más y más de que había tomado la decisión correcta al seguir adelante con aquella locura.

Pero Daphne no estaba dispuesta a ser manipulada de aquel modo. Ella también quería disfrutar de aquel juego, también quería aprender de nuevo cómo tocarlo, cómo amarlo. Y lo hizo. Y Derek lo permitió mientras apretaba los dientes y las sábanas entre los puños, en un esfuerzo por contenerse. La simple visión de aquel hombre al que tanto había deseado rendido a sus pies, la hizo sonreír.

—Estás disfrutando de mi sufrimiento —gimió él.

Ella rio y asintió.

—Mucho.

Derek abrió los ojos y con un movimiento rápido y ágil, cambió las posiciones de ambos. Ahora era él quien dominaba la situación.

—No me subestimes, Yuhuan...

La besó y, por fin, se perdió en aquel beso, en aquel cuerpo, en aquel amor que tanto había anhelado.

## Capítulo 16

Que Minstrel Valley no estaba preparado para un matrimonio semejante, era algo que sabían, pero ninguno estaba preparado para la curiosidad que habían despertado. Cuando bajaron del carruaje, sintieron que habían regresado cinco años atrás, cuando Daphne había decidido instalarse en Landford House. Tanto entonces como ahora, los curiosos se agolpaban cerca de la casa para poder ver a la nueva propietaria, aunque ahora la situación era un poco diferente: estaban allí para verlos a ambos.

Daphne, sorprendida, se volvió hacia Derek, que lucía una expresión tensa y preocupada.

—¿Cómo...?

—Envié un mensaje a Yuyen cuando nos detuvimos en la primera posada y este se encargó de hacer los preparativos necesarios para mi traslado.

Ella frunció el ceño, molesta.

—¿Y si no me hubiese casado contigo?

Derek rio.

—Entonces habrías tenido que hacerlo solo por el interés que ha despertado nuestra boda.

Ella alzó el puño en un amago de golpearlo, pero lo dejó caer de nuevo con un suspiro cuando la portezuela del carruaje se abrió. Derek fue el primero en bajar y luego la ayudó a ella a hacerlo. Le ofreció el brazo y entraron en la casa de ese modo. A Daphne le sorprendió ver a los criados en fila, con la cabeza inclinada, como si aquella fuese la mansión de un noble. En Landford House las normas eran mucho más relajadas que en otras casas, pero su gente se enfrentaba ahora a los condes de Mersett y a ella le costaba asimilar los cambios que venían asociados a aquel título.

Kate los saludó con una sonrisa tensa. Estaba enfadada y decepcionada, pero hacía un gran esfuerzo por ocultar sus emociones. Más tarde, quizá, le diría todo lo que pensaba sin guardarse nada, pero en aquel momento contenía sus sentimientos como buenamente podía. Aunque no fue capaz de evitar que una mirada de reproche se posase sobre la pareja.

—Creo que a tu ama de llaves no le hace ninguna gracia nuestro matrimonio —susurró Derek, divertido.

—Lo que no le hace gracia es que me escapase para casarme contigo —respondió Daphne.

Él rio y miró a Kate, que, con un fastidio mal disimulado, los condujo hacia el dormitorio que

habían preparado para ellos. Habían pasado cinco días fuera, pues habían viajado despacio debido al clima, pero no faltaba ni un solo detalle.

—Milord, este será su cuarto —dijo Kate fulminándolo con la mirada—. Milady, el suyo está...

—No creo que necesitemos dos cuartos, señorita Fergusson —dijo Derek.

—Es la costumbre, milord.

—Pues no... —Daphne le puso una mano en el brazo y él gruñó una maldición antes de dejarla marchar.

Una vez en el dormitorio que ocuparía ella, separado del dormitorio del conde por una pequeña sala decorada en tonos pastel, Kate se volvió hacia ella con la rabia reflejada en el rostro.

—Este es el dormitorio de la condesa.

Daphne la miró, jocosa.

—Como si no lo supiese. Es mi casa, ¿recuerdas? —Miró a su alrededor—. Era el dormitorio de lady Landford, así que no me siento demasiado cómoda usándolo.

—Lo has decorado tú misma —le recordó Kate—. Ya no queda nada de ella en esta casa.

—Pero sigue siendo su cuarto. Siempre pensé que, si me visitaba, podría quedarse aquí.

—¿Y qué harás? ¿Compartirás el cuarto de tu esposo?

Daphne rio.

—Lo haré, claro. Pero mantendré este por las apariencias. No entiendo por qué los matrimonios deben dormir en cuartos separados.

—¿No era lo que hacías con el señor Crown?

—Él dormía con August, ¿o ya lo has olvidado? —Kate soltó un bufido, molesta—. Lo siento, Kate. Debí hablar contigo sobre esto, pero...

El ama de llaves la miró, furiosa.

—¿Cómo has podido? —La señaló con el dedo—. No intentes mentirme, Daphne Cro... Daphne, porque Edith ya me ha contado todo. La pobre niña lloraba desconsolada pensando que le había sucedido algo a lord Mersett y que ella podría haberlo causado. ¡Temía haberlo dejado tonto!

Daphne se echó a reír. Muy propio de Edith el pensar cosas así.

—Estábamos un poco ebrias. De otro modo, jamás se nos habría ocurrido semejante cosa.

Kate suspiró.

—No me refiero a eso.

—¿A qué, entonces? —preguntó Daphne, confusa.

—¿A que fui la última en enterarme! Si lord Mersett no me hubiese enviado una nota, no habría sabido nada hasta que ese chino que trabaja para él se presentase en esta casa con las cosas de su señor.

Daphne rio.

—¿Eso es lo único que te molesta? ¿No el hecho de que me hubiese casado en Gretna Green después de secuestrar a Derek?

Kate negó con la cabeza.

—De hecho, me alegro de que lo hicieras. Me enfadó un poco no estar presente para ser yo quien lo golpease en la cabeza y no la pobre Edith, pero al verte así de feliz no puedo enfadarme. —Abrió los brazos y Daphne se refugió en ellos para recibir un abrazo—. Enhorabuena, Daphne. Me alegro de que por fin hayáis reunido el valor para hacerlo. —Se apartó de ella y la miró a los ojos—. No necesito preguntarte si estás bien, tu expresión lo dice todo.

Daphne asintió, riendo.

—Soy muy feliz. Sé que nuestras vidas cambiarán, pero no lo lamento en absoluto.

—Eso es lo importante. La señora Dubois se empeñó en que los criados debían recibiros en fila, que es lo adecuado para la nueva posición de su señora. O, más bien, de su nuevo dueño. Creo que están asustados y encantados por igual.

—Supongo que será difícil para todos, pero estoy segura de que todo irá bien.

—Adoro tu optimismo —dijo Kate con sorna—. Puede que no te hayas dado cuenta, pero se han marchado tres doncellas. En cuanto supieron lo de tu matrimonio, decidieron irse. No podían trabajar para un chino.

Le dolía escuchar aquello, pero se había preparado para cualquier tipo de situación una vez la gente descubriese su matrimonio.

—Está bien, nadie es imprescindible. Tendremos que contratar a tres doncellas más.

Kate asintió.

—Antes de marcharse se llevaron algunas de tus joyas. Avisamos al señor Worth y solucionó el problema enseguida. No querían esperar a que regresases para cobrar lo que se les debía, así que decidieron cobrar robando lo que creían que merecían.

Daphne se dejó caer en una silla, decepcionada.

—¿En serio? ¿Y qué ha pasado con ellas?

—Como sabía que no querías que acabasen en la cárcel, las dejé marchar una vez recuperamos lo que robaron.

—¿Y cómo se han tomado los demás la noticia?

Kate se encogió de hombros.

—Con bastante indiferencia, la verdad. El hecho de que Gong Li trabaje codo con codo con ellos y que tu marido, además de chino, sea conde, parece que los ha ayudado a asimilar la noticia. Aunque, si te digo la verdad, no lamento que esas tres se hayan marchado. Torturaban a la pobre Gong Li con comentarios maliciosos.

—Está bien. —Se llevó dos dedos a la sien—. Necesito darme un baño y cambiarme de ropa. ¿Puedes encargarte de eso? Supongo que Yuyen se encargará de Derek, pero si no es así, hazlo tú.

—De acuerdo.

—Di al servicio que hablaré con ellos cuando descanse un poco, ¿de acuerdo?

Kate asintió y salió de la habitación, dejándola sola. Daphne miró a su alrededor y suspiró con resignación. Volver al mundo real no era fácil, pero estaba preparada para los cambios que

viniesen. Tenía que estarlo, o todos aquellos años de espera no habrían servido para nada.

\*\*\*

Derek miró a su alrededor y frunció el ceño. No quería estar separado de Daphne y mucho menos tener que atravesar la maldita salita que separaba ambos dormitorios para poder pasar la noche con su esposa.

—Milord...

Se volvió, sorprendido, y sonrió al ver a Yuyen.

—Lamento haberte metido en este lío. —El joven negó con la cabeza, dando a entender que no importaba—. Las cosas van a cambiar un poco para nosotros. Si no quieres seguir a mi servicio, o si deseas continuar en Londres buscaré...

—Quiero quedarme con usted, milord.

—¿No crees que va siendo hora de regresar a China? —Le palmeó el hombro con afecto—. Ya has hecho más que suficiente. No necesitas renunciar al resto de tu vida por mi culpa.

Yuyen sonrió y negó de nuevo con la cabeza.

—En China ni siquiera tengo un hogar.

—Pero puedes formar uno.

—Mi hogar está donde usted esté.

Derek asintió. Entendía su sentir, pero lamentaba profundamente mantenerlo atado a sí.

—Está bien, haz lo que quieras. Lo harás de todos modos...

—Milord, he pedido que le preparen el baño y que le suban una bandeja de comida. Después puede descansar, pero luego debería ir a ver a lady Acton. Creo que está molesta con la noticia de su matrimonio.

Derek suspiró.

—Seguro que lo está. ¿Y mi padre?

—Él... —Se encogió de hombros—. Cuando se lo conté se echó a reír. Quiere que vaya a Londres usted solo cuando acabe de instalarse aquí.

Derek asintió y despidió a su asistente. Se sentó en la cama y miró la habitación, decorada en un estilo occidental que le resultó molesto. El resto de la casa estaba decorado en una mezcla de estilo chino y occidental que le había parecido fascinante porque reflejaba a la perfección aquella dualidad en Daphne. Sin embargo, aquel dormitorio lo desconcertaba profundamente. Y, aunque le gustaba mucho la gama de azules que había usado Daphne para decorarlo, no estaba demasiado contento con la idea de dormir allí. Sin embargo, tendría que acostumbrarse, pues aquel era ahora su hogar y mal empezaría su matrimonio si a la primera de cambio le pedía a su esposa que decorase el dormitorio por él.

—¿Han traído tu *guzheng*<sup>[2]</sup>?

Derek se volvió hacia la puerta y sonrió al ver a Daphne apoyada en la pared.

—Creo que está en la sala de música, aunque no sé dónde está ese lugar.

Daphne rio y miró a su alrededor.

—Decoré este lugar con la esperanza de que la familia de Eric me visitase algún día. Me resulta un poco incómodo dormir en mi cuarto, y tengo la sensación de que a ti también.

Derek asintió.

—Es cierto. Sé que es costumbre, pero esperaba otra cosa.

—Pediré que trasladen todo a mi dormitorio. La cama es bastante grande para los dos y en la habitación hay lugar para ambos, incluso para mis gatas y para tu perra. ¿Dónde está?

—Hugh la traerá esta tarde. ¿Estás segura de que no pasará nada si las juntamos?

—Es posible que provoquen algún desastre, pero acabarán acostumbrándose.

Derek sonrió y palmeó el colchón a su lado para invitarla a sentarse. Ella negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Hay movimiento en mi cuarto. Debería darme un baño y arreglarme antes de enfrentar a todo el mundo. Estoy segura de que hay personas que sienten algo de curiosidad por lo que ha pasado.

—Seguro —respondió Derek, sarcástico.

Daphne se encogió de hombros, divertida, y regresó a su habitación. Derek la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista y luego se levantó para ir hacia la ventana. Desde allí podía ver el jardín diseñado al estilo oriental, con un buda en el centro del pequeño estanque y varias estatuillas que representaban a distintos dioses del panteón chino diseminadas por aquí y por allá. Por aquel jardín había tenido problemas con el padre Ellis en infinidad de ocasiones. El párroco incluso había lanzado algún que otro sermón haciendo alusión a las imágenes paganas que habían traído a Minstrel Valley. Pero su Daphne no se amilanaba y mantenía aquellas figuras a la vista de cualquiera que pasase por el camino.

Sonrió y dio la espalda a la ventana. Había anhelado estar en aquella casa tantas veces que casi no se podía creer que realmente estuviese allí. De hecho, desde que habían llegado a Minstrel Valley, todo le parecía irreal. El hecho de llegar al pueblo en el carruaje de Daphne y el descender de este y entrar en la casa sosteniendo su mano era realmente increíble para él, como si fuese un sueño del que no quería despertar.

Siempre había querido entrar en el feudo de Daphne, pero no como un invitado, sino como un miembro más de su familia. Y allí estaba, convertido en su esposo, en una parte importante de su vida, y no era capaz de asimilar que aquello estuviese sucediendo de verdad. Su sonrisa se ensanchó cuando vio entrar a Yuyen acompañado de dos mozos que cargaban agua caliente para el baño. Aquello tan cotidiano lo devolvió a la realidad: no era un sueño, era verdad, se había convertido en parte de aquella casa y nada lo iba a cambiar.

\*\*\*

Lady Acton no estaba feliz con la noticia y, a pesar de que la educación que había recibido la obligaba a no mostrar lo que sentía, no podía evitar que algo de lo que bullía en su interior se reflejase en el exterior. Sus maneras eran correctas, pero se mostraba fría y distante con él, que no había encontrado el momento de hablarle de lo que había sucedido —de la excusa que habían inventado él y Daphne durante el viaje de regreso—, pues estaba acompañada de lord Clifford

que, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, estaba contando una anécdota de juventud a la que Derek no estaba prestando demasiada atención. Pero, de repente, el conde se volvió hacia él y, cambiando completamente el tema de conversación, le dedicó una sonrisa cómplice.

—Creo que tengo que felicitarlo por su matrimonio, lord Mersett.

—Gracias.

—¡Y con la señora Crown! Nadie lo habría imaginado.

—Lady Mersett, si no le importa. —Derek sonrió—. La gente solo ve lo que quiere ver, por lo que parece. Empecé a venir al pueblo cuando ella llegó, para cualquiera habría sido obvia la razón por la que hacía frecuentes visitas al lugar.

Lord Clifford se echó a reír.

—Por lo que sé, nunca se les ha visto juntos. De ahí la sorpresa.

Derek asintió.

—Nos gusta ser discretos.

Incluso a él le resultaba poco creíble aquella frase y en la mirada del conde vio un deje de burla que le arrancó una sonrisa.

—Parece feliz, Mersett. No sabe lo mucho que me alegra verlo sonreír por fin. Estaba convencido de que no tenía ni idea de cómo se hacía. Parecía siempre tan frío y distante que era difícil imaginarlo sonriendo.

Derek rio y asintió.

—Supongo que todos los recién casados son así.

—No todos, solo los que se casan enamorados.

Ambos se sonrieron y lady Acton carraspeó, incómoda. Lord Clifford la miró unos instantes y luego se excusó diciendo que tenía un compromiso previo. Era obvio que quería dejarlos a solas para que hablasen, ya que el ambiente era tenso entre ellos. Cuando se quedaron solos, Derek se arrodilló frente a la anciana y le tomó las manos.

—Prima Helena... —Ella apartó las manos y giró la cabeza, gesto que rompió el corazón de Derek—. Deje que le explique lo que sucedió...

—No necesitas explicarme nada. Eres un hombre adulto y tomas tus propias decisiones.

—Es cierto, pero quiero hacerlo. Sé que no le gusta Daphne, pero...

—No es por ella, Derek. Si tú eres feliz, si crees que ella puede hacerte feliz, entonces no tengo nada que decir. ¡Pero huir a Gretna Green no está bien! ¡Tendrías que haberte casado como Dios manda!

Derek sonrió y le tomó las manos de nuevo. La anciana no las retiró, pero se negaba a girar la cara hacia él.

—Pero le escribí, prima Helena, y le conté lo que iba a hacer. No me olvidé de usted, como piensa. Sé que le habría gustado asistir a mi boda, pero no podía seguir huyendo, ni permitir que mi padre continuase buscándome esposa. Me he casado con alguien que me ama y me trata con respeto, no por ser el heredero del marquesado, sino por ser yo, Le Guang Xi, hijo de Le Yue y de

Henry Lee. Sin títulos, sin fortunas, sin nada de eso que hace que la gente se una en matrimonio y viva una vida infeliz. Prima Helena, no quiero eso para mí y tampoco para mis descendientes. Yo crecí en un hogar lleno de dolor y resentimiento y deseo que mis hijos crezcan en uno lleno de amor.

Lady Acton volvió la cabeza hacia él y le palmeó la mano.

—Sé que os amáis, pero temo que ella no se adapte a tu entorno. Ella... ella no ha sido educada para hacer las labores de...

—No me importa.

—No te importa ahora, pero te importará. Y a tus hijos también. Sin embargo... —Dudó unos segundos—. Yo puedo darle la formación que necesita. Puedo ayudarla a convertirse en la futura marquesa de Leavenfield.

Derek sonrió. Era tan blanda con él como él con ella.

—Prima Helena, se equivoca. La formación de Daphne es excelente. Excepcional, diría yo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Además, incluso lady Landford tiene su lugar en la sociedad, a pesar de sus excentricidades. Estoy seguro de que Daphne también encontrará el suyo.

Lady Acton suspiró.

—Lady Landford es una mujer peculiar, sin duda —reconoció la dama—. Está bien, Derek. Si tú eres feliz, no hay nada más que pueda hacer. Ya te has casado, así que no hay vuelta atrás. Me habría gustado que vinieses con ella, pero si no quiere visitarme, lo entenderé...

—No es por eso, prima Helena. Vine solo porque quería verla a solas. Quería hablar con usted y explicarle lo que había sucedido.

La anciana asintió y le acarició el cabello.

—Eres un buen hombre, Derek. No necesitas explicarme nada, lo único que deseo para ti es tu felicidad y, si tú crees que ella puede dártela, no puedo hacer otra cosa más que alegrarme por ti.

Derek le besó la mano que todavía sostenía entre las suyas y ella sonrió.

—Gracias, prima Helena. Muchas gracias.

—Cuéntamelo todo, querido. ¿Cómo fue la boda?

Derek le contó cómo se habían casado, no describió la escena como algo romántico, aunque sí le dio un toque cómico y arrancó algunas risas de la anciana, que se tapaba la boca para que no la viese reír abiertamente. Exageró detalles, feliz de verla con aquel estado de ánimo y, cuando se despidió de ella, supo que lady Acton aceptaría a Daphne, aunque quizá nunca llegase a ser la mujer que habría deseado para él.

Cuando se dirigía hacia el establo, se encontró con Johnny, que lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —preguntó sin detenerse—. Pareces enfadado conmigo.

—Me dijo que quería ser mi mecenas, pero se marchó para casarse y no me comentó nada.

Derek se detuvo de golpe y el muchacho tropezó con él.

—¿Qué tiene que ver mi matrimonio con tu mecenas?

—Pues que ahora tendrá hijos con la señora Cro... con lady Mersett y ya no querrá saber nada de mí.

El conde lo miró sorprendido. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Todavía no tengo hijos y, aunque los tuviese, ¿por qué me olvidaría de ti? —El muchacho retorció la gorra entre las manos y Derek suspiró—. ¿Has decidido que quieres mi ayuda? —Johnny asintió—. ¿Y crees que ahora que me he casado me he olvidado de lo que te prometí? —El adolescente asintió de nuevo—. ¿Por qué decidiste aceptar mi propuesta de repente?

El ceño del joven se hizo más profundo.

—No tiene que hacerlo si no quiere.

—Pero quiero hacerlo, Johnny. Y también quiero saber por qué has cambiado de opinión de repente.

El muchacho se mordió el labio inferior y, después de un par de segundos en los que obviamente buscaba una respuesta, lo miró a los ojos.

—Yo también quiero casarme y formar una familia. Le hablé a Deirdre sobre mis sentimientos, pero se burló de ellos diciendo que soy demasiado joven para saber qué es el amor, que solo soy un niño y que ella no tiene ese tipo de sentimientos hacia mí. Quiero convertirme en un hombre del que no se pueda burlar, alguien de quien se enamoraría con solo mirarlo. Sé que no soy feo, pero quiero ser como usted, milord, quiero que la gente me respete.

Derek lo observó unos instantes y asintió. Un corazón roto y el deseo de venganza eran motivaciones tan válidas como cualquier otra. Dudaba que Johnny fuese capaz de vengarse de nadie, pero si aquel era su aliciente para salir de aquella vida, lo ayudaría con todo lo que pudiese.

—¿Hay alguna razón más?

—Quiero que la gente deje de darme golpes en la cabeza, que nadie más me pida que haga esto o aquello. Quiero ser rico y no pasar frío. Y montar un caballo como el suyo. Quiero comer buena comida y no vivir con hambre, no quiero que nadie me diga cuánto puedo comer y cuánto no.

Derek sonrió y asintió de nuevo.

—Parece que guardas muchas cosas dentro.

—No es que la gente me haya tratado mal, no es eso, señor, pero me tratan como si fuese invisible. Me aprecian más o menos, pero nadie me ha tratado como usted. Y yo quiero que la gente me trate con el mismo respeto que lo hace usted. No quiero vivir el resto de mi vida como el chico de los recados de Minstrel House y tampoco como el mozo de cuerdas de ninguna casa. — Los ojos de Johnny se llenaron de lágrimas—. ¡Odio eso! ¡Odio ser Johnny River! Quiero que la gente deje de llamarme Johnny y me llame John. No quiero seguir viviendo así, milord. ¡No quiero! Si usted no me hubiese ofrecido la oportunidad, nunca habría pensado en cambiar mi vida, pero lo hizo y ahora debe hacerse respo... respo...

—Responsable.

—¡Eso!

Derek rio y le revolvió el cabello.

—Lo haré. Me haré responsable de ti. Pero antes debes hacer las cosas de la forma correcta: informarás al colegio de que te vas y al señor Bissop de que dejas tu puesto de trabajo. Y, cuando lo hagas, ven a Landford House y trazaremos un plan de futuro para ti. ¿Estás de acuerdo? —El muchacho asintió—. Me alegro de que hayas tomado esa decisión.

—Milord... —Derek lo miró, interrogante—. Gracias por cuidar de mí todo este tiempo. De no haber sido por usted, habría tenido que cargar los baúles de las señoritas y cargar cosas pesadas de aquí para allá. Sé que usted le prohibió a la gente del colegio que me diese trabajos pesados. —El conde asintió—. ¿Por qué lo hizo?

Lord Mersett dudó unos segundos.

—Porque me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—A alguien que ahora tiene una buena vida porque otra persona decidió ayudarlo cuando se quedó solo. De no haber sido así, quizá habría muerto en las calles de Shanghái o trabajaría como un esclavo. Él me enseñó que cualquiera puede ser grande si alguien le da la oportunidad.

—¿Quién es?

—Alguien a quien considero un hermano. —Le palmeó el hombro—. Debo regresar a casa. No tardes en dejar tus trabajos y ven a Landford House. Sabes que ya no hay marcha atrás, ¿verdad?

—El muchacho asintió—. Estupendo. Te estaremos esperando.

—¿A la señora Cro... a lady Mersett no le importará?

—Lady Mersett estará encantada de recibirte.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Lo estaba. No importaba que ella estuviese cuidando de Deirdre, jamás dejaría al muchacho desamparado sabiendo que él quería ayudarlo. Así era Daphne Lee, condesa de Mersett.

Sonrió para sus adentros. Todo iba ocupando su lugar poco a poco. Y en breve tendría su propia familia. Estaba poniendo buen empeño en ello y esperaba que diese frutos enseguida.

No pudo evitar reír de pura felicidad mientras se dirigía hacia los establos. ¡Ah, maldición! Tenía que controlarse, o acabaría siendo el blanco de las burlas de sus amigos. Pero había cosas que no se podían ocultar y, una de ellas era la felicidad.

## Capítulo 17

—¿Y no se enfadó?

Edith Grenfell abrió mucho los ojos ante el relato de su amiga sobre el despertar del conde durante su viaje a Gretna Green. Se habían reunido en la casa de Marlene Mignon, que sonreía divertida ante la historia que Daphne les había contado.

—Estaba furioso, pero creo que se le pasó enseguida. No dio muestras de enfado durante todo el viaje.

—Tiene mejor carácter de lo que pensaba —dijo Edith sonriendo.

—O te ama tanto que no es capaz de enfadarse contigo —dijo Marlene—. Me alegro mucho de que las cosas hayan salido bien. Aunque nosotras estamos tan avergonzadas que, cuando nos cruzamos con el señor McDonald, somos incapaces de mirarlo a la cara.

Daphne se echó a reír.

—He ido a la forja a pedirle disculpas antes de venir aquí. No creo que debáis avergonzaros de nada, porque él lo ha disfrutado mucho. Esa noche Derek le ganó varias partidas a las cartas y creía que debía obtener venganza. Él está tan avergonzado como nosotras. Así que, si ninguno lo menciona, olvidemos el asunto. Las cosas han salido bien y Derek no parece interesado en saber quién está detrás del secuestro. Así que... —Se encogió de hombros—. Solo me ha pedido que me mantenga alejada del *whisky*.

Las tres rieron y comenzaron a hacerle preguntas sobre la boda y Gretna Green. Ella respondió a todo con entusiasmo y, una hora más tarde, volvió a casa. Su esposo ya había regresado y la recibió con un gran abrazo que escandalizó a la única doncella que estaba presente. Daphne se deshizo del abrazo riendo y lo condujo al salón jade, donde se sentaron cerca del fuego.

—¿Has ido a visitar a tus cómplices en mi secuestro? —Ella asintió—. Haría algún comentario malicioso sobre el estado de sus cuerpos tras la borrachera, pero sin su plan loco no estaríamos casados, así que me lo guardaré. Debería estar agradecido, supongo.

—¿Todavía no te arrepientes de haberte casado conmigo?

—Es muy pronto. Pregúntamelo dentro de cincuenta años.

—¡Idiota! Tendrías que haber dicho que jamás te arrepentirías de casarte conmigo.

—No puedo prometer cosas que no sé si podré cumplir.

Daphne puso los ojos en blanco y se sentó en su regazo. Le acarició la nuca y sonrió.

—¿Qué te ha dicho lady Acton?

—Al principio estaba molesta por cómo hicimos las cosas, pero después incluso se ofreció a ayudar en tu formación como futura marquesa de Leavenfield. —Daphne sonrió—. Tendremos que ir a visitarla juntos.

—No estoy muy segura de ser capaz de hacerlo. Sé que eres una de sus grandes debilidades, pero también sé que yo no le gusto nada en absoluto.

—No es cierto.

—Sí que lo es.

—Solo está preocupada por mí, eso es todo.

Daphne le acarició el rostro con una mano y sonrió con ternura antes de depositar un suave beso en sus labios. Él la miró con sorpresa y sonrió.

—¿A qué ha venido eso?

—¿No puedo besarte?

—Por supuesto que puedes. Bésame todo lo que quieras. Solo... me ha sorprendido. —La atrajo hacia sí y la besó—. Y si quieres hacer algo más que besarme, no me quejaré.

Daphne se echó a reír y lo apartó con un suave empujón, pero Derek no le permitió levantarse y la mantuvo en su regazo, aunque no encontró mucha oposición por su parte. La abrazó con fuerza y dejó vagar los labios por su cuello.

—No me puedo creer que estemos así, en tu casa...

—Nuestra casa.

Él negó con la cabeza.

—No importa lo que diga la ley, Daphne. Es tu casa, tú eres la dueña. Se ha convertido en nuestro hogar, la compartimos, pero yo no soy dueño de nada. —Le acarició la espalda—. Creí que lo había dejado claro cuando hablamos de todas estas cosas.

Ella asintió y jugueteó con el alfiler de oro y diamantes que adornaba el pañuelo de encaje de Derek.

—Lo hiciste, pero...

—Sin peros. Tus propiedades seguirán siendo tuyas y no quiero que eso cambie. Debes hacer tu vida igual que hasta ahora. No quiero que el matrimonio cambie tanto tu vida que llegue un momento en que no te reconozcas. —Enredó un dedo en un bucle que se había soltado de las horquillas y la miró a los ojos—. Por supuesto, habrá cambios, pero vayamos despacio, no tenemos por qué modificarlo todo de golpe. Yo también necesito tiempo para asimilar todo lo que nos ha pasado.

Daphne suspiró y asintió.

—De acuerdo.

—Mañana iré a Londres para hablar con mi padre. Quiere verme a solas, pero si quieres venir conmigo... —Ella negó con la cabeza—. ¿Estás segura?

—Estoy segura. ¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

—Espero volver mañana mismo, pero si no puedo, lo haré pasado mañana por la mañana. ¿Me echarás de menos?

—En absoluto. Tendré toda la cama para mí, y eso es una ventaja.

Él gruñó una maldición y la mordió en el hombro, arrancándole una exclamación de sorpresa.

—Hay algo más.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Más? —Él asintió—. ¿Acabamos de llegar y ya tienes más cosas que decir?

Derek rio.

—Se trata de Johnny. Ha aceptado mi propuesta, así que en un par de días lo tendremos por aquí, aunque teme molestarte. El pobre chico creía que, ahora que tendremos hijos, no querría ayudarlo. ¡Ni que pudiésemos tener niños como si nada! —La miró con picardía—. Aunque prometo esforzarme al máximo para formar una familia enorme.

Daphne puso los ojos en blanco.

—No tengo la más mínima intención de colaborar en eso.

—¿No quieres tener hijos?

—Por supuesto que quiero. Lo que no quiero es una familia enorme. Uno o dos niños a lo sumo. Me niego a pasarme la vida cargando con bebés en mi vientre.

Derek sonrió.

—Está bien, me conformaré con uno o dos, o acabarás echándome de la cama. —Los dos rieron y Daphne lo besó de nuevo—. Lamento decirte esto, pero tengo que marcharme otra vez. Tengo una cita con el señor Catesby.

—¡Ah! Las clases de chino. —Derek asintió—. Supongo que no puedes posponerla.

—Preferiría no hacerlo. Pero prometo que, cuando vuelva, me dedicaré única y exclusivamente a ti.

—Más te vale. —Se levantó de su regazo y se arregló la falda—. No puede ser que acabemos de llegar y ya tengamos que separarnos.

Derek rio y se levantó también.

—¿No piensas acompañarme hasta la puerta?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy enfadada, me niego a acompañarte. Además, hace mucho frío.

Él le tomó el rostro entre las manos y la besó. Fue un beso lento, apasionado, que hizo que las rodillas de Daphne se doblasen, hasta el punto de que tuvo que aferrarse a él para no caer. Derek le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo. Cuando ella alzó los brazos para abrazarlo, profundizó más el beso. Y, de repente, se apartó de ella, que lo miró aturdida. Él sonrió, divertido por su reacción.

—¿Seguro que no quieres acompañarme a la puerta?

Ella dudó.

—Creo que no hace tanto frío, después de todo.

Derek soltó una carcajada y la tomó de la mano para guiarla hasta el amplio recibidor de Landford House.

—Volveré pronto. —La besó en la punta de la nariz y se marchó, dejándola temblorosa y anhelante.

Aunque poco tiempo tuvo para pensar en las promesas que guardaba aquel beso, porque Kate apareció de la nada para informarla de que Deirdre estaba en la biblioteca acompañada de dos alumnas de la Escuela de Señoritas de lady Acton.

—Fui a la sala a informarte, pero estabas... ocupada —susurró su amiga—. ¿No podéis conteneros ni siquiera durante el día?

—Parece ser que no —respondió Daphne con una gran sonrisa—. ¿Quiénes dices que la acompañan?

—Lady Noelle Montague y lady Jane Walpole.

Daphne frunció el ceño, intentando recordar a las jóvenes. A lady Jane la ubicó enseguida, pues la había visto con relativa frecuencia y, por lo que sabía, tenía una relación tensa con Hugh Turner, el amigo de su esposo. No sabía bien cuál era el motivo y Derek jamás se lo contaría, aunque tratase de sonsacárselo. Y eso, sí lo sabía. De lady Noelle tenía un recuerdo vago. Quizá la había visto, o tal vez no, no se acordaba. Pero si cualquiera de ellas era capaz de ir a su casa a pesar de ser el centro de un escándalo de proporciones épicas y, además, acompañadas de la hija del queso olvidando las diferencias entre ellas, entonces eran bienvenidas.

Abrió la puerta con decisión y se encontró con tres jóvenes entusiasmadas con algún libro que habían dejado sobre la mesa. Daphne esperaba que no fuese uno de los libros que le leía por las noches a Kate, mientras esta zurcía o hacía alguna labor de punto. No eran aptos para ellas, ni para muchas de las mujeres que conocía.

—¡Señora Crown! —exclamó Deirdre al verla—. Les estaba enseñando el libro que recibí el otro día. Espero que no le importe que haya venido con mis amigas.

—Lady Mersett —la corrigió ella con una sonrisa mientras se acercaba a ellas—. Y por supuesto que no me importa. Lady Jane, lady Noelle, son bien recibidas en mi casa incluso si no vienen acompañadas de Deirdre. —Rodeó los hombros de la irlandesa con un brazo—. ¿Hay algún libro que les interese?

Deirdre se llevó las manos a las mejillas, enrojecidas de repente.

—¡Lo siento, me había olvidado!

Daphne la miró con una mezcla de diversión y curiosidad.

—¿De mi matrimonio? —La joven asintió—. Pues seguro que eres la única. Al parecer no se habla de otra cosa en el pueblo.

Las jóvenes damas sonrieron ante el comentario.

—Felicidades, milady —dijo lady Jane—. Su matrimonio ha sido una sorpresa para todos.

—No para todos —dijo lady Noelle—. Algunos sospechaban de la relación entre ustedes.

Daphne sonrió y acarició el lomo del libro.

—Supongo que es imposible guardar un secreto en un lugar tan pequeño. —Miró a la joven a los ojos—. Aunque reconozco que los secretos no me agradan en absoluto.

—Señora Crown... milady, espero que nuestra presencia no la incomode —dijo lady Jane—. No queríamos molestarla, pero Deirdre insistió en que teníamos que ver este libro y...

—No me molestan. —Al ver las dudas en los ojos de las jóvenes damas, sonrió—. A lord Mersett tampoco. De hecho, ni siquiera está en casa. —Miró la pila de libros que había sobre el sofá y se echó a reír—. ¿Podrán cargar con todo eso ustedes solas? Tendrían que haber traído a Johnny.

—¡Oh, no! —exclamó lady Jane—. Hay rumores en la escuela de que quiere dejarnos. No queríamos cargarlo de trabajo. Y tampoco esperábamos llevarnos tantos libros, pero lady Valery nos dijo que usted se había ofrecido a prestarnos los que necesitásemos y... —titubeó—. Si lo considera excesivo, no dude en decírnoslo.

—Señoritas, pueden saquear mi biblioteca cuando quieran. Los libros se crean para ser leídos, no para adornar las estanterías. —Señaló el libro sobre la mesa—. Si les interesa Goethe y pueden leer en alemán, también está disponible.

—Me temo que ninguna habla alemán, milady —dijo lady Noelle—. ¿Usted sí? —Daphne asintió y la joven abrió mucho los ojos—. ¿Cuántos idiomas habla?

Daphne pensó unos segundos.

—Cinco, además de inglés.

Las chicas soltaron exclamaciones de sorpresa, mientras Deirdre sonreía con el orgullo de alguien que ha alardeado mucho sobre las habilidades de otra persona y tiene la oportunidad de demostrar que son ciertas.

—Aprende las cosas con mucha facilidad —explicó la irlandesa—. Incluso toca varios instrumentos.

Daphne sonrió y acarició el hombro de Deirdre.

—No es nada del otro mundo. Solo buena memoria y capacidad de aprendizaje. —Miró a su alrededor—. ¿Les apetece una taza de té?

Las jóvenes asintieron y Daphne las guio hacia la salita ámbar, donde una doncella sirvió el té y Daphne dejó que lady Jane hiciese los honores de servirlo. Las dos damas se sorprendieron al ver que su anfitriona no las acompañaba, pero lo tomaron como otra de sus excentricidades.

Apenas llevaban unos diez minutos en la sala, cuando Kate les anunció la llegada de Hugh Turner. A Daphne no se le escapó el sonrojo de lady Jane, como tampoco la torpeza que se apoderó de ella en cuanto él entró en la sala cargando a Killia. Pero menos se le escapó la mirada que Hugh le lanzó a la joven, aunque no fue capaz de leerla con precisión, pues no podía verlo bien. El ambiente relajado de los minutos anteriores se volvió un tanto tenso por la presencia del amigo de Derek, cosa que sorprendió a Daphne, pues no le parecía un hombre que provocase aquel tipo de reacción en nadie. Ciertamente no era demasiado abierto y que sentía muchas reservas hacia la nobleza, pero siempre le había parecido alguien agradable, presto para una buena

conversación. Aunque no parecía que la relación entre él y lady Jane fuese fluida. Eso despertó su curiosidad. ¿Qué habría pasado entre ellos para que incluso evitasen mirarse?

—Creo que deberíamos regresar —dijo lady Jane veinte minutos después—. Pedimos permiso para venir a buscar los libros, pero nos hemos demorado mucho.

Daphne asintió y miró a Hugh, que no había soltado todavía a la perra.

—Creo que deberíamos acompañarlas. De hecho, necesitamos hacerlo. Tenemos que llevar algunos libros a Minstrel House y necesitamos sus músculos, señor Turner. Mientras lo hacemos, pediré que le preparen un cuarto.

Él la miró azorado.

—No, milady, no es necesario que...

—¿Piensa quedarse en la posada? Me sentiría terriblemente ofendida si rechazase mi invitación. Mi casa es su casa, señor Turner. —Sonrió y cogió a Killia de sus brazos para ponerla en el suelo—. Esta pequeña tiene patas fuertes y sanas, así que no necesita que la sujete como si fuese un jarrón Ming a punto de quebrarse. —Hugh se sonrojó y Daphne se echó a reír. Tenía un lado encantador, debía reconocerlo—. ¿Vamos?

Las tres chicas se levantaron y Daphne le pidió a Hugh que la acompañase a la biblioteca para coger los libros. Dividieron la pila en dos y las ataron con cintas de seda. El señor Turner cogió ambas pilas.

—Deje que lo ayude, señor Turner. Yo también tengo brazos fuertes.

Él negó con la cabeza y alejó los libros de ella, que lo miró con fastidio. Era perfectamente capaz de cargar unos cuantos libros sin que sus muñecas se quebrasen. Se lo habría dicho, pero no quería ofender al mejor amigo de su esposo cuando no llevaban ni una semana casados. Todavía era pronto para discutir con él. Más adelante, quizá...

—Vamos, entonces.

En el recibidor los esperaban las jóvenes, listas para afrontar el frío invernal. Charlaban animadas sobre algo que les había pasado y, cuando los vieron salir, ofrecieron su ayuda. Todas, menos lady Jane, que parecía haberse quedado bloqueada al ver a Hugh. Este pasó por su lado para dirigirse a la puerta, pero al llegar a la altura de la joven, esta dio un paso atrás para alejarse de él. Al hacerlo, pisó el bajo de la falda y estuvo a punto de caerse. El culpable de su torpeza soltó una de las pilas de libros y la sujetó por la cintura para evitar que cayese al suelo. Ella se sonrojó, azorada, y se soltó del agarre con delicadeza, pero con gesto firme. Por desgracia, cuando intentó dar un paso hacia la puerta, volvió a pisar el dobladillo y a punto estuvo de besar el suelo de mármol del que Daphne se sentía tan orgullosa. De nuevo Hugh Turner acudió a su rescate y otra vez se sonrojó ella. Daphne, que había observado toda la escena con atención, sonrió divertida y cogió la pila de libros que el amigo de su esposo había soltado.

—Está claro que necesitamos que el señor Turner tenga un brazo libre para sostenernos si tropezamos, así que llevaré estos.

Y, con una sonrisa radiante, se volvió hacia los dos, encarnados como la grana, que ni siquiera

eran capaces de mirarla a ella. Y, sin dejar de sonreír, salió a la fría tarde de noviembre seguida de los demás.

\*\*\*

Aquella tarde, ni Wesley Catesby ni él estaban lo bastante centrados como para dar la clase. No sabía qué mantenía distraído a Wesley, pero sí sabía lo que lo mantenía a él en otro mundo: el beso que le había dado a Daphne antes de salir de casa y las promesas que encerraba. El ser consciente de que no podía dejar de pensar en ella lo molestaba sobremanera, porque su único deseo era, precisamente, estar con su esposa, tenerla entre sus brazos y disfrutar de todo aquello de lo que se había privado durante años.

—¿Por qué no vuelves con tu esposa, Mersett? Parece que no puedes pensar en otra cosa.

Derek se volvió hacia él y suspiró.

—No puedo —reconoció.

Catesby, que no era muy dado a las sonrisas, contuvo la que amenazó con asomar a sus labios. Derek, al ver el gesto, alzó una ceja, burlón.

—Parece que tú también puedes sonreír, Catesby. Es toda una sorpresa.

—También soy humano —gruñó el otro, arrancando una carcajada de Derek—. Tú, en cambio, pareces estar de muy buen humor.

—Lo estoy. ¡Demonios! Si no asustase a todo el pueblo, gritaría de puro gozo. —Rio un tanto avergonzado—. Es un poco difícil de explicar.

—Supongo que hace tiempo ya que estás enamorado de ella.

Él asintió.

—Desde los quince años. Pero es una historia larga y aburrida que no quiero contarle a nadie. —Sonrió—. ¡Oh, mira! Ahí viene... ¿Lady Noelle? —Miró burlón a su amigo, que frunció el ceño en cuanto la vio—. ¡Ah! Y mi esposa. Esa sí que es una buena forma de alegrarle la tarde a un hombre, ¿no crees, Catesby?

—Discúlpame con tu esposa, pero...

—La dama ya te ha visto, ¿piensas huir como un cobarde? —Sonrió a Daphne, que ya había llegado a su altura—. ¿A dónde vais?

Ella alzó la pila de libros que cargaba y señaló el camino que llevaba al colegio.

—Vamos a Minstrel House, pero lady Noelle se empeñó en dar un pequeño rodeo. —Se volvió hacia Wesley—. Buenas tardes, señor Catesby.

—Buenas tardes, lady Mersett.

Derek vio que Daphne fruncía el ceño al ver que el hombre no diría nada más y sonrió. A lo lejos vio a Hugh, que se mantenía a cierta distancia del grupo.

—El señor Turner se alojará con nosotros —susurró Daphne, que no dejaba de mirar a Catesby—. No podemos dejar que se quede en la posada.

—De acuerdo.

—Entonces seguiremos nuestro camino.

Derek asintió y las dejó marchar. Lady Noelle, nada dada a disimular lo que pensaba o sentía, clavó la mirada en Wesley sin ocultar la decepción que sentía por su indiferencia. Era obvio que había buscado aquel encuentro, pero no había conseguido lo que deseaba. Derek se quedó mirando al grupo mientras se alejaba y, unos instantes después, reanudó el paseo con Catesby, que no dejaba de volverse hacia el lugar por donde se habían alejado Daphne y las jóvenes. Derek se preguntó si Wesley Catesby era tan indiferente a lady Noelle Montague como aparentaba.

Había visto que Hugh se comportaba de un modo extraño, así que no le había pedido que los acompañase y, aunque le habría gustado tener a su amigo consigo, no quería forzarlo a nada que no quisiera hacer.

El paseo se prolongó otra media hora y, después, regresó a casa, deseoso de ver a su esposa. Nunca había tenido tanto interés en encerrarse en un lugar como lo estaba de hacerlo en Landford House y no sabía si debía alegrarse o preocuparse por aquello. Amaba a Daphne, la amaba con tal pasión que no quería separarse de ella ni un instante. ¿Cómo había podido vivir alejado de ella hasta ahora? No lo sabía, pero no quería repetirlo. Estar con ella era lo único bueno en su vida y no lo perdería. Haría todo lo que estuviese en su mano por que así fuese, aunque eso significase renunciar a su libertad.

## Capítulo 18

—¿Te secuestraron tres mujeres borrachas?

Hugh miró a su amigo con incredulidad y se echó a reír. Las carcajadas retumbaron en la sala de color jade, aunque Derek no se sintió ofendido en absoluto. Estaba sentado en el suelo, al lado del fuego, y jugaba con Killia, a quien todavía no habían dejado acercarse a las gatas de Daphne por temor a que las tres creasen un desastre.

—Aunque todavía me duele, en realidad estoy agradecido. De no haber sido por ellas, hoy no estaría aquí.

Hugh sonrió y asintió. Se sentía feliz por su amigo y le alegraba que por fin hubiese conseguido lo que quería.

—¿Ya la has perdonado por aquello que no has querido contarme?

—La amo, Hugh. Quería odiarla... No, la detestaba, pero no por lo que hizo, sino porque me recordaba lo imbécil que fui, lo mal que la traté. —Sonrió—. Si ella me ha perdonado, yo no tengo nada que perdonarle.

—Así que has decidido dejarlo atrás.

—He decidido posponer esa conversación hasta que no sea tan doloroso como ahora. Primero quiero asentar bien las bases de nuestro matrimonio y, después, afrontar ese tema sin dolor ni resentimientos.

Hugh rascó la cabeza de Killia y suspiró.

—Eres feliz y eso me alegra. —Alzó la cabeza y lo miró a los ojos con una sonrisa—. Hace años que tendrías que haber dado este paso.

—Lo sé. Y ahora lamento no haberlo hecho antes. Me habría ahorrado un buen mamporro.

Se llevó una mano al chichón. Todavía le dolía al apoyar la cabeza en la almohada.

—Seguro que ellas creían que te lo merecías.

Derek rio.

—Sin duda necesitaba una buena paliza para comportarme como debía. —Lanzó una mirada a la puerta—. Nunca imaginé que algún día esta casa se convertiría en mi hogar. Cada vez que veía la fachada, me hervía la sangre al pensar que podría haber sido el hogar de Daphne y de su marido. Moría de celos al imaginarla con él, por eso era incapaz de visitarla como debía.

—¿Y ahora?

El conde suspiró y retiró el lazo con el que la perra estaba jugando. La cachorra, feliz de que le estuviesen prestando atención, se lanzó a buscar la cinta que Derek apartaba de ella con movimientos rápidos, tentándola una y otra vez, pero sin permitirle alcanzarla.

—Ahora... todavía duele por momentos, pero este es mi hogar, no el suyo. Lo peor es que conocía a Eric y sé que era un gran hombre, eso me hace sentir diminuto y mezquino. Él no habría sentido celos de algo así, sino que habría buscado la felicidad de Daphne.

Killia soltó un ladrido de protesta y Derek sonrió, divertido.

—Así que sabes ladrar —le dijo con tono afectuoso—. Empezaba a pensar que eras muda.

Hugh rio y acarició el lomo de la perra, que se volvió hacia él moviendo el rabo con alegría.

—¿La amaba?

Derek se encogió de hombros.

—Supongo que a su manera. Por lo que recuerdo, no sentía una gran pasión hacia las mujeres. Pero quizá solo fuese mi percepción. Sí era especialmente amable con ella y eso me volvía loco. Y cuando mi padre lo eligió como futuro esposo de Daphne no puso ninguna pega y se le veía bastante feliz.

Hugh sonrió.

—Deja de lamentarte por el pasado y ve con tu esposa, anda. —Le palmeó un hombro con afecto—. Aprovecha bien el tiempo, que mañana nos vamos a Londres.

Derek sonrió.

—¿Sabes llegar a tu cuarto? —Hugh asintió—. Entonces te pido que nos disculpes a esta damisela y a mí.

Turner rio y lo despidió con la mano. No podía interponerse entre los recién casados, que habían pasado el día separados. Si fuese él, ni siquiera perdería el tiempo con otros, por muy amigos que fuesen.

\*\*\*

Daphne dejó que Kate le trezase el cabello y le sonrió a través del espejo.

—Pareces cansada —dijo el ama de llaves sonriendo.

—Lo estoy. —Y, para confirmarlo, bostezó—. Creo que en cuanto me meta en la cama, me quedaré dormida.

Kate la miró jocosa.

—¿Crees que lord Mersett te dejará dormir?

Daphne sonrió.

—Lo hará. Mañana tiene que madrugar para ir a Londres.

—¿Eres así de inocente o finges serlo? —Daphne rio—. Ya me parecía. El conde parece un hombre activo y saludable, así que dudo que necesite más el sueño que recuperar el tiempo que ha perdido.

—¡Por Dios, Kate! No es una bestia incapaz de contenerse.

El ama de llaves la obligó a volverse.

—Él no me preocupa, sino tú.

Daphne la miró con sorpresa.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estoy segura de que, si él se acuesta y duerme, harás todo lo posible por impedirle pegar ojo.

Daphne la golpeó en el brazo con fingida indignación y las dos se echaron a reír.

—Estoy demasiado cansada como para mantenerlo despierto toda la noche.

—¡Ja!

—¿No me crees?

—No, no te creo.

Daphne fingió un bostezo y se desperezó.

—¿Ves? Estoy agotada.

Kate rio.

—Seguro que se te pasa en cuanto él llegue. —En ese momento la puerta se abrió y entró Derek cargando a Killia bajo el brazo. Las miró con curiosidad—. Si antes lo digo... —susurró. Los miró a ambos y sonrió—. Buenas noches, milady. Milord...

Derek enarcó una ceja, burlón. Aquella formalidad no era habitual en ella. Se volvió hacia Daphne, que lo miraba con curiosidad.

—¿Tu amigo se siente muy incómodo aquí? —Derek negó con la cabeza—. Me alegro. Sería absurdo que se alojase en la posada estando tú aquí.

Derek dejó a la perra en el suelo, que fue hacia su cama ante la atenta mirada de las dos gatas, que no se movieron de la suya ni un milímetro. Daphne las observó un instante, pero al comprobar que no se desataría una guerra inminente, se volvió hacia su esposo, que se había quitado la chaqueta.

—¿Por qué te has trenzado el pelo? Y lo que es peor, ¿por qué usas ese camisón tan feo? Puedo perdonar lo del pelo porque una trenza se deshace enseguida, pero el camisón...—Sacudió la cabeza mientras desanudaba el lazo del cuello.

—Quitarme el camisón es más rápido que deshacer la trenza.

Derek contuvo la respiración y se volvió hacia su esposa, que lo miraba jocosa.

—Esta noche no, necesito dormir.

—No he dicho nada.

El conde la fulminó con la mirada y se desabrochó la camisa sin dejar de mirarla. El cambio en la mirada y la expresión de Daphne al deshacerse de la prenda, le arrancó una sonrisa.

—No necesitas expresarlo con palabras, tu cara lo dice todo.

Ella recorrió el torso desnudo con la mirada y suspiró.

—No es culpa mía que me guste tanto tu cuerpo. En todo caso, es tuya por ser tan bello.

Derek la miró unos instantes, sorprendido, y luego se echó a reír.

—Me estás tratando como si fuese una res que deseas comprar.

—Cierto —respondió ella sin pudor.

—Entonces date la vuelta y deja de mirarme.

—No quiero.

Él fue hacia ella, la sujetó por los hombros y la obligó a volverse. Cuando lo hizo, sonrió. ¡Cómo le gustaba aquella Daphne descarada! La adoraba de formas que ella jamás llegaría a imaginar.

—Si te vuelves una sola vez, me iré a dormir a otra habitación.

—¡Ja!

—Hablo en serio.

—Seguro que sí, otra cosa es que, si sales por esa puerta, puedas volver a entrar.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto.

Derek sonrió y se cubrió con una bata de seda antes de sentarse en la cama. Miró a las gatas y a su perra, que se miraban las unas a las otras con desconfianza, pero estaban tranquilas, así que se giró hacia su esposa, que se había vuelto y lo estaba observando en silencio.

—¿En qué piensas?

Ella se encogió de hombros.

—No puedo pensar si te veo de ese modo. —Él enarcó una ceja, interrogante, y ella señaló el muslo que asomaba por la abertura de la bata.

Derek rio.

—¡Por amor de Dios, Yuhuan! ¿Podrías guardarte tus pensamientos lujuriosos para ti?

Daphne negó con la cabeza.

—No, no puedo.

—Estoy seguro de que eres la única esposa en toda Inglaterra que le habla a su marido de ese modo.

—¡Ah! ¿Debería mostrarme más recatada?

—Sí —respondió él, jocoso.

Ella se levantó, hizo una reverencia y parpadeó de forma exagerada, haciendo parodia de una niña inocente.

—Perdón, milord, me guardaré mis pensamientos lujuriosos para mí. Y también mi lujuria. — Lo fulminó con la mirada—. Seré todo lo que usted espera que sea.

Se encaminó hacia la cama fingiendo un enfado que no sentía y, al pasar frente a él, desvió el camino y se sentó en el regazo de su marido, que se echó a reír.

—Pensaba que ibas a comportarte con recato y guardarte tu lujuria para ti.

Ella hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Es demasiado aburrido. Prefiero olvidarme del recato y disfrutar de mi tiempo contigo como me plazca.

Él la besó en la base del cuello.

—Me gusta eso —susurró.

Ella se estremeció al sentir su aliento en una zona tan sensible.

—¿En serio?

—Siempre me ha gustado tu descaro, la forma en que usas tu poder sobre mí. —La tomó del mentón y le giró la cabeza para mirarla a los ojos—. Cuando aprendiste lo que tu cercanía podía hacerme, cuando aprendiste a disfrutar de nuestros encuentros... me gustaba la forma en la que me seducías, tus juegos, tus palabras... Entonces eras igual que ahora y me gusta mucho. Pero hay una diferencia entre el Guang Xi de entonces y el de ahora.

—¿Cuál?

—El de entonces no era capaz de contenerse y se arrastraba a tus pies por ver una pulgada de tu piel, y el de ahora puede hacerlo, sobre todo si ve esas sombras negras bajo tus ojos y los esfuerzos que haces para no bostezar. —Sonrió y la besó en la punta de la nariz—. Necesitas descansar, Yuhuan. Y yo quiero que lo hagas.

Daphne suspiró y se acurrucó en su regazo, feliz.

—Estoy agotada —reconoció—. Se suponía que pasaríamos el día solos, pero no hemos tenido ni un momento para nosotros.

Derek rio y pasó un brazo bajo las rodillas de su esposa, se levantó y la acostó. Luego se quitó la bata y se tumbó a su lado. Ella se acurrucó muy pegada a su cuerpo y, antes de que él le diese las buenas noches, ya se había quedado dormida.

\*\*\*

—Así que, como no te he dado mi consentimiento para casarte con ella, has huido a Gretna Green para hacerlo.

Derek dejó el tenedor sobre el plato y suspiró, molesto. Llevaba casi una hora en la casa de su padre, que había estado dando vueltas alrededor de temas intrascendentes, sin abordar su matrimonio y sin permitirle hacerlo tampoco. Y ahora que estaban solos en el comedor, decidía hacerlo.

—No necesitaba su permiso, padre. Se lo dije muchas veces: en el momento en el que decidiese casarme con Daphne, usted no tendría nada que decir.

Lord Leavenfield lo miró con dureza y frunció el ceño.

—¿Sabes por qué siempre me he negado a ese matrimonio? —Derek negó con la cabeza—. Porque la amas. Porque la amas tanto que serías capaz de hacer cualquier cosa por ella. Si te pidiese que te lanzases al Támesis en pleno enero, lo harías sin dudar. Y si te suplicase que no salieses a la superficie nunca más, la obedecerías. La amas igual que yo amaba a tu madre y es la forma más terrible de amar. Nunca quise que sufrieses como yo, quería que tuvieses una buena vida, que no vivieses penando por una mujer el resto de tu vida, como hice yo. Y lamenté mil veces haber traído a Daphne a esta casa...

—Ya amaba a Daphne mucho antes de venir a Inglaterra. —El marqués lo miró, sorprendido—. Habría vuelto a China a buscarla, habría huido de usted para encontrarla. ¿Por qué cree que me

sorprendió tanto verla aparecer en nuestro hotel aquella tarde?

—¿Qué quieres decir?

—Daphne paseaba todas las tardes por el Parque de las Orquídeas acompañada de su niñera. Siempre vestía con *qipao* y comía lo mismo que los niños chinos. Y me llamó la atención aquella niña occidental que trataba de comportarse como una china. —Sonrió al ver la expresión de su padre—. La amaba antes incluso de saber qué es el amor.

Lord Leavenfield suspiró, desesperado.

—Esta clase de amor era lo que no quería para ti. No quería que siguieses mis pasos.

—Pero Daphne no es como mi madre, padre, usted lo sabe.

—Lo sé. Y sé que vuestras circunstancias no son las nuestras. Pero... temo que el amor de Daphne se termine algún día y tú acabes convirtiéndote en una sombra del hombre que eres ahora.

—Eso no sucederá.

—El amor no dura para siempre.

—Madre lo amaba mucho, incluso cuando huyó de ella y la dejó atrás, desamparada. Nunca dejó de amarlo. También lo detestaba por su cobardía, pero nunca dejó de pensar en usted. Ni un solo día dejó de hablarme de usted. Quería que me convirtiese en alguien de quien se sintiese orgulloso, que reconociese su valía, que la viese a través de mí, que reconociese sus esfuerzos. Lo amaba, padre, pero usted nunca le dio la oportunidad de hacerlo. Si lo hacía, lo perdería todo. Y ella lo entendía. Era china, ¿cómo iba a traerla a Inglaterra con usted? —Lord Leavenfield bajó la mirada, avergonzado—. No le estoy reprochando nada, padre. Solo quiero que entienda que Daphne y yo no somos como ustedes. A ella no le importa que sea chino, no se avergüenza de mí. Me ama tanto como yo a ella, me ha perdonado por haberla abandonado, por ser cruel con ella. Deje de preocuparse por lo que no pasará y alégrese por nosotros.

Lord Leavenfield asintió y luego negó con la cabeza.

—La amaba, Derek. No me avergonzaba de ella, pero temía lo que le sucedería si la traía. No quería que viviese lo mismo que tú viviste. No fue porque fuese china, fue porque quería protegerla.

—Pero se equivocó, igual que yo me equivoqué al tratar de hacer lo mismo con Daphne.

—Lo sé.

—Ahora sé que no necesitaba ser protegida, sino que estuviese a su lado. Igual que mi madre lo necesitaba a usted.

El marqués suspiró y sacó una caja de terciopelo del bolsillo. La puso frente a él y sonrió.

—Lo mandé hacer para tu madre, pero nunca llegué a dárselo. Me gustaría que Daphne lo usase.

—Derek abrió la caja y, sorprendido, vio un anillo de jade con incrustaciones de oro que formaban delicadas peonías—. ¿Alguna vez te dijo cómo la llamaba? —Derek acarició el anillo con el pulgar y negó con la cabeza—. Yuhuan porque...

—Era tan valiosa como el jade. —Lord Leavenfield lo miró con sorpresa y el conde sonrió—. Supongo que nos parecemos más de lo que creía, pues yo llamo a Daphne del mismo modo.

Lord Leavenfield se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Algún día tendré que disculparme con Daphne por mi comportamiento.

Derek asintió y le sonrió.

—Entonces, ¿la acepta por fin?

—Por supuesto que sí. Si eres feliz, yo también lo soy.

\*\*\*

Se había propuesto madrugar para despedir a Derek, pero se había quedado dormida, y ahora lamentaba haber descansado tanto, pero era la primera noche en muchos años que dormía del tirón, sin despertar una sola vez. Bostezó y se desperezó, satisfecha con su noche de sueño, pero lamentando no haber despedido a su esposo.

—Estaba a punto de comprobar si estabas muerta. —Daphne se volvió hacia la voz y se echó a reír al ver a Kate observándola con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde.

Daphne se incorporó de golpe, sorprendida.

—¿Las dos de la tarde? —Kate asintió—. ¿Por qué me has dejado dormir tanto?

—Porque tu marido me dijo que, si te despertaba, mi cabeza acabaría en el mismo lugar que la del fantasma del puente de las Ánimas.

—Él no haría algo así.

—Prefiero no arriesgarme, gracias. —La miró de arriba abajo con ojo crítico—. No parece que haya sucedido nada interesante esta noche. ¿Acaso has tomado láudano?

—No tomé nada, solo... dormí. No desperté ni una sola vez.

—¿Quién habría imaginado que todo lo que necesitabas para curar tu insomnio era a lord Mersett?

Daphne sonrió y apartó los cobertores.

—Me muero de hambre. ¿Puedes pedir que me preparen una bandeja con cualquier cosa mientras me aseo?

Kate la dejó sola para que se asease y Daphne miró el espacio vacío a su lado con tristeza. No esperaba que regresase aquella noche, aunque él le había dicho que lo haría, pues había descuidado sus obligaciones demasiado tiempo y, por más que dejase sus asuntos en manos de personas competentes, él también tenía que hacer su parte.

Kate no tardó en aparecer para ayudarla a vestirse y, minutos más tarde, una doncella le llevó una bandeja con chocolate caliente y un plato repleto de emparedados.

—¿Has encontrado reemplazo para las tres doncellas que se marcharon? —preguntó dando un mordisco a un emparedado.

—La señora Dubois ha recomendado a dos chicas, pero tienen que venir desde Londres.

—¿No podemos encontrar a nadie para un reemplazo rápido? No podemos cargar de trabajo a los demás y ahora hay una persona más viviendo en esta casa.

—Intentaré encontrar a alguien.

Daphne asintió y la despidió con la mano mientras comía uno de los deliciosos emparedados de la señora Dubois.

Cuando terminó la comida, se sentó en el suelo para jugar con las gatas. Intentó incluir en los juegos a Killia, la perrita de Derek, pero estaba asustada y no salía de su cama. Acarició el lomo de Holly y pensó que, quizá, echaba de menos a su dueño.

Cuando sus gatas salieron de la habitación, justo cuando dos doncellas entraron para arreglar la habitación, la cachorrita salió de su cama y se acercó a ella despacio, tanteando el terreno. Y, cuando llegó hasta ella, con el rabo bajo y muchas dudas, Daphne se palmeó el regazo y la pequeña se acurrucó allí, temblorosa.

—Demasiados cambios que asimilar, ¿verdad, Killia? —La acarició y sonrió—. Nueva vida, nueva gente, nueva casa... Sería extraño que te adaptases con facilidad. —Estiró el brazo para coger el resto de un emparedado de la bandeja. Intentó alimentarla con él, pero la perra lo rechazó—. Supongo que debemos buscar a Yuyen para animarte un poco. —La cogió en brazos y se levantó del suelo para buscar al asistente de Derek.

Lo encontró en el jardín, hablando con Gong Li, la ayudante de cocina. Era obvio el interés que se mostraban ambos. Lamentó interrumpirlos, pero ellos la vieron antes de que pudiese dar marcha atrás. Señaló a Killia con gesto de disculpa.

—No quería interrumpir, lo siento.

Los dos se sonrojaron y Yuyen estiró los brazos para coger a la perra.

—¿La ha molestado, milady? Lo siento mucho, es muy traviesa y...

—Es una cachorra, es normal que sea traviesa. No, no se trata de eso. Está triste y asustada y pensé que verlo a usted la animaría.

Miró a la perrita, que, en cuanto Yuyen la cogió en brazos, empezó a mover el rabo y a lamerle la cara con entusiasmo.

—Es una buena chica —dijo el asistente de Derek sonriendo—, pero si le falta lord Mersett se pone triste. Él la consiente demasiado.

—Supongo que sí, si no, no se haría cargo de ella. —Daphne acarició la cabeza de la perra—. Sigán con su conversación.

Sonrió y se despidió de ellos. Sabía que Derek estaba preocupado por el futuro de su empleado, así que pensar que él y Gong Li pudiesen tener un romance le resultaba agradable. Apreciaba a la joven y muchas veces la había animado a regresar a China para formar una familia, pero ella se negaba porque tenía miedo de lo que podría encontrar allí.

Con un suspiro, abandonó la casa y se encaminó hacia el pueblo. Le apetecía ir hasta el pozo de los deseos, pero cuando llegó a Church Street, fue atacada por un grupo de adolescentes, que le arrojaron piedras y huevos podridos entre insultos referidos a su reciente matrimonio. Se quedó paralizada, y cuando una de las piedras impactó en su frente, trastabilló y, al notar la sangre corriendo por su mejilla, sintió miedo. Nunca la habían atacado, jamás. Sabía que había gente a la

que no le gustaba su presencia porque no era lo que se esperaba de una persona de su posición, pero nunca, ni una sola vez, la habían molestado. El día anterior había paseado sola y nadie había hecho nada, pero en cuanto Derek había abandonado el pueblo, la habían agredido. Cada vez se acercaban más a ella, rodeándola, impidiéndole respirar. La llamaban «lady China» con desprecio, como si fuese basura. Ella, que había ayudado a las familias de aquellos chicos en momentos difíciles, era tratada de aquel modo por haberse casado con Derek. Pensar en ello la enfadó tanto que se enderezó, envalentonada, y trató de pasar entre ellos, pero fue empujada y estuvo a punto de caer.

No supo cuánto tiempo duró aquello, pero de repente el grupo se disolvió y alguien la sujetó por el brazo, evitando, de ese modo, que cayese al suelo.

—Señora Cro... lady Mersett, ¿se encuentra bien? —Daphne alzó la cabeza para ver quién la estaba ayudando. Se encontró con la mirada preocupada del condestable. Asintió de forma mecánica y él frunció el ceño—. La acompañaré a la consulta del señor Aldrich. Apóyese en mí.

—No puedo hacer eso —dijo—. Le mancharé el uniforme.

Él sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso en la herida de la frente.

—El uniforme se puede limpiar. Si usted se cae y se lastima, lord Mersett no me lo perdonará.

Daphne sonrió y lo miró, jocosa.

—¿Le tiene miedo a mi esposo?

—No diría miedo, pero sí impone algo de respeto.

Daphne suspiró con resignación y aceptó el brazo del condestable.

—Envíe el uniforme a mi casa, nos encargaremos de limpiarlo.

—No es necesario que...

—Insisto, señor Worth.

El condestable asintió, conforme.

—De acuerdo.

—De todos modos, no necesitaba su ayuda para llegar a la casa del médico. Está ahí al lado.

El señor Worth sonrió.

—No puedo dejarla sola después de lo sucedido. Además, necesito que me diga quiénes eran sus atacantes, ya que yo solo pude reconocer a dos.

—Solo son niños...

—Niños que la estaban atacando, que le lanzaron piedras y huevos podridos y que la estaban insultando. Los niños deben ser castigados igual que los adultos, milady. Flaco favor les hacemos si los dejamos campar a sus anchas haciendo lo que quieren.

Daphne suspiró y lo miró a los ojos.

—Lo único que puede hacer, señor Worth, es castigarlos. Eso no cambiará su visión del mundo, ni la forma en la que ven mi matrimonio. No importa cuántas veces los castigue, su ignorancia y su odio son mayores que el miedo a lo que usted pueda hacer.

—Pero...

—Lo dejaré pasar por esta vez, pero prometo recurrir a usted si sucede de nuevo.

—Entonces quizá sea peor.

—No lo será.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque sus familias son pobres, señor Worth, y el invierno todavía no ha llegado a su punto álgido. Entonces pedirán limosna y no les importará si soy la esposa de un chino o no, vendrán a pedirla como cada año.

—¿Y los ayudará?

—No puedo proporcionar mantas y alimentos a quien no aprecia el esfuerzo que supone para los demás el dar ese tipo de cosas. Ya sea carbón, leña, comida o ropa de abrigo, nada irá a parar a esas casas.

—Y el rencor crecerá.

Daphne señaló la herida de su frente, contra la que sostenía el pañuelo del condestable.

—¿Cuánto más puede crecer el rencor de alguien si llega a este punto? No soy tan buena samaritana como para perdonar las afrentas, señor Worth. Y me niego a hacerlo. No sería justo para mí el soportar ese tipo de comportamiento en silencio. —Negó con la cabeza—. No soy ese tipo de persona.

El condestable sonrió y llamó a la puerta de la casa del médico.

—Eso dice ahora, pero cuando llegue el momento, no podrá dejar que esos niños pasen hambre y frío.

—Se equivoca, señor Worth. Puedo hacerlo.

—Sin embargo, no necesita ganarse el rencor de toda esa gente, milady. Sabe que se comportan así por su matrimonio.

—Lo sé. Por eso no puedo perdonarlos. Derek no ha hecho nada para que lo traten de ese modo.

—Ahora está enfadada y decepcionada, por eso habla de ese modo, pero usted no es así. No es tan dura como quiere hacerme creer.

Daphne gruñó una maldición.

—¿Soy tan transparente?

El condestable se echó a reír.

—No, milady, pero sé cuál ha sido su comportamiento durante los últimos años, y nunca ha negado su ayuda a nadie que se la haya pedido. —Se inclinó hacia ella—. Por eso sé que, llegado el momento, no los abandonará.

## Capítulo 19

Empezaba a oscurecer cuando Derek llegó a Minstrel Valley. Tendría que haber pospuesto el regreso un par de días, pues tenía que hacerse cargo de algunos asuntos, pero no quería estar separado de Daphne. Le había prometido que regresaría aquella noche y debía hacerlo. Siempre podría volver a Londres en un par de días y, de paso, llevarse a Daphne con él para buscar una casa cerca de la de su padre porque, aunque había pasado mucho tiempo tratando de mantenerse alejado de él, lo cierto era que no podía negar todo aquello que los unía.

Le había sorprendido que aceptase su matrimonio con tanta facilidad. De hecho, se había preparado para una buena pelea, pero el marqués lo había sorprendido abriéndose a él para hablarle de sus sentimientos hacia su difunta esposa. Al escucharlo no pudo seguir negando el obvio parecido entre ambos. Amaban de una forma muy similar, llamaban a sus amadas del mismo modo y tenían los mismos miedos y dudas. Porque, aunque era feliz, también tenía miedo. Temía perderla, que el pasado llegase a pesar más que los sentimientos de ambos y no ser capaz de hacerla feliz.

Fue recibido por el viejo Thomas, que llevaba trabajando para Daphne unos once años. Era otra de sus muchas obras de caridad, pues se había quedado cojo siendo muy joven a causa de un accidente y, debido a los fuertes dolores que sufría cuando hacía frío o el clima estaba húmedo, no era demasiado útil. Lo había conocido, cómo no, en las calles de Londres, y lo había llevado a casa para darle un hogar y un trabajo. Al principio, lord Leavenfield se había opuesto a contratarlo, pero al final había cedido, pues no había nada que pudiese hacer contra las lágrimas de su pupila. Después la había acompañado a Cross Hill y ahora vivía con ella en Minstrel Valley. Probablemente la seguiría a cualquier lugar al que fuese, tal era la devoción que sentía hacia ella. Y, aunque no tenía problema alguno con sus obvias limitaciones, no le entregó las riendas del caballo y se ocupó de él personalmente. No quería que el brío y el mal carácter de Zhui provocase una desgracia en la casa. Daphne jamás se lo perdonaría. Además, el maldito animal no soportaba la presencia de Yue, la yegua de Daphne. Era como si hubiesen sido enemigos en una vida anterior y ahora tratasen de hacérselas pagar el uno al otro. Por suerte, podía acomodarlo lejos de la yegua, porque de otro modo tendría que recurrir a las cuadras de Minstrel House o las de la posada.

Yue era una yegua tan briosa como Zhui. Él mismo la había comprado y le había puesto el

nombre. Era blanca, muy hermosa, y se adaptaba bien a Daphne, que era lo único que le importaba. La había llamado Yue en recuerdo a su madre, que también era hermosa como la luna[3]. Daphne le había regalado a Zhui unos meses antes y le había puesto aquel nombre en honor al caballo de Xiang Yu, el jefe militar del Estado Chu, que más tarde se había convertido en el rey Xiang. Tras muchas campañas ganadas acompañado de su fiel caballo negro Zhui, fue traicionado y abandonado por su gente. Antes de enfrentarse a miles de enemigos, desmontó su caballo, al que trataba como un gran amigo, y pidió a un barquero que llevase a Zhui a casa, pero este se negó a abandonarlo. Quizá porque esperaba que aquel caballo fuese tan fiel y leal como aquel otro, Daphne le había puesto un nombre tan significativo. Ella conocía su soledad y le había enviado un claro mensaje a través de aquel regalo.

Después de ocuparse de Zhui, entró en la casa, ansioso de encontrarse con su esposa, pero no la encontró allí. Al parecer, como no esperaba su regreso, había decidido cenar con sus amigas en casa de la señorita Mignon. Fastidiado, pidió que le preparasen un baño y decidió relajarse mientras la esperaba. No podía enfadarse, ni ir a buscarla, ni hacer nada de lo que deseaba hacer, porque le había prometido que no interferiría en su vida. Así que, a pesar de que hubiera deseado presentarse en casa de la francesa, tomar a su esposa en brazos y regresar a la intimidad de su dormitorio, se conformó con cenar solo y esperarla mientras tocaba el *guzheng*. Había perdido un poco de práctica y le molestaba, pues había trabajado muy duro en su juventud para dominar aquel instrumento. Además, a Daphne le gustaba escucharlo tocar y sin duda se daría cuenta que hacía tiempo que no lo tocaba, así que debía practicar un poco.

—Se nota que no tocas tan a menudo como antes.

Derek alzó la cabeza, sorprendido, y encontró a Daphne apoyada en el marco de la puerta.

—Estaba convencido de que no vendrías a dormir. Sé que de cuando en cuando duermes en casa de la señorita Mignon.

—Pero ahora soy una mujer casada.

Derek sonrió.

—Te dije que nuestro matrimonio no interferiría en tu vida.

Ella asintió.

—Aun así, preferí venir por si volvías a casa. No lo hice porque me sintiese obligada, sino porque quería hacerlo.

El conde dejó de tocar y la miró unos instantes.

—¿Estás segura? —Daphne asintió de nuevo—. Entonces puedo decir que estoy feliz de que hayas regresado.

—Y yo de que lo hayas hecho tú. Aunque confieso que creí que te quedarías en Londres un par de días.

—Tengo que regresar, pero hoy quería estar contigo. Te echaba de menos.

—Y yo a ti.

Daphne entró en la sala de música y se acercó a él, que cambió su posición para que ella

pudiese sentarse en su regazo. Cuando lo hizo, vio la herida de la frente y frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué ha pasado?

Ella dudó. No quería contárselo, pero tampoco quería ocultarle nada, pues lo de Daniel todavía no había sido resuelto del todo y no deseaba que una mentira sin importancia se convirtiese en un problema que no pudiesen solucionar. Tras unos segundos, le contó lo sucedido con tono ligero, restándole importancia, pero era obvio que, para él, aquello era mucho más doloroso que para ella porque se sentía responsable.

—Por eso no quería casarme contigo. Temía que sucediese algo así. Te dije que la gente es muy cruel y que...

Ella le tomó el rostro entre las manos y lo besó para callarlo.

—Sabía a qué me exponía al casarme contigo, Derek.

—Aun así... debemos castigarlos, debemos...

Daphne puso un dedo sobre sus labios y negó con la cabeza.

—No podremos castigar a todo el que nos mire mal.

—¡Pero te han atacado! Esto no puede quedar así.

—Estoy segura de que el señor Worth ya ha hecho su trabajo. No te involucres, no quiero que lo hagas. Si sienten que tratas de atemorizarlos, será peor todavía. Si se repite, tomaremos medidas; por ahora, dejémoslo pasar.

Derek la miró con reproche, pero ella negó con la cabeza de nuevo y él suspiró con resignación. No podía pelear con ella y no quería hacerlo, pero aquello le hacía sentir realmente mal. ¿Y si la atacaban de nuevo? ¿Y si no había nadie para ayudarla? La abrazó con fuerza.

—Entonces prométeme que no volverás a salir sola.

—No puedo prometerte eso. Me gusta salir a pasear sola.

—Solo hasta que los ánimos se calmen. Ve con Kate, o con quien sea, pero nunca sola.

—Derek...

—Prométemelo.

Ella dudó.

—Está bien —dijo—. Te lo prometo.

Daphne no estaba segura de poder cumplir su promesa, pero al menos lo intentaría para tranquilizarlo. En realidad, dudaba que volviese a suceder, pero si eso calmaba su ansiedad, trataría de cumplir su palabra.

Derek tampoco estaba seguro de que cumpliera su palabra, pero decidió darle un voto de confianza. Todavía tenían que adaptarse a muchas cosas. Demasiadas. Y una de ellas era que a su lado tenían a alguien que se preocupaba de cada una de sus acciones.

—Prométeme algo también. —Derek asintió—. Que no volverás al almacén del muelle ni a Whitechapel.

El conde dudó unos segundos.

—No puedo hacer promesas que no sé si podré cumplir.

Daphne se levantó de su regazo y se alejó de él.

—De acuerdo.

Y, antes de que pudiese detenerla, abandonó la habitación, dejándolo solo. Estaba enfadada, le parecía injusto que le pidiese que le hiciese aquella promesa sin hacer nada por comprometerse él mismo. ¿Es que no entendía que cada vez que lo veía aparecer con cardenales o heridas en la cara su estómago se encogía? Era doloroso pensar que algún día podría no salir vivo de alguno de aquellos lugares. Sí, sabía que sus habilidades eran superiores a los de otros gracias a su entrenamiento, pero no era imbatible y mucho menos inmortal. Si algo le sucediese, no podría sobreponerse. Ya había perdido a bastantes personas en su vida, no quería perder a más.

Derek se quedó mirando la puerta con desconcierto. Estaba enfadada y era culpa suya. Quizá tendría que haberle prometido que no lo haría más, pero no estaba seguro de poder cumplirlo y creía que, si le mentía, acabarían teniendo problemas mayores. No se sentía orgulloso de sí mismo, pero no tenía intención de mentir para tranquilizarla.

Con un suspiro se levantó y fue hacia el dormitorio que compartía con Daphne, que era el que ella había usado desde su llegada a Minstrel Valley. Los criados no entendían por qué se habían empeñado en mudarse a ese cuarto, saltándose todas las convenciones sociales, pero para ellos era importante no poner más barreras en su relación. Y, de todos modos, acabarían compartiendo cama, así que era absurdo calentar e iluminar dos habitaciones si al final iban a usar solo una.

Daphne ya se estaba cambiando y él se ofreció a ayudarla, pero ella rechazó su ayuda y se escondió detrás del biombo, donde la escuchó maldecir mientras se peleaba con los corchetes del vestido.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda?

—¡Sí!

Se hizo el silencio al otro lado del biombo y, de repente, escuchó más movimientos y sonidos extraños, seguidos de una maldición. Se cambió de ropa mientras esperaba a que Daphne dejase a un lado su orgullo, y se sentó en la cama a esperar. Al final salió de detrás del biombo sin desvestirse, con la ropa en un estado lamentable y con cara de pocos amigos. Se tumbó en su lado de la cama y aseguró que dormiría vestida, que no había nada más cómodo en el mundo que «el maldito vestido y el maldito corsé», en sus palabras.

Derek la observó en silencio unos segundos y después, resignado, la obligó a levantarse y peleó con ella hasta que claudicó a regañadientes, aunque no pudo esquivar un par de golpes en el pecho.

—Sé que estás enfadada, pero no necesitas torturarte. Podrías haber llamado a Kate o a alguna de las doncellas.

—Kate no está y no quiero despertar a nadie por un maldito vestido.

El conde la ayudó a desvestirse y luego a ponerse el camisón. No intentó ningún tipo de

acercamiento a pesar de lo mucho que lo deseaba, pues sabía que sería rechazado. Los enfados de su esposa podían durar días y, si estaban relacionados con aquel tema, incluso semanas. Ya era así en la adolescencia y no parecía probable que las cosas fuesen a cambiar ahora. Aunque, a decir verdad, no dio demasiadas vueltas al asunto, ya que se quedó dormido enseguida. No tenía ni idea de lo cansado que estaba hasta que su cabeza tocó la almohada.

Cuando escuchó el primer ronquido de su esposo, Daphne se sentó en la cama y le acomodó la almohada para que dejase de roncar. Él murmuró algo ininteligible y le dio la espalda, arrancándole una sonrisa.

—¿Cómo puedes ser tan tonto? —susurró mientras le acariciaba el cabello—. Tendrías que haberme prometido que no lo harías más, aunque después no lo cumplieses.

Derek le sujetó la muñeca y ella dio un respingo. El conde se volvió y la miró con ojos somnolientos.

—Lo único que puedo prometerte es que intentaré no preocuparte. ¿Eso calmaría tu enfado? Se llevó la mano que sostenía a los labios y besó la palma sin dejar de mirarla a los ojos.

—Creí que estabas dormido.

Él sonrió y acarició con el pulgar el lugar que había besado.

—Lo estaba, pero me despertaste.

—Lo siento.

—Yo no. Pero no has respondido a mi pregunta. —Ella asintió como respuesta y Derek tiró de ella para envolverla en un abrazo—. Entonces, haré todo lo posible por no preocuparte. Pero... no puedo hacerte promesas que quizá no pueda cumplir. No quiero empezar nuestro matrimonio con mentiras. Nos prometimos que seríamos honestos el uno con el otro.

Daphne asintió y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Duérmete, lord Mersett.

Él acarició la herida de Daphne y negó con la cabeza.

—No quiero dormir. ¿Te ha aplicado Yuyen alguna pomada? —Daphne asintió—. Con ella no te quedará ninguna cicatriz.

—¿Acaso me amarías menos si tuviese alguna?

—¿Me consideras tan superficial? A mí no me importan las cicatrices, pero no quiero que otros te hagan sentir incómoda con su mala educación. —Tiró del camisón de Daphne hacia arriba y la ayudó a quitárselo sin encontrar resistencia—. ¿Por qué parece que no puedo contenerme cuando te tengo cerca?

—¿Me lo preguntas a mí? —preguntó ella ayudándolo a deshacerse de la ropa de dormir, que consistía en una chaquetilla de seda atada a un costado y unos pantalones de seda de color blanco. Le gustaba desnudarlo cuando vestía al estilo chino, mucho más que cuando lo hacía al estilo occidental—. No es que yo sea un ejemplo de contención tampoco.

Derek sonrió y le acarició una mejilla con suavidad, luego besó el lugar que había acariciado, igual que había hecho con la mano minutos antes. Daphne suspiró y él buscó sus labios. La boca

de Daphne siempre le había parecido exquisita, por eso nunca tenía suficiente y necesitaba besarla en cada ocasión que se le presentaba. Acarició sus labios con la lengua sin dejar de mirarla a los ojos, y luego, sin previo aviso, la introdujo en el interior. Exploró cada rincón de la boca de Daphne y gimió cuando ella lo hizo. Lo deseaba tanto como él a ella y eso lo llenó de un orgullo y una satisfacción que jamás podría expresar con palabras. Yuhuan... *su* Yuhuan era más suya que nunca y pensaba gozar de su preciada posesión hasta que el cansancio hiciese mella en ellos.

\*\*\*

Daphne observó a su esposo, que dormía plácidamente. Acababa de cubrirlo con las mantas, pues las había empujado hacia abajo, mostrando una deliciosa imagen de su desnudez, pero no quería que, por satisfacer su lujuria y curiosidad, acabase enfermado. Lo conocía bien y sabía que era un enfermo terrible, con exigencias insoportables y un carácter de mil demonios por verse limitado. No, prefería cubrir su cuerpo con los cobertores a sufrirlo las siguientes semanas.

Apenas podía creer que aquello fuese real y dudaba que algún día llegase a dar crédito a lo que estaba sucediendo. Tenerlo en su cama, en su casa, formando parte de su vida, era más de lo que podría haber deseado nunca. Amarlo era el mayor regalo que podría haber recibido. Si tan solo pudiese compartirlo con Daniel...

Se secó las lágrimas y sonrió. Su hijo los estaría acompañando en cada momento, en cada lugar. Era parte de ellos, después de todo. El resultado de un amor tan intenso que incluso habían desobedecido todas las normas que les habían impuesto. ¿Quién les habría dicho, tantos años después, que podrían estar juntos de aquel modo?

Sin embargo, todavía temía que lord Leavenfield apareciese en cualquier momento para separarlos, como había hecho cuando eran niños. Por eso no le había preguntado nada sobre su reunión con el marqués. El miedo era más fuerte que su deseo de saber.

\*\*\*

Derek estiró el brazo, buscando su calor, pero no la encontró. Abrió los ojos, sobresaltado, y la buscó por la habitación en penumbra. Cuando la localizó, sentada en una silla muy cerca de la cama, se incorporó y encendió una vela.

—¿Qué sucede? —preguntó frotándose los ojos.

—Nada, vuelve a dormir.

Se inclinó hacia ella y la miró a los ojos.

—¿Qué pasa, Daphne?

—Nada, solo tengo insomnio.

La cogió por la muñeca y tiró de ella para que volviese a la cama.

—Acuéstate o te enfriarás. ¿Quieres que encienda la chimenea?

Daphne negó con la cabeza y se acomodó a su lado. Derek le ofreció su brazo como almohada y ella lo aceptó. Enseguida la envolvió en un abrazo y frotó su espalda desnuda, como si ese gesto pudiese hacerla entrar en calor.

—¿Todavía sales a pasear cuando despiertas? —Ella asintió—. ¿Quieres salir ahora? Te

acompañaré.

—No quiero molestarte.

—Por amor de Dios, Daphne, soy tu marido, no pasa nada por que te acompañe. Y, antes de que protestes, no tengo la más mínima intención de dejarte salir sola.

Daphne sonrió.

—Hace frío, no es necesario que...

—Daphne...

El tono de advertencia la hizo reír.

—No voy a salir esta noche. —Le rodeó la cintura con un brazo—. ¿Qué tal han ido las cosas con tu padre?

Derek suspiró y Daphne se temió lo peor.

—La verdad es que mejor de lo que creía. Dijo que siempre ha tenido miedo de que sufriese lo mismo que sufrió él por amar demasiado a mi madre. Creo que, en el fondo, estaba preparado para aceptar nuestra relación. Sabía que en algún momento sucedería, no es como si hubiese vivido en la ignorancia todos estos años.

—¿Estás seguro?

Él la besó en la frente.

—Sí.

—Es un alivio. No dejo de imaginármelo entrando por la puerta y llevándote a rastras.

Derek rio y estrechó el abrazo.

—Jamás lo conseguiría. Ahora que puedo estar contigo así, sin escondernos, convertidos en familia, no podría separarme de ti ni matándome.

Daphne besó el torso desnudo de su esposo y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Te amo, Guang Xi.

El conde sonrió y la besó en la punta de la nariz.

—Y yo a ti, Yuhuan.

## Capítulo 20

Derek observó a su esposa durante unos instantes y sonrió. Verla vestida con aquel *qipao* que él le había regalado, lo llenaba de un regocijo inmenso. Ella, por su parte, parecía fascinada por las peonías bordadas con hilo de oro y la calidad de la seda verde.

—Es muy parecido a uno que tenía de niña —dijo mirándose en el espejo.

—Lo sé.

Daphne lo miró a través del cristal y frunció el ceño.

—Lo había olvidado.

Él, vestido con un *qipao* de seda negra con bordados que reflejaban la naturaleza en color plateado, se acercó a ella y la obligó a volverse.

—Está bien, puedes olvidar todo lo que quieras. Mientras yo pueda recordarlo, no importa.

Ella acarició la seda negra y lo miró a los ojos.

—Cuéntamelo.

Él negó con la cabeza y le acarició la mejilla.

—No. Se lo contaré a nuestros hijos y les diré cuánto te amé desde aquel momento, pero no quiero contártelo a ti.

Daphne hizo un puchero.

—¿Por qué?

—Porque me siento avergonzado. —Se echó a reír al ver su gesto de fastidio—. ¿Estás bien?

Daphne sabía que se refería a la visita de lord Leavenfield y la que habían tenido que hacer a lady Acton. Habían salido airosos de ambas situaciones, pero él había estado muy preocupado por ella en todo momento.

—Los dos han aceptado nuestro matrimonio, así que debería estar bien.

—¿Pero?

—Pero nada.

Derek le dio un suave golpecito en la nariz con el dedo índice.

—Hay un pero, puedo percibirlo.

Daphne le rodeó la cintura con los brazos y suspiró.

—No es un pero, es solo que me cuesta asimilarlo todo. Tu padre ha sido realmente encantador, me ha tratado como a una princesa, y sé que lady Acton ha hecho un gran esfuerzo para recibirme,

pero a mí me cuesta creérmelo.

Derek estrechó su abrazo y apoyó la barbilla en la cabeza de su esposa. Miró la imagen de ambos en el espejo y sonrió.

—Pues es cierto. Puedo asegurarte que lo es.

—Si tú lo dices, entonces tendré que creerte.

El conde rio y la apartó de sí.

—¿Qué te dijo mi padre cuando os quedasteis a solas?

—Me pidió perdón. Solo eso.

Derek la miró a los ojos, tratando de averiguar si le mentía.

—¿Seguro?

—Sí. Y sé que me vas a preguntar por lo que me ha dicho lady Acton, pero no hemos hablado de nuestro matrimonio, solo me ha pedido algunas peonías de mi invernadero para adornar la iglesia para la boda de lady Valery con el señor Bissop.

Derek lo miró sorprendido.

—¿Se casarán al fin?

—Al parecer sí. Será una ceremonia sencilla en Saint Mary y luego harán el convite en Minstrel House.

—No tenía ni idea.

Daphne se echó a reír y le dio un empujón, bromeando.

—¿Cómo puede ser que la persona que tiene información de todo el mundo no se haya enterado de la boda del año en Minstrel Valley?

Derek se encogió de hombros con indiferencia.

—Solo tengo ojos y oídos para mi esposa. El resto del mundo me importa un comino.

Daphne suspiró y tiró de él para besarlo. El conde no presentó resistencia al acercamiento de su esposa. ¡Cómo le gustaba su audacia, que buscara sus besos y sus caricias! Adoraba cada vez que lo besaba, que le palmeaba el trasero o que mostraba su deseo sin disimular. Le encantaba sentirse deseado por ella, su ego se sentía muy satisfecho con sus miradas intensas, con sus juegos de palabras que siempre acababan con pícaras alusiones a alguna parte de su cuerpo y con la admiración que percibía en su esposa cada vez que lo miraba. ¿Cómo podía no amarla? Era imposible. Si todo su ser clamaba por sus besos, sus caricias, sus sonrisas y sus palabras, pensar en mantenerse alejado de ella se le antojaba insostenible. Aun así, se apartó de ella. Durante todo el día habían estado acompañados y, ahora que habían conseguido quedarse a solas, necesitaba decirle algunas cosas.

—Daphne, hay algo sobre lo que tenemos que hablar. —Daphne lo miró con sorpresa, pero asintió, conforme. Él la tomó de la mano y la llevó a la cama, donde se sentaron—. Sé que acordamos hablar de esto en otro momento, pero necesito hacerlo ahora.

Ella suspiró y cruzó las piernas. Sabía de qué quería hablar y entendía que necesitase hacerlo en aquel momento, pero tenía miedo. Su temor no se debía a tratar un tema tan doloroso, sino a

que, quizá, pudiese separarlos.

—¿Qué quieres saber?

Derek imitó su postura y tomó sus manos. Se las llevó a los labios y le sonrió.

—Tranquila. Estoy preparado para escucharlo. No sacaré el tema si no fuese así.

—Lo sé. Pero no sé qué quieres saber exactamente.

—Todo. ¿Cómo fue el embarazo? ¿Fue un parto difícil? ¿Cómo era el niño? No sé, todo.

Daphne le palmeó las manos y sonrió.

—El embarazo fue bien. Estaba asustada, porque tenía miedo de que cualquiera de mis acciones pudiese perjudicar al bebé, pero apenas tuve síntomas. Me llevé un susto tremendo cuando la criatura empezó a moverse en mi vientre. Lloré como una niña porque pensaba que le había pasado algo. Eric me ayudó a entender que aquello era normal, que eso significaba que el niño era saludable. No sabía nada porque no tenía una madre, Derek. De no haber sido por él... no sé, me habría asustado con cada cosa que sucediese. El parto no fue ni largo, ni difícil. De hecho, incluso la comadrona se sorprendió de lo fácil que fue todo para ser una primeriza. —Sonrió al recordarlo—. Cuando por fin lo tuve en mis brazos, fue como si el mundo hubiese cambiado. ¡Era tan bonito! Guapísimo. —Miró a su esposo y su sonrisa se ensanchó—. Se parecía mucho a ti.

—¿A mí? —preguntó Derek, sorprendido.

Kate se lo había dicho, pero al escucharlo de Daphne, sonaba diferente.

—Sí. Incluso al nacer se parecía a ti. —Acarició las cejas del conde—. Sus cejas. —Siguió su recorrido hasta los párpados—. Sus ojos. —Pasó a la nariz—. Su nariz... Era idéntico a ti. Pensamos en llamarlo Derek, precisamente por su parecido contigo. Al final decidimos llamarlo Daniel, como tu abuelo. —Sonrió al ver su expresión de sorpresa—. Eric era un buen hombre, Derek. Y amaba a nuestro hijo.

El conde jugueteó con sus dedos, dudando si debía preguntar lo que tenía en mente o no. Al final se armó de valor. Aceptaría cualquier respuesta, aunque le doliese.

—¿Pensaste en hablarle de mí?

—¡Por supuesto! —exclamó Daphne—. Eres su padre.

—Pero tu esposo...

—Eric estaba de acuerdo. En algún momento empezaría a hacer preguntas sobre su aspecto, así que no podíamos mentirle.

—Me habría odiado.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Creo que me habría detestado por estar lejos de él y...

Daphne le cubrió la boca con una mano y negó con la cabeza.

—No te habría odiado, Derek. Era un niño maravilloso. En su corazón no había lugar para el rencor.

—Al crecer...

Ella suspiró y volvió a negar con la cabeza.

—No, Derek. Habría sentido curiosidad y habría querido estar cerca de ti. Me consta que tú no lo habrías rechazado, así que no, no te habría odiado. Tú tampoco odias a tu padre, a pesar de todo. ¿Qué te hace pensar que él sería diferente?

—Que había otro hombre a tu lado al que conocía como su padre.

—En los corazones de las personas cabe más amor del que puedas imaginar. —Se puso de rodillas, le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos—. Deja el pasado en el pasado, Derek. No quiero que la sombra de Daniel haga infelices a los hijos que tengamos en el futuro. Si creciesen pensando que han venido al mundo para sustituir a un hijo más querido, no me lo perdonaría jamás.

—¿Podrás dejar en el pasado a tu primer hijo?

Daphne asintió.

—Nunca lo olvidaré, me acompañará siempre, pero soy consciente de que debo dejarlo ir ya. No es justo, ni para él, ni para los niños que vendrán.

—¿De verdad quieres tener hijos, Daphne? Si eso te traerá recuerdos dolorosos no...

—No seas bobo, lord Mersett. ¡Por supuesto que quiero tener hijos!

Él la abrazó con fuerza.

—Perdóname, Daphne. Perdóname por mi inconsciencia, por haberme marchado durante tanto tiempo, por haberte dejado sola... ¡Lo siento tanto!

Ella correspondió el abrazo y sonrió.

—No hay nada que perdonar, Derek. Solo... hagamos todo lo posible por ser felices, ¿sí?

—Te lo prometo.

Ella se apartó de él y frunció el ceño con fingido enfado.

—Entonces, ¿me vas a dar el anillo que tío Henry te dio para mí o no?

Derek la miró sorprendido y luego se echó a reír.

—Esperaba el momento adecuado.

Ella extendió el brazo y agitó los dedos frente a él.

—Este lo es.

El conde la miró unos instantes y, sonriendo, fue hasta el armario y sacó de allí una caja de terciopelo. En ella había tres anillos de jade con incrustaciones de oro. Daphne admiró el delicado trabajo de joyería.

—Este —dijo sacando uno de ellos— es el que mi padre mandó hacer para mi madre. —Se lo puso en el dedo—. Y este, tan parecido al otro, es el que yo mandé hacer para ti.

Cuando tuvo los dos anillos en el dedo, los miró de cerca y sonrió. Ambos tenían peonías en el diseño y, aunque eran diferentes, eran lo bastante parecidos para arrancarle una carcajada.

—Os parecéis mucho. Incluso tenéis un gusto similar. —Señaló el otro anillo—. ¿Y ese otro?

—Es el que me vas a poner tú a mí.

—¿A ti? —Daphne lo miró con sorpresa—. ¿Quieres que te lo ponga?

—Quiero que el mundo sepa que pertenezco a una mujer maravillosa a la que no le importa que

sea chino.

Ella rio y sacó el otro anillo de la caja. Era idéntico al suyo y le sorprendió el deseo de su marido de llevarlo también. Se lo puso sin dejar de sonreír.

—¿Sabes? Mi padre también llamaba a mi madre Yuhuan.

Daphne dejó la caja a un lado y lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque, igual que tú, era tan valiosa como el jade.

Ella sonrió.

—¿Soy tan valiosa para ti? —Él asintió—. Eso me hace muy feliz, lord Mersett.

—Tú me haces feliz a mí, Yuhuan.

Ambos se sonrieron. Estaban seguros de que su vida estaría llena de dicha. Harían todo lo posible por que fuese así y nada lo impediría. Ya habían pasado demasiado tiempo separados como para perpetuar aquella situación.

Se amaban y se amarían por siempre, eso era un hecho.

FIN

## Nota de la autora

Tengo tantas cosas que decir sobre la experiencia de formar parte de esta serie, que me cuesta encontrar las palabras adecuadas para hacerlo. Quizá podría resumirlo todo diciendo que ha sido una experiencia maravillosa, pero me quedaría corta.

Durante el tiempo que llevo caminando por estas retorcidas sendas de la escritura, me he encontrado con todo tipo de autores. Algunos que acabaron haciéndose un nombre, dudaban de su propio talento (hoy en día son de los más respetados del país), otros abandonaron todo intento de hacerse hueco en este mundo tan difícil y otros tantos han decidido dedicarse también a la docencia. De todos, salvaría a muy pocos, pues el resto hacen gala de una prepotencia insufrible que dificulta el tratar con ellos. Y ese era mi mayor miedo al aceptar participar en este enorme proyecto. A algunas autoras las conocía de oídas, con otras había tratado y me parecían encantadoras y, sobre todo, admiro mucho a Bethany Bells y para mí era una oportunidad única para aprender de ella. Eso era lo que tenía en mente cuando acepté este reto.

Fui de las últimas en entrar en el grupo de trabajo, pues soy un despiste con patas y no sabía que ya lo habían creado, y desde el momento en el que entré sentí que me habían concedido un pase vip a uno de los mejores lugares en los que podría estar un escritor. Desde que entré a ese grupo de trabajo hasta hoy, solo tengo palabras de agradecimiento y de admiración hacia todas y cada una de mis compañeras. Y es que la capacidad que han tenido todas de dejar a un lado el ego para ayudar y colaborar con las demás es algo que he admirado desde el primer minuto.

Hemos tenido roces, por supuesto. Todas tenemos nuestro carácter y a veces las palabras escritas se pueden dotar de un tono u otro en función del ánimo con el que se lean. Nos hemos llevado disgustos por tal o cual trama que pisaba la nuestra sin querer y hemos tenido los conflictos propios de un proyecto en el que trabajaban tantas autoras de distintas edades, de distintos lugares y con personalidades tan diferentes. Pero solo han sido roces, disgustos que se han pasado enseguida porque el deseo de sacar Minstrel Valley adelante era mucho más poderoso que todo lo demás. En todo momento ha predominado el sentido común y la generosidad y eso es lo que hace grande Minstrel Valley.

No ha sido fácil coordinar todos los personajes y algunos los sentimos más propios que otros. En ocasiones deseábamos introducir a los de todas, pero la trama y las circunstancias de nuestros propios personajes no nos lo permitían. Y a mí me frustró un poco no poder hacerlo, porque quería dar cabida a todos ellos en mi novela. Quería homenajear a mis compañeras de ese modo

porque se lo merecen. Así, sin más.

Creo que he aprendido más de todas ellas que en todos los cursos de escritura creativa que he hecho a lo largo de mi vida. Es fascinante conocer la forma de trabajar de otra gente y he envidiado en algún momento la confianza que mostraban en sus proyectos personales. Yo no soy así, y ese «tirar millas» y echarse el mundo por montera me ha gustado mucho. Puedo estar de acuerdo o no con algunas cuestiones, pero todas y cada una de ellas se ha ganado mi admiración. No solo como autoras, sino como personas. Desde la voz pausada y serena de Nuria Rivera, hasta los discursos rápidos y divertidos de una de las mitades de Elizabeth Urian, pasando por las bromas picantes de Sandra Bree, el «no llego» de Ana F. Malory o la ironía de la que hace gala Mariam Orazal (por mencionar a algunas), todas han dotado de vida y alegría a un grupo de WhatsApp que, a veces, arde. Que se lo digan a Bethany Bells, que en una ocasión se encontró con más de mil mensajes al abrirlo.

Quizá suene a lisonja vacía lo que voy a decir, pero os aseguro que mis palabras salen del corazón: todas y cada una de las autoras de Minstrel Valley son especiales y deseo muchos, muchísimos éxitos a todas ellas porque, después de tantos meses compartiendo con ellas más tiempo que con mi propia mascota, estoy convencida de que se lo merecen.

Espero que todos los lectores de la serie las cuiden mucho, porque de vuestro cuidado depende que puedan seguir publicando historias tan maravillosas como las de esta serie.

Un abrazo muy fuerte a todas y gracias, mil gracias por estar ahí.

## Agradecimientos

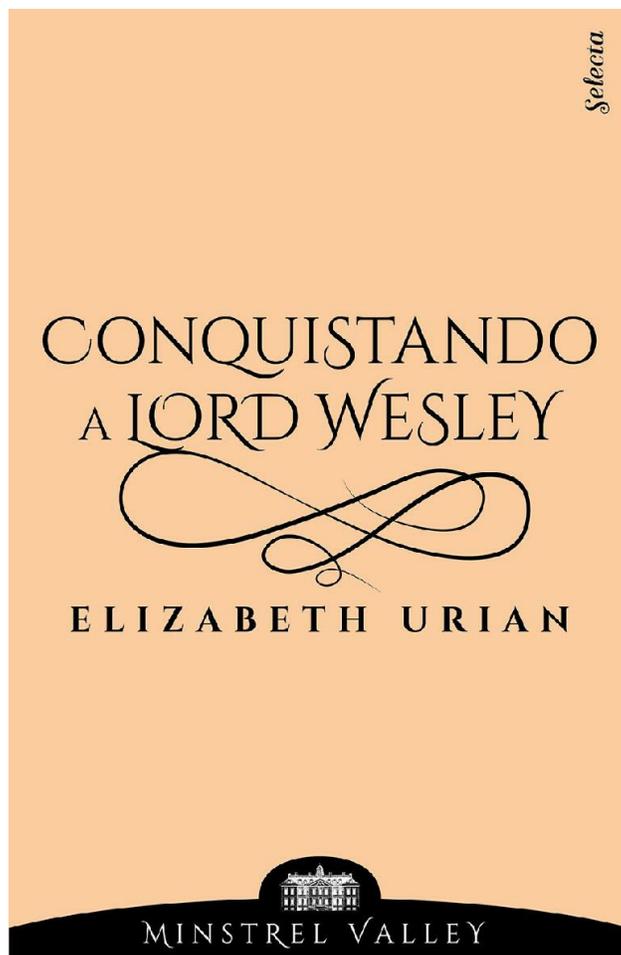
Gracias, Sandra. Hay secuestros que requieren de ayuda y yo no habría podido perpetrar este sin la tuya.

Gracias, juglaresas, por todo el esfuerzo que habéis puesto en este proyecto. En especial a Diane Howards (tú sabes por qué).

Gracias, mamá, porque sin tu infinita paciencia tampoco habría podido escribir esta novela.

Y gracias, Marcia Cotlan, por recordarme a aquel chino que nos dejó tontas. Tú eres una de las razones por las que existe Derek.

Si te ha gustado  
*La accidentada boda de lord Mersett*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Conquistando a lord Wesley*  
de *Elizabeth Urian*



*Una dama nunca debe quedarse a solas con un caballero,  
ni mucho menos viajar con él, sin la debida supervisión de una carabina.*

Reglas de decoro de la señorita Sherman.

Escuela de Señoritas de lady Acton.

## Prólogo

### *Minstrel Valley, Hertfordshire, 1832*

Las colinas verdes y ondulantes, con ovejas pastando plácidamente, comenzaron a mezclarse con numerosos campos de labranza y caminos sinuosos. Era la señal inequívoca de que el pueblo que buscaba se hallaba cerca.

Wesley tiró de las riendas hasta casi detenerse. Al instante, y justo después del recodo, el campanario de la iglesia sobresalió por encima del conjunto de casas que, suponía, conformaban el pueblo de Minstrel Valley.

Debería ser una suposición sólida, pensó, de ser ciertas las indicaciones recibidas.

Entonces su estómago gruñó con fuerza.

¡Qué poco poético resultaba!

Reemprendió la marcha y deseó haber ingerido algo más contundente cuando se detuvo en una posada del camino para abreviar a Libélula. Entonces solo había comido un trozo de pan recién hecho con queso, poco dispuesto a dilatar la parada.

Cuando partió, casi al amanecer, el desayuno todavía no estaba preparado en el hogar de su familia. Apenas pegó ojo y, cuando las sábanas empezaron a ser una molestia, tomó una decisión que no se preocupó en meditar. Necesitaba abandonar la mansión, no pensar en su padre por unas horas y, por qué no, desahogarse. Fue entonces cuando el coronel Grenfell surgió en su cabeza. Había sido su mentor en el ejército y se había retirado pocos años antes. Esperaba que no le molestara la repentina aparición en su casa.

Las granjas se dispersaban a derecha e izquierda como abejas bailando en un prado, una estampa típica de buena parte de la campiña inglesa. Resolvió pedir indicaciones lo más pronto posible para asegurarse de una vez.

Vio la oportunidad al percatarse de la presencia de un campesino que araba justo al lado del camino.

—Buenos días, buen hombre —saludó, deteniéndose por completo y levantando el sombrero a modo de respeto—. Me pregunto si sabrá indicarme cómo puedo llegar al hogar del coronel Grenfell.

Aguardó en silencio mientras el hombre meditaba sobre la respuesta.

—El coronel. —Asintió—. Sí, por supuesto; no es complicado para alguien que sabe qué buscar. Le aconsejo que siga recto por North Road hasta llegar a Legend Square, la plaza y el mismo corazón de Minstrel Valley. No tiene pérdida. Allí pregunte de nuevo y no tardará en llegar.

—Gracias, señor, muy amable.

Wesley siguió por el camino hasta que este terminó abruptamente en una cuidada plaza

empedrada cuyo recibimiento estaba a cargo de una estatua tan atípica como sorprendente: en un gris veteado, una pareja de enamorados de cuerpo entero y de evidente aspecto medieval se mantenía abrazada en una posición no permitida en público. Parecía que ambos iban a darse un beso que solo los amantes se dan a escondidas. Ella, por el vestido, se descubría como una dama, mientras que él, con flauta y laúd a sus espaldas, podía pasar por un trovador o poeta.

—Realmente curioso.

Resultaba asombroso que un monumento así, rodeado de jardines y bancos, presidiera el centro del pueblo. Sabía por experiencia el puritanismo por el que se regía buena parte de la sociedad inglesa, ya fueran nobles o plebeyos. Que se hubiera permitido erigirla, no ahora, sino tiempo atrás, le parecía un hecho extraordinario.

Se acercó para observarla más de cerca. Había una inscripción:

—La Dama y el juglar —leyó—. El amor eterno —decía, justo debajo.

Estaba dedicada al amor imposible, seguro. Esa clase de relaciones nunca eran posibles. Aun así, alguien con suficiente poder e influencia había decidido que ese sentimiento debía immortalizarse. Tenía curiosidad por conocer la historia de Minstrel Valley.

Giró la cabeza cuando vio que se le acercaban por la derecha.

—¿Podemos ayudarle?

Quien había hecho la pregunta iba acompañado de un sacerdote y ambos lo miraban con curiosidad mal disimulada. Entendió que él era la autoridad en el pueblo por la ropa que lucía y una mirada que decía: «no me des problemas». Sin embargo, a Wesley no le resultó descortés, ni arrogante ni severa. Por lo tanto, consideró que no era necesario presentarse como lord Wesley Catesby o como capitán, en caso de querer incomodarlo.

—Buenos días. De hecho, agradezco el ofrecimiento. El que me ha indicado cómo llegar hasta aquí me ha recomendado que pregunte en la plaza por la localización de la casa del coronel Grenfell.

Eso los sorprendió, no cabía duda.

El que ya había catalogado como condestable del lugar lo miró más de cerca.

—El coronel es un apreciado vecino de la comunidad.

Wesley asintió. No quería resultar maleducado y entendía el aviso, pero tampoco le apetecía verse sometido a preguntas por unos desconocidos.

—Estoy seguro de ello. De hecho, opino que es un gran hombre. Si fueran tan amables de indicarme hacia dónde he de dirigirme, les estaría muy agradecido.

Formulado de ese modo, Wesley no le dejaba demasiada opción y supo que el condestable era consciente de ello. Con cierta reticencia, le explicó cómo llegar.

Se despidió y cruzó la plaza, dejando atrás un pozo y lavadero central al tiempo que saludaba con el sombrero a una señora morena y espigada que barría en la puerta de un colmado que rezaba: «Gibbs».

Pasó junto a una escuela infantil, de donde en esos momentos salía un grupo de niños

comiéndose manzanas y emparedados y charlando entre ellos.

Todos callaron y lo miraron.

«Curiosidad infantil», se dijo con media sonrisa.

Cuando llegó a la altura de un cruce, se desvió a la izquierda, desde donde se veía una casa de dos plantas rodeada por un muro de piedra, cubierto en su mayoría por musgo.

—Ahí es.

Bajó del caballo y lo ató.

La pequeña puerta blanca de acceso al jardín daba la bienvenida al hogar de los Grenfell y, unos instantes después, una sirvienta acudió a la llamada de la puerta.

—Buenos días. ¿El coronel Grenfell está en casa?

—¿A quién debo anunciar?

—Diga solamente Wesley Catesby. —Su mentor le reconocería al instante.

—Espere un momento. Veré si puede recibirlo.

Se quedó solo y recordó sus años en el ejército junto a ese hombre, entonces su capitán en el Primer Regimiento de los Dragones. Wesley acababa de ascender del cargo de alférez —pagado con cada centavo de su bolsillo—, un cargo que su padre nunca aprobó, en la Guardia Coldstream, antes de pedir el cambio.

Visualizó los duros entrenamientos, el ambiente, pero también la fidelidad entre los compañeros y la complicidad que surgió entre Grenfell y él. No recordaba el primer momento en el que Wesley le contó cómo se sentía, pero en el capitán encontró a alguien que le escuchó y le comprendió, atenciones que Wesley siempre valoró. Incluso cuando fue ascendido a teniente, y poco después a capitán, ese lazo se mantuvo hasta la retirada de Grenfell.

El sonido de la puerta que daba al jardín se abrió a sus espaldas y Wesley salió de sus cavilaciones. Se dio la vuelta de inmediato para encontrarse con una bonita joven de rostro franco, redondeado y de preciosos ojos verdes que lo miraba con curiosidad.

—Buenos días.

—Señorita. —Wesley inclinó la cabeza ante la desconocida.

—¿Puedo ayudar...?

—¡Válgame Dios, chico!

La exclamación —esta vez proveniente del interior—, los sobresaltó a ambos.

El hombre había envejecido más de lo que esperaba, pero aún conservaba esa robustez que le había caracterizado siempre.

—Coronel.

—¡Edith, mira quién ha venido a verme!

Miró a la joven morena, que esperaba en el jardín, y entonces supo que se trataba de su hija. Creía que tenía dos, pero no estaba muy seguro de ello. La memoria no recordaba ciertos detalles.

—Wesley Catesby, a su servicio —saludó esta vez, dándose cuenta después que se había presentado como simple señor.

—Señor Catesby, es un placer.

—Es mi hija Edith, la mayor.

Ah, ahora sí la recordaba. La sensata.

—Es un honor conocerla.

—Pero vamos, no nos quedemos todos parados aquí fuera. Entremos —señaló el coronel—. Aggie —ordenó con cierta brusquedad a la sirvienta, que permanecía inmóvil, mirando toda la escena—, trae un poco de té para nuestro invitado.

Accedieron al vestíbulo precedido por unas escaleras y siguieron hasta una salita donde tomaron asiento.

—¿Viene de muy lejos, señor Catesby?

—De cerca de Bedford, señorita Grenfell.

—Oh, entonces debe estar hambriento.

—Añadiremos un refrigerio junto al té —intervino el coronel.

—No es necesario que se tomen tantas molestias.

—¡Tonterías! Serás nuestro invitado. Encárgate, Edith.

La joven asintió y salió, dejándolos solos.

—Gracias.

—No hay que darlas, chico. La tuya ha sido una grata sorpresa. ¿Qué te trae tan lejos? ¿Todavía estás en el regimiento? ¿Sigues siendo capitán? Desde que me retiré, ya no estoy tan al tanto de las noticias como antes.

—Lo estoy. Y sí, sigo siéndolo, aunque he recibido la proposición de ascenso a coronel.

—¡Válgame Dios, muchacho! ¡Coronel! Estoy convencido de que te lo mereces.

—Y no estoy seguro de aceptar —intervino, lo que cortó la sonrisa del coronel.

—Vaya, ahora me sorprendes. ¿Hay una razón para ello?

—Sí. Supongo. —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—Mucha indecisión en un hombre que no parecía saber siquiera que esa palabra existía. ¿Puedo saber la razón?

Wesley tragó saliva al recordar. Dolía.

—El fallecimiento de mi padre, señor —dijo con pesadumbre.

El rostro del hombre se ensombreció.

—Oh, lo siento. Acepta mis más sinceras condolencias. ¿Es reciente?

—Lo enterraron hace dos meses. La noticia no llegó a mí hasta hace un par de semanas, por lo que no estuve en su funeral.

Y eso lo lastimaba como nada. Su padre había muerto y él no solo había estado ausente, sino que ni siquiera había podido asistir a su sepelio. Como no se encontraba en Inglaterra en el momento del fallecimiento las noticias de su hermano llegaron con demasiado retraso.

—Un duro golpe, por lo que veo.

Asintió con lentitud, dolido con la situación.

—Me ha hecho replantearme muchas cosas. Me alisté en el ejército en contra de su voluntad. Él prefería para mí otras cosas. Usted ya lo sabe.

Como hijo del duque de Manford, sus expectativas estaban más limitadas de lo que deseaba. Era un noble y cuarto hijo, además. Sus hermanos mayores copaban la posición de heredero, Ejército e Iglesia, así que su padre lo obligó a estudiar en el East India Company College, quizá imaginando su futuro como funcionario en la Compañía de las Indias Orientales.

Wesley nunca estuvo de acuerdo, por lo que a los dieciocho años, incluso sabiendo que recibiría la ira paterna, se compró el cargo de alférez, bien lejos de la sombra de su hermano Percy.

—Entonces, entiendo que has venido hasta mi casa con la esperanza de que te ofrezca un buen consejo.

Wesley medio sonrió. Lo había hecho sonar como si fuera la respuesta a sus plegarias, pero era más o menos así.

Unos golpes en la puerta y la entrada de la hija del coronel detuvieron lo que iba a decir.

—Disculpen.

Traía una bandeja llena de deliciosas viandas: jamón frío, queso, una sopera humeante, emparedados salados y un buen pedazo de tarta. Tras ella, la sirvienta la seguía con el servicio del té y una jarra de vino.

Wesley se levantó.

—Deje que la ayude.

—No se preocupe. —La bonita muchacha le sonrió y dejó la cargada bandeja encima de la mesita central—. Espero que todo esté a su gusto.

—Es más de lo que merezco. Muchas gracias. Tome asiento.

—Oh, no. Parece que hace años que no se ven y seguro que tienen muchas cosas que contarse. Les dejaré a solas, si le parece bien, padre. —Esta vez miraba al coronel.

—Excelente idea. Es un detalle por tu parte.

Hizo un saludo, que Wesley correspondió, y salió junto a la doncella, que no se había movido de su lado.

—Tiene una hija encantadora.

El coronel, durante unos segundos, lo observó como si no supiera de lo que hablaba.

—Mí hija; ah, sí, encantadora. Pero sirvámonos un poco de ese delicioso vino y come, come.

Una hora más tarde, con el estómago lleno, y después de escuchar las pasadas glorias de su anfitrión, Wesley se recostó en la silla.

—Estaba todo delicioso. Deberé agradecerle a su hija las atenciones.

—Bah, bobadas, es su deber. Ahora, hablemos de ti.

—Estoy confuso. En estos últimos días he estado pensando si mi lugar está verdaderamente en el ejército. No es lo que mi padre querría.

—Lo importante no es lo que él deseaba para ti, chico, sino lo que tú ansiabas hacer. Aun

habiéndote integrado completamente, siempre supiste que entraste como un desafío a sus órdenes más que porque fuera lo que de verdad deseabas. Si te hubiera dejado elegir, quizá lo hubieras hecho, pero también sospecho que hubieras abandonado mucho antes.

—Tal vez sí, tal vez no. Eso ya nunca lo sabré, ¿no cree?

—¿Y volver a casa? Quizá tu hermano pueda encontrar...

—No, no es posible. No quiero estar a la sombra de nadie de mi familia, ya sean mis hermanos mayores o menores. Necesito que me aconseje.

El coronel se apoyó en el respaldo del sillón y se rascó la barbilla.

—No tengo las palabras milagrosas que te digan qué debes hacer. Cada persona ha de seguir su camino. Si el tuyo no es el ejército ni volver al hogar de los Catesby, deberás emprender un recorrido distinto. Todavía tengo contactos, si quieres. Les escribiré y seguro que algo encontramos para ti. Lo importante es ¿qué necesitas ahora mismo? Piénsalo bien.

Wesley hizo eso mismo y respondió al cabo de unos minutos.

—Espacio. Tiempo para mí mismo.

—Bien. ¿Y cómo lo conseguirás?

—Estando solo. Encontrando un lugar donde pueda ser solamente yo, Wesley Catesby; ni lord ni capitán ni hermano. —La idea, una vez plantada, se deslizó por su mente con suma facilidad, inundándolo todo.

—¿Y dónde puede estar ese lugar?

—En cualquier parte, supongo. Solo necesito un punto del mapa, una casita en un lugar tranquilo y un objetivo.

—Bien, eso está muy bien. Una localización aleatoria de este país en donde puedas instalarte. Da igual dónde, ¿no es cierto?

—Eso es.

—Me pregunto, muchacho, qué te parece Minstrel Valley.

Wesley recordó la estatua, las calles limpias y su curiosidad por la historia de ese lugar.

—¿Qué tiene en mente?

—Relájate, muchacho, y deja que te cuente mi idea.

## Capítulo 1

*Hertfordshire, 1 de diciembre de 1837.*

Si la gente conociera su historia solo de forma sesgada podría llegar a creer que la hija de Julian Montague, conde de Beaufort, había perdido la razón; o al menos parte de ella. Posiblemente lo achacarían a su herencia paterna, ya que el juicio de su padre fue puesto en entredicho antes de su nacimiento. Tal vez incluso conociendo los más minuciosos detalles seguirían pensando que no estaba cuerda. Desde la perspectiva de lady Noelle Montague eso significaría que esas personas no poseían un alma romántica, que no creían en corazones afines y mucho menos en un destino marcado a fuego. Ella sí, porque, así como hiciese el conde en el pasado, tenía un plan: uno trazado con maestría —fruto de largas horas de meditación— y que terminaría en la culminación de sus sueños: una boda. Por eso requería astucia, mucha astucia. Por supuesto, también de audacia y determinación, así como de una buena suma económica. Para ello tuvo que vender una joya de valor que nunca usaba, ser lo más discreta posible y endulzar la mezcla con una gran cucharada de paciencia.

Paciencia. Sí, esa cualidad —más bien virtud— no estaba tan bien considerada como debería. Noelle había esperado largo tiempo sin desfallecer para poder comenzar la conquista. Sin embargo, el problema de su elaborado plan residía en la ejecución, pensó con una pizca de amargura mientras avanzaba con presteza por el camino del bosque para alejarse de la escuela sin ser vista. Si ver a Wesley Catesby significaba meterse en problemas, el Señor era testigo de que prefería pagar penitencia. Aunque era lo suficientemente lista como para tratar de no hacerlo.

Pensar en el hombre que amaba hizo que Noelle lanzara un largo suspiro de preocupación, porque no estaba obteniendo ninguna victoria significativa a su favor. Aquella verdad era tan cierta como que sus pies pisaban Minstrel Valley. Así que, con el paso de los días, semanas y meses, la euforia se había rebajado debido a grandes dosis de realidad.

A pesar de todo ello, Noelle seguía muy comprometida con su causa.

«Voy a conseguirlo», se dijo, mientras una sonrisa fugaz cruzaba por su rostro.

No estaba loca; por supuesto que no. Que la gente pensara lo que quisiera. Noelle siempre había creído en sí misma. Ahora solo debía seguir haciéndolo.

¿Por qué debía conformarse? Wesley jamás la había despreciado, y ella poseía un sinfín de virtudes que llegarían a enamorarlo. En primer lugar, siempre estaba de buen humor —menos cuando estaba enojada—; era una dama de lo más respetable, con buenos modales y una excelente educación; no era fea —ella opinaba que todo lo contrario— y, además, se consideraba sagaz, fiel y tenaz. Odiaba la idea de languidecer como una hermosa flor en la ventana que ve la vida pasar. Por eso se encontraba en Minstrel Valley, ¿no?

Sí, sus virtudes pronto serían apreciadas; o al menos aquella era su esperanza.

Sin sentirse intimidada a causa del frío invernal, Noelle alzó el mentón y prosiguió su camino, pero esta vez sus pasos se tornaron vacilantes, mirando a un lado y a otro, buscando entre la maleza. A ella no se le había perdido nada, pero fingir se le daba bien bajo ciertas circunstancias. Y, por supuesto, Wesley Catesby era su circunstancia favorita.

—Perrita, perrita —murmuró con dulzura—. Ven, bonita.

Se sintió un tanto ridícula por actuar de ese modo; no tenía sentido negarlo. Aproximarse al hombre de sus sueños era cada vez más difícil. Su mente debía buscar nuevas e inverosímiles situaciones que les permitiera estar juntos sin saltarse demasiadas normas de la escuela.

Rio un poco para sí, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. ¿A quién quería engañar? Esas normas habían sido quebrantadas en más de una y dos ocasiones. Como por ejemplo, aquella mañana. No es que Noelle se negara a acatarlas, pero cuando estas chocaban con sus oportunidades, no había más remedio que desobedecer, siempre que aquello no conllevara una expulsión. Así que ella sabía a ciencia cierta que seguiría actuando del mismo modo, puesto que ciertas artimañas estaban permitidas en nombre del amor.

—Kilia... —Esta vez su voz sonó más fuerte, interesada como estaba en ser escuchada. Al fin y al cabo, los paseos diarios de Wesley debían llevarle directamente hacia ella.

Tuvo que esperar un buen rato en aquella zona elegida estratégicamente. Temía que si avanzaba o se movía, no terminaría cruzándose con el caballero que le había robado el corazón.

Sabía que, después de días de ausencia —en los cuales no tenía ni idea de dónde había estado—, Wesley había regresado la tarde anterior. Cada cierto tiempo se marchaba de Minstrel Valley y, al volver, solía dar un largo paseo por el bosque cercano a su casa. Por eso estaba allí.

«Señor, deja que pueda verle hoy», oró en silencio.

No tuvo tiempo de pedir otro favor. Justo entonces escuchó unas ramas crujir, por lo que se preparó para el encuentro «fortuito».

—Perrita, perri... —No hubo terminado de decirlo cuando se topó con el hombre que esperaba.

Sus ojos se entornaron y la miraron con fijeza mientras en el ceño se le formaban unas arruguitas que ella encontró adorables. Por no mencionar su aspecto, tan pulcro como siempre.

Solo una mujer de hielo no terminaría rendida a sus pies, pensó contemplándole. Tuvo que hacer un esfuerzo para no suspirar de placer.

—Lady Noelle.

Él pareció verdaderamente sorprendido. Ella, por supuesto, lo fingió muy bien.

—Dios bendito, señor Catesby. Me ha sobresaltado. —Teatralmente se puso una mano sobre el pecho, en el lugar donde se encontraba el corazón.

Hizo una inclinación de cabeza.

—Discúlpeme. No esperaba encontrarme a nadie por el bosque; y mucho menos una dama tan encantadora.

¡Encantadora! Las piernas de Noelle temblaron de emoción, aunque se apresuró a disimularlo.

—Está disculpado —se afanó en responder—. No es su culpa, por supuesto.

—Me ha parecido escuchar una voz. Por eso me he acercado. Aunque no sabía que se trataba de usted. Últimamente nos encontramos con frecuencia.

Ella le dedicó una radiante sonrisa.

—Qué casualidad.

—Qué sinfin de casualidades, más bien —insistió él.

Su expresión era relajada, así que Noelle no lo tomó como una crítica y sí una oportunidad para conocerlo mejor.

—Si nuestros caminos se cruzan con tanta asiduidad será por alguna buena razón.

—Porque Minstrel Valley es un pueblo muy pequeño —respondió él, asintiendo.

A Noelle no le complació la respuesta. Movi6 la cabeza tratando de asimilar la falta de romanticismo. ¿Acaso ella no se lo había puesto fácil?

—Sin lugar a dudas —dijo de inmediato—. Si bien algunas coincidencias resultan más satisfactorias que otras. ¿No cree?

Con un ligero pestañeo esper6 una respuesta más halagadora para su persona.

—No acostumbro a hablar mal de los demás. Aunque debo confesarle que he suspirado de alivio cuando he advertido que se trataba de usted y no de la señora Cotton.

Mmmm. Noelle no supo cómo sentirse ante tal comentario. Salir victoriosa ante una mujer tan odiosa como Mildred Cotton no era un asunto que nadie celebrara. A continuación, lo pens6 mejor. ¿Y si era un modo de decir que Noelle era una de sus personas favoritas? Tal vez no se atreviera a expresarlo de forma abierta.

Un tanto rebuscado, pens6, aunque se trataba de una posibilidad, al fin y al cabo.

Sacudi6 la cabeza con suavidad hasta dejar a un lado tales pensamientos y centrarse solo en él.

—¿Qué le trae por el bosque, señor Catesby?

«Como si no lo supieras, embaucadora». A Wesley le divertían los esfuerzos constantes que esa dama en concreto hacía para que sus caminos se cruzasen.

—Ejercitando mis piernas —respondió.

«En tu paseo diario. Lo sé», se dijo Noelle. Tuvo que esconder una sonrisa cargada de vanidad.

—Qué agradable actividad. ¿Sabe? A mí también me gustan los paseos. Las clases son tan tediosas que una espera con ansia cualquier salida. Tengo unas piernas fuertes —le explicó—. No soy para nada de naturaleza enfermiza. Por eso me ofrecí a buscar a Kilia. Llevo más de media hora haciéndolo y no pienso darme por vencida.

A Wesley le desconcert6 el giro de la conversación y recorri6 su rostro con la mirada tratando de averiguar a qué se refería ella.

—¿Quién es Kilia?

—La perrita de color canela de los Mersett —le explicó ella con calma—. ¿Cómo puede no saber quién es?

Él se encogió de hombros.

—No reparo demasiado en los animales. Dígame, lady Noelle, ¿por qué la busca en el bosque?

—Se ha escapado. Todos están intranquilos, así que les estoy ayudando. ¿Por casualidad no la habrá visto? —Él negó con la cabeza y Noelle aprovech6 la oportunidad que había preparado—. ¿Sería usted tan caballeroso para ayudarme a buscarla?

En su imaginación, Wesley aceptaba gustoso tal ofrecimiento y aprovechaba la ocasión que ella le brindaba para declararle los más tiernos sentimientos. Estando a solas sería más fácil ofrecerle

tan ansiada declaración. No obstante, Noelle no contaba con que cuestionara su modo de proceder, como sucedió en realidad.

¡El muy granuja ni siquiera aceptó!

—¿Ha salido usted sola, milady? —le preguntó. Sin embargo, no esperó la respuesta—. No lo considero una decisión acertada. Podría caerse y, ¿quién lo advertiría?

La reacción de lady Noelle fue todo un poema. Wesley casi estuvo a punto de reír. Le gustaba turbarla un poco; casi desafiándola a que redoblara sus esfuerzos.

«Pero ¿con qué objetivo?», se preguntó. Se esforzó por ignorar la insidiosa pregunta.

—No ha sido un error de juicio. Estaba preocupada. Además, ya le he dicho que estoy acostumbrada a dar paseos. No se preocupe por mí.

—Aun así... ¿No ha pensado que alguien podría lastimarla?

Ella abrió bien los ojos.

—Estamos es Minstrel Valley. ¿Qué podría sucederme?

—Cualquier cosa. No dé por hecho que la gente es inofensiva. Es una dama y está sola. Por eso siempre la cautela debería prevalecer sobre la preocupación.

Noelle sintió que la estaba juzgando con dureza y no pudo evitar hacer un mohín con los labios.

—No soy tan incauta. Sé que la maldad existe. Iba con mis amigas del colegio y con nuestra profesora de francés—añadió al último momento para justificarse. Él no tenía por qué saber que nada de aquello era cierto—. En algún momento de la búsqueda nos separamos, aunque estoy convencida de que pronto volveremos a reunirnos.

—Su escapada puede acarrearle algún que otro problema —le advirtió—. ¿Por qué no piensa en su reputación? —Nunca había sido un amante acérrimo de lo «socialmente correcto», pero era una brillante idea atacarla por ahí. Tenía interés en ver qué le respondía. Lady Noelle no carecía de ingenio.

—No es ninguna escapada y la señora Hunt puede atestiguarlo. No se trata más que de un descuido fortuito que pronto se solucionará. Nada tiene que ver con mi reputación. Nadie se escandalizará porque me entretenga en buscar un perrito desaparecido. Salvo usted, al parecer —añadió al final.

Nada de lo que salía por su boca era cierto. Primero, porque se trataba de una situación artificiosa: no había ningún perro perdido. Y segundo, porque en la escuela nadie se alegraría si se enterara de su escapada. Y su profesora, menos. Johanna Hunt tenía un carácter demasiado gruñón.

—No sabía que era usted tan obstinada.

—Y yo no sabía que se amedrentaba con tanta facilidad —replicó sin poder refrenar su lengua—. Siga usted con su paseo, por favor. —Con la palma de la mano abierta lo invitó a continuar—. No necesita ponerme a mí como excusa.

La intensa mirada de Wesley consiguió ponerla nerviosa. Supo entonces que se había sonrojado. Sin embargo, con los brazos en jarras trató de ofrecer una imagen controlada.

En cambio, Wesley sonrió. Se trató de una sonrisa sesgada, casi perezosa, pero que a Noelle le encantó.

—Le gusta salirse con la suya. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—¿Y a quién no?

—Si me marchó y la dejo aquí sola buscando a la perrita pensará que soy un villano.

—Un insensible, más bien. Pero es su decisión.

La repentina carcajada de Wesley la hizo sonrojar con más intensidad.

«Cálmate, Noelle», se dijo.

—Ante tanta franqueza no me deja mucha alternativa.

Sí la tenía. Wesley podría haberla dejado allí mismo para no seguir alentándola, pero disfrutaba de su compañía.

—Ahora que pienso detenidamente en ello... Tal vez sea mejor que no me acompañe. No quisiera manchar su reputación. —Le lanzó la pulla sin ni siquiera inmutarse.

Él le siguió el juego.

—¿Que es...?

—De hombre serio y solitario que se refugia en un pueblo pequeño. Todo ese halo de misterio que lo envuelve levanta especulaciones. ¿Lo sabía?

Wesley era plenamente consciente de ello, pero prefería no dejarlo traslucir, por lo que abrió los brazos y de inmediato los dejó caer.

—Me temo que soy un simple mortal sin ningún tipo de encanto.

Noelle opinaba todo lo contrario, aunque tampoco iba a señalarlo.

—Dígame, ¿qué clase de libros escribe? —preguntó curiosa.

Hacía mucho tiempo que deseaba saberlo y, teniendo en cuenta que sabía su paso por el ejército y el rango, le sorprendía esa afición por la escritura.

—¿No lo adivina usted?

—Veamos. —Noelle se rascó el mentón—. Insiste mucho en el comportamiento y la reputación, así que debe tratarse de un hombre de moral recta.

—¿Lo dice como si fuera un crimen! —exclamó él sonriente.

La joven no se dignó a contestar.

—Creo que hoy es la primera vez que le he visto reír. Con todo lo que sé de usted, imagino que será algún prolífico autor de ensayos; de esos largos y tediosos sobre temas filosóficos.

—Vaya, qué imagen tan poco halagüeña tiene de mí, milady. ¿Y si le contara que prefiero libros sobre raptos de jovencitas imprudentes que se aventuran en la espesura de los bosques? —Quería ver si la dama iba más allá del ligero coqueteo.

Ella, en cambio, le lanzó una mirada un tanto desdeñosa.

—Si pretende asustarme no lo conseguirá.

—Solo trato de asegurar su regreso al colegio. Sin demora.

—¿Por qué pone tanto empeño en ello?

Wesley respondió con otra pregunta.

—¿Y por qué tanta obstinación de su parte? Estoy convencido de que ya habrán encontrado a Kilman.

—Kilia —le rectificó ella.

—Hagamos un pacto: La acompaño hasta el colegio y durante el recorrido buscaremos a la perrita. Si la encontramos, yo se la llevaré a lord Mersett, pero diré que ha sido gracias a usted.

Noelle asintió en silencio puesto que no tenía otra opción. Podía olvidarse de un romántico paseo con Wesley, tal y como le hubiera gustado. Y eso menoscababa su moral, aunque bien sabía que pronto se recuperaría. Tal vez cuando ideara otro modo de volver a verle.

No se daba por vencida, por supuesto que no.

\*\*\*

Ya era mediodía cuando Wesley regresó a su propiedad.

Seguía haciendo el mismo frío de la mañana, que se pegaba sobre la piel de su rostro. Curiosamente, ese detalle lo dotaba de más energía.

El día anterior llegó a casa después de unas agotadoras horas de carruaje. Una noche de sueño reparador en su cama y un desayuno compuesto de pan, mantequilla, mermelada y leche, además de un tranquilo paseo por el bosque, era lo que necesitaba. Sin embargo, el encuentro con la osada lady Noelle había alterado sus planes iniciales.

Al pensar en ella, perdió el ritmo. Se frotó la nuca y oteó el horizonte, medio escondido entre las copas de los árboles.

Le gustaba Minstrel Valley por su tranquilidad. Allí podía descansar de sus viajes y poner en orden sus ideas. Durante la mayor parte de los casi cinco años en los que residía en el pueblo se había involucrado poco en la pequeña comunidad —salvo algún baile o reunión en la taberna—. De ese modo casi nadie lo había molestado. Por supuesto, era impensable pasar desapercibido —y los últimos meses eran prueba de ello—, pero siempre había sabido salir airoso de las preguntas indiscretas. Sin embargo, lady Noelle Montague era un asunto distinto.

Era una muchacha —no, más bien mujer— peculiar. Era hermosa como pocas —hasta un ciego se daría cuenta—, su lengua se movía vivaz y con arrojo, pero a la vez se asemejaba a todas las damas casaderas de Inglaterra. Por eso intentaba no alentarla demasiado.

Lo curioso del caso era que ella debería estar buscando un buen partido. En apariencia, Wesley no pertenecía a una familia noble y además vivía en una casa bastante pequeña, sin apenas lujos. Entonces, ¿por qué lo miraba con ojos ansiosos? ¿Por qué lo perseguía? Era la hija del conde de Beaufort, por Dios. Debería aspirar a un caballero de noble cuna bañado en oro. ¿Acaso se trataba de un encaprichamiento? Lo había pensado miles de veces. Seguro que con sus amigas fantaseaba sobre un amor onírico e irreal.

Para Wesley resultaban evidentes sus miradas y sus encuentros. No creía que fueran fruto de su imaginación y estaba convencido de no haberle dado alas —o, al menos, trataba de no hacerlo.

«Vamos, no seas tan malo. Te divierten sus esfuerzos por acercarse a ti. Además, contemplarla

no hace ningún daño. Simplemente no deseas darle falsas esperanzas».

Se trataba de una creencia legítima. Por eso rehuía quedarse a solas con ella.

Sacudió la cabeza para dejar atrás todo lo que tuviera que ver con la dama y prosiguió con su camino.

\*\*\*

La llamada, seguida de un característico movimiento del pomo, hizo que Noelle se diera la vuelta. Ataviada con su camisón de dormir, su bata y una larga trenza que recogía la totalidad de su cabellera, miró fijamente hacia la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Constance, asomando la cabeza por la abertura de la puerta.

Lucía una tímida sonrisa.

Noelle asintió y dejó reposar la pluma sobre el papel todavía en blanco.

—Adelante.

—¿Interrumpo? —La joven señaló el escritorio.

—No —contestó—. Solo iba a escribir una carta a mis padres. Pero puedo hacerlo en cualquier otro momento —le aseguró—. Toma asiento, por favor.

Constance escogió los pies de la cama, sentándose sobre la mullida colcha de lana.

—Esta noche te has retirado muy temprano a tu habitación. ¿Te encuentras bien?

Noelle asintió despacio.

—Por supuesto —aseguró.

—No sé... —dudó su amiga—. Hoy no pareces la misma de siempre.

Aquel comentario hizo que las pestañas de la joven se abrieran de forma desmedida.

—¿Ah, no? Serán imaginaciones tuyas.

Y por supuesto, no lo eran. Ella había sabido interpretar su estado de ánimo. No obstante, Noelle prefería no decirle que el hombre que amaba era el causante.

Wesley era un ser hermoso, gallardo e inteligente, de eso no había duda. Pero al parecer, era incapaz de ver y apreciar lo que tenía delante. Era como enseñarle una zanahoria a un asno y que este prefiriera comer pasto.

«¡Santo Cielo, no puedes comparar a Wesley con un asno ni a ti con una zanahoria!», le dijo una insidiosa voz en su interior. Sin embargo, debía averiguar la causa por la que Wesley no había dado ningún paso adelante mientras sus compañeras de colegio habían ido encontrando a su verdadero amor.

¿Porque el suyo tardaba tanto?, se lamentaba algunas veces. Tal vez él la considerara una dama inalcanzable o quizá esperara a que terminara sus estudios. Eran argumentos muy válidos, aunque insatisfactorios. Porque no podía ni pensar en la posibilidad de que no quisiera casarse. ¡Esa era la finalidad de todo caballero! Fuera como fuese, debía resolverlo pronto. De lo contrario, temía que el hombre con el que soñaba a diario terminaría escurriéndosele de las manos.

Constance negó con la cabeza.

—Has estado muy callada —le hizo ver—. Las demás también se han dado cuenta.

«Tenía mucho sobre lo que pensar».

—¿Ahora chismorreáis a mis espaldas? —Su tono jocosó dejó claro que no se lo tomaba a mal.

—Nos preocupas —dijo simplemente.

Noelle se levantó de la silla y comenzó a pasear por la habitación, medio pensativa.

—Nada de esto está resultando fácil.

Aquella confesión debía resultar aclaratoria. Sin embargo, consiguió confundirla todavía más.

—¿A qué te refieres? Creí que te encontrabas a gusto con nosotras, aquí, en la Escuela de Señoritas de Lady Acton.

—Sabes de sobra que así es. —Se apresuró a contestar.

—¿Entonces? ¿Acaso extrañas tu hogar? —murmuró la joven—. Es natural sentir añoranza de tanto en tanto. Todas estamos lejos de nuestras familias.

—Si fuera eso...

Por un momento ambas se sumieron en silencio.

—¿Debo preguntar cuál es el verdadero problema o son ciertas mis sospechas? —Noelle fijó la mirada en su amiga—. El señor Catesby, imagino. La explicación más lógica a tu comportamiento. Algo ha ocurrido con él —señaló.

Al principio, Noelle pareció un tanto sorprendida. Las alumnas sabían de su amor por él, así como de su determinación, pero entre ellas dos existía un secreto que ninguna se había atrevido a confesar.

—¿Él te lo ha contado?

Ahora fue el turno de Constance de sorprenderse.

—¿A mí? ¿Por qué debería?

Noelle finalmente alzó la barbilla, dispuesta a confrontar la verdad.

—¡Oh, no sé por qué te empeñas en llamarle señor Catesby en vez de lord Wesley, tal como debería ser! —No tenía sentido seguir ocultando el asunto—. O mejor dicho —prosiguió—: hermano.

Sus palabras aturdieron a Constance, que de repente se había puesto lívida. Noelle, un tanto arrepentida por su imprudencia, se acercó a ella, se arrodilló a sus pies y tomó sus manos entre las suyas.

—Yo...

—Disculpa mi exabrupto, querida Constance. Debería haber refrenado mi lengua o, por lo menos, suavizado el modo de decirlo. Una imprudencia por mi parte, por supuesto.

La joven pestañeó un par de veces.

—Tú, tú... ¿Desde cuándo...?

Noelle se encogió de hombros.

—Podría decirse que siempre lo supe. —Noelle se levantó para, a continuación, recostarse sobre la cama con la mirada perdida—. Sé todo acerca de tu hermano. Aunque hay cosas que no llevo a comprender. ¿Por qué rehúsa sus orígenes? ¿Por qué tanto empeño en que no lo relacionen

con los Catesby? Es ciertamente extraño, absurdo e inaudito. No conozco a nadie que prefiera prescindir de los tratamientos que le han sido otorgados por nacimiento.

—Mi hermano tiene sus propias ideas.

Aquello no le esclareció nada.

—¿Se trata de alguna excentricidad de escritor?

Constance chasqueó la lengua.

—Me temo que no.

—Doy fe: los Catesby sois una distinguida familia de rango y abolengo. ¿Acaso existe algún conflicto en el seno familiar? ¿Alguna riña por una herencia? ¿Algún acto impúdico?

Constance abrió los ojos como platos al escuchar la elección de vocabulario.

—¿Echaría por tierra tus expectativas si dijera que no?

—Solo trato de unir los puntos —se defendió ella.

—Creí haberte escuchado decir que sabías todo acerca de Wesley. —Noelle hizo un mohín con los labios, pero no tuvo tiempo de contestar antes de que su amiga retomara la palabra—. ¡Espera! —exclamó—. ¿Le has dicho a mi hermano que lo sabes?

Ella pareció sentirse insultada.

—¡Por supuesto que no! Delante de él para mí no es más que un Catesby cualquiera.

—Mejor. No deseo que se enoje conmigo.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Pensará que fui yo quien te lo dije.

—¡Tamaña sandez! Eres la dama más discreta que he tenido el honor de conocer. ¿Cuántas veces me has escuchado suspirar por tu hermano? ¡Millones! —exclamó contestándose ella misma—. Y nunca has traicionado su secreto. Yo lo respeto, por supuesto, pero han transcurrido tantos meses desde que fuimos presentadas que ya no puedo continuar con esta farsa. Por lo menos, mientras estemos a solas —aclaró.

Constance asintió mientras contemplaba detenidamente a su amiga.

—Está bien —aceptó.

—Me alegra que hayamos aclarado el asunto. Detestaría que nuestra amistad se viera dañada por un malentendido.

—No obstante —apuntó la joven—, siguen existiendo algunos secretos entre nosotras. ¿Cómo averiguaste que Wesley y yo éramos hermanos?

Noelle lanzó un resoplido.

—Te lo diré, si bien deberías conocer la historia desde el principio.

—Tengo tiempo —contestó Constance mientras tomaba uno de los cojines de la cama y se acomodaba mejor—. Adelante.

A Noelle no le quedó más remedio que remontarse al pasado.

—Todo comenzó en India...

**Continúa la rompedora serie de «Minstrel Valley», creada por catorce autoras de Selecta. Ambientada en la Inglaterra de la Regencia en un pequeño pueblo de Hertfordshire, descubrirás una historia llena de amor, aventuras y pasión.**

**Oriente y occidente unidos en un apasionado romance en los albores del siglo XIX.**



**Daphne y Derek** están enamorados desde la adolescencia y pasan tanto tiempo juntos que todo el mundo da por hecho que algún día se casarán. Él no da el paso definitivo por miedo a que el matrimonio entre ellos sea perjudicial para ella. Esa actitud empujará a Daphne a un matrimonio no deseado que será muy traumático para ella.

Después de algunos años, Derek la animará a trasladarse a Minstrel Valley, un lugar donde podrá visitarla con frecuencia alejados de los cotilleos londinenses.

Y, aunque su relación es platónica, todo el mundo sospecha que entre ellos hay algo.

Derek no se atreve a arrastrarla a su mundo, donde hay miradas sesgadas y palabras maliciosas por no ser caucásico. Desea que ella tenga una vida fácil, pero a su lado siempre estará sometida a ese tipo de comentarios y actitudes.

**¿Podrán dejar de lado los comentarios y entregarse al amor que sienten el uno por el otro?**

**Alexandra Black** nació en el año 1977 en Lugo y desde muy pequeña mostró una clara inclinación hacia la escritura. Escribió su primera novela a los trece años y la leía en el patio del colegio a sus compañeras y a todos los que quisieran unirse a ellas. Entonces ya sabía que quería ser escritora.

Se licenció en Humanidades, trabajó en medios de comunicación mientras estudiaba, y actualmente compagina el trabajo y la escritura junto con su otra gran pasión: los dramas asiáticos y el cine de autor.

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2020, Alexandra Black

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-24-3

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 5

[1] Vestimenta tradicional china, introducida por los manchúes al instaurar la dinastía Qing en 1644

### Capítulo 16

[2] Instrumento musical de cuerdas tradicional chino.

### Capítulo 19

[3] Yue, en chino, significa «luna».

# Índice

La accidentada boda de lord Mersett

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Alexandra Black

Créditos

Notas